



**CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES**

**HOMBRES TRANSITANDO A LA VIDA ADULTA EN MÉXICO
DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX**

TESIS PRESENTADA POR
MARIO MARTÍNEZ SALGADO

PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTOR EN ESTUDIOS DE POBLACIÓN

DIRECTORA DE TESIS
OLGA LORENA ROJAS MARTÍNEZ

MÉXICO, D.F.

SEPTIEMBRE DE 2010



**CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES**

Constancia de aprobación

Directora de tesis: Olga Lorena Rojas Martínez

Aprobada por el Jurado Examinador:

Dra. Olga Lorena Rojas Martínez

Dr. Carlos Javier Echarri Cánovas

Dra. María Edith Pacheco Gómez Muñoz

Dra. Teresa Castro Martín

Dra. Silvia Elena Giorguli Saucedo (Suplente)

MÉXICO, D.F.

SEPTIEMBRE DE 2010

A Don Mario y a la memoria de Don Gilberto

AGRADECIMIENTOS

El juego de conjunto es el que me ha permitido llegar hasta esta instancia. Nada de esto hubiera sido posible sin una filosofía de juego, sin la adecuada dirección técnica, sin el apoyo de mis compañeros y, claro, sin una sólida institución detrás de mí.

El Colegio de México es la Masia de las ciencias sociales en Latinoamérica, sin duda el mejor lugar en el que me pude haber formado. La parte filosófica recae en las enseñanzas de María del Carmen Salgado y Mario Martínez, a ellos les debo todo (¡Gracias papás!). La inmejorable dirección técnica (y teórica) es responsabilidad de Olga Rojas; también, Edith Pacheco, Carlos Echarri, Teresa Castro y Silvia Giorguli son corresponsables del planteamiento y de mi desempeño dentro de la cancha. Gracias a su compromiso y paciencia este proyecto alcanzó el vuelo que ahora se advierte. En la cancha se conjuntó un equipo poderoso a mí alrededor. En la portería mi hermano se erigió en un arquero colosal, valiente y decidido; siempre que la adversidad pisó el área chica supo cómo ayudar al equipo (¡Gracias León!). En la lateral izquierda Karina, Víctor, César, Marcela, Maricruz y Nina son jugadores incansables, siempre con muchas ideas para desfogar el juego. En la lateral derecha conté con el ilimitado apoyo y camaradería de Josefina, Joaquín, Ana Emilia, Alma y Raquel. Las plazas extranjeros las ocuparon Clara, Lara, Jesús, Isabel, Cecilia, Karim y Patricia. Juntos son un equipo sólido y ecuánime, capaz de ayudarme a entender las indicaciones de la banca, ideal para la defensa central. En todos estos años no encontré mejor media de contención que la de Sonia y Ana Cristina. Implacables, infatigables, dispuestas a meter la pierna por mí y con la capacidad de salir tocando, es más, creo que son el motor del equipo. De líbero jugaron Adriana, Teresa, Valeria. Su verticalidad fue fundamental para aumentar mi desempeño, lo que a su vez me permitió fichar una temporada con un equipo europeo. El ataque por derecha recayó en Brenda, Gabriela, Karla y Mónica, las niñas artilleras. Determinación e imaginación inconmensurables, el aporte de otros mundos al juego del hombre. A mi izquierda, del lado del corazón, el último fichaje del equipo: Bárbara. Espíritu indomable, voluntad loable. Además, en muy poco tiempo ha mostrado el profundo compromiso que tiene con el equipo. Y siguiendo a los clásicos: la mejor defensa es el ataque. Los *killers* del área chica, los reyes y reinas del regate: Francisco, Javier, Gisella, Jorge, Oscar, Sandra, Constanza, Mariana, Martha, Horacio, Rodrigo, Alicia, Sergio, Stella, Zinnya, Toto y Nico. Con todos ellos celebro mis anotaciones.

My blood is mixed. My mother was Ohm gahpi phi gun ni. My father is Abso luka. This mixture was not respected.

As a small boy, I was often left to myself. So I spent many months stalking the elk people... to prove I would soon become a good hunter. One day, finally, my elk relatives took pity on me, and a young elk gave his life to me. With only my knife, I took his life. As I was preparing to cut the meat, white men came upon me. They were English soldiers. I cut one with my knife, but they hit me on the head with a rifle. All went black. My spirit seemed to leave me.

I was then taken east... in a cage. I was taken to Toronto, then Philadelphia... and then to New York. And each time I arrived in another city, somehow the white men had moved... all their people there ahead of me. Each new city contained the same white people as the last, and I could not understand how a whole city of people... could be moved so quickly.

Eventually, I was taken on a ship... across the great sea... over to England, and I was paraded before them... like a captured animal, an exhibit. And so I mimicked them, imitating their ways, hoping that they might lose interest in this young savage, but their interest only grew. So they placed me into the white man's schools. It was there that I discovered... in a book... the words that you, William Blake, had written. They were powerful words, and they spoke to me. But I made careful plans, and I eventually escaped. Once again, I crossed the great ocean.

I saw many sad things... as I made my way back to the lands of my people. Once they realized who I was, the stories of my adventures angered them. They called me a liar. "Exaybachay." He Who Talks Loud, Saying Nothing. They ridiculed me. My own people. And I was left to wander the earth alone. I am Nobody.

Jim Jarmusch, extracto de la película *Dead Man*

Resumen

Las consecuencias del cambio demográfico, al pasar de altas a bajas tasas de mortalidad y fecundidad en tan sólo 30 años en México, han sido sentidas por la población en todas sus esferas de participación. Los derechos individuales y obligaciones asociados con los roles familiares y sociales han sido especialmente afectados. Como resultado de la caída de la mortalidad la gente vive más, lo cual significa que puede pasar más tiempo en los diferentes estadios del curso de vida: hijo, esposo, padre, abuelo, y ocupar múltiples roles a través de su vida.

Asimismo, el devenir socioeconómico que ha experimentado el país durante la segunda mitad del siglo XX se ha constituido en un escenario propicio para que ocurran transformaciones importantes en las vidas las personas. En el caso particular de asunción de la vida adulta encontramos que en el pasado los hombres y las mujeres jóvenes tendían a cambiar directamente del papel de la infancia a la edad adulta. Hoy en día el intervalo entre la infancia y la adultez parece estarse alargando.

De esta forma, el trabajo de tesis se enfoca al examen del orden y temporalidad, así como al estudio del impacto de ciertos factores (individuales, familiares y sociales) sobre el calendario de los eventos que definen la transición a la edad adulta (el inicio de la vida sexual, la salida de la escuela, la entrada al mercado laboral, la salida del hogar paterno, la entrada en unión conyugal y el nacimiento del primer hijo de los hombres mexicanos). Es así que para comprender el complejo entramado en el que se desenvuelve la transición a la vida adulta de los hombres mexicanos se utilizarán elementos de la perspectiva de Curso de vida y del enfoque de Género, en particular de los estudios sobre masculinidad.

ÍNDICE GENERAL

Índice de esquemas, gráficos y cuadros	17
Presentación	21
Introducción	25
Capítulo I	
EL TRÁNSITO A LA VIDA ADULTA NO ES UN JUEGO DE NIÑOS	35
I.1. El curso de vida: una perspectiva diacrónica	36
I.1.i. Biografía de la perspectiva de curso de vida	37
I.1.ii. Pilares y definición	39
I.1.iii. Algunos conceptos relevantes de la perspectiva de curso de vida	41
I.2. Transición a la vida adulta	46
I.2.i. Otras miradas sobre el tránsito a la adultez	49
I.2.i.a. Enfoque psicológico	50
I.2.i.b. Enfoque antropológico	51
I.2.i.c. Enfoque sociológico	52
I.2.ii. Repensando el camino a la vida adulta	53
I.3. Hacia la adultez desde los estudios de masculinidad	54
I.3.i. Algunos elementos de la perspectiva de género para la comprensión del tránsito de la juventud a la vida adulta	55
I.3.ii. Manifestaciones de la masculinidad en el tránsito a la vida adulta	57
I.3.ii.a. Inicio de la vida sexual	59
I.3.ii.b. Manifestación de la capacidad reproductiva	61
I.3.ii.c. Rol de proveedor	62
Capítulo II	
MÉXICO DE MIS RECUERDOS. LA VIDA EN MÉXICO DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX	65
II.1. En los albores de la década de los cuarenta: el desarrollo estabilizador	67
II.2. En el ocaso del desarrollo estabilizador ¿un nuevo amanecer en el desarrollo compartido? El espejismo de la recuperación	74
II.3. ¿Nunca está más oscuro que cuando ya va a amanecer? Entre crisis y el libre mercado	82

Capítulo III	
EN BUSCA DEL <i>HETERO ADULTUS MEXICANUS</i>: APUNTES	97
METODOLÓGICOS	98
III.1. Origen y rumbo: Preguntas e hipótesis de investigación	100
III.2. El medio de locomoción: El análisis de supervivencia	102
III.2.i. La técnica de la tabla de vida	103
III.2.ii. Modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales o regresión de Cox	104
III.3. El combustible o insumo empírico: Fuente de información y calidad de los datos	105
III.3.i. La Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003	107
III.3.ii. Evaluación de la calidad de la información	111
III.4. La combustión o el procesamiento de la información	
III.4.i. Ejes de análisis para el estudio del calendario e intensidad de los eventos	111
III.4.ii. Factores asociados con la temporalidad de los eventos: las variables para los modelos de regresión	114
III.4.ii.a. Variables de control	115
III.4.ii.b. Variables explicativas	
III.4.iii. Definición de los modelos de regresión para el estudio factores asociados a la temporalidad de los eventos	122
Capítulo IV	
TRES DÉCADAS DE VIDA EN CINCO DÉCADAS DE HISTORIA	127
IV.1. Condiciones en el hogar de origen	128
IV.2. Comunicación con los padres	133
IV.3. Prácticas anticonceptivas	136
IV.4. Pautas sobre masculinidad	139
IV.5. Experiencia vital	141
IV.5.i. La vida hasta los treinta años de edad	141
IV.5.ii. Curriculum vitae: La experiencia anterior a los eventos	144
IV.5.ii.a. Inicio de la vida sexual	144
IV.5.ii.b. Salida del sistema escolar	146
IV.5.ii.c. Primer ingreso al mercado laboral	148
IV.5.ii.d. Abandono del hogar familiar	151
IV.5.ii.e. Comienzo de la vida conyugal	153
IV.5.ii.f. Llegada de la paternidad	156
IV.5.iii. Rutas a la vida adulta	160
Capítulo V	
LOS RELOJES QUE GOBIERNAN EL TRÁNSITO A LA VIDA ADULTA DE LOS HOMBRES MEXICANOS	165
V.1. Los años demográficamente densos	167
V.2. Todo cambia y algunas cosas permanecen: temporalidad del inicio de la vida sexual	170
V.3. La salida de la escuela en un sistema educativo en expansión	174

V.4. Manos a la obra. La primera inserción en el mercado laboral	178
V.5. La salida del hogar familiar: ¿autonomía en un marco de dependencia?	183
V.6. <i>Matrimonio y mortaja</i> a una edad a la baja	188
V.7. ¿Y ustedes para cuándo? La llegada del primer hijo	191
Capítulo VI	
EL ENGRANAJE DE LOS RELOJES: FACTORES ASOCIADOS A LA TEMPORALIDAD DEL TRÁNSITO A LA VIDA ADULTA	195
VI.1. La cuenta regresiva para el debut sexual. Factores asociados a la temporalidad de la primera relación sexual	198
VI.2. Exclusión a pesar de expansión. Las condiciones iniciales como determinantes del tiempo de permanencia en el sistema escolar	204
VI.3. Del caminito de la escuela al caminito al primer trabajo	209
VI.4. <i>El casado casa quiere</i> ¿y si no se puede? Transitando a la vida adulta desde la comodidad del hogar familiar	214
VI.5. De camino al altar. Factores asociados a la temporalidad de la primera unión conyugal	218
VI.6. <i>Uníos y reproducíos</i> . La unión conyugal y otros aspectos que regulan la llegada del primer hijo	224
Consideraciones finales	231
Bibliografía	243
Anexo estadístico	253

ÍNDICE DE ESQUEMAS, GRÁFICOS Y CUADROS

Esquema I.1. El curso de vida y algunos conceptos circundantes	45
Esquema I.2. El tránsito a la vida adulta: Encuentros y desencuentros	49
Gráfico II.1. El amado automóvil, Abel Quezada	75
Gráfico II.2. Variaciones en el gasto público y la deuda por periodo. México, 1984-2002	82
Gráfico II.3. Inflación anual. México, 1970-2000	85
Gráfico II.4. Salario mínimo real. México, 1970-2000	88
Cuadro II.1. El México de la segunda mitad del siglo XX: una historia en tres actos al compás de tres movimientos	93
Cuadro III.1. Distribución porcentual de algunos indicadores sociodemográficos Hombres. México, 2003	110
Gráfico III.1. Diagrama de Lexis: Tres generaciones en tres periodos históricos. México, 1943-2003	112
Cuadro III.2. Efecto esperado de las variables independientes sobre el riesgo de experimentar los eventos: inicio de la vida sexual, abandono de la escuela, entrada al mercado laboral, salida del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y llegada de la paternidad	124
Gráfico IV.1. Estructura y tamaño del hogar de origen por grupo de edad. Hombres. México, 2003	129
Gráfico IV.2. Estructura y tamaño del hogar de origen por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	130
Cuadro IV.1. Condiciones en el hogar de origen por grupo de edad y estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	132
Gráfico IV.3. Comunicación con los padres por grupo de edad. Hombres. México, 2003	135
Gráfico IV.4. Comunicación con los padres por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	136
Gráfico IV.5. Prácticas anticonceptivas por grupo de edad. Hombres. México, 2003	137
Gráfico IV.6. Prácticas anticonceptivas por estrato socioeconómico. Hombres México, 2003	138
Gráfico IV.7. Pautas sobre masculinidad por grupo de edad. Hombres. México, 2003	140
Gráfico IV.8. Pautas sobre masculinidad por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	141
Gráfico IV.9. Experiencia vital hasta los 30 años de edad por grupo de edad. Hombres. México, 2003	143
Gráfico IV.10. Experiencia vital hasta los 30 años de edad por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	144
Gráfico IV.11. Experiencia vital anterior a la primera relación sexual por grupo de edad. Hombres. México, 2003	145
Gráfico IV.12. Experiencia vital anterior a la primera relación sexual por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	146

Gráfico IV.13. Experiencia vital anterior a la salida de la escuela por grupo de edad. Hombres. México, 2003	147
Gráfico IV.14. Experiencia vital anterior a la salida de la escuela por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	148
Gráfico IV.15. Experiencia vital anterior al primer ingreso al mercado laboral por grupo de edad. Hombres. México, 2003	149
Gráfico IV.16. Experiencia vital anterior al primer ingreso al mercado laboral por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	150
Gráfico IV.17. Experiencia vital anterior a la salida del hogar familiar por grupo de edad. Hombres. México, 2003	151
Gráfico IV.18. Experiencia vital anterior a la salida del hogar familiar por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	153
Cuadro IV.2. Experiencia vital anterior a la primera unión conyugal por grupo de edad y estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	155
Cuadro IV.3. Experiencia vital anterior al nacimiento del primer hijo por grupo de edad y estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	157
Cuadro IV.4. Rutas a la vida adulta por grupo de edad y estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	163
Gráfico V.1. Número promedio de transiciones a cada edad por grupo de edad. Hombres. México, 2003	169
Gráfico V.2. Número promedio de transiciones a cada edad por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	169
Gráfico V.3. Calendario del inicio de la vida sexual por grupo de edad. Hombres. México, 2003	172
Gráfico V.4. Calendario del inicio de la vida sexual por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	173
Gráfico V.5. Calendario de la salida de la escuela por grupo de edad. Hombres. México, 2003	176
Gráfico V.6. Calendario de la salida de la escuela por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	177
Gráfico V.7. Calendario del inicio de la vida laboral por grupo de edad. Hombres. México, 2003	180
Gráfico V.8. Calendario del inicio de la vida laboral por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	182
Gráfico V.9. Calendario de la salida del hogar paterno por grupo de edad. Hombres. México, 2003	185
Gráfico V.10. Calendario de la salida del hogar paterno por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	187
Gráfico V.11. Calendario del inicio de la vida conyugal por grupo de edad. Hombres. México, 2003	189
Gráfico V.12. Calendario del inicio de la vida conyugal por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	191
Gráfico V.13. Calendario del inicio de la vida como padre por grupo de edad. Hombres. México, 2003	192

Gráfico V.14. Calendario del inicio de la vida como padre por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003	194
Cuadro VI.1. Efectos de diferentes variables en el calendario del inicio de la vida sexual. Hombres. México, 2003	200
Cuadro VI.2. Efectos de diferentes variables en el calendario de la salida de la escuela. Hombres. México, 2003	206
Cuadro VI.3. Efectos de diferentes variables en el calendario del primer ingreso al mercado laboral. Hombres. México, 2003	210
Cuadro VI.4. Efectos de diferentes variables en el calendario de la salida del hogar familiar. Hombres. México, 2003	216
Cuadro VI.5. Efectos de diferentes variables en el calendario del comienzo de la vida conyugal. Hombres. México, 2003	220
Cuadro VI. 6. Efectos de diferentes variables en el calendario de la llegada del primer hijo. Hombres. México, 2003	226

Presentación

Todas las historias de vidas que nos preceden son distintas. Tal vez unas se parezcan más a otras, pero son diferentes al fin.

En plena Guerra Cristera, en un pueblo del Bajío mexicano parecido al *Comala* de *Pedro Páramo*, pero que recuerdo como el *Macondo* de *José Arcadio Buendía*, nació Isaac y, poco después, Gilberto. Isaac era el segundo de seis hermanos, cuatro hombres y dos mujeres. Gilberto fue el primero de siete (ocho si contamos al que murió siendo muy pequeño), cinco hombres y dos mujeres. Con algunos esfuerzos ambos llegaron hasta el segundo año de primaria, o al menos eso parecía, porque en el mismo salón había niños de primero, de tercero, de cuarto, de quinto y de sexto. El trabajo en el campo los reclutó muy pronto. De hecho, no recordarían una vida que no fuera la del trabajo.

Antes de cumplir 20 años de edad los dos se fueron a Estados Unidos. En California, Gilberto se dedicó a lo mismo que hizo siempre: al trabajo en el campo. Isaac estuvo poniendo los durmientes de varias vías férreas lo que le permitió conocer más lugares de la Unión Americana. Usualmente pasaban dos años en Estados Unidos y entre 3 y 4 meses en México. En

su primer regreso, Gilberto, ya de 21 años, se casó con Eliza después de ocho años de cortejo. Isaac, a los 23 años, hizo lo mismo con María Luisa.

A los dos años de casarse, Gilberto se convirtió en el padre de Salvador. Isaac sólo tuvo que esperar un año para conocer a Mario, su primer hijo. Entre idas y venidas al “Otro lado”, Gilberto procreó a Manuel, Carmen, Esperanza, José y María. Isaac aumentó su prole con Eloy, Teresa, Dolores, Luz, Guadalupe, Alicia, Isaac, Estanislao, Sergio, Roberto, Olimpia y Claudia. Gilberto “arregló sus papeles” y continuó con sus idas al Norte hasta los 64 años. Isaac, a los 35 años, dio por terminados los cruces del río Bravo y se estableció definitivamente en el pueblo que lo vio nacer.

Mario, primogénito de Isaac, después de pasar la mañana trabajando en el cerro, regresaba a su casa a lavarse y a comer algo antes de ir a la escuela. Así transcurría su vida hasta que un día, sin previo aviso o explicación, de segundo de primaria lo pasaron a cuarto. El cambio fue muy brusco y resolvió no continuar. Al final, el trabajo en el cerro era mucho y valía mejor dedicarse a ello para ayudar a su familia.

Meses más tarde, un vecino del pueblo puso un cine en la bodega que usaba para almacenar el grano y Mario, ya de 16 años, se convirtió en el *cácaro*. El mundo del celuloide y del azadón lo atraparon por los siguientes tres años hasta que fue a visitar a su hermano Eloy al Distrito Federal. Lo que inició como un paseo se convirtió en un cambio de residencia porque Mario encontró, sin mucho buscar, un empleo en una fábrica.

Los siguientes años, Mario los pasó visitando a su familia cuando le daban vacaciones en el trabajo. En una de esas vueltas al pueblo conoció a Carmen, hija de Gilberto, y algún tiempo después se hicieron novios. A los doce meses de noviazgo se casaron y ubicaron su residencia en la ciudad de México. A un año del: “¡Qué vivan los novios!” Mario de 29 años, se convirtió en padre. Junto con Carmen acordaron ponerle Mario a su primogénito y esperar algún tiempo para tener otro hijo. Cuatro años y medio después nació Leonardo, último hijo de los dos.

Mario, primogénito de Mario y nieto de Gilberto e Isaac, nació en el Distrito Federal, pero su acta de nacimiento dice que nació en el mismo pueblo donde nacieron sus padres y sus abuelos. Durante los primeros años de vida asistió a una guardería, porque Carmen había encontrado trabajo en una dependencia del gobierno. A los seis años, como todos los niños de su edad, entró a la primaria. Hubiera seguido en la misma escuela, pero una mañana un fuerte temblor comprimió los tres pisos de aulas a uno sólo. Sus padres resolvieron mandarlo al pueblo

con su abuela materna para que terminara el ciclo escolar (la única escuela primaria en el pueblo tenía ya algunos años con un salón por cada grado).

Un año después del sismo, Mario regresó con sus padres. En el D.F terminó la primaria, siguió con la secundaria y después con el bachillerato. Durante el último año de preparatoria entró a trabajar pues el “Error de diciembre” comenzaba a causar horrores en su familia. Desde entonces el mundo laboral lo ha acompañado de forma intermitente a lo largo de sus estudios.

A punto de terminar el siglo XX entró a la universidad. Cuando estaba por cumplir 25 años dejó el hogar de sus padres porque, según él, necesitaba su propio espacio. Dos años más tarde reanudó su trayectoria escolar y entró a la maestría y después al doctorado. Entre un grado y el otro regresó dos veces al pueblo de sus abuelos, la primera para dar el último adiós a Eliza y la segunda para hacer lo mismo con Gilberto e Isaac, quienes tuvieron el tino de morir el mismo día. Al día de hoy sigue soltero y sin hijos, y a sus 33 años de edad presenta esta investigación titulada *Hombres transitando a la vida adulta en México durante la segunda mitad del siglo XX*.

Introducción

La investigación demográfica tiene herramientas que le permiten conocer los niveles y tendencias de fenómenos como la fecundidad, la mortalidad, la migración y la incorporación de las personas al mercado laboral, entre otros. La interacción de estos y otros fenómenos poblacionales es una constante. Sin embargo, es común que su estudio se realice de manera aislada, suponiendo independencia entre ellos; se estudia la mortalidad en ausencia de la migración, la nupcialidad sin tomar en cuenta la mortalidad. En la actualidad uno de los retos es mostrar un panorama más completo de la dinámica poblacional, donde se considere la interacción de dichos fenómenos. Algunos estudios ofrecen soluciones con base en datos que captan información sobre la historia de vida de las personas. Entre estas aproximaciones destacan el enfoque biográfico y el de curso de vida. De una forma muy simple se puede decir que estas perspectivas analizan cómo diversos eventos experimentados por las personas confluyen e influyen en el desarrollo de su vida, y cómo ciertos factores llevan al individuo a comportarse de manera diferente a los demás (Elder, 1992; Courgeau, 1999).

En el marco particular de la perspectiva de curso de vida se ha desarrollado — principalmente en Europa y Estados Unidos— un campo de investigación relativo al estudio del tránsito de la población joven a la vida adulta.

Antes de ello, es necesario especificar que el concepto de niñez predominante en el siglo XX se encuentra estrechamente vinculado con los inicios del sistema educativo moderno. A medida que la educación se fue masificando a los infantes se les separó de los adultos y, en este camino de diferenciación, se les construyó una identidad de la que históricamente carecían (Del Castillo, 2006). Por otra parte, el surgimiento de los jóvenes como grupo social diferenciado se explica, en parte, por las transformaciones demográficas, en especial por el aumento de la esperanza de vida, así como por la expansión de la educación formal y las transformaciones económicas tales como la industrialización y la urbanización (Mier y Terán y Rabell, 2005). De esta manera, es posible suponer que el camino que lleva a los jóvenes a convertirse en adultos es un arduo proceso de maduración en el que los individuos son sujetos de normas impuestas por las instituciones sociales. El tránsito a la adultez puede incluir múltiples experiencias vitales, que pueden ir desde la incorporación por primera vez al mercado laboral y la emancipación del hogar familiar, hasta el inicio de la vida social activa, la independencia económica y la reproducción. La temporalidad de estos eventos está determinada, directa o indirectamente, por la influencia de factores de orden económico, social y demográfico. En efecto, los cambios sociales y la dinámica económica pueden afectar las decisiones de los adultos jóvenes sobre sus trayectorias de vida, de la misma forma que el papel de la familia resulta trascendente para moldear el curso de vida de cada uno de sus miembros. Además, los eventos experimentados por las personas se interrelacionan de modo que la ocurrencia de uno puede acelerar o retrasar la de otro. En ciertos ámbitos los jóvenes al permanecer más tiempo en los salones de clase bien podrían estar postergando su entrada a la fuerza laboral, otros más al retrasar el momento de la primera unión conyugal pueden dilatar la llegada del primer hijo; también una fructífera experiencia laboral puede acelerar la emancipación residencial o en ocasiones la salida del hogar familiar está asociada a la unión conyugal.

Por otro lado, algunos estudiosos de la población sugieren que en asuntos humanos es inútil tratar de predecir el futuro. Sin embargo, es posible y valioso revisar pasado y presente para identificar acontecimientos importantes de largo desarrollo y cuyos efectos bien pueden ser predecibles (Alba, 2004). La transición demográfica, el cambio social, la urbanización de las sociedades, la evolución de la economía y la etapa de la globalización por la cual transitan las sociedades contemporáneas, por citar algunos ejemplos, son sucesos de largo alcance cuyas consecuencias sobre la población son hasta cierto punto previsibles. Por ejemplo, resultado de la

caída de la mortalidad la gente vive más, lo cual significa que puede pasar más tiempo en los diferentes estadios del flujo vital y ocupar múltiples roles a través de su vida. Rodolfo Tuirán (1998) expone que otra consecuencia del incremento en la esperanza de vida es que la mayor longevidad de las personas ha incidido en el tamaño, la estructura y la organización de las familias, lo cual ha propiciado que los derechos y obligaciones individuales asociados con los roles familiares y sociales hayan sido especialmente afectados. Asimismo, el proceso de urbanización que han experimentado algunas sociedades ha tenido entre sus consecuencias cambios en las pautas reproductivas de las personas. También, la evolución de la economía hacia un sistema de libre mercado ha modificado la configuración de los mercados laborales. Además, de acuerdo con Francisco Alba (2004) la aceleración de la globalización, así como el progreso científico y tecnológico no han esperado al desenlace de los debates teóricos para ofrecer nuevas oportunidades a las sociedades en su afán por desarrollarse. En el caso mexicano, se podría decir que la mayor parte de esas transformaciones comenzaron a gestarse algunas décadas después de la Revolución. Los profundos cambios económicos, sociales y demográficos que sufrió el país durante la segunda mitad de la centuria pasada moldearon el rostro del México del siglo XXI. El lapso de prosperidad de mediados del siglo pasado, las crisis económicas, los respectivos periodos de ajuste y el cambio de modelo económico, así como las consecuencias de pasar en tan sólo tres décadas de altas a bajas tasas de mortalidad y fecundidad, la vertiginosa expansión del sistema escolar, la implementación de campañas de planificación familiar, por mencionar algunos acontecimientos, han sido sentidas por la población en todas sus esferas de participación. Además, la velocidad de la globalización ha coincidido con un crecimiento sin precedentes en el tamaño de la población de joven. En las primeras décadas de este siglo México contará, de acuerdo con cifras del Consejo Nacional de Población, con el mayor número de jóvenes – población de 15 a 25 años de edad– de toda su historia, se espera que este grupo aglutine a poco más de 23 millones de personas. Sin duda, la manera en la que esos jóvenes comiencen a socializar entre los adultos estará dictada por el entorno que les tocará vivir y, en cierta medida, por la forma en la que las generaciones anteriores lo hicieron.

Ahora bien, como se mencionó anteriormente, uno de los desarrollos conceptuales del enfoque de curso de vida es el esquema de *transición a la adultez*. Este pasar de joven a adulto está conformado tradicionalmente por una serie de eventos clave en el curso de vida de los individuos: salida del sistema escolar, entrada al mercado laboral, salida del hogar familiar,

comienzo de la vida conyugal y la llegada de la maternidad o paternidad. El supuesto fundamental detrás de esta representación es que la transición hacia la vida adulta está institucionalmente relacionada con el proceso de integración de una sociedad. Las características de esta transición, por sus efectos en las etapas posteriores del curso de vida, determinan en gran medida las características y condiciones de integración social del individuo. No obstante, el pasar de joven a adulto no tiene la misma connotación para todas las personas, puede variar entre hombres y mujeres, entre los estratos socioeconómicos o entre los grupos étnicos, pues distintos contextos sociales o espacios de socialización, promueven, en ocasiones, diferentes sistemas de normas y significados, los cuales a su vez propician diversas interpretaciones sobre el camino que deben seguir los jóvenes para convertirse en adultos (Corjin, 2001). Por ello, muchos y muy diversos han sido los trabajos que han abordado el tránsito a la adultez desde distintos ángulos, para distintos grupos y sectores de la población, algunos más han atendido específicamente algunas de las transiciones consideradas por dicho esquema. En México, la investigación sociodemográfica relacionada con este tema gira mayormente alrededor de la vida y la conducta de las mujeres –sin que esto signifique que el tema ha sido agotado–. El conocimiento sobre el curso de vida de los hombres es sensiblemente menor. En este sentido Natalie Davis sugiere que: “deberíamos interesarnos tanto en la historia de las mujeres como de los hombres, no deberíamos trabajar solamente sobre el sexo oprimido, del mismo modo que un historiador de las clases sociales no puede centrarse por entero en los campesinos” (Davis citado en Scott, 1996). Además, habría que recordar que en la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo de 1994, llevada a cabo en la ciudad de El Cairo, Egipto, se fijó como uno de sus objetivos “establecer la igualdad de géneros en todas las esferas de la vida, incluyendo la familiar y la comunitaria, y promover y capacitar a los hombres para que se responsabilicen de su comportamiento sexual y reproductivo, y de sus roles sociales y familiares”. Aún cuando este objetivo fue trazado primordialmente sobre el campo de la sexualidad y la reproducción biológica, es importante no perder de vista que también se promueve la responsabilidad social y familiar de los hombres.

La exposición anterior abre un abanico de temas de investigación relacionado con los hombres y su vínculo con la familia y la sociedad. Es en este abanico donde se ubica este proyecto de investigación. Las preguntas que se busca responder en esta disertación doctoral son: ¿Cuál ha sido la magnitud de los cambios en el tiempo en el tránsito a la vida adulta de la

población masculina mexicana? ¿Aproximadamente cuándo se dieron dichos cambios? ¿El tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos está mediado por la posición socioeconómica que ocupan? ¿El estrato socioeconómico ha sido una estructura por medio de la cual el tiempo histórico mueve el engranaje del tiempo individual? Si esto es así ¿cómo y en qué sentido ha variado a lo largo de la segunda mitad del siglo XX la impronta del estrato socioeconómico sobre el paso de la juventud a la vida adulta? En el interjuego entre tiempo histórico, tiempo social y tiempo individual ¿qué papel juegan los mandatos de masculinidad en la configuración del tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos? ¿Operan estos de forma diferenciada de acuerdo a la posición socioeconómica de los hombres mexicanos? ¿Es el rol de proveedor el mandato “padre” de la masculinidad? De esta forma, el objetivo de esta investigación es estudiar el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos, buscando continuidades o discontinuidades en este proceso a lo largo de la segunda mitad de la centuria pasada. Para ello se supone que los profundos cambios experimentados por el país en las últimas cinco décadas del siglo pasado dejaron su impronta en la configuración del tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos, y que la asunción de roles adultos en el caso de estos hombres mexicanos está mediada por un entramado que entreteje los mandatos de la masculinidad: inicio de la vida sexual, manifestación de la capacidad reproductiva y el rol de proveedor.

Así, esta tesis doctoral consta de seis capítulos y un apartado de consideraciones finales adicionales a esta sección introductoria. En el primer capítulo, titulado *El tránsito a la vida adulta no es un juego de niños*, se expone con cierto detalle el marco teórico-conceptual del curso de vida. Al inicio se presenta la biografía de esta perspectiva diacrónica, después se muestran los pilares que la sustentan y se enlistan algunos conceptos y definiciones clave de este enfoque. Entre los desarrollos conceptuales se destaca, por obvias razones, el referente a la transición a la vida adulta. Posteriormente se revisa brevemente la forma en la que otras disciplinas sociales han abordado el tema. Se habla con ello de la forma en la que la psicología, antropología y sociología se han acercado al estudio del intervalo entre la infancia y la adultez. A la luz de estas miradas se establece una posición y una concepción en torno al tránsito a la vida adulta, misma que suma al esquema tradicional el inicio de la vida sexual de los individuos. De esta manera, como aproximación a la perspectiva de género se discuten algunos estudios sobre masculinidad. Se exploran en algunas de las manifestaciones de la masculinidad elementos que permitan una mejor comprensión del paso de jóvenes a adultos de los hombres mexicanos. Con

ello, y con esto se cierra el primer capítulo, se dilucidan algunos conceptos clave y hallazgos de investigación relacionados con los mandatos de la masculinidad: inicio de la vida sexual, manifestación de la capacidad reproductiva y rol de proveedor.

En el siguiente capítulo: *México de mis recuerdos. La vida en México durante la segunda mitad del siglo XX*, se presenta el contexto histórico, marco de referencia en esta investigación. Los acontecimientos económicos, sociales y demográficos experimentados por el país durante los últimos cincuenta años del siglo pasado conforman el escenario en el que la población masculina mexicana vivió su infancia, socializó su juventud y transitó a la vida adulta. Este periodo estuvo impregnado de grandes e importantes transformaciones, algunos de estos cambios se dieron a la par de varios acontecimientos y fenómenos mundiales. En este recorrido por la historia reciente de México se destaca el paso de una sociedad eminentemente rural a una sociedad urbana, el extraordinario crecimiento de la población, la amplia difusión de métodos anticonceptivos, la expansión del sistema educativo, el reingreso de las mujeres al mercado laboral, los periodos de prosperidad, crisis y ajustes económicos; estos puntos y otros más de la agenda mexicana de la segunda mitad del siglo XX se presentan en tres apartados, mismos que corresponden a la etapa de desarrollo estabilizador, a la de desarrollo compartido y al periodo de crisis, ajuste económico y cambio de modelo hacia una economía de libre mercado.

Así pues, en los dos primeros capítulos se desarrolló el marco teórico y el espacio temporal en el que se circunscribe esta disertación doctoral. Durante estos ejercicios, lo mismo documentales que reflexivos, surgieron una serie de inquietudes y conjeturas, las cuales se procesaron para generar las preguntas e hipótesis de investigación que guían este estudio. Este instrumental inquisitivo abre *En busca del Hetero Adultus Mexicanus: Apuntes metodológicos*. Además, en este capítulo se devela al análisis de supervivencia como el dispositivo metodológico con el que se efectúa la aproximación al estudio de los cambios o continuidades en el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos. De este análisis se destacan las características más importantes de las técnicas de tabla de vida y del modelo de regresión de Cox o modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales. Después se exponen los detalles de la fuente de información seleccionada: la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003. Para ello se presentan las características generales de la encuesta y una evaluación de la calidad de la información que contiene. Por último, para concluir este capítulo, se describe la forma en que fueron procesados los datos para generar las unidades empíricas de análisis. En este espacio se

delinean los grupos etarios y la posición socioeconómica como ejes de análisis para el estudio del calendario e intensidad, y se presenta la configuración de los modelos de regresión para el estudio de los factores asociados a la temporalidad de los eventos.

En los siguientes tres capítulos se exponen los resultados y principales hallazgos de investigación. En el cuarto capítulo: *Tres décadas de vida en cinco décadas de historia*, se indaga en ciertos aspectos de la población masculina mexicana acontecidos en los primeros treinta años de vida. Se describen con una mirada longitudinal y socioeconómica algunas cuestiones relacionadas con el hogar de origen, la familia, ciertas prácticas individuales y el conjunto de experiencias vitales. Por ejemplo, al delinear las condiciones en el hogar de origen mediante la estructura y el tamaño del hogar, se observa que a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y entre los distintos estratos socioeconómicos la estructura de los hogares casi no ha variado, persiste a través del tiempo y de los espacios socioeconómicos la proporción de los hogares nucleares; en cambio, se destaca que el tamaño de los mismos fue disminuyendo conforme se acercó el fin de siglo, y que entre los estratos no varía mayormente el número de hogares con descendencia reducida. Después, se resalta la comunicación con los padres, aquí al considerar los temas de sexualidad y anticoncepción se encuentra que al paso de las décadas va aumentando la comunicación entre padres e hijos, pues cada vez más padres hablan con sus hijos de relaciones sexuales y métodos de anticoncepción (sobre todo en el estrato socioeconómico medio y alto). Más adelante, se profundiza en materia anticonceptiva, de ahí que se reconozca que generación a generación cada vez son más los hombres que dicen conocer algún método anticonceptivo previo a la primera relación sexual, y también se ha incrementado la proporción de hombres mexicanos que hacen uso habitual de alguno de ellos para evitar algún embarazo. Además, al examinar algunas pautas relacionadas con la masculinidad se observa que al transcurrir la segunda mitad del siglo XX y entre los estratos medios y altos es visible una menor proporción de hombres que consideran que la reproducción es constitutiva de la masculinidad. No obstante, persiste la proporción de hombres que fueron presionados para comenzar su vida sexual. Por último, en un primer análisis de la experiencia vital se observa que la mayoría de los hombres mexicanos experimentaron los seis eventos considerados en esta investigación antes de cumplir los treinta años de edad, aunque es preciso señalar que la salida del hogar familiar es el de menor prevalencia. Además, se descubre que el camino más transitado por la población masculina mexicana entre la juventud y la adultez es el que pasa primero por la salida de la

escuela, después por el inicio de la vida laboral y por el comienzo de la vida sexual, después llega el abandono del hogar familiar, sigue hasta entrar en unión conyugal y continua con la llegada de la paternidad.

En *Los relojes que gobiernan el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos*, quinto capítulo, se estudia la temporalidad de las experiencias vitales: primera relación sexual, salida del sistema escolar, entrada al mercado laboral, salida del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y llegada del primer hijo, por grupo etario y estrato socioeconómico. Entre los resultados que se detallan en este capítulo se encuentra que entre los hombres mexicanos nacidos antes y después de la década de los cincuenta se gestó un cambio en el inicio de la vida sexual, el cual se percibe en un calendario rejuvenecido de la edad a la primera relación sexual. Asimismo, la temporalidad de la salida de la escuela permite ver hasta cierto punto la influencia de la expansión del sistema educativo: cada vez hay más hombres mexicanos estudiando más allá de los niveles básicos, aunque los logros escolares son marcadamente disímiles entre los estratos socioeconómicos. También, se destaca la huella del calendario de la salida de la escuela sobre la temporalidad del primer empleo: al paso de las décadas los hombres mexicanos han pospuesto un tanto el primer ingreso al mercado laboral y los hombres de extracción socioeconómicos baja tienen, en comparación a los del estrato medio y alto, una entrada más temprana al mercado laboral. Por otro lado, poco más de tres hombres mexicanos de cada diez permanecen en casa de sus padres al cabo de los primeros treinta años de vida; es más, esta relación aumenta conforme se aproxima el final del siglo XX y se acentúa entre el estrato socioeconómico bajo. En relación a la edad del primer enlace conyugal se destaca que ésta atraviesa por un proceso de rejuvenecimiento y que proporcionalmente los hombres de extracción baja se unen conyugalmente por primera vez aproximadamente dos años antes que los hombres mejor posicionados. Para finalizar, se comprueba el fuerte vínculo que existe entre la entrada en unión y la llegada del primer hijo a la vida de los hombres mexicanos, pues sin distinción etaria, ni socioeconómica, el primogénito llega en la mayoría de los casos entre uno y dos años después de la primera unión.

En el sexto capítulo se determina con cierta precisión la forma en la que los elementos que se estudiaron en el capítulo IV inciden en el tránsito a la adultez de la población masculina mexicana. Para ello se ajustan una serie de modelos de regresión de Cox para evaluar el efecto acelerador o dilatador de las distintas dimensiones de análisis sobre la temporalidad de las

experiencias vitales. De esta manera, el capítulo *El engranaje de los relojes: factores asociados a la temporalidad del tránsito a la vida adulta* permite constatar el rejuvenecimiento de la edad a la que los hombres mexicanos se inician sexualmente; también se destaca la importancia del orden de nacimiento al interior de la fratría para entender la temporalidad de la primera relación sexual; se dilucida la relevancia del conocimiento en materia anticonceptiva como elemento capaz de postergar el primer coito; y se exhibe la velocidad que el inicio de la vida conyugal le puede imprimir a la pérdida de la virginidad. En relación a la salida de la escuela, se corrobora que la población masculina mexicana cada vez permanece más tiempo en los salones de clase como consecuencia, entre otras cosas, de la expansión de sistema educativo; se advierte la influencia de las condiciones iniciales de vida: estrato socioeconómico, origen sociocultural y condición indígena, sobre el tiempo que los hombres mexicanos destinan a su educación; y se explica la influencia del orden de nacimiento de los individuos sobre el logro académico. Respecto al momento en el que los hombres mexicanos comienzan a trabajar, en este capítulo se valúa y discute el sentido y la magnitud del efecto del nivel de escolaridad sobre el calendario del primer ingreso al mercado laboral; igualmente, se subraya la influencia del establecimiento de un nuevo núcleo familiar sobre la temporalidad del primer trabajo. En lo que hace a la salida del hogar familiar, los resultados de los modelos de regresión permiten detallar por qué pertenecer a una fratría reducida en número favorece una estancia prolongada en el hogar de los padres; de igual manera, se cavila en torno a por qué los hombres mexicanos que configuran una nueva familia al interior del hogar de origen pueden estar cancelando la posibilidad de emanciparse residencialmente. Asimismo, se señala por qué es factible suponer que el reloj que marca la entrada en unión conyugal está regulado por la posición de nacimiento; y, se reflexiona en torno a cómo algunas experiencias vitales, como lo es la vida sexual premarital, el nivel de escolaridad y la llegada de la paternidad, pueden ser factores que permiten comprender la temporalidad del primer enlace conyugal. Por último, se analiza la velocidad que el orden de nacimiento de los hombres mexicanos y su preferencia religiosa le imprimen al calendario de la llegada del primer hijo; conjuntamente, se expone el efecto dilatador del uso habitual de algún método anticonceptivo sobre el momento en que la población masculina mexicana se convierte en padre; y se resalta el efecto detonante de la vida conyugal sobre la capacidad reproductiva.

Después de la exposición de los resultados, se abre un espacio para las consideraciones finales. En esta sección se retoman cuestiones de orden teórico, histórico y metodológico, así

como los principales hallazgos de esta investigación, a fin de presentar una reflexión de conjunto sobre el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos durante la segunda mitad del siglo XX.

Capítulo I

El tránsito a la vida adulta no es juego de niños

El objetivo de esta disertación doctoral es estudiar el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos, buscando continuidades o discontinuidades, en este proceso, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Para ello se parte fundamentalmente de dos supuestos: (1) se considera que los profundos cambios experimentados por el país en las últimas cinco décadas del siglo pasado dejaron su impronta en la configuración del tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos, y (2) que la asunción de roles adultos en el caso de estos hombres está mediada por un entramado que entreteje principalmente tres de los mandatos de la masculinidad: inicio de la vida sexual, manifestación de la capacidad reproductiva y el rol de proveedor.

En este capítulo se presenta el marco teórico-conceptual de la investigación, mismo que ha sido dividido en tres apartados. El primero muestra a grandes rasgos el interior de la perspectiva del curso de vida. En este espacio se destaca la evolución y desarrollo del enfoque, se explicitan los postulados en los que descansa, al tiempo que se señalan y definen algunos conceptos del encuadre que serán útiles para el resto del estudio. En el segundo apartado se presenta y desarrolla, en un primer momento, el enfoque sociodemográfico de *transición a la*

vida adulta, seguido de una exposición sobre la manera en que la psicología, antropología y sociología han concebido la etapa de la vida que antecede a la adultez, a fin de, y con esto se cierra el segundo apartado, delinear la forma en que esta investigación concebirá el tránsito de la juventud a la adultez. Finalmente, el tercer apartado está dedicado a observar el paso a la vida adulta desde los estudios sobre masculinidad, comenzando con la exposición de ciertos elementos de la perspectiva de género a manera de exordio, después se presentan algunos conceptos clave y hallazgos de investigación relacionados con los mandatos inicio de la vida sexual, manifestación de la capacidad reproductiva y el rol de proveedor, esto con miras a que tal ejercicio brinde elementos para discutir con profundidad los resultados de esta investigación.

I.1. El curso de vida: una perspectiva diacrónica

Antes de exponer las especificidades que entraña la perspectiva teórico-metodológica de curso de vida, se asumirá el riesgo de salir brevemente del rigor académico en el que se circunscribe esta investigación para mostrar un par de ideas de orden quizá literario a manera de introducción. Por un lado, Woody Allen en el guión cinematográfico de *Crimes and misdemeanors* (1989) expresa que “siempre enfrentamos a lo largo de nuestras vidas decisiones que son importantes, opciones morales. Algunas se dan a grandes escalas. La mayoría de esas decisiones se dan en cuestiones menores, pero nos definimos a nosotros mismos por las elecciones que hemos tomado. Somos, de hecho, la suma total de dichas elecciones”¹. Por otro, Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* señala que “(l)as circunstancias históricas explican nuestro carácter en la medida que nuestro carácter [individual o colectivo] también las explica a ellas. Ambas son lo mismo”² (1950: 79). En suma, estas imágenes ilustran de buena manera la perspectiva de curso de vida, en tanto mirada longitudinal, donde el flujo vital de las personas está direccionado por una tríada de fuerzas de orden individual, social e histórica.

Ahora bien, el propósito de este apartado es presentar brevemente la evolución de la perspectiva teórico-metodológica de curso de vida. También señalar los pilares en los que descansa este encuadre diacrónico, y enumerar y describir las herramientas teórico-conceptuales que permitirán dar forma y fondo al resto de la investigación.

¹ Traducción libre.

² El texto entre corchetes no aparece en el original, es un apunte del autor de esta investigación.

I.1.i. Biografía de la perspectiva de curso de vida

Establecer el instante en el que surgió esta forma de estudiar la vida de las personas no es tan ilustrativo como el proceso que dio origen a la misma. No obstante, habrá que señalar que fue Leonard Cain quien acuñó el concepto Curso de Vida en 1964 en el ensayo *Life course and Social Structure* (Marshall y Mueller, 2003). En relación al proceso de gestación de esta perspectiva, Glen Elder (*et al.*, 2003) señala al trabajo de William Thomas y Florian Znaniecki: *The Polish peasant in Europe and America*, realizado en la década de los años veinte, como uno de los genitores de esta perspectiva, en él se enfatiza la necesidad de que las investigaciones sociales tengan un acercamiento longitudinal basado en la historia de vida de los individuos utilizando información biográfica. Sin embargo, tuvieron que pasar varias décadas para que en la academia renaciera el interés por un acercamiento con estas características.

En la década de los años cincuenta el enfoque de curso de vida encuentra uno de sus mayores espacios de gestación en Estados Unidos (el resto puede situarse en Europa), país donde ocurrieron al menos cinco hechos que promovieron su desarrollo (Elder *et al.*, 2003):

(1) *La proliferación de estudios sobre la infancia.* En Estados Unidos a principios del siglo XX, algunos estudios relacionados con el estudio de la infancia, con un abordaje psicológico más que sociológico, dieron seguimiento a grupos de infantes durante los primeros años de vida. Posteriormente fueron extendidos a otras etapas de la vida de los individuos mediante la recolección de información relacionada con el desempeño escolar, la vida laboral, el matrimonio y la maternidad/paternidad. De ahí que esta información promoviera a su vez una nueva forma de pensar y estudiar la vida de las personas.

(2) *El rápido cambio social.* A lo largo del siglo XX se suscitaron algunos eventos que influenciaron profundamente la trayectoria de vida de las personas: la Primera y Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría, los periodos de prosperidad y contracción económica, y los movimientos pro derechos humanos, por mencionar algunos. Estos eventos y las nuevas circunstancias que les sucedieron alentaron el interés por conjuntar desde la sociología la edad cronológica, la agenda social existente y el tiempo histórico para comprender la vida de las personas (Elder, 1975).

(3) *Los cambios en la composición de la población estadounidense y de otros países.* De la mano del cambio social experimentado en Estados Unidos se encuentra la no menos interesante conformación étnica de su población. A lo largo del siglo pasado ciertos grupos aumentaron su volumen, mientras otros vieron reducido su tamaño. Esta forma de diversidad en conjunción con otros tipos (socioeconómica o de género, por ejemplo) enfatizaron la necesidad de estudiar las trayectorias vitales entre los diferentes grupos sociales.

(4) *El cambio en la estructura por edad de la población.* Los cambios derivados de la dinámica demográfica no son perceptibles de forma instantánea, la mayoría de ellos se manifiestan al paso del tiempo. Por ejemplo, el descenso de la mortalidad promueve que la gente viva más, lo cual se traduce en una esperanza de vida mayor. El declive de la fecundidad, en conjunción con el de la mortalidad, propicia escenarios envejecidos donde las nuevas generaciones habrán de desarrollarse. Estos hechos, entre otros, estimulan en los estudiosos de la población nuevas preguntas que reclaman respuestas.

(5) *El importante número de investigaciones con carácter longitudinal que tuvieron lugar a partir de la década de los sesenta.* En Estados Unidos y algunos países europeos se desarrollaron un buen número de proyectos con abordaje longitudinal, hecho que dio el empujón definitivo que necesitaba el estudio cada vez más complejo de la vida de las personas.

Así, la producción bibliográfica desde los albores de la década de los veinte ha sido cuantiosa y muy variada. De acuerdo con Glen Elder (1975) los textos clave para entender el desarrollo de esta perspectiva son: en la década de los treinta *The curve of life as studied in biographies* de Bühler, donde se reflexiona en torno al tiempo de vida individual³. En relación al tiempo social, sobresalen los trabajos teórico-analíticos de Linton (*Age and sex categories*) y de Parsons (*Age and sex in the social structure of the United States*), ambos realizados en la década de los cuarenta, y de Eisenstand (*From Generation to Generation: Age Groups and Social Structure*) en los cincuenta. Además, respecto al tiempo histórico, el propio Glen Elder (1975) ubica el ensayo *The Problem of Generations* de Mannheim como piedra angular en la construcción de esta perspectiva diacrónica. Más adelante, a finales de la década de los años sesenta, Bühler en

³ *Individual life time* o *life span*

colaboración con Massarik trabajaron con el concepto de ciclo de vida biológico en *The Course of Human Life*. Asimismo, Victor Marshall y Margaret Mueller (2003) destacan el trabajo de Wright Mills de 1959 *The Sociological Imagination*, en él se articulan algunas ideas relacionadas con una perspectiva longitudinal. Ya en el marco de la perspectiva de curso de vida, hacia finales de los setenta, Elder en *Family history and the life course* y Hareven en *Transitions: The family and the life course in historical perspective* establecen los primeros modelos sobre trayectorias sociales centradas únicamente en el ciclo de vida familiar, los cuales conciben como un conjunto de etapas ordenadas que van desde el noviazgo hasta la disolución de la unión, ya sea por divorcio o separación, o por la muerte de alguno de los cónyuges (Elder *et al.*, 2003). Así, con estos y los desarrollos subsiguientes, la perspectiva de curso de vida viene a enriquecer el marco analítico de ciclo de vida prevaleciente durante la primera mitad del siglo XX, pues no supone una secuencia normativa de los eventos experimentados por la unidad de análisis.

I.1.ii. Pilares y definición

Bajo el enfoque de curso de vida confluyen e interaccionan multiplicidad de factores del ámbito económico, cultural, social y familiar. Cualquier implicación de lo social sobre la vida del individuo depende de lo que la gente traiga o aporte al proceso de cambio, así como de la naturaleza y severidad del cambio (Elder, 1994). Asimismo, Glen Elder (1992; *et al.*, 2003) asentó la perspectiva de curso de vida sobre cinco principios o postulados, los cuales se exponen a continuación:

El principio del desarrollo a lo largo de la vida: Los cambios que experimentan las personas no son exclusivos de determinada etapa o periodo de vida. Los individuos son susceptibles de experimentar cambios fundamentales de orden biológico, psicológico o social, a lo largo de toda su existencia. El desarrollo humano y el envejecimiento son procesos que duran toda la vida. Por ello, es necesario tener una perspectiva de largo plazo en la investigación y el análisis. “Estudiando la vida de las personas a lo largo de amplios periodos de tiempo incrementamos el potencial de interacción entre el cambio social y el desarrollo individual” (Elder *et al.* 2003: 11).

*El principio del libre albedrío*⁴: Las personas construyen su vida con base en un permanente juego de toma de decisiones, elecciones y acciones, todo dentro de un marco de oportunidades y restricciones, las cuales a su vez están gobernadas por el complejo entramado de circunstancias históricas y sociales que les toca vivir. Es decir, la gente traza su curso de vida en función de las opciones, o ausencia de éstas, que se les van presentando y de acuerdo a las restricciones sociales y a las acciones previas.

El principio del tiempo y lugar: De acuerdo con Thomas F. Gieryn (citado en Elder *et al.* 2003:12) “un espacio físico posee tres características esenciales: una ubicación geográfica, un tipo de cultura; y un sistema de significados y valores”. El curso de vida de las personas es parte del espacio y el tiempo histórico en el que se desarrolla, al tiempo que también es una fuerza capaz de moldearlo. Es decir, la forma en la que los individuos viven su vida depende del contexto (cambiante) en el que se desarrolla, el cual en ocasiones limita, abre o cierra oportunidades y opciones de vida de manera diferencial, en distintos momentos de la vida, con historias de vida pasada y expectativas futuras también diferentes.

El principio de la temporalidad: Se refiere al momento en la vida de una persona en que sucede un evento. Los efectos de las transiciones que marcan el flujo vital varían de acuerdo al momento en que ocurren. Además, las mismas experiencias pueden afectar de distinta manera a las personas dependiendo de cuándo acontecen. Por ejemplo, un primer embarazo presupone riesgos distintos para la salud de la mujer que lo experimenta según la edad en la que éste ocurra.

El principio de las vidas interconectadas: La interacción de una persona con otras es fuente de continuas influencias sobre las vidas de los socializantes. Las acciones, decisiones y elecciones que va tomando un individuo a lo largo de su vida afectan el curso de vida de las personas con las que socializa y viceversa. Por ejemplo, las decisiones o los cursos de acción que emprenden los padres tienen consecuencias directas sobre la vida de sus hijos en prácticamente cualquier espacio donde éstas sucedan.

⁴ El concepto en el idioma inglés es *Agency*. Blanco y Pacheco (2003) proponen la noción de “libre albedrío” o “libre acción” como sinónimo de la traducción literal de dicho concepto.

De esta forma, la perspectiva de curso de vida puede ser vista como “el entretrejimiento de trayectorias graduadas por la edad, tales como las carreras laborales y las trayectorias familiares, que están expuestas a condiciones cambiantes y opciones futuras, y a corto plazo como transiciones que pueden ir desde la salida de la escuela hasta la jubilación o retiro”⁵ (Elder, 1994: 5), o como un “proceso complejo y multidimensional que es continuamente estructurado a partir del cruce y articulación de las diversas e interdependientes trayectorias que el individuo sigue a lo largo de su vida en diferentes ámbitos o dominios institucionales y sociales. A su vez, esas trayectorias son moldeadas tanto por el propio individuo, como por las influencias ejercidas y los condicionamientos impuestos por los mundos cambiantes en los que aquél se mueve en los distintos momentos o etapas de su vida” (Camarena, 1999: 257). Otras miradas sobre este enfoque establecen que la perspectiva de curso de vida es “un marco analítico para estudiar individuos y familias en el tiempo, dentro de los límites de una sola generación y a través del contexto histórico de generaciones sucesivas” (Ojeda de la Peña, 1989: 12), o bien, “un esquema flexible para comprender la interacción de los diferentes ‘relojes’ que gobiernan el movimiento de los individuos y las familias a través de sus vidas en una sociedad cambiante” (Tuirán, 2001: 53). Así, en esta investigación se considera que la perspectiva de curso de vida es un enfoque diacrónico que permite estudiar el flujo vital de las personas, examinando la trayectoria de vida de los individuos en distintos ámbitos y bajo diferentes contextos, al tiempo que permite analizar los posibles vínculos que se establecen entre éstas como consecuencia del conjunto de fuerzas sociales, económicas y culturales que actúan sobre las personas.

I.1.iii. Algunos conceptos relevantes de la perspectiva de curso de vida

Antes de enlistar y describir los conceptos fundamentales de la perspectiva de curso de vida es preciso exponer algunas ideas más generales. Como ya se mencionó, esta perspectiva observa los distintos estadios de las trayectorias de vida de las personas como la intersección principalmente de tres tiempos (Hareven, 1981; 1982; 1998):

Tiempo individual. Se refiere al tiempo biológico o psicológico de los individuos, es decir, la edad cronológica (Hareven, 1982; 1998). Desde hace tiempo la edad ha sido reconocida como un elemento básico en los estudios sociológicos (Elder, 1975). En la mayoría de las

⁵ Traducción libre.

sociedades occidentales el curso de vida es, al menos parcialmente, estructurado por la edad. El grado de estructuración de la edad, o el grado relativo de estructuración de la edad formal o informal, puede variar de acuerdo al ámbito de la vida que se estudia (Settersten, 2003). Por ejemplo, en muchas sociedades los roles sociales y actividades son asignadas con base en la edad o periodo de vida.

Tiempo familiar. Hace alusión a la ocurrencia de los eventos familiares: matrimonio, paternidad, salida del hogar familiar (Hareven, 1982; 1998). La esfera familiar podría no estar estructurada por la edad como lo es el trabajo y la escuela. Sin embargo, las familias son claramente diferenciadas por la edad, especialmente porque la posición generacional define el lugar del individuo dentro de la familia. Las formas y las trayectorias familiares son especialmente complejas y diversas. La experiencia del tiempo familiar es más contingente y menos predecible que las otras esferas. Además, este espacio moldea identidades, roles y responsabilidades. El ámbito familiar también es considerado como un ente privado y pocas veces controlado por el Estado (Settersten, 2003).

Tiempo histórico. Para interpretar los efectos o correlaciones de la edad y el año de nacimiento se debe especificar todo lo que ellos encierran (Elder, 1975). El tiempo histórico da cuenta de la influencia que tienen ciertos eventos históricos (guerras, catástrofes, periodos de crisis y prosperidad económica, o eventos especiales de carácter político y social) sobre las vidas de los individuos (Hareven, 1982; 1998).

Ahora bien, en repetidas ocasiones se ha hecho referencia a los conceptos de trayectoria y transición sin detenernos en su definición. El curso de vida es una colección de trayectorias en las que se pueden observar la ocurrencia o no de determinadas transiciones o eventos. Así, las *trayectorias* son las rutas que el sujeto en estudio sigue a lo largo de los distintos espacios de su vida social. Ejemplo de ellas son: las trayectorias familiares, las trayectorias laborales, así como las escolares o las reproductivas. Este concepto no necesariamente califica la secuencia o velocidad con que se realizan las transiciones. Rodolfo Tuirán (1996) recalca que la perspectiva de curso de vida reconoce que los individuos pueden evitar algunos estados, dejar o regresar a otros estados y permanecer un tiempo variable en cualquier estado. Las *transiciones* son los

eventos que modifican o caracterizan la trayectoria, marcan el paso de un estadio a otro: entradas o salidas del mercado laboral, una migración, una unión conyugal o un divorcio son ejemplo de transiciones. En principio éstas pueden ocurrir en cualquier momento de la vida de las personas, sin embargo, cada sociedad establece un sistema de expectativas en torno a la edad (Hogan, 1980; Hogan y Astone, 1986). Por ejemplo, a principios de los sesenta, Berenice Neugarten (*et al.*, 1965) mostró que parte de la sociedad estadounidense consideraba que la edad ideal para que un hombre se casara estaba entre los 20 y 25 años, y para una mujer, entre los 19 y los 24.

Otro concepto fácil de entender, pero difícil de traducir, es el de *turning point*. Esta noción hace referencia a momentos altamente significativos de cambio, momentos que redundan en ajuste, cuando no en replanteamiento, del flujo vital de las personas que los experimentan (Blanco y Pacheco, 2003). Un accidente o la muerte de un familiar pueden ser ejemplo de ello.

Por su parte, cohorte y generación son conceptos propensos a ser confundidos y a ser utilizados como sinónimos. Una *cohorte* puede definirse como un conjunto de individuos que experimentan el mismo evento dentro del mismo intervalo de tiempo (Ryder, 1965). Por ejemplo, la cohorte de nacimiento es el conjunto de personas que nacieron en un mismo intervalo de tiempo y que crecerán juntos. Los miembros de una cohorte comparten una historia social; esto es, los eventos históricos y las oportunidades y restricciones impuestas por la sociedad en un momento determinado. La forma en cómo los individuos viven sus propias experiencias pueden promover nuevos contextos para otras personas. Las reacciones de algunas cohortes ante sus experiencias históricas normalmente se convierten en modelos normativos, que una vez racionalizados por la sociedad, influyen la vida de las nuevas cohortes (Alwin y McCammon, 2003). Es decir, “cada cohorte posee una composición y características distintivas que reflejan las circunstancias de su origen e historia únicos. Cada nueva cohorte hace contacto fresco con la herencia social contemporánea y lleva el sello del encuentro a través de su vida”⁶ (Ryder, 1965: 844). En relación al concepto *generación*, Duane Alwin y Ryan McCammon (2003) destacan que, para Mannheim en “*The problem of generations*”, haber compartido las mismas experiencias formativas contribuye a una única visión del mundo o a tener un marco de referencia que puede ser una fuerza poderosa en la vida de las personas; para Ortega y Gasset la generación es la concepción más importante de la historia, pues cada generación tiene una misión especial siempre y cuando ésta no haya sido alcanzada. Así, el concepto de generación

⁶ Traducción libre.

tiene más de un significado: puede referirse a las relaciones entre individuos que tienen un antecesor común; por ejemplo, en una estructura familiar donde conviven tres generaciones sería aquella constituida por los abuelos, padres y tíos, e hijos y primos. Otra acepción sería el conjunto de personas que nació en cierta época y que por consiguiente experimentó los mismos eventos históricos. Por ejemplo, en la canción *My Generation* del grupo inglés The Who, Pete Townshend separa el colectivo al que pertenece y con el que se identifica social y cronológicamente, del resto de la sociedad, suponemos, inglesa:

People try to put us down (Talkin' 'bout my generation)
Just because we get around (Talkin' 'bout my generation)
Things they do look awful cold (Talkin' 'bout my generation)
I hope I die before I get old (Talkin' 'bout my generation)

Otro aspecto de la perspectiva del curso de vida es el análisis *intercohorte*. Éste se enfoca al análisis de dos o más cohortes sucesivas que envejecerán bajo diferentes condiciones históricas y socioculturales. Asimismo, el *efecto de cohorte* se refiere a distintas experiencias formativas que los miembros de una cohorte comparten –y los marcan– a través de sus vidas; por ejemplo, el tamaño de la cohorte (Ryder, 1965). Sin embargo, no se debe limitar la concepción de efecto de cohorte a aquella que va en una sola dirección, entre historia e individuo (Alwin y McCammon, 2003), pues las personas en su carácter de agentes pueden influir en la producción, reproducción o transformación de su entorno social (Giddens citado en Salguero, 2008).

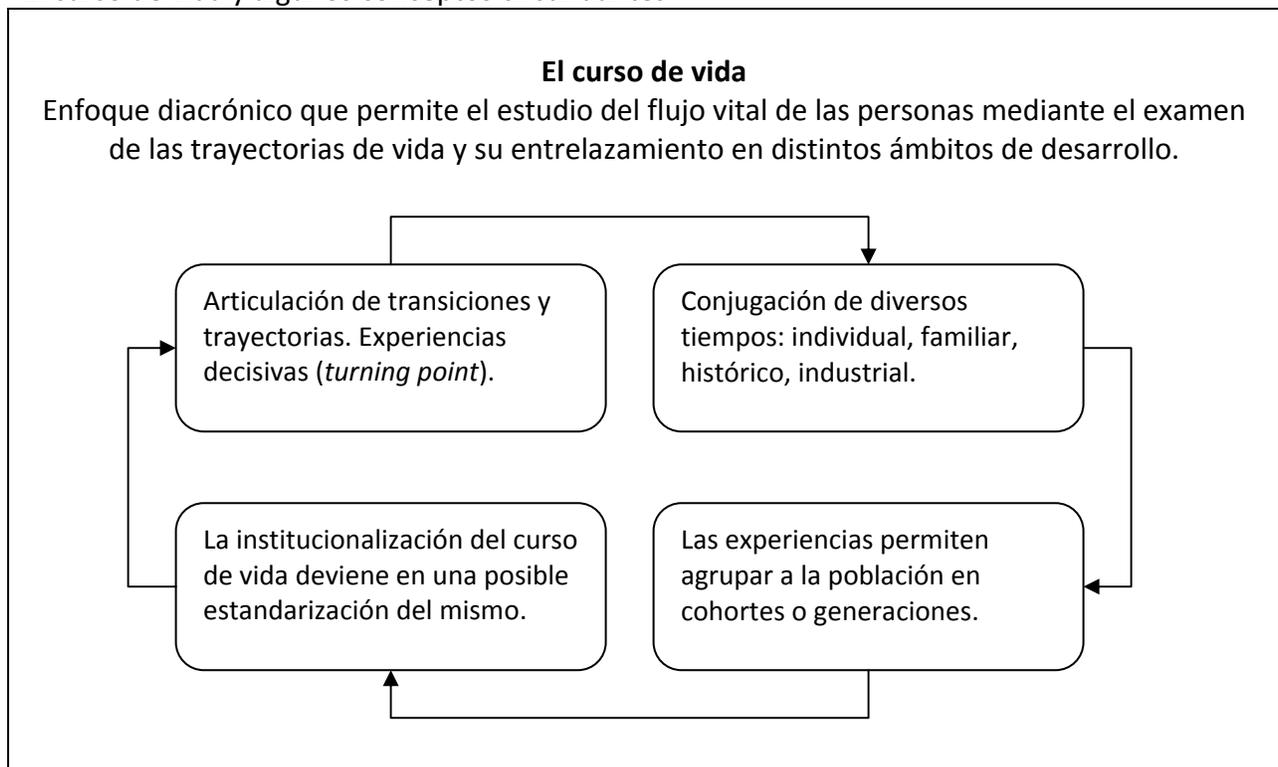
Otros desarrollos conceptuales a destacar por su utilidad para esta investigación son el de estandarización e institucionalización de los cursos de vida. La *estandarización* se refiere a la regularidad de los patrones de vida como resultado directo de la institucionalización. La *institucionalización* por su parte tiene que ver con las formas en la que el curso de vida es estructurado por organizaciones, instituciones y el Estado. Por ejemplo, el Estado al introducir límites formales de edades para ciertos asuntos públicos estructura en mayor o menor medida el curso de vida de las personas. Esto no es nuevo, en Occidente, particularmente en la Europa del siglo XIX, el Código Napoleónico ya definía ciertos límites de edad para asumir algunas responsabilidades jurídicas y penales (Pries, 1996). Con el establecimiento de edades mínimas o máximas para ciertos derechos u obligaciones el curso de vida toma cuerpo en el sentido de constituir una estructura universal de puntos o periodos en las vidas individuales. Rosa María

Camarena (1999) distingue tres planos altamente imbricados sobre los que la acción estatal puede tener injerencia: la segmentación del curso de vida, la consolidación y formalización y/o el establecimiento o transformación de sistemas de gradación por edad, y la complejización del curso de vida. Esto se puede ver en México cuando se sabe que en la definición política del país se prohíbe “la utilización del trabajo de los menores de catorce años”, o se establece que “los mayores de esta edad y menores de dieciséis tendrán como jornada máxima la de seis horas”, o bien, que “la educación preescolar, primaria y la secundaria conforman la educación básica obligatoria”⁷. De esta forma, se encausan legalmente los primeros años de vida de los mexicanos a actividades educativas más que productivas.

Por lo demás, a manera de síntesis, el siguiente esquema recupera la definición del enfoque del curso de vida, base de esta investigación, y algunos conceptos circundantes.

Esquema I.1.

El curso de vida y algunos conceptos circundantes



Fuente: Elaboración propia con bibliografía seleccionada.

⁷ Extractos de los artículos 123 y 3ro. de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

Otro desarrollo conceptual, gestado principalmente en Estados Unidos y en algunos países de Europa, está abocado al estudio del tránsito de la población joven a la vida adulta. Este enfoque enmarca el objetivo de este proyecto de investigación y se describe a continuación.

I.2. Transición a la vida adulta

Estaba a medio camino atravesando América,
en la línea divisoria entre el Este de mi juventud
y el Oeste de mi futuro...

Jack Kerouac, *En el camino*

Algunos autores reconocen en la publicación *Centuries of Childhood* de Phillipe Ariès de 1962 el comienzo de una intensa discusión académica en torno a cómo, cuándo y por qué etapas como la niñez y adultez son creadas y definidas culturalmente como segmentos de la vida de las personas (Furstenberg *et al.*, 2005). En mayor o menor medida, la gente ha adoptado los términos infancia, adolescencia, adultez joven, madurez y vejez como periodos de la vida. Estos conceptos han sido construidos con base en un conjunto de condiciones sociales, económicas y culturales. En las sociedades modernas estas etapas son difundidas con su correspondiente carga de normas sociales, arreglos institucionales, afiliaciones sociales, e identidades personales (Furstenberg *et al.*, 2005).

De acuerdo con Alberto del Castillo (2006), el concepto de niñez predominante durante el siglo pasado se encuentra estrechamente vinculado con los inicios del sistema educativo moderno. La práctica de una lectura y una escritura masivas incorporó a los sujetos en un nivel de abstracción que modificó también la percepción del mundo adulto. Como parte de este proceso, a los infantes se les separó de los adultos y, en este camino de diferenciación, se les construyó una identidad de la que históricamente habían carecido.

El surgimiento de la adolescencia como grupo social diferenciado de la infancia y la adultez se explica, entre otras cosas, por la expansión de la educación formal y las transformaciones económicas y sociales, tales como la industrialización y la urbanización. Aunque estos cambios son anteriores al siglo XX, para Frank Furstenberg (*et al.*, 2005) fue hasta comienzos de dicho siglo que se identificó a la adolescencia como una etapa que permitía que la

gente joven recibiera una mayor escolaridad, explorara nuevas opciones y forjara un sentido de sí mismo, pues algunas transformaciones similares a las del pasado están sucediendo hoy día, por ello, continua el autor, es propicio considerar el periodo inmediatamente anterior a la adultez como una etapa de la vida en sí misma. A este respecto, Cynthia Lloyd (*et al.*, 2005a) señala que ciertamente en el pasado tanto los hombres como las mujeres jóvenes tendían a cambiar directamente de la infancia a la edad adulta, pero en la actualidad dicho intervalo parece estarse alargando. En suma, una pubertad temprana y un desarrollo social tardío producen un espacio en el curso de vida en el que convergen ciertos aspectos de autonomía y autodeterminación con otros tantos de dependencia (Furstenberg *et al.*, 2005).

Ahora bien, como se mencionó anteriormente, derivado del enfoque de curso de vida surge el esquema de *transición a la vida adulta*, el cual describe el proceso por el cual una persona se transforma en un adulto independiente, productivo y reproductivo (Coubès y Zenteno, 2005). Este pasar de joven a adulto está conformado tradicionalmente por una serie de eventos clave en el curso de vida de los individuos: salida del sistema escolar, primer ingreso al mercado laboral, salida del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y el advenimiento de la maternidad/paternidad (Fussell y Furstenberg, 2005). El supuesto fundamental detrás de esta representación es que la transición hacia la vida adulta está institucionalmente relacionada con el proceso de integración de una sociedad. De hecho, Marie-Laure Coubès y René Zenteno (2005) advierten que las características de esta transición, por sus efectos en las etapas posteriores del curso de vida determinan en gran medida las características y condiciones de integración social del individuo. Así, el camino que lleva a los jóvenes a convertirse en adultos es un proceso de maduración psicológica y social, en el que los individuos están sujetos a normas impuestas por las instituciones sociales (Mier y Terán y Rabell, 2001; Mier y Terán, 2004).

De acuerdo con algunos autores, el tránsito a la vida adulta es un proceso socialmente construido en donde es posible identificar un modelo normativo que describe tanto la secuencia como la temporalidad de los eventos que lo conforman. Es decir, un modelo que define un orden socialmente establecido y las edades en las cuales ha de realizarse (Neugarten *et al.*, 1965; Hogan, 1980; Hogan y Astone, 1986). En las sociedades occidentales, este orden cronológico enmarca una expectativa social porque la responsabilidad de una nueva familia, sobre todo una vez que inicia la reproducción, se asume cuando los individuos ya adquirieron una autonomía económica y residencial (Coubès y Zenteno, 2005).

Sin embargo, el esquema tradicional de transición a la adultez ha sido blanco de algunas críticas. Marie-Laure Coubès y René Zenteno (2005: 335) exponen que hay una vertiente que argumenta que “el enfoque descansa en una concepción funcionalista, porque reduce las dimensiones de la identidad de los individuos a los roles y estatus que lo definen”, además “al considerar a los jóvenes como seres inacabados socialmente y, consecuentemente, la edad adulta como el estadio último de la maduración, se condena al inmovilismo”. En respuesta, estos mismos autores señalan que “aunque el estudio de roles y estatus tenga sus límites [...] y tome el riesgo de considerar sólo a una subpoblación como adultos, son esos roles y estatus los que, en parte, definen las expectativas sociales hacia las personas en una sociedad”.

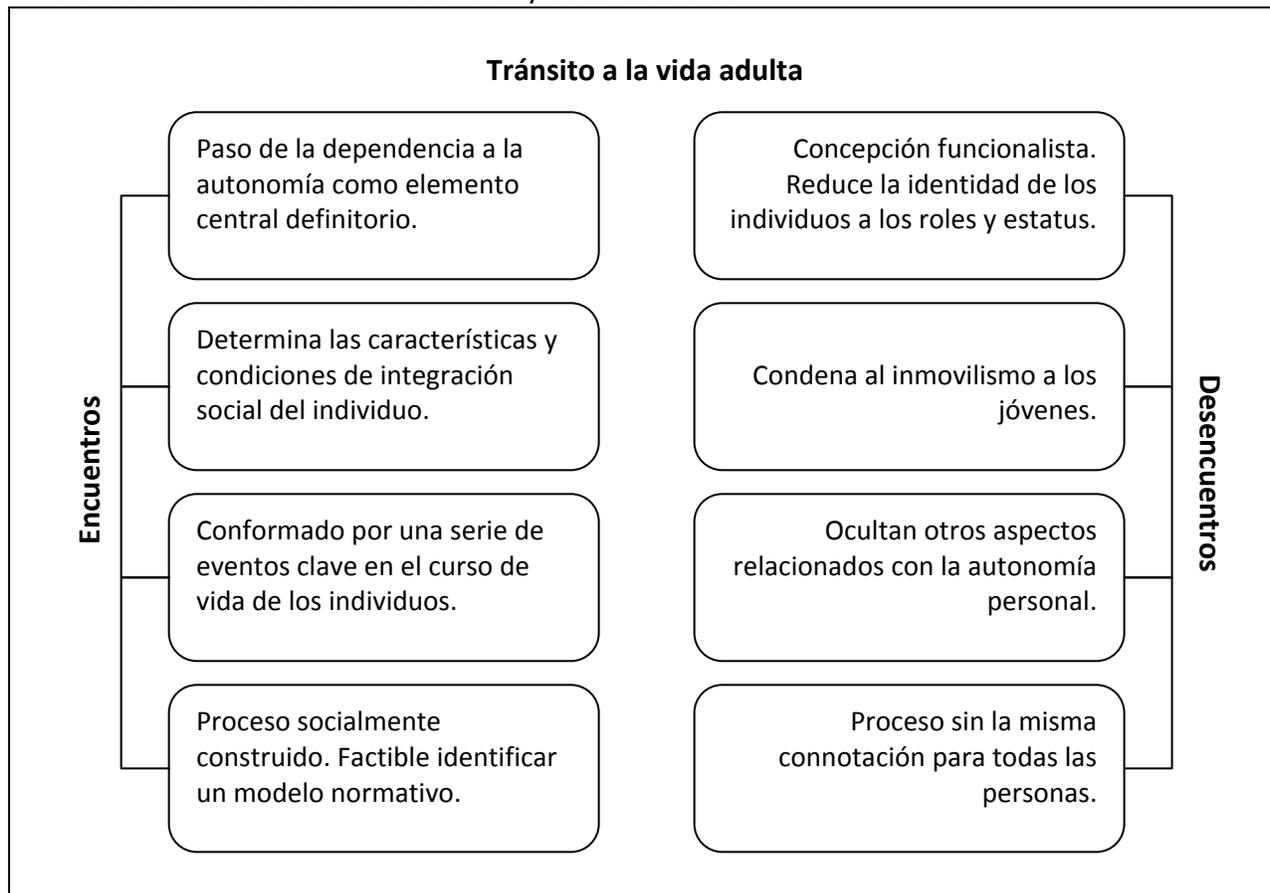
Otra crítica está asociada con la implementación de un “modelo normativo” como noción de una trayectoria típica y esperada que lleva a un cambio de roles propios de la vida adulta (completar la educación formal, conseguir un empleo de tiempo completo, casarse y formar un hogar independiente, y tener el primer hijo), pues algunos estudios muestran que el paso de la juventud a la vida adulta no tiene la misma connotación para todas las personas (Corjin, 2001). Esto es, que la población joven no necesariamente sigue una única secuencia y que la temporalidad de los eventos puede variar en contextos estructurales diferentes.

Por otro lado, Minor Mora y Orlandina de Oliveira (2009), siguiendo algunas reflexiones de Jeffrey Jensen Arnett, exponen que al otorgar demasiada importancia a la experiencia o no de ciertos eventos se ocultan otros aspectos relacionados con la autonomía personal, pues poco se sabe acerca de la forma en la que los propios jóvenes conciben los eventos que los conducirán a la adultez.

De esta manera, la discusión en torno al esquema de transición a la vida adulta que se acaba de exponer, se resume en el siguiente esquema, pone en evidencia la necesidad de realizar algunos ajustes, ya que dicho esquema exhibe algunas deficiencias. Por ello, el propósito del siguiente apartado es ampliar la mirada sobre el tránsito a la adultez revisando la forma en que otras disciplinas del saber han abordado el tema, ejercicio que junto con lo presentado hasta el momento permitirá delinear la concepción que esta investigación tendrá sobre el tránsito a la vida adulta.

Esquema I.2.

El tránsito a la vida adulta: Encuentros y desencuentros



Fuente: Elaboración propia con bibliografía seleccionada.

I.2.i. Otras miradas sobre el tránsito a la adultez

Distintas y muy variadas disciplinas están interesadas en el estudio de las diferentes etapas del desarrollo humano. Por la cercanía que guardan con los estudios de población, esta investigación centrará su atención en algunos de los conceptos desarrollados por la psicología, antropología y sociología relacionados con el intersticio entre la niñez y la edad adulta. En términos generales, estas tres áreas del saber coinciden en nombrar *adolescencia* a la etapa que han de transitar las personas para pasar de la infancia a la vida adulta⁸. También concuerdan en que el comienzo de la adolescencia está asociado con el pleno desarrollo de la sexualidad genital (pubertad), y en que es difícil establecer el momento en el que ésta finaliza. Así, en los próximos apartados se expone

⁸ La sociología también llama a esta etapa “juventud”; en general, propone la existencia de algunas subdivisiones de la vida de las personas para atender la diversidad de situaciones, llamadas: primera y segunda infancias, la adolescencia, jóvenes adultos, estadio de matrimonio, crianza y roles parentales, nidos vacíos, jubilación y cuarta edad (Casal *et al.*, 2006).

de forma sucinta la manera en que la psicología, antropología y sociología han estudiado la adolescencia a la vida adulta.

I.2.i.a. Enfoque psicológico

Entre los temas de mayor interés para la psicología está el problema de la identidad en la adolescencia. En el transcurso de la pubertad el cuerpo experimenta una transformación morfológica, de funcionamiento y de apariencia, que con el paso del tiempo se convertirá en un cuerpo adulto, sexualizado. De esta forma, el adolescente tiene varias tareas (nada sencillas durante este periodo): debe adaptarse a los cambios físicos y fisiológicos, integrar en la imagen de sí mismo su cuerpo en transformación, asumir una identidad de género⁹ y avanzar en el camino que lo llevará a la sexualidad genital adulta (Bloch, 1996). Este proceso de reconfiguración acarrea muchas inquietudes, dudas y angustias para los jóvenes. La adaptación a los cambios corporales se produce también en un contexto de cambio en las relaciones con los demás. Los vínculos que entretienen “a menudo se ven influenciados por representaciones colectivas y creencias sobre el advenimiento precoz o tardío de la pubertad, sobre la naturaleza y el sentido de los signos que anuncian la maduración sexual, y por los modelos culturales de belleza y de seducción asociados al hombre y a la mujer” (Bloch, 1996: 21).

Otro elemento a destacar es el de la llamada *crisis de la adolescencia*. El paso del estado de dependencia (infancia) al de autonomía afectiva y social (edad adulta) transcurre primordialmente en el medio familiar. En este contexto, el psicoanálisis ubica la crisis de la adolescencia, la cual es “desencadenada por el despertar de la pulsión que provoca la maduración sexual”, en tanto que su salida se caracteriza por el “abandono de las antiguas identificaciones familiares, la elaboración de nuevos mecanismos de defensa y el reforzamiento de las actividades autónomas del Yo que le llevan, entre otras cosas, a una diversificación de las relaciones con el otro” (Bloch, 1996: 21). Para Erik Erikson, lo que se desarrolló durante la infancia y lo que se desarrolla durante la adolescencia debe formar parte de la “estructura de una cosmovisión integrada, para permitir que las vulnerabilidades de la infancia humana se transformen en fuerzas generacionales” (Erikson, 1981: 42).

⁹ En esta tesis se considera que la *identidad de género* es un concepto que trasciende cualquiera de los tres enfoques abordados, pues deviene de la perspectiva de género que en sí misma es una mirada que permite comprender distintos fenómenos sociales. No importa qué aspecto poblacional se estudie, “se podrá entender, en algunas de sus características y dinámicas, desde la perspectiva de la diferencia sexual y las construcciones culturales y sociales a las que da pie” (Olavarría *et al.*, 1998: 10).

Así, en la adolescencia el joven redefine el vínculo que mantiene con sus padres para que, en el nuevo estadio de la relación, su autonomía e identidad sean plenamente reconocidas por sus interlocutores. Al tiempo que esto sucede, el individuo se abre a un mundo mucho más amplio, en el que sus coetáneos cobran una importancia particular, pues son un poderoso agente de socialización cuyas funciones son complementarias a las del grupo familiar. Este grupo facilita el desarrollo de las relaciones de amistad y la experiencia de la intimidad, al tiempo que estimula las identificaciones recíprocas y contribuyen a la modificación de la identidad personal y social (Bloch, 1996).

I.2.i.b. Enfoque antropológico

La antropología reconoce que la adolescencia, en tanto periodo entre la infancia y la vida adulta, es reconocida por muchas culturas, aunque no por todas. En relación al aspecto biológico de esta etapa, resalta el desarrollo de las características sexuales secundarias y sobre todo, el desarrollo de la capacidad reproductiva. En lo que respecta al aspecto social de la adolescencia, interesa la incorporación social de los individuos a la vida cultural de su comunidad. De hecho, en algunas culturas el inicio de la adolescencia tiene lugar antes de los cambios biológicos mediante ritos asociados al flujo vital o mediante el matrimonio infantil (Barfiel, 2001). Para Arnold van Gennep (1986) buena parte de estos acontecimientos, constituyen ritos de paso por medio de los cuales las personas experimentan una transformación social. Además, los ritos de paso incluyen ceremonias conmemorativas de hitos personales como el nacimiento, la madurez, el matrimonio y la muerte.

La antropología encuentra en la adolescencia un interés permanente, en tanto cómo distinguir lo que está determinado por la cultura de lo que está determinado por la biología. Las transformaciones sociales que experimentan las personas asociadas a la transformación del cuerpo pueden conducir a una reconfiguración importante del autoconocimiento y del comportamiento social del individuo. En algunas sociedades esta transformación puede ser drástica y espectacular, y viene acompañada de cambios en la apariencia física (cambios en la indumentaria y en el porte) y por la asunción de nuevos derechos y responsabilidades. En otras, los cambios dan apariencia de cierta continuidad, pues son más graduales las transformaciones que se dan entre la infancia y la adolescencia, y entre ésta y la vida adulta (Barfield, 2001).

Asimismo, la antropología reconoce que pueden existir diferencias en las experiencias, los roles sociales y la socialización de los adolescentes según el sexo de los jóvenes. Los hombres socializan más frecuentemente en espacios separados, relativamente, del ámbito doméstico, en tanto que las mujeres aparecen más plenamente integradas en las unidades domésticas. De igual forma, la antropología considera que mientras los aspectos biológicos de la adolescencia han permanecido más o menos invariables a lo largo de historia de la humanidad, los cambios históricos que experimentan las sociedades y que repercuten en la vida cultural pueden promover transformaciones en la organización social de la adolescencia que redefinen su significado y la forma de experimentarla (Barfield, 2001).

I.2.i.c. Enfoque sociológico

Además de la vertiente física de la adolescencia, la sociología “reconoce su carácter psicosocial, por la que el adolescente encuentra sentido coherente del Yo y de la identidad personal, y que constituye un fenómeno singular de cambios mentales, con los que se adquiere autonomía de la familia y homogeneidad con los coetáneos [...], el contacto con los coetáneos refuerza el ideal moral y estético, alimenta posturas críticas, al tiempo que se agudiza la contradicción entre las expectativas adquiridas y las posibilidades satisfechas” (Giner *et al.*, 1998: 12). El transcurso de la adolescencia promueve un replanteamiento y reedificación de las escalas de valores y de aspiraciones, llevando a las personas a cuestionarse ciertos paradigmas, disociando, o en ocasiones rompiendo, algunas conceptualizaciones preconcebidas: realidad y fantasía, sexualidad y amor, o narcisismo y altruismo (Giner *et al.*, 1998).

Igualmente, la adolescencia se contempla como el periodo donde se adoptan los roles adultos y como el momento en el que las personas se insertan en el sistema competitivo de la sociedad y, por este medio, en el de las presiones sociales orientadas a la definitiva autodefinición de la posición social y de las expectativas ante la vida (Hillmann, 2001). De acuerdo con Salvador Giner (*et al.*, 1998), el adolescente madura en sociedades complejas que mantienen procedimientos y ritos iniciáticos poco eficaces en función de facilitar accesos claros y definitivos a la integración en el mundo adulto.

Por otra parte, la sociología cuenta con un ramal especializado en los temas relacionados con este grupo de población: la sociología de la juventud. Entre los primeros intereses de la sociología de la juventud estaba la dedicada al conflicto generacional y las formas de la cultura

juvenil (Cicchelli, 2005). También interesaba el vínculo entre la posición de adulto y la adquisición de los diversos aspectos de la madurez y el acceso a la autonomía sociocultural y económico-jurídica (Hillmann, 2001). Después de la Segunda Guerra Mundial la sociología de la juventud se interesó por el binomio reproducción y cambio social (Casal *et al.*, 1988). Otros temas que han interesado a la sociología de la juventud son el significado de la edad y de los grupos de edad para la estructura social, los movimientos sociales y el cambio de valores, y la configuración de nuevas formas y nuevos estilos de comunicación (Hillmann, 2001).

A la luz de todo esto, Minor Mora y Orlandina de Oliveira (2009) se plantean la necesidad de estudiar el tránsito a la adultez considerando la perspectiva del sujeto tanto como las restricciones derivadas de la estructura social, donde el foco de atención no sólo se centre en el estudio de determinados eventos en sí mismos (experiencia y temporalidad), sino que debe considerarse como centro del análisis el estudio de la dialéctica sujeto-estructura, enfatizando la figura del individuo como núcleo de la reflexión sociológica.

Así, considerando todo lo anterior, en el siguiente apartado se delinea la concepción que esta disertación doctoral tendrá sobre el tránsito a la vida adulta.

I.2.ii. Repensando el camino a la vida adulta

Las críticas al enfoque sociodemográfico de transición a la vida adulta y la forma en que otras perspectivas han observado esta etapa permite plantearse la pertinencia de ampliar la mirada y analizar otros aspectos de la vida de las personas que pudieran estar vinculados con el proceso de maduración psicológica y social que presupone dicha transición. Por ejemplo, tanto la psicología como la antropología y la sociología coinciden en que el comienzo de este periodo está asociado con el pleno desarrollo de la sexualidad genital (pubertad). A partir de ello es posible suponer que si se introduce el inicio de la vida sexual al estudio del tránsito a la vida adulta se está incorporando, también, un aspecto importante de la vida de las personas, el de la sexualidad.

Ahora bien, salir de la escuela, comenzar a trabajar, dejar el hogar familiar, iniciar una vida conyugal y convertirse en padre o madre, son eventos cuya relevancia, en términos generales, para los individuos que los experimentan o aspiran a experimentarlos, no puede soslayarse. Igualmente se considera que restringir el estudio únicamente a estas transiciones puede ocultar cuestiones relevantes de la vida de las personas necesarios para la comprensión de otros aspectos de este proceso, pues las trayectorias educativas, laborales y familiares influyen,

pero también pueden verse influidas por las trayectorias sexuales. Además del estudio de la ocurrencia y temporalidad de los eventos, que se reconocen forman parte del contexto de referencia, es necesario concebir cada transición como un evento con cierto grado de relevancia, en el que confluyen distintos procesos que posteriormente llevarán u orillarán, junto con otras fuerzas sociales, a que las personas tomen o actúen de determinada manera en su proceso de maduración individual. Cada evento, como punto en el tiempo, forma parte un proceso más amplio, una trayectoria o un conjunto de ellas, que pueden entrelazarse y fundirse en una, conectarse en ciertos momentos o simplemente transcurrir en paralelo.

De esta manera, se circunscribirá la parte empírica de esta tesis al análisis de los eventos o experiencias vitales clásicas del enfoque sociodemográfico más el inicio de la vida sexual. Sin embargo, durante toda la investigación se considerará el tránsito a la vida adulta como un proceso complejo mediante el cual los individuos adquieren cierta fuerza para direccionar su propio flujo vital. Ese proceso se materializa en las posibilidades de elegir y actuar de los individuos dentro de un complejo marco, un híbrido de intereses propios y restricciones sociales. En donde una parte sustantiva de este proceso acontece cuando el individuo asume un mosaico de responsabilidades que van desde las ligadas a la unidad familiar, al contexto social inmediato y al resto de instituciones sociales con las que el individuo interacciona.

I.3. Hacia la adultez desde los estudios de masculinidad

Como se advirtió desde el acápite introductorio de esta tesis doctoral, muchos y muy diversos han sido los trabajos en México que han abordado el tránsito a la adultez desde distintos ángulos, para distintos grupos y sectores de la población (Ojeda de la Peña, 1989; Tuirán, 1998; Echarri y Pérez, 2007). Algunos más han atendido específicamente algunas de las transiciones consideradas por dicho esquema (Quilodrán, 1996; Giorguli, 2004; Castro, 2004; Brugeilles y Samuel, 2005; Parrado y Zenteno, 2005a; Echarri; 2005; Zavala de Cosío, 2005; Martínez, 2006). Sin embargo, un buen número de ellos giran alrededor de la vida y la conducta de las mujeres –sin que esto signifique que el tema ha sido agotado–, mientras que el conocimiento sobre el tránsito a la vida adulta de los hombres es sensiblemente menor.

En este sentido Natalie Davis sugiere que: “deberíamos interesarnos tanto en la historia de las mujeres como de los hombres, no deberíamos trabajar solamente sobre el sexo oprimido, del mismo modo que un historiador de las clases sociales no puede centrarse por entero en los

campesinos” (Davis citado en Scott, 1996). Además, la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo de 1994, llevada a cabo en la ciudad de El Cairo, Egipto, fijó como uno de sus objetivos “establecer la igualdad de géneros en todas las esferas de la vida, incluyendo la familiar y la comunitaria, y promover y capacitar a los hombres para que se responsabilicen de su comportamiento sexual y reproductivo, y de sus roles sociales y familiares” (Naciones Unidas, 1995: 22). Aún cuando este objetivo fue trazado primordialmente sobre el campo de la sexualidad y la reproducción biológica, es importante no perder de vista que también se promueve la responsabilidad social y familiar de los hombres.

Hasta el momento, se ha revisado con cierto detalle la perspectiva de curso de vida y el enfoque de transición a la vida adulta derivado de ella. También se repasó el tratamiento que ha recibido este proceso por parte de otros cuerpos del saber, ejercicio que permitió enriquecer la noción sociodemográfica y desarrollar la visión base de esta investigación del tránsito a la adultez. No obstante, el fuerte componente social del fenómeno de estudio, además de la “naturaleza” intrínseca del objeto (sujeto) de estudio, hacen indispensable incrementar la graduación de la mirada. La incorporación de algunas conceptualizaciones (dioptrías) de los estudios sobre masculinidades al marco teórico permitirá analizar con mayor detalle los pormenores de la transición a la vida adulta de los hombres mexicanos. Antes de eso, se presenta a manera de exordio un breve diálogo entre la perspectiva de género y el tránsito a la vida adulta.

I.3.i. Algunos elementos de la perspectiva de género para la comprensión del tránsito de la juventud a la vida adulta

Las distintas esferas en las que se desarrolla el tránsito a la vida adulta sugieren distintos escenarios donde los sujetos se relacionan. En cada uno de estos espacios el individuo se va construyendo una identidad adulta a lo largo del tiempo. En este proceso de autoconstrucción, el individuo echa mano de herramientas y materiales que le proporcionan las instituciones sociales (Estado, familia, escuela, Iglesia por mencionar algunas). Sin embargo, el individuo, en estricto sentido, no es el arquitecto de su propio destino, no es el único arquitecto de su identidad adulta. Las personas, en mayor o menor medida, se subordinan a las exigencias de un “arquitecto” cultural, el cual provee, como si fueran planos, normas y pautas sobre la forma que ha de tener (ser) su Yo adulto. Desde el género, entendido como el resultado de la producción de normas culturales sobre el comportamiento de los hombres y las mujeres, mediado por la compleja

interacción de un amplio espectro de instituciones económicas, sociales, políticas y religiosas (Lamas, 1996), se puede comprender cómo las personas entretajan su camino a la vida adulta. Es posible suponer que los vértices que delinean el género: asignación de género –aparición externa de los genitales–, identidad de género –experiencia vital alrededor del género asignado–, y rol asignado al género –conjunto de prescripciones que la cultura va marcando acerca del comportamiento femenino y masculino– (Furlong, 2006), son aspectos fundamentales de la vida de las personas que al entrelazarse dejan al descubierto el comportamiento que hombres y mujeres tendrán al llegar a la adultez. En la elaboración de este entramado emergen, si se atiende a lo expuesto por Joan Scott (citado en Lamas, 1996), toda una gama de *símbolos y mitos* que evocan representaciones múltiples (por ejemplo, la familia nuclear como estructura familiar generadora de felicidad); *conceptos normativos* que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos (como la prescripción de que la experiencia de reproducción debe ocurrir dentro de una unión conyugal); *instituciones y organizaciones sociales* que regulan y fomentan las relaciones de género (sistema de parentesco, la familia, el mercado de trabajo segregado por sexo, las instituciones educativas, la política); y una *identidad* de sí, que permiten el autoreconocimiento y el reconocimiento por parte del entorno social, que en el caso de esta investigación está asociada con un modelo o estilo de ser adulto. La interacción de estos elementos conforma lo que se ha denominado sistema de sexo/género, lo que en palabras de Teresita de Barbieri (1992: 151) es el conjunto de “prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento de las personas; son las tramas de relaciones sociales que determinan las relaciones de los seres humanos en tanto personas sexuadas”.

La construcción cultural del género propicia el surgimiento de algunas estructuras que articulan y dan sentido a la vida de las personas. Entre ellas se destacan para esta investigación las *estructuras de prestigio* (Ortner y Whitehead, 1996). El estatus de un individuo, explica Anthony Giddens, depende de las evaluaciones que otros hagan de él o de su posición social, y éstas le confieren prestigio o estima social. Un grupo de estatus se compone de una cierta cantidad de individuos que comparten la misma posición. A diferencia de las clases, los grupos de estatus casi siempre tienen conciencia de su propia posición. La pertenencia a una clase, tanto como a un grupo de estatus, puede ser una importante base de poder social (Giddens citado en

Ortner y Whitehead, 1996). En este sentido, en esta investigación se concibe la adultez como un grupo de estatus, y algunos de los eventos o transiciones que conducen a ella (inicio de la vida laboral, comienzo de la vida sexual, establecimiento de una unión conyugal y la experiencia de la paternidad) como instancias proveedoras de prestigio o estima social. Por ejemplo, en la mayoría de las sociedades el matrimonio es el vínculo entre los sexos más relevante en la determinación del prestigio masculino, pues en muchos casos la unidad doméstica es el espacio donde se producen los bienes destinados tanto al consumo como al intercambio. Además, las mujeres también procrean hijos que a su vez suelen ser medio de producción, pero muchas veces representan sobre todo la continuidad del linaje (Ortner y Whitehead, 1996). Otras representaciones de prestigio, en el caso de los hombres, es el adecuado cumplimiento de los mandatos de masculinidad. El inicio de la vida sexual, la manifestación de la capacidad reproductiva y el rol de proveedor, entre otros, constituyen preceptos de la masculinidad que incrementan/disminuyen el estatus social de quienes los cumplen/incumplen cabalmente. Antes de continuar hablando de esto, es necesario adentrarse en los estudios de masculinidad.

I.3.ii. Manifestaciones de la masculinidad en el tránsito a la vida adulta

“El padre protestante de Abel [Quezada] lo educó para honrar su nombre y padecer las consecuencias [...]. Su divisa [...] es una proclama de la *self-reliance* protestante que le hizo memorizar su padre desde niño: ‘El primer derecho del hombre es creer en el hombre; su primera obligación es no defraudar a los que creen en él.’”

Guillermo Sheridan, “Abel Quezada, Mexicano lateral”, *Letras Libres*, noviembre 2003

El campo de la masculinidad tiene como objeto de estudio a los hombres y lo que estos hacen como referentes más próximos al problema de la dominación masculina. Sin embargo, como parte del género, la masculinidad no sólo da cuenta de los significados asociados al hecho de ser hombre, sino también de las formas en que ellos ejercen el poder y como éste se incorpora en las estructuras e instituciones sociales (Careaga y Cruz, 2006). La masculinidad no es un sinónimo

de hombres sino de un proceso social, estructura, cultura y subjetividad, es, como explican Ana Amuchástegui e Ivonne Szasz (2008) siguiendo a Raewyn Connell, un esquema que organiza el acceso a recursos, segrega los espacios sociales y define ámbitos de poder. Se trata de la historia que constituye posibilidades de sujetos, margina deseos y define identidades no inherentes a los cuerpos masculinos. La masculinidad es, ante todo, un proceso de búsqueda permanente y reafirmación constante de asimetrías y alternativas de cambio en las relaciones entre los géneros e intragenéricamente. También es una relación de poder, un enfrentamiento de visiones del mundo y un espacio de prácticas sociales. Asimismo, la masculinidad no puede entenderse sino como una relación indisoluble sujeto-estructura, dentro de una dinámica dialéctica de la cual no es posible desligarse. La masculinidad es más una red de relaciones complejas de interconexión múltiple que una relación lineal de dependencia entre la estructura social y el objeto sexuado (Ramírez, 2006).

De acuerdo con José Olavarría (2006), es posible identificar cierta versión de masculinidad que se erige en “norma” y deviene “hegemónica”, que forma parte de la identidad de los varones y busca regular al máximo las relaciones de género. Esta forma de ser hombre se ha instituido en norma, toda vez que señala lo que estaría permitido y prohibido. Delimita, en gran medida, los espacios dentro de los que se mueve un varón. Sin embargo, la relación del hombre con otros hombres lleva a demoler la imagen homogénea de la masculinidad, lo cual sugiere que dentro del grupo de varones hay una gradación, una categorización (Ramírez, 2006).

De acuerdo con Raewyn Connell, una de las principales conclusiones de los estudios sobre masculinidad es la diversidad de masculinidades. No hay un modelo único que funciona para todos los momentos y lugares, existen diferentes culturas y los modelos de masculinidad cambian con el tiempo, algunos “estudios históricos de imágenes y debates públicos de la masculinidad han podido rastrear estos procesos culturales a lo largo del tiempo y han mostrado la importancia de un contexto histórico más amplio para las construcciones locales de la masculinidad” (2006: 187). De tal forma, la aportación de Raewyn Connell sobre la existencia de masculinidades ha resultado de gran relevancia para entender una jerarquía de masculinidades que vaya más allá de las relaciones entre hombres y mujeres como si se tratara de entidades discretas y fijas, en lugar de procesos sociales complejos y fluidos (Amuchástegui y Szasz, 2008). Más aún, en esta disertación doctoral se considera que no sólo existen modelos de masculinidades asociados a determinados contextos sociales y culturales, sino que además

existen modelos de masculinidad vinculados con cada etapa de la vida de los individuos. Esto es, que tanto los significados vinculados al hecho de ser hombre, así como la forma en la que se ejerce el poder, varían, o mejor dicho, se desarrollan a lo largo del flujo vital de los individuos. Por ello, a un niño no se le pide que asuma el rol de proveedor, más bien se determina su valía si es capaz de proteger a sus coetáneos (como al niño que le piden que cuide a sus primas al salir a jugar), de igual forma que a un adolescente más que exigirle que cumpla con el mandato de la reproducción, debe mostrar su condición viril a través del inicio de su vida sexual. Los atributos que distinguen a los hombres están sostenidos y reforzados por una serie de mandatos sociales en distintos momentos del tiempo, y que eventualmente formarán parte de su identidad. Estos expresan una masculinidad de referencia en cada etapa del curso de vida, que no necesariamente pueden ejercer o exhibir en los diferentes espacios donde socializan. En consecuencia, su exhibición y ejercicio dependerán de los recursos que posean o hereden, del contexto social en el que vivan, de su sensibilidad y de la exitosa aprobación de las pruebas de iniciación que les permitan reconocerse y ser reconocidos como hombres adultos.

A continuación se detallan algunos mandatos de masculinidad; el inicio de la vida sexual, la manifestación de la capacidad reproductiva y el rol de proveedor, son los mandatos de masculinidad que vinculados con algunos eventos intrínsecos a la vida de las personas, ayudarán a comprender el proceso que conduce a los hombres mexicanos a la vida en adulta.

I.3.ii.a. Inicio de la vida sexual

Todos los hombres, en el vertiginoso instante del coito, son el mismo hombre.

Jorge Luis Borges, *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*

La sexualidad se refiere a comportamientos, prácticas y hábitos donde el cuerpo juega un papel central, así como a las relaciones sociales, ideas, moralidades y significados creados en torno a los deseos y conductas sexuales (Ariza y de Oliveira, 2008). Ana Amuchástegui (2001), siguiendo a Michel Foucault, considera que la sexualidad como constructo histórico se ha desarrollado como instrumento para ampliar las posibilidades del ejercicio del poder dentro de las sociedades contemporáneas. De acuerdo con Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (2008),

una característica particular de la esfera de la sexualidad en las sociedades modernas es su relativa autonomización respecto de los demás ámbitos sociales, con lo cual esta esfera adquiere una notable importancia en comparación con otras actividades humanas. En la actualidad, en algunos contextos y con ciertos matices, “la sexualidad se ha hecho maleable, abierta a una configuración de diversas formas y a una ‘propiedad’ potencial del individuo. La sexualidad es al fin plenamente autónoma respecto de la reproducción” (Rojas, 2008: 56).

Asimismo, la sexualidad en este tipo de sociedades se constituye como un eje de organización que jerarquiza a las personas, que gradúa de respetabilidad y estima social, el prestigio y el poder, de acuerdo a la proximidad que su ejercicio tenga de los códigos normativos imperantes. En las sociedades modernas la relación entre sexualidad y reproducción se aplica sólo a los miembros subordinados de la relación de género: las mujeres. Para los hombres, por el contrario, la sexualidad funge como una afirmación de la masculinidad (Ariza y de Oliveira, 2008). De hecho, las personas que visualizan la virginidad como un estigma, procuran deshacerse de ella lo más pronto posible, pues ser virgen es sinónimo de impericia y falta de conocimiento (Carpenter citado en Ariza y de Oliveira, 2008). En este sentido, Rodrigo Aguirre y Pedro Güell (2002) concluyen en un estudio realizado en varios países de América Latina que los jóvenes, al dar inicio a su vida sexual, no actúan en función de los cálculos racionales, sino en función de no poner en duda su masculinidad.

Igualmente, no sorprende que el inicio de la sexualidad de los hombres responda más a motivaciones culturales que biológicas, tal y como lo muestra la gran variedad de estudios que resaltan la actividad sexual como elemento que confirma la identidad masculina (Figueroa, 1997; Szasz, 1998; Szasz, 2001; Amuchástegui, 2001; Aguirre y Güell, 2002; Bozon, 2003; Stern *et al.*, 2003; Rojas y Castrejón, 2005). De hecho, Ana Amuchástegui (2001: 381) señala que “la virginidad del hombre a cierta edad es considerada como signo de una dudosa identidad masculina [...] Además, si su deseo y su experiencia no concuerdan con la expectativa de una actividad sexual temprana e indiscriminada, puede llegar a poner en tela de juicio su identidad como hombre”. De acuerdo con Claudio Stern *et al.* (2003), cada sociedad ha construido un modelo absoluto de masculinidad, el cual presiona a los hombres mediante un discurso que excluye toda consideración emocional que se considere femenina y enaltece el coito como evento que marca la transición de la niñez a la adultez. Por ejemplo, en algunos sectores de la sociedad mexicana la iniciación sexual es vista como una travesía peligrosa, en la que al final del

“rito de iniciación” el individuo es reconocido con cierto estatus social, el cual le brinda la aceptación de su entorno (Amuchástegui, 2001). Así, las demostraciones sexuales son centrales para la afirmación de la identidad masculina (Amuchástegui, 2001; Bozon, 2003; Stern *et al.*, 2003). De aquí que se considere en esta investigación que el inicio de la vida sexual en los hombres es un mandato que les permite probar su identidad masculina.

I.3.ii.b. Manifestación de la capacidad reproductiva

La masculinidad como planta que ha de regarse todos los días reclama al paso del tiempo nuevas formas de riego. El proceso de edificación de la identidad masculina es un continuo. Prácticamente a lo largo de toda la vida los hombres han de experimentar situaciones para afirmar, y en ocasiones reafirmar, su condición masculina. En un inicio puede que se le pida al niño que cuide hermanas, más adelante ha de mostrar su virilidad mediante la pérdida de la virginidad y reafirmarla ejercitando su sexualidad, en otro momento deberá mostrar que es capaz de satisfacer varias de las necesidades de su familia, pero al paso del tiempo ha de llegar un momento en donde todo lo anterior no sea suficiente y tenga que manifestar nuevamente su masculinidad, para lo cual tendrá que explotar su capacidad reproductiva. La preocupación por la reproducción se construye en relación al contexto social, más que en relación con el cuerpo. Entre más tiempo pase antes de la llegada del primer hijo (y más si ya se está en unión conyugal), el entorno social (conocidos, amigos, familiares) tendrá más elementos para poner en entredicho la virilidad del individuo (Jiménez, 2003). Por ejemplo, en un estudio cualitativo con hombres de la ciudad de México, Olga Rojas corrobora que el inicio de la vida conyugal para los varones de sectores populares es prácticamente el comienzo de su vida como padres, toda vez que entre los padres de sectores populares “estos comportamientos se ajustan a la presión social para dar pruebas de su masculinidad a través de la procreación” (2002: 213). En contraparte, la misma autora señala que los hombres de sectores medios urbanos, con niveles de escolaridad elevados que deciden retrasar el inicio de su vida conyugal y/o el inicio de su vida como padres, son hombres que supeditan estos eventos a la consecución de ciertos logros, pero estos logros no siempre se ajustan a los mecanismos que les permiten reafirmarse como hombres.

En una investigación sobre jóvenes de la ciudad de México, Claudio Stern (*et al.*, 2003) encuentra que la paternidad es considerada como constitutiva de la masculinidad y, por ello, de los proyectos de vida de los jóvenes. Por esta razón, los jóvenes se constituyen como

proveedores, aunque en pocos casos dan a la figura paterna otras funciones: cuidar a los hijos, acompañarlos o participar en las tareas domésticas. Concebir y engendrar hijos es uno de los pasos fundamentales del tránsito de la juventud a la vida adulta, un desafío que ha de superarse (Rojas, 2008). En un estudio sobre significados y prácticas de la paternidad en Perú, Norma Fuller (2000) encontró que tener un hijo significa para los hombres el fin de la juventud, la asunción de nuevas responsabilidades, la priorización de la relación de pareja en aras de la consolidación familiar, así como la confirmación de la virilidad siempre puesta en duda. Asimismo, esta autora destaca que desde el punto de vista de los varones la masculinidad se consagra al tener un hijo varón porque confirma su potencia, no en el sentido físico de inseminar, sino en el aspecto más importante de la paternidad, que es garantizar la continuidad de la familia tanto en su sentido material como en su sentido de prestigio y buen nombre.

I.3.ii.c. Rol de proveedor

En la película *Pepe el Toro* (1952) del director mexicano Ismael Rodríguez se sucede el siguiente diálogo entre una pareja de enamorados:

–Pos mira Chachita, hay momentos en la vida de los hombres, en que uno tiene que decidirse. Y yo ya me *dicidí*.

–¿A qué?

–A que nuestras vidas se desaparten, y que cada quien jale por su lado.

–Pero Atita ¿qué tienes?

–¿Yo? ¡Nada! Eres tú la que tienes... ¡harta lana! Tú ya pasaste a ser millonaria.

–¿Y eso qué tiene que ver con lo nuestro?

–¡Mucho! Porque el hombre se casa con la mujer para mantenerla, ¿no?

–Claro.

–¡Pos *ahí'sta*! Entonces *pa'* qué le seguimos.

–Pus *pa'* casarnos.

–¿Y *pa'* que digan que el mantenido sea yo? ¿*Pa'* que digan que el méndigo cubetero se casó contigo nomás por la *fierrada*? No *mi'jita*. Mejor ya me estoy buscando una de mi clase.

Este extracto permite observar en plenitud un mandato fundamental de la masculinidad: el rol de proveedor. Aún cuando se trate de un diálogo extraído de la ficción, esta verbalización deja ver que quien no puede proveer, entendido como la capacidad de satisfacer las necesidades materiales de otro, puede ser tachado de mantenido, de persona que depende de otra para su

existencia, y con ello se convierte en un subordinado, al que sólo le queda buscarse una de su clase para poder cumplir con el mandato social. En suma, con este ejemplo bien se puede ver que la masculinidad puede evaluarse por medio del dinero.

La ocupación de un hombre es uno de los factores primarios determinantes de su ingreso, de su prestigio y de su lugar en la sociedad. El estatus de *proveedor* puede ser visto como un complejo sistema de valores que juzga la importancia de un hombre en función del estatus y de los beneficios financieros de su trabajo (Rosas, 2006). En un estudio sobre el vínculo entre la paternidad y el ser hombre entre varones de nivel socioeconómico medio y alto en la ciudad de México, Alejandra Salguero encontró que una de las preocupaciones constantes de estos hombres es satisfacer las necesidades de la familia, dejando en algunas ocasiones sus necesidades personales en último lugar. En relación a esto, la autora comenta que “la manera en que van incorporando el sentido de la responsabilidad hacia los otros u otras se va construyendo por medio de las relaciones que establecen cotidianamente con los integrantes de la familia, quienes se convierten en agentes socializantes en su proceso de resignificación como hombres y como padres” (Salguero, 2008: 576).

El cumplimiento del rol de proveedor está asociado a ser la autoridad en el hogar, al ejercicio del poder, pues el proveedor puede manejar y controlar el dinero obtenido, decidir el destino del mismo, al tiempo que su acumulación aumenta su prestigio (Burin y Meler, 2000; Olavarría *et al.*, 1998). En contraparte, la importancia de este mandato es tal que los hombres que no pueden cumplir a cabalidad con su papel de proveedor son hombres humillados, pues arriesgan su calidad de hombre (Olavarría *et al.*, 1998; Olavarría, 2006). Incluso aquellos que están en condiciones de cumplirlo y no lo hacen, también ven diluido su estatus masculino.

Puedes ser un cabrón [en relación a tener relaciones sexo-emocionales con otras mujeres], pero que le falte algo a tu familia eso sí es no tener madre (Médico, 35 años, cónyuge trabaja medio tiempo, padre de una hija).

En las últimas décadas la figura del hombre proveedor se ha ido debilitando producto del proceso que ha vivido la economía mundial y ha evidenciado la falta de seguridad en el trabajo. La pérdida del empleo o el subempleo son elementos que contribuyen a cuestionar la identidad masculina, especialmente en sectores urbanos populares (Kaztman citado en Rojas, 2008). En lo que respecta a los sectores rurales, Carolina Rosas (2006) muestra como los hombres de una

localidad de Veracruz, México, al ver trastocado su rol de proveedores por la crisis agraria que padece la región han encontrado en la migración hacia Estados Unidos un evento que les proporciona una nueva y mejor oportunidad de cumplir con el papel de proveedores, aun cuando esta situación implique que otros mandatos, como el control sobre la mujer, no puedan ser llevados a buen término.

Otro aspecto a tomar en consideración, en relación al rol de proveedor, está asociado a la transformación de los sistemas de producción en los últimos tiempos. Victor Seidler (2006) destaca que junto a la desaparición de las industrias tradicionales, los padres no pueden ya heredar una profesión a sus hijos. Conforme va desapareciendo el trabajo tradicional, a los padres les cuesta cada vez más trabajo mantener su identidad masculina como proveedores. Asimismo, al acabarse las relaciones de aprendizaje de oficio, el contexto en el cual pudiera darse un diálogo entre hombres jóvenes y viejos con transferencia de habilidades va también desapareciendo, dando pie a que los jóvenes de clase obrera se vuelvan más dependientes de los sistemas de educación formales, de los cuales sus padres y madres se encuentran apartados/as.

El papel de proveedor como componente esencial de la masculinidad es cuestionado. Desde hace tiempo se advierte la aparición de nuevos patrones de autoridad bajo esquemas de aportación y distribución del ingreso distintos de aquellos que descansaban en el hombre. El que las mujeres también sean proveedoras económicas los confronta como hombres, pues ya no es suficiente proveer económicamente, hace falta que se comprometan, dediquen tiempo, compartan, se comuniquen y establezcan formas de relación distintas, con lo que se devela la jefatura de familia compartida y la femenina como opciones distintas a la tradicional (Olavarría *et al.*, 1998; González de la Rocha citado en Ramírez, 2006; Salguero, 2008).

La evolución de éste y otros mandatos, así como la influencia sobre la experiencia vital se ha dado al compás de los cambios ocurridos en el pasado reciente. Por ello, en el siguiente capítulo se explicita el contexto histórico en el que se enmarca esta disertación doctoral.

Capítulo II

México de mis recuerdos. La vida en México durante la segunda mitad del siglo XX

El propósito de este capítulo es detallar el contexto histórico en el que se enmarca esta investigación. La descripción del devenir económico, así como el señalamiento de algunos aspectos de orden social y cotidiano ocurridos en México durante la segunda mitad del siglo XX, conforman el escenario en el que los sujetos de estudio vivieron su infancia, socializaron su juventud y transitaron a la vida adulta. Cabe mencionar que eventuales comparaciones relacionadas con la transición a la adultez de los hombres de otros países o contextos geográficos no deberán olvidar que los resultados y hallazgos de esta disertación doctoral se encuentran anclados en la base histórica del México del segundo tramo de la centuria pasada.

Así pues, de acuerdo con la mirada de algunos historiadores, entre 1929 y el año 2000 la sociedad mexicana vivió grandes e importantes transformaciones, quizá tan profundas y radicales como las de los años que siguieron al arribo de los españoles en 1519 (Aboites, 2008). Estos cambios estuvieron acompañados de varios acontecimientos y fenómenos mundiales que afectaron directa o indirectamente, en mayor o menor medida, a la población mexicana. La Gran Depresión de 1929, la Segunda Guerra Mundial y las reformas económicas de la década de los

ochenta, mismas que desmantelaron el Estado de bienestar visualizado por John Keynes en los años de la posguerra, son algunos de los momentos más significativos. A decir de Luis Aboites (2008), los mexicanos padecieron, se beneficiaron, se adaptaron, resistieron o se aprovecharon de distintas maneras de esos acontecimientos, pero poco pudieron hacer por influir en su desenvolvimiento.

Entre los cambios más significativos que se dieron en México se destaca el paso de una sociedad eminentemente rural a una sociedad urbana y el extraordinario crecimiento de la población. Entre los procesos que estuvieron vinculados con los cambios que experimentó la familia mexicana en esta época sobresalen la expansión del sistema educativo y el reingreso de las mujeres al mercado laboral (Gonzalbo y Rabell, 2004). También, la población mexicana atestiguó varios periodos de prosperidad económica, la industria y los servicios alcanzaron una relevancia cada vez mayor. En contraste, las actividades agrarias y mineras pasaron a un segundo plano, no obstante, el crecimiento económico y el régimen político imperante entraron en franco proceso de debilitamiento al finalizar el siglo XX. A pesar de ello, la sociedad crecientemente urbana y la estabilidad política se mantuvieron.

Este convulso periodo tomó celeridad en 1940 cuando el presidente Lázaro Cárdenas dejó el poder en manos del General Manuel Ávila Camacho. Lorenzo Meyer (1998) reconoce que para entonces las estructuras centrales del nuevo sistema habían tomado ya forma y consistencia, pues a partir de ese momento la Revolución dio por terminados sus proyectos de reforma social y política. Fue entonces que la clase gobernante lanzó de lleno al país a una nueva empresa: propiciar por todos los medios el crecimiento económico y cambiar sustancialmente en unas cuantas décadas al país. Aquella época se distinguiría principalmente por una notable estabilidad política y por un ritmo veloz de crecimiento y diversificación de la economía. De acuerdo con Francisco Alba (1993), la agenda que regiría en términos generales al país durante esos años incluía la industrialización, el crecimiento económico, el no alineamiento político (aunque sí la pertenencia al mundo occidental), la aceptación del legado indígena y la preservación de la integridad e idiosincrasia nacionales.

La historia de los cambios ocurridos en México a partir de 1940 es básicamente la historia del desarrollo de una base industrial moderna con todas las consecuencias características de este tipo de procesos: supeditación de la agricultura a la industria, incremento de la urbanización y aumento del sector terciario (Meyer, 1998). Una visión más detallada del segundo

tramo del siglo XX mexicano muestra la sucesión de tres etapas claramente diferenciadas por el devenir socioeconómico del país. La primera, conocida como desarrollo estabilizador, comienza a finales de 1940 con el sexenio del General Manuel Ávila Camacho y concluye en la década de los sesenta con la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz. La segunda etapa inicia en los años setenta, incluye los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo, y ahí comienza a percibirse una desaceleración de la economía. Esta etapa termina en 1982 con la crisis económica derivada principalmente de la caída en el precio del petróleo. A partir de ese momento inicia el último periodo, caracterizado por el ajuste económico y un cambio de modelo económico. Así pues, en los siguientes apartados se expondrá una breve semblanza de estas tres etapas.

II.1. En los albores de la década de los cuarenta: el desarrollo estabilizador

Con la incursión de las tropas alemanas en territorio polaco a finales de 1939 dio inicio formalmente la Segunda Guerra Mundial. Al comienzo de este conflicto bélico México se declaró neutral. Sin embargo, esta postura fue fuertemente cuestionada cuando Estados Unidos, en respuesta al ataque japonés a la base militar de Pearl Harbor en diciembre de 1941, le declaró la guerra a Alemania, Italia y Japón. Meses más tarde, en mayo de 1942, dos buques petroleros mexicanos fueron atacados por submarinos alemanes en las costas de Florida. Así fue como México, sumándose a los aliados, también le declaró la guerra a Alemania, Italia y Japón. En este contexto, a fin de ayudar en una eventual defensa del país, el gobierno federal impuso el servicio militar obligatorio para todos los mexicanos entre los 18 y los 40 años de edad (Secretaría de la Defensa Nacional, 2009).

De igual forma, el ambiente belicista de la época obligó al gobierno estadounidense a mejorar las relaciones con sus vecinos latinoamericanos. En ese escenario Estados Unidos y México alcanzaron varios acuerdos: se renegoció la deuda, se dirimieron las diferencias derivadas de la expropiación petrolera de 1938 (el gobierno mexicano logró un acuerdo que significó una reducción de 90 por ciento de los adeudos con las empresas estadounidenses), y se firmó un acuerdo de migración temporal (Aboites, 2008). El programa *Bracero*, como se conoció a dicho acuerdo, comenzó en 1942 y se prolongó por 22 años, y permitía el ingreso temporal de trabajadores mexicanos a Estados Unidos con el fin de realizar labores agrícolas (Verduzco,

1999). Aunque ya para 1940 había alrededor de 400 mil migrantes mexicanos en Estados Unidos (Alba, 1993).

Asimismo, a diferencia del conjunto de países que vivieron en carne propia los estragos de la guerra se puede decir, que el impacto en México fue más bien favorable. La economía recibió un fuerte estímulo por los flujos de capital del exterior y por la posibilidad de emprender nuevos negocios y proyectos de infraestructura. Por ejemplo, a causa del estado bélico mundial era difícil adquirir productos provenientes del exterior, razón por la cual empresarios y autoridades gubernamentales unieron esfuerzos para fabricarlos dentro del país (Aboites, 2008). Esa estrategia de industrialización, conocida como sustitución de importaciones, fue reforzada más adelante con la imposición de aranceles o impuestos a los productos del exterior para proteger a los productores nacionales de la competencia internacional. También, contrario a lo que ocurrió en la mayoría de los países involucrados en la guerra, en México el presupuesto destinado al aparato militar disminuyó de manera considerable, con lo cual las inversiones en carreteras, presas, infraestructura eléctrica, hospitales, escuelas y servicios públicos pudieron crecer año tras año (Aboites, 2008).

Igualmente, desde la década de los años cuarenta y por un tiempo prolongado el crecimiento económico en México fue sostenido (por aquella época el producto interno bruto por habitante crecía a una tasa anual de 3.1 por ciento) y la inflación fue muy baja (Ruiz, 1999). A decir de Francisco Alba (1993), este clima económico fue propicio para que el crecimiento de la población no se tradujera en una carga, por el contrario, dicho crecimiento se vio acompañado por mayor bienestar social. Las clases medias y profesionales se incrementaron, los grupos de obreros y de burócratas tuvieron acceso a diversos bienes y a una amplia red de servicios de infraestructura, dando como resultado una reducción de la pobreza, misma que en este periodo quedó confinada al campo.

Al inicio de la década de los años cuarenta, buena parte de los jefes de familia laboraban en actividades relacionadas con el campo, otros tantos en actividades manuales y los menos se distribuían entre oficinistas, técnicos y profesionales. Años más tarde, sus hijos habrían de enrolarse menos en actividades agrarias y más en actividades manuales con algún tipo de calificación, mientras que los oficinistas, técnicos y profesionales continuaron siendo los menos (Coubès *et al.*, 2005). Este cambio se debe en buena medida a que el rápido crecimiento

industrial facilitó la absorción de la población en el mundo del trabajo¹. En aquella época industrializar al país era en una de las principales prioridades del gobierno federal, pues se pensaba que la modernización de México dependía de la multiplicación de fábricas, técnicos y obreros. La ecuación industrialista apuntaba a que las innovaciones tecnológicas permitirían índices más altos de productividad, lo que a su vez se traduciría en mayores ganancias para los empresarios, mejores salarios para los obreros y más impuestos para la hacienda pública. De esta manera, la apuesta por el mercado interno como motor de la economía quedaba ratificada (Aboites, 2008).

La rápida tasa de crecimiento del sector manufacturero multiplicó y diversificó las oportunidades de empleo, sobre todo en el medio urbano (Alba, 1993; Ruiz, 1999). Por ello, un aspecto muy ligado a la industrialización era la migración desde espacios rurales a los núcleos urbanos. Efectivamente, respecto del total de residentes, la proporción de personas que vivían en una entidad federativa distinta a la de su nacimiento pasó de 10.7 por ciento en 1940 a 14.5 por ciento en 1960. Más aún, si bien es cierto que el tamaño de la población total se multiplicó prácticamente por tres y media veces en entre 1940 y 1980, la población rural (en localidades de menos de 2500 habitantes) sólo se duplicó y la urbana (en localidades de 15 mil y más habitantes) se incrementó más de 7 veces. (Corona, 1988).

Al parecer, la clase gobernante estaba convencida de que el futuro de la nación ya no residía en el campo, sino en las ciudades en donde se hallaban las nuevas industrias. Las actividades agrarias debían encaminarse a alcanzar la meta industrializadora, por ello se decidió destinar un considerable porcentaje del gasto público para el desarrollo rural,² a fin de aumentar la producción y la productividad agraria y así sostener a una población urbana que crecía considerablemente. El plan también contemplaba que una parte de la producción del agro se destinara a la exportación crear recursos y posteriormente poder comprar maquinaria e insumos industriales. Así, el campo logró mantener un ritmo de crecimiento tal, que en la década de los sesenta casi logró la autosuficiencia alimentaria, esto a pesar de la sequía que afectó el norte y occidente del país en la década de los años cincuenta (Aboites, 2008).

Además, se consideraba que la concentración de la población en un pequeño espacio geográfico facilitaba la dotación de modernos servicios públicos como alumbrado, agua potable

¹ Otros determinantes del patrón de absorción socioeconómica son la política de reforma agraria y el Estado benefactor como materialización de la dimensión social en la política pública (Alba, 1993).

² Sobre todo en la década de los cuarenta.

y alcantarillado, transporte, educación y salud (Aboites, 2008). Sin embargo, este modelo de desarrollo industrial tuvo algunas consecuencias no deseadas. Por ejemplo, el proyecto centralizado en la ciudad de México que inició el gobierno de Miguel Alemán en 1946 acentuó los desequilibrios entre la capital y los estados³. La capital ofrecía muchos empleos no manuales, mostraba tasas elevadas de autoempleo y de subempleo, e incorporaba a un número muy amplio de trabajadores no calificados (de Oliveira y García, 1988). La demanda laboral de la industria atrajo mano de obra del campo, acelerando el crecimiento demográfico de la entidad (Loeaza, 1995). Con esto, hubo que llevar agua potable desde el Alto Lerma, construir el drenaje profundo, levantar vialidades como el viaducto Miguel Alemán y el periférico, entre otras cosas (Aboites, 2008). A pesar de este esfuerzo, años más tarde, a principios de los sesenta, la ciudad de México evidenció fuertes problemas de vivienda, transporte, seguridad y servicios públicos (Loeaza, 1995). En síntesis, la planeación no había sido suficiente.

Aun así, el negocio inmobiliario y de la construcción causó el interés de la clase política y empresarial por igual. Tal vez por ello, el esfuerzo modernizador basado en la urbanización encuentra su punto más álgido en la inauguración de la torre Latinoamericana en 1950, la Ciudad Universitaria en 1952, y el enorme fraccionamiento de Ciudad Satélite, junto al Distrito Federal, en 1953 (eso sin contar el importante número de tiendas departamentales que se abrieron a lo largo de este periodo). Además de la Ciudad de México, la zona metropolitana de Monterrey y Guadalajara fueron las más beneficiadas con este proceso⁴. Entre las tres ciudades aportaban en 1965 poco más de dos tercios de la producción industrial. De esta forma, la geoeconomía del país comenzaba a modificarse. Las entidades más ricas dejaron de serlo: Hidalgo, Puebla y Yucatán cedieron su lugar a los estados del norte del país (Aboites, 2008).

En la década de los años sesenta la economía creció a tasas altas con cierta estabilidad de precios o baja inflación (Ruiz, 1999). Por aquella época, el poder adquisitivo de los salarios era cada vez mayor, el país atestiguaba un aumento en los salarios reales. No obstante, sólo un sector minoritario de trabajadores disfrutaba de esos salarios a la alza. La población favorecida se

³ El escritor estadounidense Jack Kerouac en su novela *En el camino* (1957) evidenció la importancia de la capital de la República Mexicana cuando uno de sus protagonistas al poco tiempo de haber cruzado la frontera desde Estados Unidos hacia México comenta: “Y esta carretera [...] no se diferenciaba nada de cualquier carretera americana, excepto por una cosa. Fíjate que los mojones están en kilómetros y señalan la distancia que falta hasta la Ciudad de México. ¿Te das cuenta? Es la única ciudad de todo el país, todo señala hacia allá.”

⁴ También en la novela *En el camino*, Kerouac describe la ciudad de Monterrey de la siguiente forma: “En la lejanía la gran ciudad de Monterrey mandaba humo al cielo azul con las enormes nubes del golfo como vellones de lana. Entrar en Monterrey era como entrar en Detroit. Se avanzaba entre las altas paredes de las fábricas.”

situaba preferentemente en las grandes ciudades y en las principales ramas de la industria. Además, eran los mismos que se beneficiaban con servicios como los que brindaba el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) (Aboites, 2008).

La creación del IMSS en 1943 expresaba el interés gubernamental por modernizar las relaciones laborales, repartiendo el costo de la seguridad social tanto entre los obreros y el gobierno como entre los patrones (Alba, 1993). Sin embargo, contrario a lo se esperaba, este organismo en un inicio contó con el rechazo de los obreros, pues consideraban muy pesadas las cuotas que tenían que aportar para asegurarse, en tanto que a los patrones tampoco les interesaba pagar la parte que les correspondía (Ramírez, 1991). Por lo demás, con el paso de los años, se unió al IMSS el Instituto de Seguridad Social y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE), derivado en 1959 de la Dirección de Pensiones que se había creado en 1925, para brindar protección social a los empleados estatales y sus familias (Aboites, 2008).

Además, el Estado mexicano fortalecía la noción de ciudadanía gracias al otorgamiento del derecho al voto a las mujeres en 1953. También podía presumir de avances en materia de salud, educación e infraestructura. En materia de salud, la disminución de la mortalidad se aceleró entre los años 1943 y 1960. La tasa bruta de mortalidad disminuyó de casi 27 defunciones por mil habitantes en 1930, a poco más de 22 en 1943, y para 1960 cayó a menos de 13 muertes por cada millar de habitantes. La esperanza de vida ganó veinte años entre 1940 y 1970, al inicio de la década de los cuarenta se esperaba que la población viviera 41.5 años y 61.9 años a comienzos de los setenta (Consejo Nacional de Población, 2008). Debido a este notable descenso de la mortalidad la familia mexicana acusó algunos cambios. Por ejemplo, Pilar Gonzalbo y Cecilia Rabell (2004) señalan que las familias se convirtieron en un entorno más seguro, pues la probabilidad de muerte de los padres se redujo de manera notable y la mayoría de las familias ya no tuvieron que vivir la pérdida de un hijo o de un hermano pequeño. También, los enlaces conyugales, que antes duraban alrededor de 18 años, hacia fines de siglo se prolongaron más de 42 años. De igual forma, las relaciones familiares entre miembros de tres generaciones se enriquecieron ya que los abuelos sobrevivían un mayor número de años. Así, continúan las autoras, todos estos cambios confluyeron para que las relaciones familiares se volvieran más predecibles y estables, y también más duraderas.

En lo que respecta a educación, en el sexenio cardenista se impulsó la educación socialista con el propósito de desplazar toda doctrina religiosa, combatir el fanatismo y formar a

la juventud con base en conocimientos exactos de la naturaleza y de la vida social, en la que maestros y alumnos debían vincularse con la producción y con las organizaciones sociales (Mier y Terán y Rabell, 2005; Aboites, 2008). Aún cuando en el transcurso de los años este espíritu cambió, el analfabetismo se redujo de 62 por ciento en 1930 a 45 por ciento en 1960 y a 25.8 por ciento en 1970 (Álvarez *et al.*, 1994). De acuerdo con información de la Encuesta Demográfica Retrospectiva de 1998, la población masculina mexicana nacida hacia finales de la década de los años treinta alcanzaba en promedio los 4.5 años de escolaridad, en tanto que aquellos que nacieron a principios de los años cincuenta promediaron 7.3 años (Coubès *et al.*, 2005). Este incremento en la escolaridad promedio se sitúa en un contexto donde el número de maestros se multiplicó prácticamente tres y media veces entre 1950 y 1970, al pasar de 91 mil a 317 mil. En tanto que el número de escuelas se multiplicó por 2.2 veces en el mismo periodo, se unieron a las cerca de 25 mil escuelas que había en 1950 otras 30 mil en 1970 (Álvarez *et al.*, 1994).

Gracias a la expansión de la educación pública gratuita, no era raro que un obrero o un burócrata federal tuvieran hijos universitarios y profesionistas, pero también casa propia, seguridad social y fondos de jubilación (Aboites, 2008). De hecho, de los 25.8 millones de mexicanos que había a comienzos de la década de los cincuenta el IMSS proveía seguridad social a cuatro millones y el ISSSTE a otros 500 mil (Aboites, 2008), y en los albores de la década de los setentas poco más de 12 millones de mexicanos era derechohabientes de algún sistema de seguridad social (Alba, 1993). En este contexto de relativa bonanza, no resulta imposible imaginar que un buen número de hogares mexicanos se sostuvieran sólo con el ingreso del jefe de familia.

Por lo demás, el tamaño medio de las familias aumentó durante las seis primeras décadas del siglo. A principios de la década de los sesenta la fecundidad alcanzó su máximo histórico de 7.2 hijos por mujer. Hacia finales de 1970 la proporción de familias con una prole numerosa alcanzó su máximo histórico. En este escenario las madres mexicanas dedicaban cerca de 25 años de su vida a criar a los hijos (Gonzalbo y Rabell, 2004). Este tamaño de descendencia final dependió ante todo de la edad de la mujer al momento de la primera unión conyugal (Juárez *et al.*, 1996), la cual permaneció relativamente constante entre 1930 y 1960. De acuerdo con Julieta Quilodrán (1993a), la edad promedio a la que las mujeres mexicanas se unían entre 1930 y 1960 apenas sobrepasaba los 21 años, y en el caso de los hombres esta edad se situó por encima de los 24 años. La estabilidad de este fenómeno también se observa en la evolución de la proporción de

mujeres y de hombres que no se unían conyugalmente antes de los 50 años. El celibato definitivo para el caso de las mujeres fue de 13 por ciento en 1930 y 8.5 por ciento en 1960, y de 7.5 y 5.5 por ciento para el caso de los hombres en los mismos años (Quilodrán, 1993a). En relación al tipo de unión, a pesar de que el número de convivientes de la época sumaba un buen número, la población mexicana optaba mayoritariamente por los enlaces legales. De acuerdo con los datos de los censos de 1940 y 1960, la población unida de 12 años y más según la naturaleza de la unión, se distribuyó de la siguiente manera: en 1940 la proporción de hombres y mujeres unidos mediante un enlace civil y/o religioso fue de 77.8 y 76.6 por ciento, respectivamente; y en 1960 estas proporciones ascendieron a 86.2 y 83.7 por ciento⁵ (Quilodrán, 1993a).

Por otra parte, el éxito de la estrategia de sustitución de importaciones también se reflejó en la abundancia y diversificación de los productos manufacturados por la economía nacional. Algunas industrias alentaban al público mexicano a comprar sus productos mediante leyendas como: “Mexicano: no olvides que la industrialización de México y su independencia económica dependen del consumo de los artículos que México produce” (Matute, 2006). Entre 1940 y 1970 se multiplicó por varias veces el número de automóviles, lo mismo que el número de usuarios de teléfonos. A ello habría que añadir la irrupción de artículos electrodomésticos en los hogares preponderantemente urbanos. Las lavadoras, refrigeradores, radios, tocadiscos, televisores y máquinas de coser impusieron nuevas rutinas en los hogares (Ramírez, 1991).

Para un segmento de la población estos nuevos patrones de consumo aunados a nuevas percepciones, nuevas prácticas laborales y formas de ocio y diversión, así como la creación de expectativas de ascenso social gracias a la educación o bien al empeño y a la disciplina familiar con vocación empresarial, contribuyeron a configurar una sociedad más cosmopolita y urbana (Aboites, 2008). El aumento de la fuerza de trabajo femenina y la celeridad en los patrones de vida reclamaron una reorganización de la rutina doméstica. En la vida cotidiana de la ciudad de México y de otras capitales estatales se comenzaron a experimentar algunos cambios. Para Álvaro Matute (2006), la introducción de los aparatos electrodomésticos fue un elemento propicio para que los hombres de aquella época se acercaran a la cocina o comenzaran a vencer resistencias para entrar en ella.

⁵ Es preciso señalar que probablemente muchas de esas uniones legales comenzaron como consensuales, y que las consensuales al paso del tiempo terminaron en un altar o en un registro civil.

No obstante, no se puede dejar de mencionar que dentro de este proceso de transformación social había sectores inconformes. En el marco de una coyuntura económica complicada, en la ciudad de México a principios de 1958 se sucedieron algunas huelgas en demanda de aumento salarial; se movilizaron electricistas, telegrafistas, maestros de primaria, telefonistas y petroleros. Otros grupos reclamaban la solución de los problemas de agua, drenaje, pavimentación, alumbrado, basura y transporte, esto porque a fin de cuentas el crecimiento económico beneficiaba sólo a una parte de la población (Loeaza, 1995).

A la vez que se expandía la clase media, en las ciudades empezaron a formarse enormes cinturones de migrantes pobres. Además, desde entonces la desigualdad era un componente esencial de la realidad nacional. En la distribución del ingreso entre 1950 y 1953 se constataba que la décima parte de la población más rica concentraba casi la mitad de la riqueza nacional (Aboites, 2008). A este escenario de manifestaciones hay que añadir la que quizá haya sido la más trascendente de todas: el movimiento estudiantil de 1968. Este movimiento se unió a las grandes protestas de jóvenes en diversos lugares del mundo, cuyo desenlace la tarde del 2 de octubre en Tlatelolco evidenció la distancia existente entre el régimen político y una sociedad cada vez más urbana y diversa (Loeaza, 1995; Aboites, 2008). A partir de ese momento “para una porción cada vez mayor de gente quedaba claro que México cerraba una etapa, despertaba del sueño que inició en 1940 y que se caracterizó por el desarrollismo y la modernización capitalista del país” (Ramírez, 1991: 259).

II.2. En el ocaso del desarrollo estabilizador ¿un nuevo amanecer en el desarrollo compartido? El espejismo de la recuperación

Un acontecimiento clave en la historia mundial del siglo XX es el fin de la época de oro de la posguerra. El inicio del año de 1973 es considerado como el fin de dicha era y el inicio de una época de disminución en el ritmo de crecimiento de la economía mundial y de crisis generalizada (Aboites, 2008). A esto hay que añadir que en ese mismo año estalló la llamada crisis del petróleo, esta crisis se derivó de la negativa de los países árabes pertenecientes a la Organización de los Países Exportadores de Petróleo de exportar crudo a los países que apoyaron a Israel durante el denominado conflicto árabe-israelí. Como resultado de este conflicto el precio del petróleo se elevó considerablemente. En los países industrializados se dio un fuerte efecto inflacionista y una reducción de la producción industrial. En casi todo el mundo el precio de los

combustibles se encareció. Esta circunstancia quedó perfectamente ilustrada por los trazos de Abel Quezada en el siguiente gráfico.

Gráfico II.1.

El amado automóvil, Abel Quezada



Fuente: Periódico Excélsior 4 y 12 de diciembre de 1973.

De la mano de estas circunstancias el crecimiento de la economía mexicana comenzó a reducirse, lo cual no hacía más que mostrar el agotamiento de un modelo de desarrollo basado, desde la década de los treinta y sobre todo después de la segunda guerra mundial, en la industrialización por la vía de la sustitución de importaciones. La estrategia económica que había permitido una rápida expansión terminó por agotar las posibilidades de las mismas políticas que la habían sustentado (Alba, 1993). La disminución en el crecimiento de la economía en los primeros años de la década de los setenta condujo a cambios sustanciales en la política fiscal. El Estado mexicano realizó varios esfuerzos para recuperar terreno mediante distintas estrategias.

Partiendo de que el ahorro interno ya no era suficiente para financiar la expansión económica, pues comparado con otros países el Estado mexicano era muy pobre, eso sin contar con que la clase empresarial no se mostraba interesada en arriesgar sus capitales, la situación fue tornándose cada vez más grave (Ramírez, 1992). Por ello se decidió pedir préstamos externos para mantener e incluso elevar el gasto público. Así, el gobierno del presidente Luis Echeverría recurrió al Fondo Monetario Internacional (FMI), situación que no había ocurrido en 20 años (Ramírez, 1992, Ruiz, 1999; Aboites, 2008). Entre 1959 y 1982 la deuda externa se multiplicó más de 90 veces. A finales de la década de los cincuenta la deuda externa era de apenas 649 millones de dólares, en 1966 alcanzó mil 900 millones de dólares, cinco años más tarde superaba los 6 mil 700 millones de dólares, en 1975 estaba por encima de los 15 mil millones de dólares, y al final de la administración de José López Portillo la deuda ascendía a 59 mil millones de dólares (Aboites, 2008). Así comenzó a acumularse una carga que pesaría sobre las generaciones siguientes. Además, en lo que respecta al FMI, éste concedió los préstamos a cambio de que se realizaran severos recortes al gasto público (Aboites, 2008).

Pero las malas noticias no pararon ahí, el mal manejo de la economía desató un aumento de la inflación a partir de 1973. Esto en buena medida se debía a las dificultades del mercado mundial, pero también a la emisión de dinero y al aumento del gasto público sin respaldo efectivo. Hasta entrada la década de los años setenta los precios crecían alrededor de cinco por ciento anual. Sin embargo, después de 1973 la inflación no dejó las dos cifras. En 1974 estaba por encima de 25 por ciento y aunque al cierre de 1976 descendió a 13 por ciento, al terminar el año de 1982 rozó los 35 puntos porcentuales. El despegue de la inflación propició la devaluación del peso en agosto de 1976. Entre 1954 y 1976 el peso se había mantenido a 12.50 pesos por dólar, a partir de entonces pasó a 20 pesos por dólar. Éste fue el inicio de una devaluación sostenida que hizo que el peso perdiera 5.6 veces su valor entre agosto de 1976 y septiembre de 1982 al pasar de 12.50 a 70 pesos por dólar (Ramírez, 1992, Ruiz, 1999).

En resumen, las medidas tomadas por la clase gobernante para recuperar el terreno perdido por la disminución del ritmo de crecimiento de la economía tuvieron como consecuencia un aumento en el déficit de cuenta corriente de la balanza de pagos, un incremento de la deuda externa, y una tasa de inflación también en aumento (Ruiz, 1999). A todo esto hay que sumarle que durante la segunda mitad de los años sesenta la producción agrícola frenó su crecimiento. La caída en la producción de alimentos mostraba un sector agropecuario exhausto e incapaz de

respaldar la industrialización (Alba, 1993). Cada vez era más evidente el déficit de la balanza comercial. A medida que pasaban los años, la diferencia entre lo que exportaba el país y lo que importaba aumentaba considerablemente (Aboites, 2008).

También se manifestaron varios cambios en la estructura y características de la ocupación. A diferencia de sus padres, los hombres de aquella época comenzaron a experimentar cambios en la estructura ocupacional. Aún cuando todavía un buen número de mexicanos se dedicaba a actividades relacionadas con el campo (39 por ciento) y los que se desempeñaban como oficinistas, técnicos y profesionales habían mantenido su volumen, los que realizaban alguna actividad manual, calificada o semicalificada, fueron cada vez más visibles (22 por ciento) (Coubés *et al.*, 2005). En el caso particular del Distrito Federal, la estructura ocupacional había evolucionado hacia un incremento del sector terciario de la economía, de tal suerte que a inicios de la década de los ochenta eran más importantes las ocupaciones no manuales que generaban las cadenas de supermercados, la red bancaria, los restaurantes y los hoteles, entre otros (de Oliveira y García, 1988). Asimismo, continuó el incremento en el ritmo de crecimiento de la población económicamente activa (PEA) y el rápido aumento en la incorporación de la población femenina al mercado de trabajo (González y Monterrubio, 1993). Ante este panorama, se expandía una gran masa de población, rural y urbana, cuyas expectativas de ser absorbida por el México moderno se tornaban inciertas (Alba, 1993).

Tal vez por ello, para reducir el malestar de la población, los gobiernos de los presidentes Luis Echeverría y José López Portillo realizaron algunas reformas electorales, al tiempo que recitaban discursos relativos a la apertura democrática y al nacionalismo, eso entre los dichos y entre los hechos, se otorgaron subsidios indirectos a la población. Por ejemplo, en la ciudad de México se mantuvieron los precios bajos de los servicios públicos y una débil estructura impositiva (Loaeza, 1995). También se abrieron nuevos centros de educación superior como la Universidad Autónoma Metropolitana en 1974, e instituciones de apoyo para los empleados gubernamentales de ingresos medios como el Fondo de Vivienda del Instituto de Seguridad Social y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (Fovissste). Por otro lado, para satisfacer las necesidades de vivienda de la clase trabajadora se creó el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (Infonavit) en 1972 (Aboites, 2008). De hecho, durante el último trienio Echeverrista el Infonavit generó el mismo número de viviendas que todo el sector estatal durante las cuatro décadas precedentes (Ward citado en Loaeza, 1995).

A pesar de ello, ninguno de estos programas beneficiaba a los habitantes más pobres de las grandes ciudades. Los subempleados y trabajadores activos en la economía informal debían recurrir a la adquisición ilegal de terrenos, cuando no quedaban a merced de los caseros privados (Loeza, 1995). En la ciudad de México, gran parte de la oferta de casas habitación para los grupos más pobres era de forma privada e ilegal. Este mercado atendía a aproximadamente 40 por ciento de la población (Cisneros citado en Loeza, 1995).

Años más tarde la suerte pareció sonreírle al gobierno federal. A principios de 1978 se anunció el descubrimiento de grandes yacimientos petroleros en la sonda de Campeche. México debía prepararse para administrar la abundancia dijo el presidente López Portillo, para ello había que recurrir nuevamente a préstamos extranjeros. El gobierno mexicano hizo que Petróleos Mexicanos elevara considerablemente su capacidad productiva en poco tiempo. En 1976 la exportación de crudo era de 94 mil barriles de petróleo diarios, pero en 1982 esa cifra se multiplicó 15 veces, alcanzando el millón y medio de barriles diarios. Entre 1978 y 1981 el precio del petróleo aumentó de 13 a 30 dólares por barril (Ruiz, 1999). De esta manera, a los funcionarios gubernamentales no les preocupaba la deuda externa, ya que confiaban en que un alza sostenida del precio del petróleo permitiría pagarlo todo (Ramírez, 1992).

El auge del gasto público en la década de los setenta permitió que la desigualdad social y regional disminuyera de manera sensible (Aboites, 2008). También se tradujo en varios indicadores positivos, entre los que se destacan: una tasa de crecimiento mayor a 7 por ciento anual, un aumento sostenido de los salarios reales –al menos hasta 1976– y el mayor gasto en infraestructura de salud y educación desde 1929. De hecho, entre 1970 y 1980 el número de escuelas en el país prácticamente se duplicó al pasar de 53 mil a 101 mil (el número de escuelas primarias se multiplicó 1.7 veces, en tanto que las secundarias lo hicieron por 2.1 veces, los bachilleratos por 2.8 y las instituciones de educación superior por 2.3 veces). Esto permitió que el sistema educativo nacional que en 1970 sólo atendía a uno de cada dos mexicanos en edad escolar (entre 6 y 24 años), diez años más tarde pudiera brindar educación a cerca de dos de cada tres mexicanos (Álvarez *et al.*, 1994). De acuerdo con Francisco Alba (1993), en 1970 la fuerza de trabajo tenía en promedio menos de 4 años de escolaridad, haciendo que la acumulación de capital humano fuera muy lenta. No obstante, según información de la Encuesta Demográfica Retrospectiva de 1998, los hombres nacidos a finales de la década de los sesenta habrían de permanecer en la escuela en promedio 9.5 años, 2.2 años más que los que nacieron a principios

de los años cincuenta y cuatro años más que los que nacieron en el ocaso de los años treinta (Coubès *et al.*, 2005).

Más adelante, el cálculo en torno al mercado petrolero falló por completo. Desde mayo de 1981 el precio del petróleo comenzó a disminuir, al tiempo que se elevaban las tasas de interés. Con menos ingresos y con mayores gastos por los intereses de la deuda, la situación de las finanzas se hizo insostenible. En agosto de 1982 el secretario de Hacienda reconoció la quiebra de la economía mexicana y anunció la suspensión de los pagos a los acreedores extranjeros. Tal situación propició la salida de grandes cantidades de dólares, lo que condujo nuevamente a la devaluación del peso frente al dólar (Ramírez, 1992). Por aquel tiempo el tipo de cambio pasó de 26 a 70 pesos por dólar estadounidense y la inflación apresuró su aumento (Aboites, 2008). En este contexto crítico, el 1 de septiembre de 1982 el presidente de la república anunció la expropiación de la banca. La medida fue recibida con beneplácito por algunos, pero ésta distó de tener el apoyo generalizado de la población. Al contrario, la desconfianza hacia el grupo gobernante era inocultable (Ramírez, 1992). Entre las principales repercusiones de esta crisis se destacan la recesión en las actividades industriales y agropecuarias, el incremento en la migración, el desempleo, y la pauperización de amplios estratos de la población (González y Monterrubio, 1993).

A la par de esta representación socioeconómica se sucedió otro cambio con efecto duradero en la población. En el área demográfica, la fecundidad permaneció en niveles elevados hasta finales de los años sesenta y, aunque comenzó su descenso con la década siguiente, el ritmo de crecimiento demográfico del país pasó de una tasa cercana a 1.7 por ciento anual en 1930 a tres por ciento cuarenta años más tarde (Consejo Nacional de Población, 2008). Esto se traduce en que durante ese lapso la población casi se triplicó, lo cual contrasta con su comportamiento en el siglo XIX –de la Independencia a la Revolución el número de mexicanos apenas se duplicó– (Aboites, 2008). Esto alertó a las autoridades de algunas entidades federativas, pues ya se tenía la certeza de que la economía era incapaz de incorporar a una población que crecía a ritmos cada vez mayores (Cabrera, 1994). Además, existía cierta preocupación en algunos círculos intelectuales de Estados Unidos (por ejemplo, la Oficina de Estudios de Población de la Universidad de Princeton) por el crecimiento “desmesurado” de la población en los países en desarrollo (Szreter, 1993).

Ante esto, el gobierno federal creó el Consejo Nacional de Población (CONAPO) con el propósito de aplicar medidas encaminadas a reducir el crecimiento de la población. Como resultado se elaboró e implementó una nueva ley de población. Su objetivo era disminuir el crecimiento demográfico vía la reducción de la fecundidad. En detalle, la Ley General de Población de 1973 expone en su primer artículo que su objeto es “regular los fenómenos que afectan a la población en cuanto a su volumen, estructura, dinámica y distribución en el territorio nacional, con el fin de lograr que participe justa y equitativamente de los beneficios del desarrollo económico y social”. De acuerdo con Diego Valadés (2005), tal objetivo no pudo ser más ambicioso, pues la regulación de esos fenómenos requirió del esfuerzo de prácticamente todas las funciones de gobierno, porque tenía que ver con la producción, distribución y consumo de bienes, e incidía en las políticas de trabajo, educación, salud, vivienda y transporte.

Así pues, los programas gubernamentales encaminados a reducir el ritmo de crecimiento de la población difundieron el uso de anticonceptivos modernos (Mier y Terán, 1991; Mier y Terán y Partida, 2001). En 1973 aproximadamente una de cada diez mujeres en edad fértil unida maritalmente usaba algún método anticonceptivo. En 1976, de acuerdo con información de la Encuesta Mexicana de Fecundidad, la proporción era de 30.2 por ciento y se incrementó a 37.8 por ciento en 1979 según la Encuesta Nacional de Prevalencia (Palma y Echarri, 1992). Este comportamiento sumado a una revalorización del tamaño de la descendencia, pues entre las parejas se comenzó a gestar la idea de que un número elevado de hijos ya no era necesario para la organización de la unidad doméstica ni que tener muchos hijos significaba asegurarse la sobrevivencia en el futuro (Lerner y Quesnel, 1994), aceleraron la baja de la fecundidad. Además, en relación a la modificación de los ideales reproductivos, Gonzalbo y Rabell (2004) apuntan a que estos cambios implicaron importantes transformaciones en el campo simbólico, pues la familia dejó de ser un ámbito dedicado sólo a la reproducción para convertirse en un espacio que podía apoyar el desarrollo y la realización personales de sus miembros, en especial el grupo de mujeres que antes estaban limitadas a los roles de esposas-madres-amas de casa. Por lo demás, en los primeros años de la década de los setenta la tasa global de fecundidad estuvo por encima de los seis hijos por mujer y al cierre de la misma el indicador se ubicó en 4.8 hijos por mujer (Palma y Echarri, 1992). De ahí que la tasa de crecimiento disminuyera de manera notable en las décadas siguientes, de poco más de 3 por ciento en 1970 a menos de 1.5 por ciento en el año 2000 (Consejo Nacional de Población, 2008).

En contraste con estas transformaciones, la dinámica nupcial no presentó mayor variación respecto a las décadas anteriores, al menos en algunos de sus principales indicadores. Por ejemplo, de acuerdo con los censos de 1970 y 1980, la proporción de hombres y mujeres que no establecieron algún tipo de unión conyugal antes de los 50 años permaneció prácticamente inmóvil. En 1970, 6 por ciento de los hombres y 6.8 por ciento de las mujeres permanecieron célibes, y en 1980 estas mismas proporciones se ubicaron en 5.5 y 7 por ciento (Quilodrán, 1993a). Por otro lado, si en 1960 los hombres y mujeres mexicanos se unían conyugalmente en promedio a los 24.2 y 21.1 años, respectivamente, el paso del tiempo no alteró mayormente el calendario de este evento. En 1970 los hombres entraban en unión en promedio a los 24.5 años y las mujeres a los 21.1 años, y un decenio más tarde la edad promedio a la unión fue de 24.1 años para los hombres y 21.6 para las mujeres (Quilodrán, 1993a). Asimismo, el tipo de enlace conyugal que establecieron los mexicanos en aquella época fue mayoritariamente sancionado por alguna autoridad civil o religiosa. De acuerdo con la información del Censo de 1970 y 1980, la relación entre uniones consensuales y legales fue aproximadamente de tres uniones libres por cada 17 matrimonios. En detalle, la población unida de 12 años y más según su tipo de unión se distribuyó de la siguiente forma: en 1970, 85.1 por ciento de los hombres y 84.5 por ciento de las mujeres estaban enlazados civil o religiosamente, y en 1980 este indicador apenas varió para situarse en 86.7 por ciento de los hombres y 86.1 por ciento de las mujeres (Quilodrán, 1993a). De tal forma, la proporción de convivientes en el mismo periodo, sin importar el sexo, rondó los 15 puntos porcentuales. Sin embargo, algunos estudios apuntan a que iniciar una vida conyugal a través de una unión libre no cancela la posibilidad de convertirla con el tiempo en un matrimonio. La mitad de las uniones libres llegan a ser legalizadas y/o “santificadas” después de transcurrir un tiempo: 6.5 años en promedio (Ojeda citado en Gonzalbo y Rabell, 2004).

Por otra parte, la emigración de mexicanos hacia Estados Unidos aumentó 50 por ciento durante la década de los años setenta. En términos absolutos, según cifras del *U.S. Census Bureau*, a principios de los años sesenta vivían en Estados Unidos poco más de medio millón de mexicanos, y a comienzos de los ochenta el número de mexicanos en el vecino país del norte sobrepasó los setecientos cincuenta mil. No obstante, es de destacar que a partir de la década de los ochenta las mujeres jóvenes y solteras empezaron a migrar solas a los Estados Unidos. Para Pilar Gonzalbo y Cecilia Rabell (2004) este comportamiento del fenómeno migratorio representa un cambio radical, pues estas mujeres rompieron el control que ejercían sobre ellas los padres y

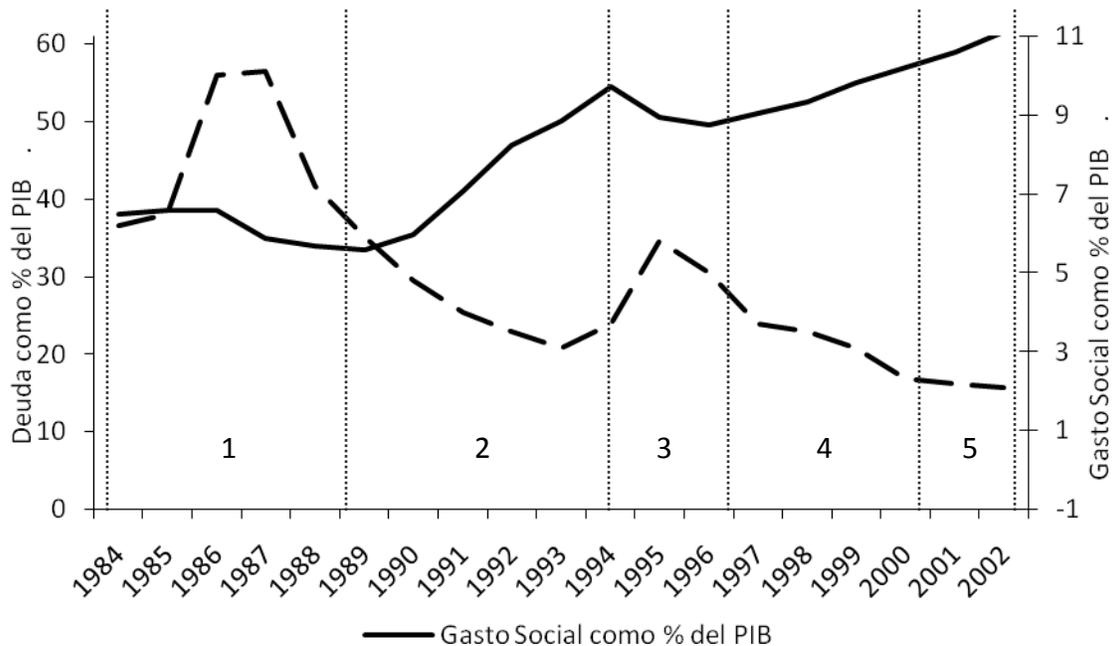
otros familiares, teniendo así la opción de elegir pareja fuera del ámbito familiar o de la comunidad.

II.3. ¿Nunca está más oscuro que cuando ya va a amanecer? Entre crisis y el libre mercado

Las dos últimas décadas del siglo XX pueden ser vistas como la sucesión de cinco periodos claramente definidos por el devenir económico del país. En la siguiente gráfica Miguel Székely (2004) muestra que el primero y tercero se caracterizaron por una recesión e inestabilidad económica y una consecuente disminución en el gasto social. El segundo y el cuarto estuvieron acompañados de un crecimiento económico, estabilidad y un mayor gasto social. Finalmente, el quinto periodo quedó marcado por el estancamiento de la economía, pero acompañado de estabilidad y un incremento en el gasto social.

Gráfico II.2.

Variaciones en el gasto público y la deuda por periodo. México, 1984-2002



Fuente: Székely, 2004.

El último periodo de la historia reciente de México comienza con la caída en el precio del petróleo en 1982. Aunado a esto, la enorme sobrevaluación del peso elevaron las expectativas de

otra devaluación (Ruiz, 1999). En este escenario, la clase gobernante realizó un cambio drástico en la conducción del país que afectó con gran fuerza y severidad a la mayor parte de la población mexicana. Acatando nuevamente las recomendaciones de sus principales acreedores, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, y siguiendo la pauta marcada por los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, el gobierno mexicano redujo de modo significativo el gasto social y las inversiones públicas (Aboites, 2008).

Justo cuando la computadora personal comenzaba a hacerse presente en las oficinas, empresas, hogares y escuelas, se inició la venta de numerosas empresas paraestatales. El gobierno debía reducir a toda costa las finanzas públicas si quería seguir siendo sujeto de crédito (Ramírez, 1998). El presidente Miguel de la Madrid Hurtado al inicio de su sexenio, en diciembre de 1982, anunció el Programa Inmediato de Reorganización de la Economía. Este programa consideraba una reducción sin precedente del gasto público. El grueso de los ajustes presupuestales fueron a costa de la inversión pública.

La inflación en 1982 rozaba un 35 por ciento, pero un año más tarde despegó hasta sobrepasar los 115 puntos porcentuales, lo que sumado a la aplicación de políticas de ajuste, estabilización y reforma estructural, produjo una marcada escasez de oportunidades laborales asalariadas, una participación decreciente de la masa salarial dentro del producto interno bruto y un acelerado deterioro del poder adquisitivo de los ingresos de los trabajadores (Tuirán, 1993). En la ciudad de México, las familias que percibían ingresos bajos se vieron obligadas a reducir el consumo de los productos alimenticios de la canasta básica, que en 1982 representaban un 30 por ciento del salario mínimo y en 1986 sobrepasaban un 50 por ciento (de Oliveira y Roberts citado en Loeza, 1995).

En este contexto comenzó a repuntar un problema ya presente en la década anterior: el desempleo. Ante la imposibilidad de conseguir un trabajo asalariado las familias comenzaron a buscar soluciones por sí mismas. De acuerdo con Pilar Gonzalbo y Cecilia Rabell (2004), para paliar los efectos de las crisis las familias tuvieron que movilizar sus recursos: aumentaron el número de perceptores, cambiaron sus patrones de consumo y distribución de recursos, e insertaron a alguno de sus miembros en el mercado laboral a través de sus redes de parentesco. Otras posibles salidas condujeron a algunos individuos a optar por la migración laboral a Estados Unidos y otros al autoempleo. Algunos espacios públicos en las principales ciudades del país comenzaron a ser ocupados por vendedores ambulantes (Aboites, 2008). Esta situación habría de

continuar hasta bien entrada la década de los noventa. Luis Huesca (2008) muestra que durante esta década la estructura del empleo urbano en el país, según la categoría ocupacional de los hombres, revelaba que 17 por ciento de la población masculina mexicana trabajaba por cuenta propia, poco más de 70 por ciento eran asalariados, 5 por ciento eran patrones, y el resto lo conforman trabajadores sin pago alguno, cooperativistas, subcontratistas y otros. Con base en la Encuesta Nacional de Empleo Urbano de 1992 y 2004, el mismo autor señala que el sector informal otorgó mayores premios a los trabajadores por cuenta propia y que se encontraban en los percentiles situados por encima de la media de la distribución de las remuneraciones, que a los enrolados en ocupaciones formales e informales (Huesca, 2008).

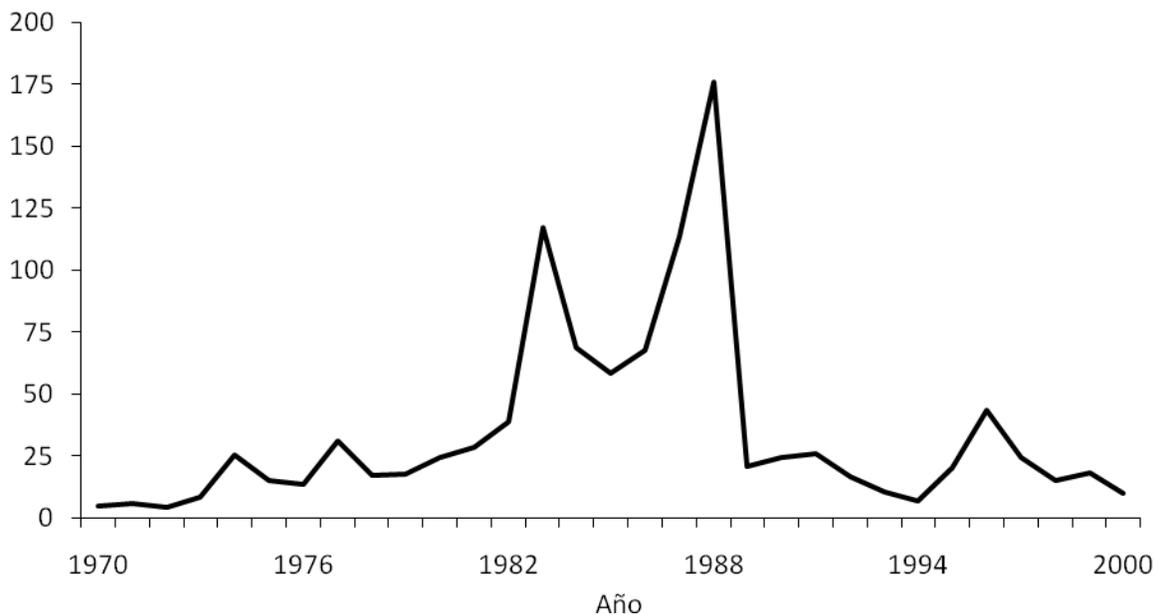
A pesar de esto, no hay que dejar de señalar que durante la década de los ochenta la población resintió el debilitamiento del papel de Estado en materia de suministro de servicios básicos, observándose marcados retrocesos en las áreas que afectan de manera directa el bienestar social (Tuirán, 1993). Las familias gracias a su capacidad de adaptación a eventualidades y desavenencias tuvieron que destacar su capacidad de amparo para asegurar la sobrevivencia de sus integrantes. Además, el desarrollo de estrategias o formas de hacer frente a la adversidad posibilitó el fortalecimiento de los vínculos de dependencia intrafamiliares (Gonzalbo y Rabell, 2004).

Las graves dificultades económicas llevaron a los gobernantes y algunos sectores empresariales a cuestionar la viabilidad del modelo de sustitución de importaciones como eje de la economía. En 1985 comenzó el proceso de reestructuración industrial que básicamente consistió en eliminar subsidios y abrir la economía a la competencia externa. La confirmación de un cambio de rumbo fundamental en la conducción económica del país llegó en 1986 con la adhesión al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT por sus siglas en inglés). Por aquel tiempo la economía estadounidense experimentaba un periodo de prosperidad y en México la industria automotriz y la maquiladora también disfrutaron de cierta bonanza. La industria maquiladora importaba sus insumos y componentes, los armaba en el país pero sólo a condición de exportarlos. Tal vez por ello, muchas fábricas de la ciudad de México empezaron a cerrar o a mudarse a otros lugares, sobre todo a los estados fronterizos con Estados Unidos. La ciudad de México otrora mejor símbolo del proyecto modernizador impulsado por el Estado, comenzó a ver disminuida su riqueza económica. De acuerdo con Gustavo Garza (2004), la capital de la República redujo su importancia económica de forma considerable en la década de

los años ochenta. En términos del conjunto de la economía nacional pasó de representar un 43 por ciento en 1980, a 36 por ciento en 1988.

A la catástrofe económica, la capital de la República debió sumarle otra de carácter natural. El 19 y 20 de septiembre de 1985 buena parte del centro-oeste del país experimentó un fuerte sismo. En la ciudad de México los muertos se contaron por miles. La respuesta rápida y masiva de la población exhibió la débil y tardía reacción del gobierno local y federal. El contraste entre la debilidad gubernamental y la fortaleza de la sociedad no pasó inadvertido. Tal parecía que la clase gobernante agobiada por las penurias económicas no tenía capacidad de maniobra (Aboites, 2008). Pero las malas noticias no terminaron ahí, en 1987 la inflación estaba por encima del cien por ciento y en 1988 superaba ya un 175 por ciento (ver gráfica 3).

Gráfico II.3.
Inflación anual. México, 1970-2000



Fuente: Elaboración propia con datos del Banco de México

El gobierno federal buscó controlar la inflación mediante el Pacto de Solidaridad Económica (Ruiz, 1999). Se había superado la crisis, pero el país estaba estancado, muestra de ello es el comportamiento de los salarios: el salario mínimo real en 1987 equivalía al 71 por ciento del percibido en 1980 y en 1988 correspondía al 45 por ciento del devengado en 1976.

Esta caída del poder adquisitivo significó un aumento en el número de miembros de cada familia que se vieron forzados a buscar un ingreso monetario (Rendón y Salas, 1993). Por lo demás, el mercado laboral nacional en esa década se caracterizó por una pérdida de la capacidad relativa del sector manufacturero para generar nuevas ocupaciones, una incapacidad de crear fuerza de trabajo asalariada, un crecimiento de las actividades económicas a pequeña escala, un proceso de terciarización cada vez mayor, y un evidente aumento de la fuerza de trabajo femenina (Rendón y Salas, 1993).

A diferencia de los hombres que comenzaron su vida laboral a finales de los años sesenta⁶, sus hijos se insertaron por primera vez en el mercado laboral principalmente como oficinistas, técnicos y profesionales (39 por ciento), un porcentaje similar laboró en una actividad manual (41 por ciento) y quienes se dedicaron al campo rozaron un 20 por ciento (Coubès *et al.*, 2005). Paradójicamente, en la ciudad de México los hombres, no así las mujeres, podían encontrar mejores opciones de empleo en el trabajo no asalariado y estas mejores opciones se presentan en los establecimientos de 1 a 5 personas en la manufactura y los servicios (Pacheco, 1994).

Al final de la década de los años ochenta, *la década perdida* para algunos, se renegoció la deuda externa mexicana que tanto pesaba sobre el país desde 1981. Esa renegociación tuvo saldo positivo para las cuentas macroeconómicas, producto de la cual hubo una baja sensible en el déficit de las finanzas públicas y la inflación (Aboites, 2008). En 1989 la inflación apenas si rebasaba un 20 por ciento. En términos de bienestar, durante esta década se incrementó el acceso de la población al agua entubada y drenaje, el déficit de vivienda se redujo, y disminuyó también el porcentaje de la población analfabeta (González y Monterrubio, 1993). Para 1990, el grupo de edad de 6 a 14 años congregaba a 18.8 millones de personas y de ellas asistían a la escuela 16.3 millones, es decir, cinco de cada seis niños en edad escolar (Mier y Terán y Rabell, 2001). Sin embargo, no se puede dejar de mencionar que estos “avances” no se distribuyeron por igual en todos los estados del país. La reducción presupuestal en aspectos como la salud y la educación pública hacían todavía más grave la situación de amplios sectores de la población. El campesinado y los pequeños empresarios sufrieron los embates de una política gubernamental encaminada a apoyar sólo a aquellos que podían exportar sus productos (Aboites, 2008).

⁶ Mayoritariamente se dedicaron a actividades relacionadas con el campo (39 por ciento), un número similar desempeñó alguna actividad manual que requería algún tipo de calificación, y el resto (22 por ciento) ocupó puestos como oficinistas, vendedores, técnicos, administradores o profesionales.

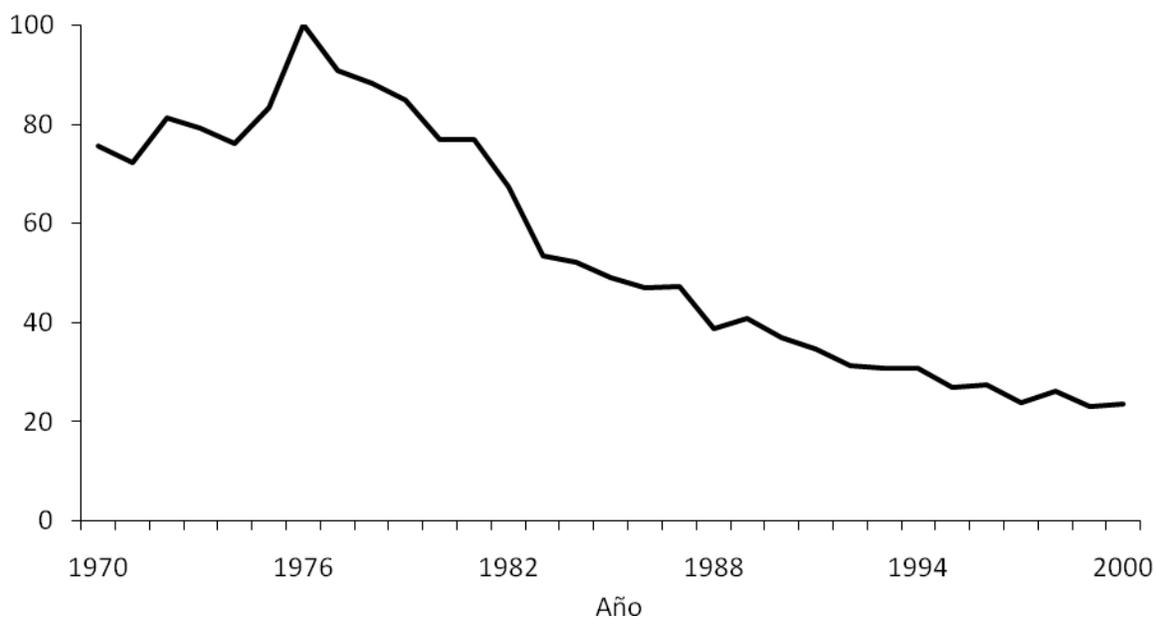
En la década de los noventa, el país sufrió una serie de profundas transformaciones en varios ámbitos. A fin de reactivar la economía, el gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari reprivatizó los bancos en 1990. También se afianzó la apertura comercial, el país entró en un acelerado proceso de integración a los mercados mundiales y de cambio en sus estructuras productivas. La reducción de la intervención del Estado en la economía y el fomento de la libre circulación de mercancías entre los países encaminaron al país a un nuevo modelo de desarrollo económico. El gobierno justificó este cambio aduciendo que el nuevo modelo era una forma inteligente de adaptarse a la globalización económica. En concordancia con la incorporación de México al GATT, el gobierno Salinista inició pláticas para alcanzar un acuerdo comercial con Estados Unidos y Canadá. De esta manera, la clase gobernante confirmaba su decisión de abandonar el modelo de sustitución de importaciones e impulsar en su lugar la apertura comercial y las exportaciones como sustento del desarrollo nacional (Ramírez, 1998, Aboites, 2008).

No obstante, uno de los grandes hitos económicos, clave para entender el México de fin de siglo, llegó poco antes de la Navidad de 1994. El peso sufrió una súbita devaluación de casi cien por ciento. A este evento se le denominó el error de diciembre, y entre sus principales consecuencias se encuentra el decremento de la economía mexicana, la cual disminuyó más de 6 por ciento en 1995 (Ramírez, 1998). El desempleo aumentó, los salarios se rezagaron aún más y las tasas de interés se dispararon. Numerosos deudores se vieron imposibilitados para pagar los créditos contraídos en la adquisición de maquinaria, insumos, casas y automóviles (Ramírez, 1998). Con ayuda financiera de Estados Unidos, el gobierno del presidente Ernesto Zedillo sorteó el vendaval y logró que al año siguiente, en buena medida por el alza en los precios del petróleo, se recuperara el crecimiento económico (Aboites, 2008). Sin embargo, la nueva precipitación de la economía mexicana tuvo una factura muy alta para la población. El gobierno se comprometió a asumir los pasivos de los bancos por medio del Fondo Bancario para la Protección del Ahorro. Esta medida que buscaba salvaguardar los ahorros de los mexicanos que quedaban en riesgo en caso de una quiebra bancaria impuso una nueva carga a la frágil hacienda pública estimada en 60 mil millones de dólares.

Para Fernando Cortés (*et al.*, 2004) el decenio de los noventa en materia económica puede caracterizarse por tres subperiodos claramente definidos: (1) el que va de 1991 a 1994, de relativo lento crecimiento económico; (2) la profunda crisis que se manifestó a lo largo de 1995 y

parte de 1996; y (3) el periodo comprendido por los últimos cuatro años, caracterizado por un mayor dinamismo en el crecimiento de la economía mexicana (aunque éste último periodo no pudo revertir el efecto negativo que tuvo la crisis de 1994 sobre la población, pues apenas logró neutralizarla). La década de los noventa fue una década de “estancamiento” en materia de progreso social. Se arribó al año 2000 con una economía que crecía a tasas muy bajas, un desempleo que no cedía y con salarios cuya capacidad adquisitiva iba en descenso (Aboites, 2008). En relación a esto último, de octubre de 1976 a noviembre de 1998 la merma en el salario mínimo fue de 78 por ciento (ver gráfica 4). Lo que significa que un salario mínimo de finales de los noventa podía comprar 22 por ciento de lo que podía adquirir a mediados de los setenta (Heath, 1999). Visto de otra forma, quien ganaba cinco salarios mínimos en 1998 podía comprar más o menos lo mismo que se podía con uno solo en 1976.

Gráfico II.4.
Salario mínimo real. México, 1970-2000



Fuente: Elaboración propia con datos del Banco de México

Además, en materia social, el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas el 1 de enero de 1994, el día en que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio, le recordó al gobierno mexicano que existían grupos que reclamaban una combinación de

demandas sociales y políticas. Los insurrectos exigían servicios de salud y de educación, así como el fortalecimiento de los derechos de los pueblos indios (Aboites, 2008).

En cuanto a la dinámica demográfica, la población nacional pasó de 66.8 millones de habitantes en 1980 a 97.5 millones en el año 2000. Es decir, registró un crecimiento medio anual intercensal de 1.9 por ciento. Sin embargo, el ritmo de crecimiento de la población continuó su descenso hasta llegar a una tasa global de fecundidad cercana al reemplazo generacional. Durante la década de los ochenta las mujeres mexicanas en edad fértil tenían en promedio 4.6 hijos y para el año 2000 esta cifra se redujo a 2.4 hijos. Así pues, en el transcurso de cuarenta años la sociedad mexicana redujo su fecundidad en casi cinco hijos en promedio por mujer. De igual forma, el uso de métodos anticonceptivos continuó su ascenso. En 1982 la Encuesta Nacional Demográfica revelaba que 47.7 por ciento de las mujeres en edad fértil unidas maritalmente usaban algún tipo de método anticonceptivo (Palma y Echarri, 1992), y en 1995, según la Encuesta Nacional de Planificación Familiar, esa proporción estaba por encima de los 65 puntos porcentuales (Consejo Nacional de Población, 1997). Sin embargo, Vania Salles y Rodolfo Tuirán (1996) muestran con cifras de las encuestas nacionales demográficas de 1976 y 1982 que entre 14 y 19 por ciento de los primeros partos de mujeres de entre 15 y 49 años de edad ocurrían antes o durante el primer semestre del matrimonio o la unión. De acuerdo con los mismos investigadores, la Encuesta Nacional sobre Fecundidad y Salud de 1987 confirma estas cifras y además sugiere que las generaciones más jóvenes tienen una mayor propensión a experimentar partos o concepciones prenupciales. Este comportamiento reproductivo, consideran estos autores, puede explicarse entretejiendo la escasa o poco eficiente práctica de la anticoncepción entre la población joven de México con el surgimiento de pautas de mayor permisividad sexual y el aparente debilitamiento de los controles sociales que canalizaban la actividad sexual preferentemente dentro del matrimonio.

En relación a la dinámica nupcial, este fenómeno poblacional permaneció relativamente invariante a lo largo de los últimas tres décadas del siglo XX. Por ejemplo, el celibato definitivo entre 1960 y 1990, de acuerdo con Julieta Quilodrán (1993a), estuvo próximo a cinco por ciento en el caso de la población masculina, y fluctuó entre un 6.5 y un 8.5 por ciento en el caso de las mujeres. La edad a la primera unión es otro indicador vinculado con esta estabilidad. De acuerdo con información censal, en tres décadas las mujeres retrasaron aproximadamente en un año la edad promedio a la primera unión, al pasar de 21.1 en 1960 a 22.2 años en 1990, mientras que

los hombres apenas si pospusieron medio año su unión conyugal en el mismo periodo: en 1960 la edad promedio a la unión era de 24.2 años y en 1990 de 24.7 años (Quilodrán, 1993a). Asimismo, una estimación propia con base en el Censo de 2000 arroja que la edad media a la unión para las mujeres fue 22.2 años y para los hombres de 24.5 años. Por otra parte, la proporción de uniones consensuales y legales tampoco varió significativamente. De acuerdo con las cifras de los censos de 1980 y 1990, entre 13 y 14 por ciento de la población unida de 12 años y más, lo estaba de forma consensual, y el restante 86 por ciento bajo un contrato matrimonial civil y/o religioso (Quilodrán, 1993a). Por lo demás, las mujeres se fueron casando más tarde y las parejas se iban formando de cónyuges con edades cada vez más iguales. En 1975, en un 46.5 por ciento de los matrimonios civiles la edad de la mujer era igual o mayor a la de su cónyuge, y en 1989 esta proporción ascendió a 52.5 por ciento (Quilodrán, 1993a). A la par de estos cambios, se encuentra que tanto hombres como mujeres modificaron un tanto su concepción sobre el ideal de pareja. Con base en la Encuesta Nacional de Actitudes y Valores de 1994, Vania Salles y Rodolfo Tuirán (1996) señalan que a principios de los años ochenta los hombres preferían como esposas a mujeres hogareñas, femeninas, trabajadoras, honestas y sencillas. Década y media más tarde siguieron apreciando a las trabajadoras y hogareñas, pero comenzaron a inclinarse por las mujeres fieles, comprensivas, responsables e inteligentes. Lo que entró en desuso desde los albores de la década de los ochenta, según estos autores, fue el hecho de que fueran aguantadoras, sumisas y sufridas. De manera similar, las mujeres prefirieron a los hombres trabajadores, responsables, fieles, comprensivos y buenos, e inteligentes.

También la vida se alargó. La esperanza de vida al nacimiento alcanzó los 75 años de edad, lo cual supone un incremento de 28 años si se compara con la de 1950. La dinámica demográfica que llevó a la sociedad mexicana a este escenario dejó su impronta en la estructura y dinámica de las familias. Un análisis comparativo de la estructura familiar en México durante el periodo de 1976 a 1995 muestra los cambios en las trayectorias de vida familiares. Por ejemplo, el descenso de la mortalidad ha permitido, entre otras cosas, que las mujeres tengan más tiempo para seguir otras trayectorias, ha reducido el número de matrimonios disueltos antes de alcanzar el final de su periodo reproductivo por la muerte de alguno de los cónyuges. Por su parte, el descenso de la fecundidad ha permitido a las mujeres pasar menos tiempo embarazadas o cuidando hijos pequeños, lo cual ha redundado en mayor tiempo para realizar otras actividades (Tuirán, 2001).

Otras investigaciones sobre estas transformaciones muestran que los cambios más importantes se dieron entre las clases medias urbanas más escolarizadas. En relación a la crianza de los hijos, Olga Rojas (2006) encontró que los padres jóvenes de sectores medios expresan participar más activamente en la formación de sus hijos e hijas, y consideran preferible utilizar el diálogo y el convencimiento para corregir a su descendencia. Por su parte Pilar Gonzalbo y Cecilia Rabell (2004) señalan que aunque la formación de la familia siguió teniendo un valor importante en la trayectoria de vida de los mexicanos, este grupo postergó el nacimiento del primer hijo y espació la llegada del siguiente, además de que casi la mitad de estas familias tuvieron dos o menos hijos y, en consecuencia, las mujeres sólo dedicaron diez años de su vida a la crianza de la prole. De igual forma, estas autoras muestran que otro rasgo característico es que en más de la mitad de las familias la esposa o las hijas aportan ingresos económicos derivados de su trabajo, señalan que desde 1930 la entrada de la mujer al mercado laboral ha mostrado una tendencia ascendente, y que a finales del siglo XX una de cada tres mujeres trabaja fuera de su hogar. Además, las familias encabezadas por mujeres han ido aumentando poco a poco en las últimas décadas: hacia 1976, una de cada siete familias tenía jefatura femenina, mientras que a fines de siglo esta relación era de casi una de cada cinco. En estas familias, donde el hombre ya no es el único, y a veces ni siquiera el principal proveedor, las mismas autoras señalan que los roles tradicionales se trastocan y cuestionan, en buena medida porque el trabajo extradoméstico apoya el *empoderamiento* de las mujeres, esposas e hijas de las familias.

Por otra parte, hasta el final del siglo XX tres cuartas partes de la población vivía en ciudades, pero al mismo tiempo el resto se dispersaba en un número asombroso de pequeñas localidades rurales (Aboites, 2008). A lo largo de la década de los ochenta aumentó la visibilidad de las corrientes migratorias compuestas por jóvenes que se desplazaron para conseguir trabajo y mejores condiciones de vida. De hecho, la cantidad de mexicanos que vivían en una entidad diferente a su estado natal se incrementó de 7.5 millones en 1970 a 15.5 millones en 1990 y en el año 2000 eran cerca de 18 millones. De acuerdo con Rodolfo Corona (2004) esto pone de manifiesto el efecto de las crisis económicas, así como las precarias condiciones del campo mexicano.

En el mismo sentido, el devenir económico que experimentó el país, entre otros factores, provocó que en 1980 casi se triplicara la población de mexicanos en Estados Unidos respecto a la década anterior, pues superó los dos millones de personas. A partir de ese momento la migración

mexicana hacia Estados Unidos aceleró su crecimiento y se duplicó década a década. En los noventas superó los cuatro millones de personas y para el año 2000 se acercó a los 9 millones de mexicanos. De esta forma, la migración laboral de mexicanos a Estados Unidos se convirtió en una importante fuente de divisas. En el transcurso de la década de los noventa el monto de las remesas se multiplicó 3 veces, al pasar de poco más de 2 mil millones de dólares en 1990 a cerrar por encima de los 6 mil 500 millones de dólares en 2000. En los años siguientes las remesas aumentaron hasta llegar a más de 13 mil millones de dólares en 2003, sólo por debajo de la exportación petrolera, pero más que la inversión extranjera y que los ingresos del turismo (Lozano, 2004).

En suma, la exposición del contexto histórico en que se enmarca esta investigación permitió observar que en poco más de cincuenta años la sociedad mexicana se mudó del campo de *Pedro Páramo* de Juan Rulfo a la urbe de *Sábado Distrito Federal* de Chava Flores. Transitó por un camino en materia económica que se tornó sinuoso conforme se aproximó el nuevo siglo. Este recorrido estuvo acompañado de un buen número de transformaciones de orden social y demográfica. A modo de síntesis, el siguiente cuadro muestra los principales rasgos de la vida en México durante la segunda mitad del siglo XX.

Cuadro II.1.

El México de la segunda mitad del siglo XX: una historia en tres actos al compás de tres movimientos.

	Económico	Sociodemográfico	Cotidiano
Desarrollo estabilizador, 1940 a 1970	<p>Instrumentación del modelo de sustitución de importaciones.</p> <p>Crecimiento económico sostenido.</p> <p>Poder adquisitivo de los salarios a la alza.</p> <p>Inversiones en carreteras, presas, electricidad, hospitales, escuelas y servicios públicos.</p> <p>Desarrollo industrial de las ciudades de Guadalajara, Monterrey y Distrito Federal.</p> <p>Desigualdad: a principios de los cincuenta la décima parte de la población más rica concentraba casi la mitad de la riqueza nacional.</p>	<p>Firma de un acuerdo de migración temporal con Estados Unidos: Programa <i>Bracero</i>.</p> <p>Migración de espacios rurales a los núcleos urbanos.</p> <p>Estructura ocupacional con base en las labores agrarias, pero creciente en actividades industriales.</p> <p>Disminución de la mortalidad.</p> <p>Expansión del sistema educativo.</p> <p>Fecundidad elevada durante las seis primeras décadas del siglo.</p> <p>Edad a la unión temprana, celibato definitivo reducido y mayoría de matrimonios, aunque presencia de un importante número de uniones libres.</p>	<p>Imposición del servicio militar obligatorio.</p> <p>Otorgamiento del derecho al voto a las mujeres en 1953.</p> <p>Creación del IMSS y del ISSSTE.</p> <p>Edificación de la torre Latinoamericana, Ciudad Universitaria y Ciudad Satélite.</p> <p>Presencia en aumento de electrodomésticos en los hogares.</p> <p>Realización de algunas huelgas laborales.</p> <p>Movimiento estudiantil de 1968.</p>
Desarrollo compartido, 1970 a 1982	<p>Agotamiento del modelo de sustitución de importaciones.</p> <p>Incremento de la deuda externa.</p> <p>Reducción del gasto público.</p>	<p>Cambios en la estructura de la ocupación: reducción de la actividad agraria, y aumento de las labores manuales calificadas y no manuales.</p>	<p>Apertura de la Universidad Autónoma Metropolitana en 1974.</p> <p>Creación del Infonavit y del Fovissste.</p>

Cuadro II.1.
Continuación

	Económico	Sociodemográfico	Cotidiano
Desarrollo compartido, 1970 a 1982	Aumento de la inflación y devaluación del peso.	Aumento del desempleo y consolidación de la presencia femenina en el mercado de trabajo.	Creación del Consejo Nacional de Población (CONAPO).
	Déficit de cuenta corriente.		
	Descubrimiento de grandes yacimientos petroleros en la sonda de Campeche.	Continuación de la expansión del sistema educativo.	
	Crecimiento de 7 por ciento anual.	Implementación de la Ley General de Población (1973).	
	Aumento sostenido de los salarios reales (hasta 1976).	Difusión de métodos anticonceptivos modernos.	
	Disminución de la desigualdad social.	Revalorización del tamaño de la descendencia.	
Crisis y libre mercado, 1982 a 2000	Nacionalización de la banca	Descenso de la fecundidad.	
		Cambios apenas perceptibles en la dinámica nupcial.	
		Aumento de la migración hacia Estados Unidos. Destaca la presencia de la mujer en este fenómeno.	
	Recesión e inestabilidad económica.	Escasez de oportunidades laborales asalariadas y precarización de los salarios.	La computadora personal comienza a hacerse presente en oficinas, empresas, hogares y escuelas.
	Caída en el precio del petróleo en 1982, nueva devaluación del peso e inflación desatada.	Proceso de terciarización de la fuerza de trabajo cada vez mayor.	

Cuadro II.1.
Continuación

	Económico	Sociodemográfico	Cotidiano
Crisis y liberalización, 1982 a 2000	Renegociación de la deuda y disminución en el gasto social.	Aumento de la fuerza de trabajo femenina. Cada vez más mujeres tienen ingresos económicos derivados de su trabajo.	El centro-oeste del país sufre un fuerte sismo en septiembre de 1985. La ciudad de México resultó particularmente afectada.
	México se adhiere al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT).	Aumenta el número de hogares con jefatura femenina.	Surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas el 1 de enero de 1994.
	Despunte de la industria automotriz y la maquiladora en el norte del país.	Deterioro del poder adquisitivo de los ingresos.	
	Privatización de paraestatales.	Las familias aumentan el número de perceptores de ingresos.	
	Establecimiento del Tratado de Libre Comercio para América del Norte.	La fecundidad continuó su descenso y el uso de métodos anticonceptivos se mantuvo ascendente.	
	Crecimiento económico, estabilidad y mayor gasto social.	Hombres y mujeres retrasa el calendario de la primera unión. La proporción de uniones y matrimonios no varió significativamente.	
	<i>El error de diciembre.</i>	Más de 9 millones de mexicanos viven en Estados Unidos al llegar el año 2000.	
	Creación del Fondo Bancario para la Protección del Ahorro.		
Las remesas se convierten en un ingreso importante para el país.			

Capítulo III

En busca del *Hetero Adultus Mexicanus*: Apuntes metodológicos

En mayor o menor medida los estudios de población buscan regularidades en un mar de heterogeneidades. Esta investigación indaga en algunos aspectos que entrecruzan la vida de los hombres mexicanos para exponer una parte de su transición a la vida adulta durante la segunda mitad del siglo XX. En general, la bibliografía sobre el tránsito a la vida adulta presupone, sin señalarlo, que la población bajo su estudio tiene un comportamiento heterosexual. Entonces, además de reconocer que el tránsito a la vida adulta es un proceso heterogéneo, también es preciso señalar que se ha centrado en ilustrar el proceder de la población heterosexual. Si bien es cierto que esta disertación doctoral no pretende deshacerse del aura heterosexual, al menos se considera prudente explicitar que se buscan regularidades de un proceso *heterogéneo* sobre una población que se supondrá tiene un comportamiento *heterosexual*.

Por lo demás, hasta ahora se ha desarrollado un marco teórico asentado en la perspectiva de curso de vida y en los estudios sobre masculinidad. Igualmente, el espacio temporal en el que se circunscribe esta investigación demandó una descripción detallada del contexto histórico en el que vieron transcurrida su vida los sujetos de estudio. La realización de estos ejercicios, lo

mismo documentales que reflexivos, dieron lugar a los capítulos *El tránsito a la vida adulta no es juego de niños* y *México de mis recuerdos. La vida en México durante la segunda mitad del siglo XX*. En este esfuerzo intelectual emergieron una serie de inquietudes y conjeturas, las cuales, mediante un proceso de síntesis, se convirtieron en las preguntas e hipótesis que guían esta disertación doctoral. Este instrumental inquisitivo se presenta en el primer apartado de este tercer capítulo. Una vez establecidos los puntos de partida y el rumbo, se explicita el mecanismo con el que se pretende estudiar las continuidades o discontinuidades del tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos durante los últimos cincuenta años del siglo pasado. En el segundo apartado se detalla el dispositivo metodológico, el cual recae primordialmente en el análisis de supervivencia. Además, en esta sección se muestran las principales características de las técnicas estadísticas de tabla de vida y del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales o regresión de Cox. En un tercer momento, se exponen los pormenores de la fuente de material empírico: la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003 (ENSAR 2003). En este apartado se presentan las características generales de la ENSAR 2003 y una evaluación de la calidad de la información que contiene. Para terminar, en la cuarta sección, se describe la forma en que fueron procesados los datos para generar las unidades empíricas de análisis. En este espacio se delinean los ejes de análisis para el estudio del calendario e intensidad¹, y se exhibe la configuración de los modelos de regresión para el estudio de los factores asociados a la temporalidad de los eventos.

III.1. Origen y rumbo: Preguntas e hipótesis de investigación

En esta tesis, a lo largo de la elaboración del marco teórico y del contexto histórico surgieron una serie de preguntas y presunciones relativas al tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos durante las últimas décadas del siglo pasado. Después de un proceso de ordenación y síntesis las preguntas y conjunto de hipótesis que guían esta investigación se presentan a continuación.

En *Hombres transitando a la vida adulta en México durante la segunda mitad del siglo XX* se busca responder fundamentalmente las siguientes interrogantes:

¹ Entendiendo por *calendario* la edad cronológica a la que un porcentaje de una población experimentó un evento determinado, y por *intensidad* la proporción de una población que experimentó un evento a cierta edad.

- (1) ¿Cuál ha sido la magnitud de los cambios en el tiempo en el tránsito a la vida adulta de la población masculina mexicana? ¿Aproximadamente cuándo se dieron dichos cambios?
- (2) ¿El tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos está mediado por la posición socioeconómica que ocupan? ¿El estrato socioeconómico ha sido una estructura por medio de la cual el tiempo histórico mueve el engranaje del tiempo individual? Si esto es así ¿cómo y en qué sentido ha variado a lo largo de la segunda mitad del siglo XX la impronta del estrato socioeconómico sobre el paso de la juventud a la vida adulta?
- (3) En el interjuego entre tiempo histórico, tiempo social y tiempo individual ¿qué papel juegan los mandatos de masculinidad en la configuración del tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos? ¿Operan estos de forma diferenciada de acuerdo a la posición socioeconómica de los hombres mexicanos? ¿Es el rol de proveedor el mandato “padre” de la masculinidad?

Para responder a las preguntas de investigación se examinan seis eventos o experiencias de vida de los hombres mexicanos: inicio de la vida sexual, abandono del sistema escolar, primer ingreso al mercado laboral, salida del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y la llegada de la paternidad. Así, las hipótesis de trabajo relacionadas con estas transiciones avanzan en dos vertientes:

- (1) Los profundos cambios de orden demográfico, económico, social y cultural experimentados por el país en las últimas cinco décadas del siglo XX dejaron su impronta en la configuración del tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos. En específico:
 - i. La expansión del sistema escolar junto con la evolución del mercado laboral permiten, aún con diferencias importantes según el estrato socioeconómico de que se trate, una estancia más larga en el sistema

escolar, al tiempo que posterga el inicio de la vida laboral de los hombres mexicanos.

- ii. Las transformaciones de orden sociodemográfico han dejado su estampa en la vida familiar y en los eventos que de ella se extraen. Aún cuando se prefiguran configuraciones diferenciadas según la posición socioeconómica de los hombres mexicanos, en cualquiera de los casos se vislumbran procesos vinculados a la asunción de roles adultos de orden familiar cada vez más dilatados.

(2) El entramado que supone el cumplimiento de los mandatos de masculinidad descubre una estructura que articula buena parte del tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos, al tiempo que marca el compás al cual este proceso ha de realizarse. En detalle:

- i. El mandato de proveedor moldeado por los avatares histórico-económicos entrelaza la esfera laboral con la educativa, la familiar y la reproductiva, acelerando la llegada de los roles adultos.
- ii. El inicio de la vida sexual está presente en la velocidad con la que los hombres mexicanos transitan por el espacio familiar y reproductivo. Su incumplimiento a cierta edad puede orillar a los hombres a asumir más rápidamente otros roles de adulto (esposo/compañero o padre) en aras de exhibir su masculinidad.
- iii. La manifestación de la capacidad reproductiva de los hombres mexicanos asociada primordialmente con el terreno familiar es un momento cumbre en el camino que los conduce a la edad adulta. Quienes experimenten la llegada del primer hijo de forma temprana podrán retrasar o incluso obviar otros de los eventos considerados en esta investigación.

III.2. El medio de locomoción: El análisis de supervivencia

Para transitar entre las preguntas e hipótesis de investigación se propone avanzar por dos vías que bien podría decirse corren en paralelo: (1) Estudiando el calendario y la intensidad de los

eventos: inicio de la vida sexual, abandono del sistema escolar, primer ingreso al mercado laboral, salida del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y advenimiento de la paternidad; y (2) examinando el efecto de algunos factores de orden social, familiar e individual sobre la temporalidad de dichos eventos.

El medio seleccionado para desplazarse por este trayecto es el análisis de supervivencia. Este tipo de análisis permite estudiar la variable *tiempo hasta la ocurrencia de un evento* y su relación con otras variables. Esta aproximación metodológica permite cuantificar, sobre cierta población, la proporción que experimentó un evento determinado después de un tiempo establecido, o ponderar la forma en que algunas situaciones o características aumentan o disminuyen el riesgo de supervivencia del conjunto en estudio (Kleinbaum y Klein, 2005). De ahí que el análisis de supervivencia permita examinar la temporalidad y los factores que inciden en la ocurrencia de los eventos que se sucedan a lo largo de la vida de las personas. Por ejemplo, se puede determinar el tiempo de permanencia en el sistema escolar de cierta población, estudiar el calendario de la salida de la soltería de un determinado conjunto de personas, o aproximarse a la vida media de grupo de personas con alguna enfermedad.

En los anteriores ejemplos se pueden detectar algunos elementos que son intrínsecos al análisis de supervivencia, como lo son:

- Presencia de un suceso que define una transición de interés.
- Interés por estudiar en qué momento del tiempo ocurrió el evento en cuestión.
- Deseo de identificar qué factores inciden en la probabilidad de ocurrencia o no de determinado evento.

Como es de esperarse, este tipo de encuadre metodológico requiere información relativa a la temporalidad del evento. Sin embargo, esta clase de insumo tiene como una de sus principales características la de poner al investigador delante de datos truncados. El truncamiento de la información ocurre cuando sólo se conoce una parte del *tiempo de exposición*, pero no el momento exacto del suceso. Esto puede pasar si el sujeto/objeto no experimentó el evento de interés antes del término del estudio, cuando ya no se puede dar seguimiento al sujeto/objeto de estudio, o si el sujeto/objeto sale del estudio por alguna causa ajena al evento de interés. No obstante, existen técnicas estadísticas de carácter descriptivo que permiten analizar este tipo de

información. La más socorrida, quizá, es la técnica de la tabla de vida. A continuación se exponen brevemente las principales características de esta herramienta analítica.

III.2.i. La técnica de la tabla de vida

Como ya se mencionó, intrínseco a prácticamente cualquier fuente de información se encuentra en mayor o menor medida el truncamiento de los datos. En esta tesis doctoral, como se verá más adelante, esto se refiere a los casos en los que el momento de la entrevista se constituye como corte “artificial” de la trayectoria de vida de los individuos, por lo que es probable que no hayan experimentado el evento de interés. Por ejemplo, si se desea estudiar el calendario del inicio de la vida conyugal a partir de los datos de una encuesta, se tendrá muy probablemente que no todas las personas interrogadas dejaron la soltería antes de ser entrevistadas, y por lo tanto, su periodo de exposición al riesgo ha sido truncado. En tal caso, se está frente a historias de vida incompletas, de las cuales no se puede asegurar que más tarde no iniciarán una vida conyugal. Este problema metodológico puede ser resuelto satisfactoriamente utilizando la técnica de tabla de vida. Esta herramienta permite medir las probabilidades de ocurrencia de cierto evento en una población dada en función de la edad, pues toma en cuenta el tiempo que un individuo permanece expuesto al riesgo de vivir un evento determinado y su condición final (Pressat, 1967).

La tabla de vida contempla un conjunto de funciones que proporcionan información sobre la experiencia del evento estudiado en una cohorte, generación, grupo de edad o simplemente a una cierta edad. Esto es, a partir de un conjunto en riesgo (en el caso de esta investigación sería el número de individuos que no han experimentado un determinado evento a la edad x) llamado n_x , se puede calcular el número de individuos que experimentaron el evento entre las edades x y $x+1$, a los que se denomina $d_{x,x+1}$. Asimismo, con esta información es posible calcular la probabilidad condicional de que el conjunto en riesgo experimente el evento en cuestión entre las edades x y $x+1$, dado que llegó a la edad x sin experimentarlo, comúnmente nombrada $q_{x,x+1}$, esta probabilidad se calcula mediante el cociente entre el número de individuos que experimentaron el evento a la edad x y el conjunto en riesgo a esa edad:

$$q_{x,x+1} = \frac{d_{x,x+1}}{n_x}$$

Ahora bien, a partir de esta probabilidad se puede calcular la proporción de individuos que no han experimentado el evento que interesa a la edad x . Usualmente se refiere a ellos como sobrevivientes y en la tabla son representados como S_x . Al comienzo de la tabla el valor S_x se fija en 1 y los sucesivos valores se calculan mediante el producto de la proporción de sobrevivientes en el elemento anterior por el inverso de la probabilidad de experimentar el evento en el elemento anterior:

$$S_{x+1} = S_x(1 - q_{x,x+1})$$

No obstante, si lo que interesa es representar los datos de forma que indiquen la proporción de individuos que ya vivieron el evento, se debe calcular el complemento de S_x , es decir, $1 - S_x$.

De esta forma, la tabla de vida permite conocer la proporción de personas que experimentaron cierta transición entre dos momentos (*quantum*), y el tiempo, o duración, que transcurre para que un porcentaje de la población viva el evento de interés (*tempo*). El ejemplo clásico de la tabla de vida es, paradójicamente, la tabla de mortalidad. Este tipo de tabla describe el proceso de extinción de cierta población y se genera a partir de las tasas de mortalidad, y los valores resultantes se usan para medir, entre otras cosas, la mortalidad, la supervivencia y la esperanza de vida, y si se quiere, su comportamiento en relación con otras variables como lo pueden ser el sexo, el tamaño de la localidad de residencia, o el estrato socioeconómico. Sin embargo, la técnica descriptiva de tabla de vida posee algunas limitaciones que dificultan la realización de análisis más complejos. Es decir, su utilidad disminuye cuando se desea estudiar simultáneamente los efectos de un conjunto de situaciones sobre el tiempo al evento. Por ello, cuando se desea profundizar en el análisis de supervivencia se puede recurrir a modelos multivariados. El modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales, también conocido como regresión de Cox, es una de las más conocidas. En el siguiente apartado se exponen las principales características de esta aplicación.

III.2.ii. Modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales o regresión de Cox

El modelo de regresión de Cox es uno de los modelos de riesgos más generales y menos restrictivos. Combina el análisis de tabla de vida con el análisis de regresión y permite cuantificar el efecto de un conjunto de características de la población sujeto/objeto de estudio sobre la temporalidad de un evento determinado, aún cuando no toda la población haya

experimentado el evento al momento de recabar la información (Cox y Oakes, 1984). La formulación general del modelo de regresión de Cox es:

$$h(t, X) = h_0(t) \exp\left(\sum_{i=1}^k \beta_i X_i\right)$$

Donde $h(t, X)$ es la función de riesgo al tiempo t para un individuo con un conjunto definido de variables explicativas X , y equivale en una regresión logística a la probabilidad de que un individuo experimente una transición en un momento determinado del tiempo. El factor $h_0(t)$ es la función de riesgo base en caso de que todas las variables explicativas X valgan cero; este componente puede decirse que cumple la función de la constante del modelo de regresión, pero en este caso su valor no es fijo ya que varía con el tiempo. Por ello, el supuesto del que parte el modelo de regresión de Cox se encuentra en que todos los individuos tienen el mismo riesgo base $h_0(t)$, el cual aumenta o disminuye según se pertenezca a un subgrupo determinado. Por otro lado, los coeficientes β_i muestran el efecto de las variables independientes sobre la función de riesgo. Entonces si se calcula la exponencial de la suma de $\beta_i X_i$ se puede expresar el efecto de cada variable independiente como aumentos o reducciones en el riesgo de experimentar algún evento. Entre las ventajas de este modelo de regresión se destacan la nula necesidad de especificar *a priori* la forma de la función de riesgo base, ya que es la propia información la que determina esta variación. Además, la interpretación de los resultados es sencilla, pues se obtiene la proporción de incremento o disminución de la velocidad a la que ocurre algún evento. Otra de las ventajas de este modelo radica en que al combinar el análisis de tabla de vida y el análisis de regresión permite establecer relaciones entre las características de los individuos y su función de sobrevivencia. También posibilita incluir en el análisis indicadores que cambian con el tiempo, elemento fundamental para estudiar la relación que existe entre algunas experiencias de vida y un evento determinado (Kleinbaum y Klein, 2005).

III.3. El combustible o insumo empírico: Fuente de información y calidad de los datos

El tipo de investigación que se pretende realizar requiere información de tipo longitudinal en su desarrollo. Situación que podría convertirse en un problema en México en donde el número de

instrumentos que recaban información de manera retrospectiva es reducido². A pesar de ello, el país cuenta con distintas encuestas que incluyen la historia de algunos eventos. Por ejemplo, es ya una tradición en numerosas encuestas mexicanas sobre fecundidad de tipo transversal la inclusión de historias de embarazos y de uniones.

Ahora bien, la naturaleza del sujeto de estudio en esta investigación: la población masculina mexicana, redujo las opciones para elegir una fuente de información apropiada. En la pasada década de los noventa sólo se realizaron dos encuestas que tuvieron contemplados cuestionarios dirigidos única y exclusivamente a los hombres: la Encuesta sobre el Comportamiento Sexual en la Ciudad de México (1992-1993) y la Encuesta de Salud Reproductiva con Población Derechohabiente del Instituto Mexicano del Seguro Social (1998). Las cuales se descartaron porque las características de la población a la que estuvieron dirigidas no se ajustan a los intereses de esta investigación.

Otro ejemplo de este tipo de ejercicios es la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003 (ENSAR 2003). La población objetivo de esta encuesta fueron los hombres mexicanos unidos o alguna vez unidos, de entre 20 y 59 años de edad al momento de la entrevista. Aún cuando este instrumento ofrece principalmente información sobre la vida de los entrevistados al momento de la encuesta, también cuenta con información valiosa de carácter longitudinal. Algunas de las secciones de la ENSAR 2003 de mayor riqueza para esta investigación son las relativas a las prácticas sexuales y reproductivas, a la historia conyugal, así como la que trata el tema de la paternidad y crianza. Por esta razón, la ENSAR 2003 es la encuesta que provee el material empírico para esta investigación. En el siguiente apartado se realizará una breve síntesis de las bondades y limitantes de esta fuente de información.

III.3.i. La Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003

El cuestionario individual para varones fue diseñado por el Programa Salud Reproductiva y Sociedad, de El Colegio de México. Este instrumento está basado en el cuestionario para mujeres³ de la propia ENSAR 2003 y en el cuestionario para varones de la Encuesta de Salud Reproductiva con Población Derechohabiente del Instituto Mexicano del Seguro Social de 1998 (ENSARE). Esto debido a que se deseaba mantener cierta similitud con dichos instrumentos para

² Entre ellas se destaca la Encuesta Demográfica Retrospectiva de 1998 (EDER).

³ Desarrollado por la Secretaría de Salud

realizar comparaciones entre los resultados. Así pues, el cuestionario individual para varones de la ENSAR 2003 buscó analizar el comportamiento sexual y reproductivo de los varones en México dentro de un marco de referencia demográfica y de salud. El estudio de sus características y tendencias se llevó a cabo considerando el contexto social y económico en el cual se desarrolla el individuo. Los apartados seleccionados para llevar a cabo los objetivos planteados por esta investigación corresponden a:

- La sección I CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS, de la cual se extrajo una caracterización de la persona entrevistada en términos de la edad, escolaridad, condiciones laborales, religión y lugar de residencia durante su infancia.
- La sección II HISTORIA CONYUGAL, permitió sustraer información del estado conyugal del entrevistado. Además, da cuenta de si el entrevistado ha estado unido en más de una ocasión, en cuyo caso se recogieron los datos relativos a todas y cada una de las uniones anteriores. De igual forma, esta sección permitió profundizar en el conocimiento del contexto y de la forma en que se inició la primera unión del entrevistado.
- De la sección III FECUNDIDAD se utilizó la información sobre el tamaño de la descendencia de los padres del entrevistado.
- En la sección V PATERNIDAD Y CRIANZA se exploraron algunos elementos del contexto en el que los varones entrevistados fueron padres por vez primera. Asimismo, esta sección permitió rescatar ciertos elementos de la relación de los entrevistados, cuando eran jóvenes, con sus padres.
- La sección VIII VIOLENCIA DOMÉSTICA mostró información relativa a episodios de maltrato vividos por el entrevistado durante su infancia.
- Finalmente, la sección IX PRÁCTICAS SEXUALES Y EXPOSICIÓN AL RIESGO DE CONCEBIR permitió conocer el contexto y la ubicación en el tiempo de la primera relación sexual, la cual fue complementada con el posible uso de algún método anticonceptivo durante la misma. Asimismo, las preguntas de esta sección permitieron saber si este uso de anticoncepción se realizó de manera continua durante las siguientes relaciones sexuales. En caso contrario, se identificó el momento en el que el entrevistado inició una práctica anticonceptiva continua.

Por otro lado, hay que recordar que la encuesta consideró como sujetos de estudio a los varones de entre 20 y 59 años de edad al momento de la entrevista, unidos o alguna vez unidos. El tamaño de la muestra alcanza los 1500 cuestionarios con cobertura nacional, pero por distintos problemas en el operativo de campo sólo se cuenta con cerca de mil cuestionarios completos (Martínez, 2004).

Ahora bien, para fines de esta disertación doctoral la población objetivo de la ENSAR 2003 tiene un sesgo de selectividad por estado civil. Lo que significaría que los resultados que de esta población se desprendan no serán, en estricto sentido, representativos de la población masculina mexicana en general. Lo serían únicamente del conjunto de hombres mexicanos unidos o alguna vez unidos. Para atenuar este sesgo se decidió mantener únicamente a la población mayor de 30 años de edad al momento de la entrevista, pues de acuerdo con algunos estudios a esa edad la gran mayoría de la población masculina mexicana (90 por ciento) ya se ha unido al menos una vez (Samuel y Seville, 2005). Este recorte deja un tamaño de muestra de 767 hombres mexicanos, los cuales habrían nacido entre 1943 y 1973. Sin embargo, en esta investigación al interesarse en la temporalidad de las experiencias vitales: inicio de la vida sexual, abandono del sistema escolar, primer ingreso al mercado laboral, salida del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y llegada de la paternidad, se tuvo que prescindir de 85 casos, pues en ellos no se precisaba la experiencia o no de uno o más eventos, y/o la edad a la que estos habrían ocurrido. De tal forma, la submuestra final de la ENSAR 2003 que se analizará en esta investigación, y de la que a continuación se expone una evaluación en términos de la calidad de su información, es de 682 casos.

III.3.ii. Evaluación de la calidad de la información

Si los datos no nos apoyan, peor para los datos.

Nelson Rodrigues

La evaluación de las encuestas suele referirse en la mayoría de los casos a la fiabilidad de los datos. Carlos Echarri (2003) reconoce que sólo en pocas ocasiones se lleva a cabo una valoración que ponga énfasis en el marco conceptual mismo y estime la concordancia del tipo de información con las necesidades de la investigación científica. En este sentido, la evaluación de

la calidad de la información de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003 se llevó a cabo contrastando la información de ciertos indicadores sociodemográficos de nuestra submuestra, como lo son la estructura por edad, el estrato socioeconómico, el tamaño de localidad de residencia y el nivel de escolaridad, con los correspondientes al segmento de hombres de 30 a 59 años del XII Censo General de Población y Vivienda de 2000. De esta manera, respecto a la estructura por edad de la población, el cuadro III.1 muestra la distribución porcentual de la población masculina de 30 a 59 años por grupo decenal de edad. En él se observa que de acuerdo con el Censo de 2000, 46.5 por ciento de los hombres se encuentra en el grupo etario 30 a 39 años, 32.5 por ciento en el de 40 a 49 y el restante 21 por ciento en el de 50 a 59. En cambio, en la ENSAR 2003 dichos porcentajes son 41.1, 36.4 y 22.6, respectivamente. A pesar de este desigual comportamiento, el resultado de la prueba de independencia estadística *ji-cuadrada* muestra que no hay evidencia estadística suficiente para suponer que existe una diferencia significativa de este indicador entre la población del Censo de 2000 y la de la ENSAR 2003.

En lo que hace a la distribución porcentual del estrato socioeconómico, se observa un comportamiento un tanto disímil entre las dos fuentes de información. En el Censo de 2000 el estrato bajo aglutina a 66.7 por ciento de la población masculina de entre 30 y 59 años de edad, mientras que en la ENSAR 2003 este sector socioeconómico reúne a 71.9 por ciento de los casos. Complementa esta situación el porcentaje de hombres mexicanos que se encuentra en el estrato socioeconómico medio y alto: 33.3 por ciento en el Censo de 2000 *versus* 28.1 por ciento en la ENSAR 2003. Esta situación permite pensar que, en términos generales, las condiciones socioeconómicas son más desfavorables para los varones entrevistados por la ENSAR 2003 que los que están representados en el Censo de 2000. Sin embargo, la diferencia entre las dos distribuciones no resulta estadísticamente significativa cuando se les somete a la prueba de independencia estadística *ji-cuadrada* (ver cuadro III.1).

Por otro lado, el mismo cuadro muestra que 77.7 por ciento de los hombres del Censo de 2000 vivían al momento de la encuesta en una localidad urbana (2,500 habitantes o más), y el restante 22.3 por ciento residía en un ámbito rural (menos de 2,500 habitantes). Esta distribución espacial de la población es muy parecida a la arrojada por la ENSAR 2003: 74.8 por ciento de los hombres mexicanos habita en espacio urbano y 25.2 en uno rural. Para asegurar que esta diferencia no es de consideración se aplicó la prueba de independencia estadística *ji-cuadrada*. La

prueba alcanzó un valor de 0.492 con un *p-value* de 0.483, por lo que se puede afirmar que no existe una diferencia estadísticamente significativa entre las dos distribuciones.

En cuanto al porcentaje de la población masculina que habla alguna lengua indígena, se observa en la información censal que poco más de 8 de cada cien hombres de entre 30 y 59 años de edad hablaban alguna lengua indígena en el año 2000, mientras que en la ENSAR 2003 poco más de 13 de cada cien hombres del mismo grupo etario declaró ser hablante de alguna lengua indígena. Esta situación permite suponer que en la ENSAR 2003 está ligeramente sobre-representada la población hablante de alguna lengua indígena. Sin embargo, la prueba de independencia estadística *ji-cuadrada* no confirma esta hipótesis, pues muestra que hay evidencia, aunque marginal, de que las dos distribuciones porcentuales son similares (ver cuadro III.1).

Ahora bien, la distribución porcentual del grado máximo de estudios alcanzado también se muestra en el cuadro III.1. La comparación entre estas distribuciones es un tanto disímil, pues se observa en la ENSAR 2003, respecto del Censo de 2000, una sub-representación de hombres con primaria y con nivel profesional, y una sobre-representación de varones con secundaria y preparatoria. A pesar de ello, los resultados de la prueba de independencia estadística *ji-cuadrada* no entregan evidencia que permita afirmar que existe una diferencia estadísticamente significativa entre ambas distribuciones. Así, se puede suponer que el nivel de escolaridad reportado por los hombres mexicanos de 30 a 59 años de edad que componen la ENSAR 2003 es prácticamente el mismo que el reportado en el Censo de 2000.

Por último, el Censo de 2000 indica que 88.7 por ciento de la población masculina de entre 30 y 59 años de edad es católica, casi 7 por ciento profesan otra religión y sólo 4.4 por ciento son ateos. Esta distribución porcentual es muy similar a la reportada por la ENSAR 2003: 88.7, 8.5 y 3.8, respectivamente. De hecho, al aplicar una prueba de independencia *ji-cuadrada* para estas dos distribuciones no se observa rastro estadístico alguno que permita afirmar que existe una diferencia significativa entre ellas.

Cuadro III.1.

Distribución porcentual de algunos indicadores sociodemográficos. Hombres. México, 2003

	Censo 2000	ENSAR 2003 [hombres]	χ^2	<i>p-value</i>
Grupo de edad				
30 a 39 años	46.5	41.1	1.214	0.545
40 a 49 años	32.5	36.4		
50 a 59 años	21.0	22.6		
Estrato socioeconómico				
Bajo	66.7	71.9	1.213	0.271
Medio y alto	33.3	28.1		
Tipo de localidad				
Rural	22.3	25.2	0.492	0.483
Urbano	77.7	74.8		
Condición indígena				
Hablante de lengua indígena	8.0	13.3	3.817	0.051
No hablante	92.0	86.7		
Nivel de escolaridad				
Sin estudios	7.3	8.2		
Primaria	42.1	36.7	1.576	0.665
Secundaria	19.9	23.8		
Preparatoria o más	30.7	31.4		
Preferencia Religiosa				
Católico	88.7	87.7		
Otra religión	6.9	8.5	0.474	0.789
Ateo	4.4	3.8		

Fuente: Censo de 2000 y ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Así, la evaluación de la calidad de la información de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003 para la población masculina de 30 a 59 años de edad, sugiere que los datos son de buena calidad. El comportamiento de los indicadores analizados: grupo de edad, estrato socioeconómico, tipo de localidad, condición indígena, nivel de escolaridad y preferencia religiosa, comparten prácticamente la misma distribución porcentual que la reportada en el XII Censo General de Población y Vivienda de 2000.

III.4. La combustión o el procesamiento de la información

Son dos los propósitos de esta sección: (1) mostrar las variables que servirán de eje analítico para el estudio del calendario e intensidad de los eventos, y (2) presentar las variables que integrarán los modelos semiparamétricos de riesgos proporcionales. Asimismo, en ambos casos se exponen las motivaciones que llevaron a considerar estos aspectos dentro de la investigación, así como de la forma en que fue procesada la información de la ENSAR 2003 para construir las unidades empíricas de análisis.

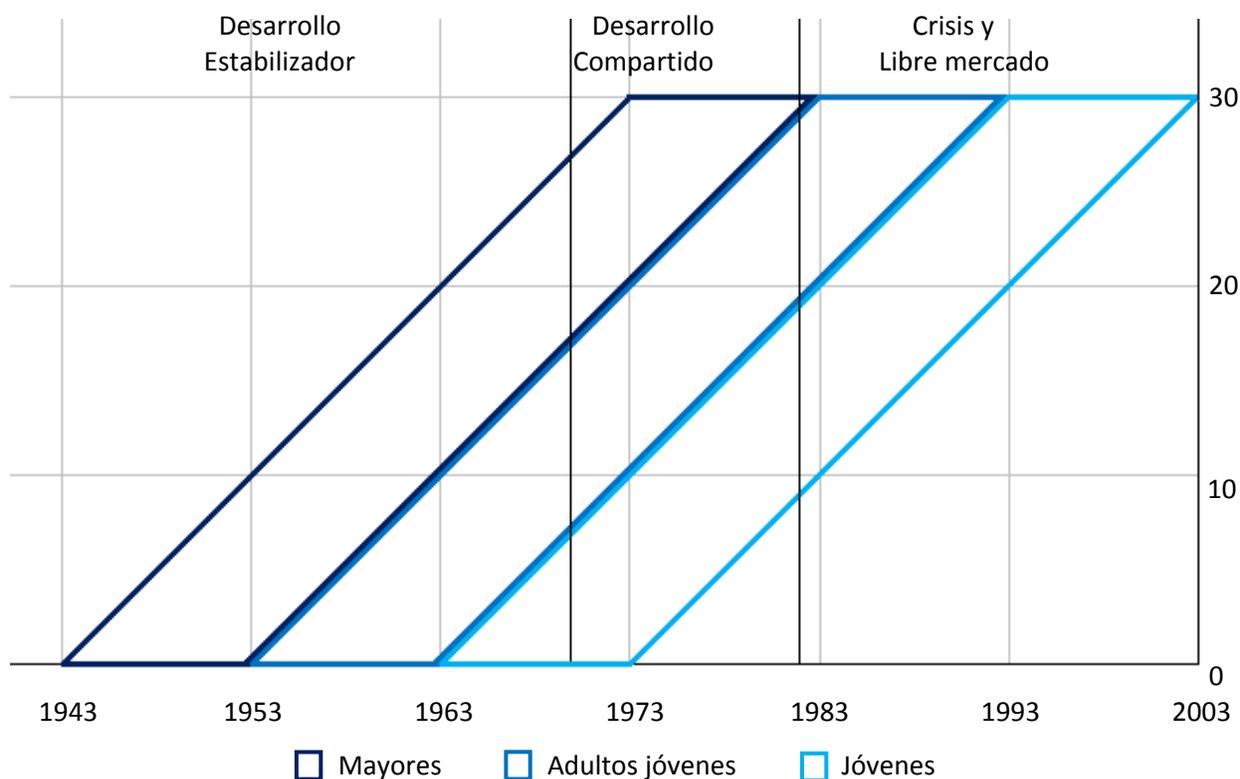
III.4.i. Ejes de análisis para el estudio del calendario e intensidad de los eventos

La perspectiva de curso de vida es un enfoque diacrónico que permite estudiar el flujo vital de las personas, examinando la trayectoria de vida de los individuos en distintos ámbitos y bajo diferentes contextos. También permite analizar los posibles vínculos que se establecen entre las trayectorias vitales como consecuencia del conjunto de fuerzas sociales, económicas y culturales. El análisis de la temporalidad de las transiciones reclama una mirada longitudinal. Sin embargo, como se apuntó, la naturaleza de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003 (encuesta de tipo transversal) no permite, en estricto sentido, un examen de los cambios o continuidades de las transiciones a través de cohortes de nacimiento. Por tal motivo, se decidió trabajar con el concepto grupo de edad, pues esta perspectiva transversal bien interpretada puede servir para describir diferencias y similitudes. Ahora bien, los tres periodos descritos en *México de mis recuerdos. La vida en México durante la segunda mitad del siglo XX*: Desarrollo estabilizador, Desarrollo compartido y, Crisis y libre mercado, promueven que los grupos de edad sean decenales. Con esto, los *mayores* nacieron entre los años 1943 y 1952, y por ende tienen entre 50 y 59 años de edad en el año 2003, ellos vivieron sus primeras tres décadas de vida entre el desarrollo estabilizador y el desarrollo compartido. Los *adultos jóvenes* nacieron entre 1953 y

1962, por lo que en el año 2003 tenían entre 40 y 49 años de edad, estos hombres pasaron aproximadamente un tercio de su vida (hasta los 30 años) en cada uno de los tres periodos históricos. Por último, los *jóvenes* nacieron entre 1963 y 1972, lo que los pone en el grupo de edad 30 a 39 en el año 2003, este sector de la población masculina pasó su infancia en la época del desarrollo compartido y el resto la vivieron entre crisis y la transición hacia el libre mercado (ver gráfico III.1).

Gráfico III.1.

Diagrama de Lexis: Tres generaciones en tres periodos históricos. México, 1943-2003



Por otro lado, Brígida García y Orlandina de Oliveira (1990) señalan que las desigualdades en las condiciones de vida conducen a desigualdades en la elección y en las oportunidades. De tal suerte, es posible pensar que las trayectorias de vida expresan la cancelación (o no) de alternativas, las cuales de alguna forma están gobernadas por el contexto material que se encuentran a nuestro alrededor. Por ejemplo, algunos estudios en México han

encontrado que los niños de familias de menores ingresos entran a la escuela a edades más elevadas que los niños de familias acomodadas, y que el ingreso tardío se asocia a una probabilidad más alta de abandono de la escuela (Parker y Pederzini, citado en Mier y Terán, y Rabell, 2005). Otros estudios muestran que en ciertos países de América Latina el estatus de la familia es un elemento importante para explicar tanto el nivel educativo de las personas, como la brecha que existe entre la escolaridad de los hijos de familias de bajos recursos y la de los hijos de familias acomodadas (Knodel y Jones, 1996). Por estos motivos y por el estrecho vínculo con algunas de las preguntas e hipótesis de investigación, el estrato socioeconómico es el otro eje de análisis para el estudio de la temporalidad del inicio de la vida sexual, abandono de la escuela, la entrada al mercado laboral, la salida del hogar familiar, el comienzo de la vida conyugal y el nacimiento del primer hijo.

Igualmente, la variable de estratificación socioeconómica ideal debería ser aquella que revele el sector socioeconómico del individuo inmediatamente anterior al momento de ocurrencia del evento. No obstante, es difícil construir una variable con esta característica aún cuando se cuente con información de carácter longitudinal. La forma en que resuelven este problema muchos de los estudios que cuentan con información de carácter retrospectivo o prospectivo (encuestas tipo panel), es mediante una variable que dé cuenta del estrato socioeconómico de origen: nivel de escolaridad u ocupación de los padres, o condición material del hogar de origen, por ejemplo. Sin embargo, en esta investigación tal alternativa no resulta viable, pues no se cuenta con información relativa al contexto socioeconómico inicial de los hombres mexicanos. Por ello se utilizó como indicador de la posición socioeconómica, el estrato socioeconómico al momento de la entrevista. Esta selección obliga inmediatamente a suponer que la movilidad social de los entrevistados fue nula o al menos no fue lo suficientemente importante como para cambiar de estatus socioeconómico a lo largo del tiempo. En este sentido, Edith Pacheco (2005) muestra que sendas porciones de hombres mexicanos, tanto urbanos como rurales, de tres cohortes distintas (1936-38, 1951-53 y 1966-68) se mantuvieron inmóviles, ocupacionalmente hablando, en relación con sus padres.

La variable que a utilizar fue desarrollada por Carlos Echarri (2008) para el Programa Salud Reproductiva y Sociedad de El Colegio de México, y fue construida a partir de un índice de desigualdad social basado en tres características fundamentales del hogar: a) calidad de la vivienda; b) la escolaridad media relativa de todos los miembros del hogar; y c) la ocupación

mejor remunerada de los miembros del hogar. La variable original segmenta a la población en cuatro estratos socioeconómicos: Muy bajo, Bajo, Medio y Alto. No obstante, en la presente investigación se reagrupó esta variable en sólo dos categorías a las que se denominó Bajo y Medio y alto. Con esta recategorización, además de facilitar la lectura de los resultados, se busca atenuar un tanto el sesgo introducido con la utilización de una variable de momento, pues se supone poco frecuente un caso de movilidad social, ya sea ascendente o descendente, entre los extremos socioeconómicos.

III.4.ii. Factores asociados con la temporalidad de los eventos: las variables para los modelos de regresión

En el estudio de las condiciones que pueden acelerar o retrasar la experiencia de las transiciones a la vida adulta anteriormente mencionadas se procuró estar lo más próximo posible a los preceptos del marco analítico de curso de vida, el cual concibe las etapas de las trayectorias de vida como la intersección de momentos distintos, relativos a los tiempos social, familiar e individual (Ojeda de la Peña, 1989; Tuirán, 1996). Así, se decidió agrupar las variables independientes que conforman los modelos de regresión en dos grandes bloques, uno de variables de control y otro de variables explicativas. Asimismo, el conjunto de variables explicativas está dividido en cinco subconjuntos: Condiciones en el hogar de origen, Comunicación con los padres, Prácticas anticonceptivas, Pautas sobre masculinidad, y Experiencia vital.

III.4.ii.a. Variables de control

Además de integrar los ejes de análisis en el examen de la temporalidad de los eventos, las variables grupo de edad y estrato socioeconómico fungirán como variables de control en los modelos de regresión, a ellas se añadirán el origen sociocultural y la condición indígena. La primera porque existen investigaciones que dan cuenta de calendarios diferenciados de varios eventos de acuerdo al espacio de socialización. Por ejemplo, Oliva Samuel y Pascal Sebillé (2005) detectan una temporalidad distinta de la edad a la que las mujeres y los hombres mexicanos se unen conyugalmente de acuerdo al tipo de localidad de residencia. La segunda porque la sola pertenencia a un grupo indígena introduce cierto grado de segregación respecto de los demás núcleos de población (Serrano *et al.*, 2002). Además, de acuerdo con la distribución de

los grupos etnolingüísticos en el año 2000 sólo en 30 de los 2443 municipios que componen el país no se registra presencia indígena alguna.

La información de la variable origen sociocultural proviene de la pregunta del cuestionario individual para varones de la ENSAR 2003 *Cuando usted era pequeño, digamos hasta los 12 años ¿vivió la mayor parte del tiempo en un rancho, un pueblo o una ciudad?* Esta es de tipo precodificado, las posibles respuestas fueron: rancho, pueblo y ciudad; por ello se decidió reducir el número de categorías al considerar que los espacios geográficos “rancho” y “pueblo” dan cuenta de un ámbito rural, mientras que la categoría ciudad hace referencia a origen un sociocultural urbano. En el caso de la condición indígena, la información de esta variable provino de la respuesta a la pregunta *¿Qué lenguas indígenas habla usted?* Aquí, se discurió que si el entrevistado hablaba alguna lengua indígena era razón suficiente para considerar que se tenía algún tipo de vínculo con un grupo indígena. Ahora bien, en el siguiente apartado se expone el conjunto de variables explicativas a través de las motivaciones que llevaron a considerarlas en los modelos de regresión y la forma en que se procesó la información de la ENSAR 2003 para obtenerlas.

III.4.ii.b. Variables explicativas

Las variables explicativas fueron agrupadas de tal forma que se derivaron las dimensiones de análisis: Condiciones en el hogar de origen, Comunicación con los padres, Prácticas anticonceptivas, Pautas sobre masculinidad, y Experiencia vital. En los siguientes párrafos se expone el origen y construcción de las variables que las integran.

Condiciones en el hogar de origen

La estructura del hogar varía de un sitio a otro, a través del tiempo y durante las etapas del curso de vida de los individuos (Wong y Levine, 1992). En México, algunos estudios dan cuenta de los cambios en las trayectorias de vida familiar a consecuencia del cambio en la estructura familiar, lo que a su vez se asocia a los cambios demográficos experimentados por el país en las últimas décadas del siglo pasado (Tuirán, 2001). Por otro lado, las diferencias en los recursos y oportunidades a partir del entorno familiar permiten a los individuos suspender tanto su salida de la escuela como su inserción en el mercado de trabajo. Por ejemplo, que en lo que a asistencia escolar se refiere, Silvia Giorguli (2005) muestra que la presencia de la madre y su trabajo, sea

esta asalariada o no, tiene un efecto positivo aún cuando el padre se halle ausente. Con todo esto en mente, se puede suponer que los individuos y sus necesidades estructuran los hogares, al tiempo que la estructura del hogar promueve o restringe las oportunidades de los individuos que lo integran. En esta investigación para determinar la estructura del hogar de origen se revisaron las posibles respuestas a la pregunta *Inmediatamente antes de casarse (unirse) usted por primera vez, ¿qué personas de su familia vivían en su casa?* Con esta información, los hogares integrados por al menos uno de los padres, sin importar la presencia del resto de los hijos (en caso de haber existido), fueron considerados nucleares. Los casos donde además residía otro pariente (abuelos, tíos, cuñados, sobrinos o primos) fueron considerados extensos. No obstante, en ambos casos es imperioso suponer que la estructura del hogar no varió a lo largo del tiempo. Esto es, que la estructura del hogar fue la misma durante el lapso en el que el entrevistado lo habitó.

Ahora bien, algunos resultados de investigación señalan que, aún controlado por el nivel de escolaridad de los padres y el bienestar del hogar, un tamaño de familia en aumento está asociado con una menor probabilidad de asistencia escolar de los hijos (Truong *et al.*, 1998). A partir de este resultado es factible suponer que en los hogares reducidos los hijos pueden permanecer más tiempo en el sistema escolar. De esta forma, la aproximación al tamaño del hogar de origen se hará por el tamaño de la fratría. La pregunta que refiere a esta información es: *¿En total cuántos hermanos y hermanas tuvo usted?* Así, se consideró que un hogar de origen era reducido si el entrevistado tuvo seis hermanos o menos, y amplio si tuvo siete hermanos o más. Esta segmentación es promovida por el hecho de que todos los sujetos de estudio nacieron antes de 1974, época en la tasa global de fecundidad estaba por encima de los 6 hijos por mujer.

Asimismo, si se conjuga la información de la pregunta anterior con la de *¿Tuvo (tiene) hermanos y hermanas mayores que usted?* permite establecer el orden de nacimiento. Esta condición es relevante pues existen investigaciones que sugieren que los hijos mayores en ocasiones deben asumir roles adultos que podrían acelerar su salida de la escuela e incrementar la velocidad con la que entran al mercado laboral (Giorguli, 2004).

Por otro lado, existen estudios que vinculan la preferencia religiosa de la personas con la temporalidad de algunas de sus experiencias vitales. Por ejemplo, Olga Rojas y José Luis Castrejón (2005) encontraron que quienes se declararon ateos tienen una primera relación sexual más temprana que los católicos, mientras que quienes profesan una religión distinta al catolicismo retrasan todavía más el inicio de la vida sexual. Con la respuesta a la pregunta *¿Cuál*

es su religión? se dividió a la población en estudio en ateos, católicos y los que profesan otra religión. Sin embargo, para aproximarse al grado de conservadurismo del hogar de origen se ha de suponer que la preferencia religiosa declarada por el entrevistado es la misma que profesa el resto de la unidad familiar.

También saber si los sujetos de estudio sufrieron algún tipo de maltrato durante la infancia por parte de los padres permite profundizar en las condiciones en el hogar de origen. La conformación de esta variable se hizo con las respuestas a las preguntas: *Cuando usted era niño, digamos hasta los 12 años, ¿quién o quiénes lo corregían cuando usted se portaba mal? y ¿cómo lo corregían?* Si por lo menos uno de los padres le pegaba (*nalgadas, manazos*) o le pegaba con algún objeto (*cinturón, etc.*) fue motivo suficiente para considerar que el entrevistado sufrió maltrato físico durante la infancia.

Comunicación con los padres

Como se puede apreciar en la sección anterior, la dinámica al interior del hogar de origen es relevante para esta investigación, en particular la relación que establecen los hijos con sus padres. Rodrigo Aguirre y Pedro Güell (2002) señalan que la falta de diálogo y comunicación entre padres e hijos, o tener una comunicación llena de mensajes con carácter moralizante o normativo, producen un clima de incomodidad y vergüenza; y que esta falta de diálogo podría estar propiciando un inicio temprano de varias de las transiciones importantes en la vida de las personas. Además, otras investigaciones advierten que un ambiente restrictivo, al menos en el caso de la primera relación sexual, puede no ser la mejor estrategia para retrasar la llegada de ésta (Echarri y Pérez, 2007). La aproximación a la relación entre padres e hijos se dio a través de la información provista por las preguntas: *Cuando usted era adolescente ¿su papá (mamá) platicó con usted sobre relaciones sexuales? y Cuando usted era adolescente ¿su papá (mamá) platicó con usted sobre anticoncepción?* En ambos casos, al no contar con información sobre el momento exacto en que se sucedió tal comunicación, se supuso que de haber existido, ésta ocurrió antes de que el varón experimentara cualquiera de las transiciones aquí examinadas.

Prácticas anticonceptivas

Susana Lerner (1998) señala que en la literatura sociodemográfica el papel del varón dentro del proceso de procreación y gestación ha sido ubicado en ocasiones como un actor obstaculizador

del control de la fecundidad y del proceso reproductivo. Por ello, el conocimiento y uso de métodos anticonceptivos por parte de los hombres mexicanos resulta relevante para esta tesis doctoral. El conocimiento sobre métodos anticonceptivos por parte de los entrevistados se desprendió primeramente de la pregunta: *En su primera relación sexual ¿usted o su pareja hicieron o usaron algo para que ella no quedará embarazada?*, en caso de respuesta afirmativa se consideró que el individuo tenía cierto grado de conocimiento sobre métodos anticonceptivos. No obstante, una respuesta distinta no necesariamente evidencia desconocimiento, pues el no uso de métodos anticonceptivos probablemente se debe, entre otras cosas, a una iniciación sexual no planificada o por la búsqueda de un embarazo. Ante tal circunstancia se recurrió a la pregunta *¿Por qué usted o su pareja no hicieron o usaron algo para que ella no quedara embarazada?* de este cuestionamiento una respuesta distinta a *no conocía los métodos o no sabía dónde obtenerlos o cómo usarlos* fue considerada como que el entrevistado tenía cierto grado de conocimiento sobre métodos anticonceptivos previo al inicio de su vida sexual. Además del interés por el conocimiento anticonceptivo, interesa el uso habitual de los mismos. La información referente al uso habitual de métodos anticonceptivos tiene su origen en la edad del individuo cuando se convirtió en padre y en la pregunta *¿Qué edad tenía cuando empezó a usar este método (método usado de manera continua para no tener hijos)?* esto para determinar si el individuo en cuestión utilizó de forma continua algún método anticonceptivo antes del nacimiento de su primer hijo.

Pautas sobre masculinidad

Entre los hombres mexicanos las demostraciones sexuales son centrales para la afirmación de la identidad masculina (Szasz, 1998; Amuchástegui, 2001; Bozon, 2003; Stern *et al.*, 2003; Rojas y Castrejón, 2005). Esta situación podría estar provocando un inicio sexual más temprano en aquellos hombres que sufren de algún tipo de presión para que demuestren su hombría a través del coito. El efecto de esta situación se midió a través de una variable que verifica si el entrevistado fue presionado para tener la primera relación sexual. La forma en que se construyó este indicador fue con base en las preguntas *¿Se sintió presionado, obligado o forzado a tener esa (la primera) relación sexual?* y *En su primera relación sexual ¿quién tomó la iniciativa?* del primer cuestionamiento es claro que una respuesta afirmativa indica que el inicio de la vida sexual fue conminado. En el caso de la segunda pregunta una respuesta distinta a “ella”, “él” o

“ambos” fue interpretada como razón suficiente para que se considerara que el entrevistado fue sujeto de cierta presión para experimentar la primera relación sexual. Por otra parte, varios estudios cualitativos han mostrado que algunos hombres mexicanos sufren cierta presión social para dar pruebas de su masculinidad a través de la procreación (Rojas, 2002; Stern *et al.*, 2003). En esta investigación se aborda tal situación mediante la repuesta a la pregunta: *¿Usted cree que un hombre vale menos como hombre si no puede tener hijo?* Así, con una aproximación cuantitativa se estudiará la relación entre la valoración de la masculinidad a través de la procreación y la temporalidad del nacimiento del primer hijo.

Experiencia vital

La edad a la primera relación sexual es un aspecto del comportamiento sexual masculino que reviste particular importancia para entender la temporalidad de la primera unión conyugal. Ivonne Szasz (2001) encuentra que el control social y familiar sobre la sexualidad de los jóvenes podría estarlos llevando a unirse conyugalmente de forma anticipada para ejercer su sexualidad sin la reprobación social. En esta investigación para determinar la presencia de relaciones sexuales premaritales se contrastó la edad a la que ocurrió la primera relación sexual y la primera unión conyugal. Los casos en donde la edad a la primera relación sexual fue igual o mayor a la de la primera unión fueron considerados como vírgenes, pues en caso de “empate” no se tiene información suficiente para discernir qué evento ocurrió primero. En caso contrario, estudios previos permiten ubicar la edad mediana al inicio de la vida sexual alrededor de los 18 años de edad (Martínez, 2006), por lo que se definió una temporalidad de la primera relación sexual temprana a la ocurrida antes de los 17 años de edad, una típica o normativa a la acontecida entre los 17 y 19 años de edad, y tardía a la sucedida después de los 19 años de edad.

En relación al ámbito escolar, son varios los estudios de índole sociodemográfica que dan cuenta del efecto que tiene el nivel de instrucción de las mujeres sobre el descenso de la fecundidad (Weinberger, *et al.*, 1989; Castro y Juárez, 1995; Malwade, 2002; Lloyd *et al.*, 2005b). Otros más han observado que un alto grado de escolaridad de la mujer propicia una historia de vida hasta cierto punto normativa, donde los eventos se manifiestan de una manera más secuencial y ordenada (Quilodrán, 1996). Por tales motivos resulta insoslayable la incorporación del nivel de escolaridad en esta investigación. La información de esta variable proviene de las preguntas: *¿Alguna vez fue a la escuela?* y *¿Cuál fue el último grado que usted*

aprobó en la escuela? Así, la edad de abandono de la escuela fue determinada suponiendo que el ingreso al sistema escolar ocurrió a los 6 años de edad y que la trayectoria escolar fue continua (sin interrupciones y sin repeticiones de años escolares). La variable nivel de escolaridad fue construida comparando el número de años de escolaridad alcanzado al momento de cada uno de los eventos y el número de años promedio de escolaridad reportado en el Censo de 2000 (la escolaridad promedio del grupo al que se nombró jóvenes es de 8.8 años, 7.8 años para los adultos jóvenes y 6 años para los mayores). Con esto se obtiene una variable dicotómica que indica si el nivel de escolaridad es deficiente: cuando el número de años de escolaridad del entrevistado está por debajo del promedio censal, o suficiente: cuando el número de años de escolaridad es igual o mayor al promedio observado en el Censo de 2000.

Por otra parte, Brígida García y Edith Pacheco (2000) reportan que una de las primeras transiciones a la vida adulta de los hombres mexicanos es la primera inserción en el mercado laboral. Sin embargo, señalan las autoras, esta experiencia vital no necesariamente los coloca como adultos, aun cuando haya casos donde así ocurra. Dicha incorporación no siempre se presenta como una opción, en ocasiones las familias mexicanas amplían su oferta laboral, vía el primer ingreso al mercado laboral por parte de sus miembros, para hacer frente a situaciones económicas adversas. En otro sentido, algunos estudios señalan que la experiencia laboral y un empleo estable facilitan la formación de una unión conyugal (Parrado y Zenteno, 2005a; Lloyd *et al.*, 2005b). También, Julieta Pérez (2006) encuentra que, excluyendo las características individuales y familiares particulares, la incorporación al mercado laboral está relacionada de una manera fuerte y positiva con la salida del hogar paterno cuando ésta se debe a la primera unión conyugal; es más, esta relación permanece, aunque un tanto más débil, cuando se sale por una vía distinta a la unión en pareja. En esta investigación se calculó el inicio de la vida laboral de los hombres mexicanos contrastando la respuesta a la pregunta *¿Qué edad tenía cuando empezó a trabajar por primera vez?* y la información relativa a la edad del individuo al momento de experimentar los demás eventos. De esta manera, es posible saber si la población masculina ingresó al mercado laboral al menos un año calendario antes de abandonar la escuela, de salir del hogar familiar, de iniciar la vida conyugal o de convertirse en padre. No obstante, más allá de simplemente considerar la condición laboral de los sujetos de estudio previo al resto de los eventos, se pensará en el inicio de la vida laboral como una variable que cambia con el tiempo. Para ello se “segmentará” la vida de los individuos en dos periodos, uno antes de la

incorporación al mercado laboral y otro después. En este sentido, y al no contar con la historia laboral de los individuos, se debe suponer que la experiencia laboral es continua, sin interrupciones en lo que resta del periodo de observación. La viabilidad de este supuesto se basa en los estudios que muestran que para el caso de los hombres de algunas ciudades mexicanas es posible hablar de trayectorias laborales relativamente continuas entre los 14 y los 30 años de edad (Solís y Billari, 2003).

La emancipación ocurre en la mayoría de los casos después del inicio de la vida laboral y está fuertemente relacionada con éste. La mayoría de los mexicanos deja el hogar familiar al entrar en unión conyugal (Pérez, 2004; Echarri y Pérez, 2007). Algunas investigaciones muestran que al menos entre los jóvenes de localidades urbanas existe cierto vínculo entre la emancipación residencial y la salida de la escuela, mientras que entre los jóvenes de espacios rurales la asociación que se presenta es entre la salida del hogar familiar y el primer empleo (Pérez, 2004). Esta interrelación vuelve imperiosa la necesidad de contemplar este factor como un desencadenante de los demás eventos. La aproximación a esta situación es, al igual que en el caso de la experiencia laboral, construyendo una variable que cambie con el tiempo. De tal forma se sabrá la condición residencial del entrevistado un año calendario antes de experimentar cada uno de los eventos. Así, la tarea se reduce a establecer la edad a la que los hombres de la ENSAR 2003 salieron del hogar familiar, para ello se echó mano de la información proveniente de las preguntas *¿A qué edad empezó a vivir con una pareja por primera vez?* y *¿Cuando se unió (casó) por primera vez, usted y su pareja ¿se fueron a vivir solos?, ¿Antes de unirse o casarse por primera vez, alguna vez dejó el hogar de sus padres para ir a vivir a otro hogar?, ¿Qué edad tenía usted cuando dejó de vivir en el hogar de sus padres por primera vez?* De las dos primeras se obtiene la edad del entrevistado cuando dejó el hogar familiar como consecuencia del establecimiento de un lazo conyugal, en tanto que las últimas dos abren el camino para establecer el momento de la emancipación por una vía distinta a la conyugal.

Ahora bien, en investigaciones anteriores se reportó que entre los hombres mexicanos la asociación entre la primera unión y el nacimiento del primer hijo es tan fuerte que algunos de los factores que explican el calendario de la primera unión conyugal también explican el calendario del nacimiento del primer hijo (Martínez, 2006). El efecto del inicio de la vida conyugal sobre las demás transiciones será medido, tal y como se hizo con el inicio de la vida laboral y con la emancipación, con una variable cambiante con el tiempo, la cual reportará el estado conyugal

(soltero o unido) un año calendario antes de experimentar el resto de los eventos. La materia prima de esta variable provendrá de la edad a la primera unión conyugal y su relación con el calendario de los demás eventos.

Aunado a lo anterior, Julieta Quilodrán (1993b) expone que la forma en que hombres y mujeres se unen refleja distintas formas de percibir a la familia y diferentes maneras de comprender la reproducción. El tipo de primera unión conyugal reviste importancia para explicar el momento del nacimiento del primer hijo de los hombres mexicanos. Existen estudios que prueban que las uniones legales son más estables que las consensuales y por ende un mejor espacio para la reproducción (Quilodrán, 2006). Para construir esta variable se recurrió a la información proveniente del estado conyugal del varón al momento de la entrevista en caso de que el entrevistado sólo se haya unido una vez, en caso contrario se revisó la historia conyugal del individuo, una vez hecho esto, fue necesario establecer qué tipo de arreglo conyugal fue el que se estableció en dicha unión. De las categorías: unión libre, casado sólo por lo civil, casado sólo por la iglesia o casado por lo civil y por la iglesia, se estableció la categoría consensual como la proveniente de una unión libre y la legal la que aglutina al resto. Dado que la intención de esta variable es explicar el momento en el que los hombres se convierten en padres, se implementó un código para los que no estaban en unión al momento del nacimiento de su primer hijo.

Finalmente, algunos estudios sociodemográficos señalan que el nacimiento de un hijo es un factor que acelera la entrada en unión conyugal de los hombres y mujeres (Parrado y Zenteno, 2005a). El inicio de la vida como padre tendrá el mismo tratamiento que el inicio de la vida laboral, la salida del hogar familiar y el inicio de la vida conyugal. Es decir, construyendo una variable que cambie con el tiempo para establecer un periodo antes de la llegada del primer hijo y uno posterior.

III.4.iii. Definición de los modelos de regresión para el estudio factores asociados a la temporalidad de los eventos

Para el examen de los eventos: inicio de la vida sexual, abandono de la escuela, entrada al mercado laboral, salida del hogar familiar, primera unión conyugal y nacimiento del primer hijo, se cuenta con la condición de ocurrencia del evento, así como la edad a la que se experimentó el mismo. Con ello, la variable dependiente en los modelos de regresión será la edad a la ocurrencia

del evento, y para aquellos que no lo hayan experimentado –casos truncados– la edad al momento de la entrevista. Las variables independientes están divididas en variables de control y en variables explicativas. Las de control son, como ya se mencionó: el grupo de edad, el estrato socioeconómico, el origen sociocultural y la condición indígena. Asimismo, las variables explicativas fueron agrupadas para conformar las dimensiones de análisis: *Condiciones en el hogar de origen*, *Comunicación con los padres*, *Prácticas anticonceptivas*, *Pautas sobre masculinidad*, y *Experiencia vital*. Sin embargo, su inclusión en los modelos de regresión estuvo determinada por la discusión teórica expuesta en el capítulo I, la contextualización histórica reseñada en el capítulo II y la justificación de las variables expuesta en las páginas anteriores de este mismo capítulo. Así, las variables consideradas en cada modelo de regresión se muestran en el cuadro III.2. En el mismo cuadro se expone la dirección del efecto (positivo o negativo) que se espera tengan sobre la temporalidad de los eventos.

De esta forma, en el presente capítulo se presentaron las preguntas e hipótesis de investigación. También se expuso la estrategia metodológica con la que se pretende entrelazar tal material inquisitivo. Seguido de esto, se detallaron las características de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003 y se realizó una evaluación de la calidad de su información. De igual forma, se exhibió el procedimiento seguido para derivar los desarrollos conceptuales en unidades empíricas de análisis, al tiempo que se configuraron los modelos de regresión que se analizarán en el sexto capítulo de esta investigación doctoral. Sin embargo, antes de llegar a ese punto, en los próximos capítulos se comienzan a exponer los primeros resultados de este estudio. Se inicia en el próximo capítulo con el análisis descriptivo de la información derivada de la ENSAR 2003. En el quinto capítulo se examinará el calendario e intensidad de los eventos que según se ha definido caracterizan el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

Cuadro III.2.

Efecto esperado de las variables independientes sobre el riesgo de experimentar los eventos: inicio de la vida sexual, abandono de la escuela, entrada al mercado laboral, salida del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y llegada de la paternidad

VARIABLES INDEPENDIENTES	SEXO	ESCUELA	TRABAJO	CASA	UNIÓN	HIJO
Control						
Grupo etario						
Jóvenes	+	-	-	¿?	-	-
Adultos jóvenes	+	-	-	¿?	-	-
Mayores ^b						
Estrato socioeconómico bajo	+	+	+	-	+	+
Origen sociocultural rural	+	+	+	-	+	+
Condición indígena	+	+	+	-	+	+
Explicativas						
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>						
Estructura nuclear	¿?	-	¿?	-	¿?	¿?
Tamaño reducido	¿?	-	¿?	-	¿?	¿?
Orden de nacimiento						
Primogénito	¿?	+	+	+	+	+
Ultimogénito	¿?	¿?	¿?	¿?	¿?	¿?
Otro ^b						

Sexo: Inicio de la vida sexual

Escuela: Salida de la escuela

Trabajo: Ingreso al mercado laboral

Casa: Salida del hogar familiar

Unión: Comienzo de la vida conyugal

Hijo: Llegada del primer hijo

^b Categoría de referencia

Cuadro III.2.
Continuación

Variables independientes	Sexo	Escuela	Trabajo	Casa	Unión	Hijo
Explicativas						
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>						
Preferencia religiosa						
Ateo	+	.	.	.	-	-
Otra religión	-	.	.	.	-	-
Católico ^b						
Maltrato físico durante la infancia	+	+	.	+	+	+
<i>Comunicación con los padres</i>						
Sexualidad	-
Anticoncepción	-
<i>Prácticas anticonceptivas</i>						
Conocimiento de métodos	-
Uso habitual de algún método	-
<i>Pautas sobre masculinidad</i>						
Valoración reproductiva	+
Presión para iniciar la vida sexual	+

Sexo: Inicio de la vida sexual

Escuela: Salida de la escuela

Trabajo: Ingreso al mercado laboral

Casa: Salida del hogar familiar

Unión: Comienzo de la vida conyugal

Hijo: Llegada del primer hijo

^b Categoría de referencia

Cuadro III.2.
Continuación

Variables independientes	Sexo	Escuela	Trabajo	Casa	Unión	Hijo
Explicativas						
<i>Experiencia vital</i>						
Temporalidad de la primera relación sexual						
Virgen	+	.
Temprana	¿?	¿?
Normativa ^b						
Tardía	-	-
Nivel de escolaridad deficiente	+	.	+	¿?	+	+
Inicio de la vida laboral	¿?	+	.	+	+	+
Emancipación	¿?	+	+	.	-	-
Comienzo de la vida conyugal	+	+	+	+	.	+
Tipo de primera unión: consensual	-
Inicio de la vida como padre	.	+	+	+	+	.

Sexo: Inicio de la vida sexual

Escuela: Salida de la escuela

Trabajo: Ingreso al mercado laboral

Casa: Salida del hogar familiar

Unión: Comienzo de la vida conyugal

Hijo: Llegada del primer hijo

Capítulo IV

Tres décadas de vida en cinco décadas de historia

En el capítulo anterior se evaluó la calidad de la información de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003 en lo que se refiere a la submuestra de hombres de 30 a 59 años de edad. Este ejercicio además de mostrar la buena calidad de los datos, pues reveló que los datos no precisan de un tratamiento extra para su uso, exhibió algunas de las particularidades de este sector de la población masculina mexicana. Por ejemplo, los caracteriza una estructura por edad joven: por cada hombre mayor (50 a 59 años de edad) hay 1.6 adultos jóvenes (40 a 49 años de edad) y 1.8 jóvenes (30 a 39 años de edad). También, una desigual estructura socioeconómica: poco más de dos tercios de la población seleccionada (71.9 por ciento) se encontraba en 2003 en el estrato socioeconómico bajo, y la proporción restante (28.1 por ciento) aglutinó a los hombres del estrato medio y alto. Además, varios migraron del campo a la ciudad: por cada hombre que atendió el cuestionario en un espacio rural (menos de 2,500 habitantes) hubo tres hombres que fueron entrevistados en una localidad urbana, situación a la que hay que agregar que por cada tres entrevistados que pasaron los primeros doce años de vida en un pueblo o en un rancho, sólo hubo dos que reconocieron haber tenido una infancia citadina. Otro rasgo de esta población es el

insoslayable componente indígena: 13 por ciento de los hombres de 30 a 59 años reportó ser hablante de alguna lengua indígena.

Sin duda, este panorama se gestó durante la segunda mitad del siglo XX, en particular cuando la población objetivo tenía 30 años de edad o menos. Así y por convenir al objetivo de esta investigación, el propósito de este capítulo es ahondar en esos treinta primeros años de vida. Para ello se exploran con un enfoque longitudinal y socioeconómico algunos aspectos relacionados con el hogar de origen, la familia y el cúmulo de experiencias individuales. El primer apartado tiene por objeto delinear las condiciones en el hogar de origen, se destaca la estructura y el tamaño del hogar, también el orden de nacimiento de la población objetivo, y como *proxy* al grado de conservadurismo en el hogar se indaga en la preferencia religiosa de los hombres, al tiempo que se revisa la presencia de maltrato físico durante la infancia. La comunicación con los padres es el tema de atención en el segundo apartado, en él se resaltan las temáticas de sexualidad y anticoncepción. En el siguiente apartado se ahonda en materia anticonceptiva, reconociendo el conocimiento de métodos anticonceptivos previo a la primera relación sexual y el uso habitual de los mismos para prevenir embarazos. En la cuarta sección se dilucidan algunas pautas sobre masculinidad, centrando la atención en la valoración de la masculinidad en ausencia de hijos y en la injerencia de terceros sobre el comienzo de la vida sexual. Finalmente, en el quinto apartado se examina la experiencia vital de la población objetivo, analizando la relación que guardan entre sí los eventos que caracterizan el tránsito a la vida adulta: inicio de la vida sexual, abandono de la escuela, entrada al mercado laboral, salida del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y llegada de la paternidad. Además, y con esto se cierra el capítulo, se traza el recorrido que siguieron los hombres mexicanos en su camino a la vida adulta.

IV.1. Condiciones en el hogar de origen

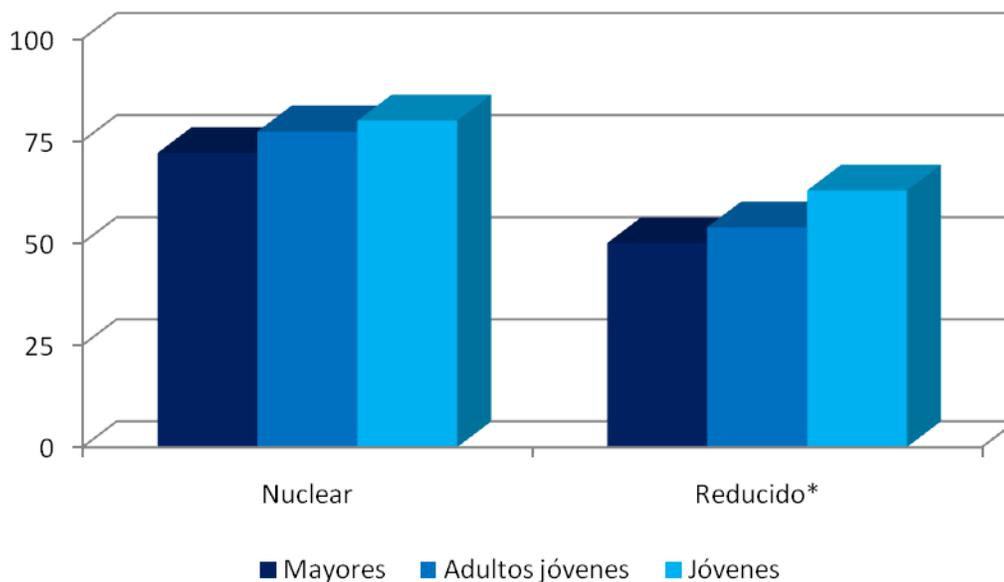
En la segunda mitad del siglo XX la población masculina mexicana residió primordialmente en hogares con estructura nuclear. De acuerdo con el siguiente gráfico, 72.1 por ciento de los mayores, 77.3 de los adultos jóvenes y 80 por ciento de los jóvenes pasaron los primeros años de vida en compañía de sus hermanos (si era el caso) y de al menos uno de sus padres. En consecuencia, sólo entre dos o tres hombres de cada diez, sin importar el grupo etario de pertenencia, residieron en un hogar extendido; es decir, en un hogar en donde era posible

encontrar además del núcleo familiar a otro pariente o persona: abuelos, cuñados, sobrinos, tíos o primos.

Otra característica de estos hogares es que su tamaño se fue reduciendo al paso del tiempo (ver gráfica IV.1). Efectivamente, poco más de la mitad de los nacidos entre 1943 y 1962 (mayores y adultos jóvenes) habitó en un hogar donde el tamaño de la fratría fue de seis hermanos o menos. En cambio, prácticamente dos tercios de los nacidos entre 1963 y 1972 (jóvenes) crecieron en compañía de seis hermanos o menos. Más aún, la diferencia en términos porcentuales entre los mayores y los jóvenes alcanza los 12.9 puntos, la cual además de ser estadísticamente significativa con un *p-value* menor a 0.05 permite apreciar, hasta cierto punto, el efecto del descenso de fecundidad acontecido en México durante la segunda mitad del siglo pasado.

Gráfico IV.1.

Estructura y tamaño del hogar de origen por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Reducido: Fratría de 6 o menos hermanos.

Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

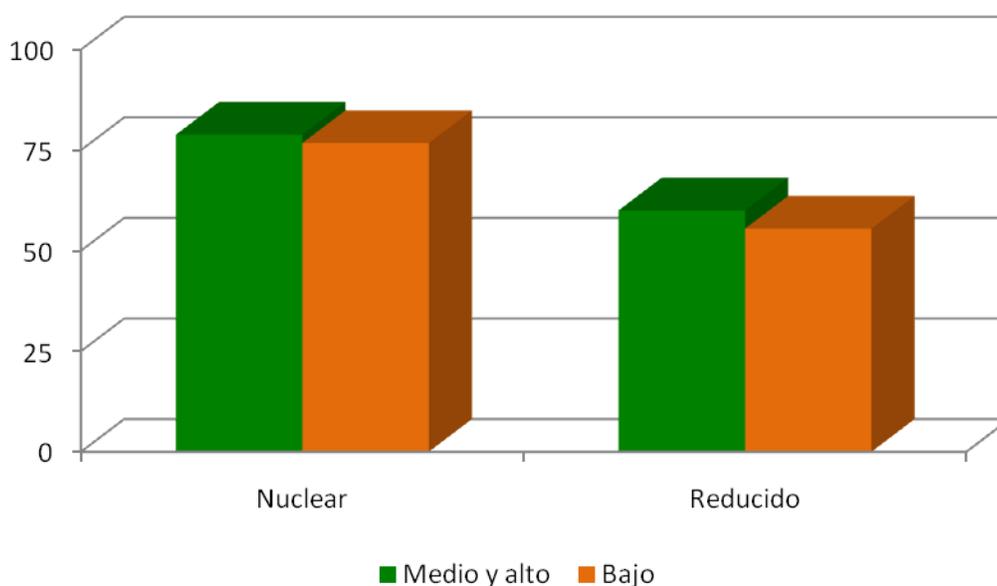
Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

También se destaca que no se encontraron diferencias relevantes en la estructura y en el tamaño de los hogares de origen por estrato socioeconómico. De hecho, el gráfico IV.2 permite establecer que tres de cada cuatro hombres de los dos estratos socioeconómicos pasaron su

infancia, y posiblemente parte de su juventud, en un hogar nuclear. En detalle, se sabe que 78.8 por ciento de la población masculina mexicana perteneciente al estrato medio y alto, y 76.8 por ciento de los hombres del estrato bajo, compartieron el hogar de origen única y exclusivamente con sus hermanos (de tenerlos) y con al menos uno de sus padres. Además, esto revela que entre una cuarta y una quinta parte de los hombres mexicanos, de ambos estratos, compartieron el hogar de origen con al menos una persona ajena al núcleo familiar. En relación al tamaño de los hogares, el mismo gráfico muestra que seis de cada diez hombres del estrato medio y alto pasaron sus primeros años de vida en hogares donde el tamaño de la fratría fue de seis integrantes o menos, en tanto que esta situación, que se ha asociado con un tamaño de hogar reducido, fue experimentada por poco más de la mitad (55.5 por ciento) de los hombres pertenecientes al estrato socioeconómico bajo. Esta tendencia hacia hogares nucleares y de menor tamaño en prácticamente todas las capas socioeconómicas ha de trastocar el derrotero de vida de algunos hombres mexicanos. Posiblemente estructuras de este tipo estén vinculadas con tramas que favorezcan estancias prolongadas en la escuela y dilatadas inserciones en el mercado laboral.

Gráfico IV.2.

Estructura y tamaño del hogar de origen por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Reducido: Fratría de 6 o menos hermanos.

Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Por otra parte, ser el hermano mayor, el hermano menor u ocupar otro lugar en la fratría no varió significativamente, al menos en términos porcentuales, a lo largo de las últimas décadas del siglo XX. El cuadro IV.1 permite señalar que aproximadamente una quinta parte de la población masculina mexicana ocupa el lugar del primogénito, un tanto menor reúne a los ultimogénitos y el resto conjunta a los que ostentan otra posición de nacimiento. En particular, se observa que 20.7 por ciento de los más jóvenes, 18.2 por ciento de los adultos jóvenes y 23.4 por ciento de los mayores ocupan la posición de primogénito; la categoría ultimogénito agrupa a 17.9 por ciento de los jóvenes, 14.1 por ciento de los adultos jóvenes y 11.7 por ciento de los mayores. Además, se observa que el comportamiento de la variable orden de nacimiento por estrato socioeconómico resulta muy parecido al observado en los grupos etarios. Por ejemplo, la categoría primogénito congregó a 24.2 por ciento de los hombres del estrato socioeconómico medio y alto y a 18.9 por ciento de los del estrato bajo, mientras que 14.2 por ciento de los hombres del estrato mejor posicionado y 15.6 por ciento de los hombres del estrato bajo ocuparon la última posición de nacimiento en la fratría. De esta manera, es previsible que aproximadamente un quinto de la población masculina mexicana, los que ostentan la categoría primogénitos, asuman roles adultos a edades tempranas. Sobre algunos de ellos se cernirán responsabilidades vinculadas con el cuidado de los hermanos menores, otros más realizarán actividades domésticas, y, en ciertos casos y bajo determinadas circunstancias, habrá quienes se conviertan en una fuente de ingreso para el hogar.

Hasta el momento se sabe que la estructura de los hogares de origen es primordialmente nuclear, que su tamaño fue disminuyendo al transcurrir las últimas cinco décadas del siglo XX, y que estas características no varían significativamente cuando se les observa por estrato socioeconómico. También que el porcentaje de primogénitos y ultimogénitos se ha mantenido en el tiempo y entre los estratos socioeconómicos. Sin embargo, hasta ahora nada se sabe de la vida familiar al interior de los hogares de origen. En lo sucesivo se analizará la condición religiosa de los hogares mediante el examen de la preferencia religiosa de la población objetivo, y se abordará el tema de la violencia en el hogar a través de la incidencia de algún tipo de maltrato físico por parte de los padres hacia sus hijos durante la infancia.

Cuadro IV.1.

Condiciones en el hogar de origen por grupo de edad y estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003

Variable	Grupo de edad			Estrato socioeconómico	
	Mayores	Adultos jóvenes	Jóvenes	Medio y alto	Bajo
Orden de nacimiento					
Primogénito	23.4	18.2	20.7	24.2	18.9
Ultimogénito	11.7	14.1	17.9	14.2	15.6
Otra posición	64.9	67.7	61.4	61.6	65.4
Preferencia religiosa					
Católico	83.7	87.0	90.4	85.2	88.7
Otra religión	11.8	8.9	6.4	10.1	7.8
Ateo	4.6	4.1	3.2	4.8	3.5
Maltrato físico durante la infancia	53.3	48.4	45.4	45.3	49.2

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

En relación a la primera de estas condiciones, el cuadro anterior indica que la mayoría de la población masculina mexicana, sin importar el grupo etario o estrato socioeconómico de pertenencia, profesa la religión católica. Ciertamente, 83.7 por ciento de los hombres mayores, 87 por ciento de los adultos jóvenes y 90.4 por ciento de los jóvenes concuerdan con algunos de los idearios del catolicismo; y por posición socioeconómica se observa que 85.2 por ciento de los mejor posicionados y 88.7 por ciento de los hombres del estrato bajo se declararon católicos. Con esto, la proporción de hombres que practica otra religión reúne a 11.8 por ciento de los mayores, 8.9 por ciento de los adultos jóvenes y 6.4 por ciento de los jóvenes; por estrato socioeconómico se sabe que 10.1 por ciento de la población masculina mexicana del sector medio y alto, y 7.8 por ciento de los del estrato bajo están en esta situación. Por lo que entre un tres y cinco por ciento de los hombres, sin distinción etaria o socioeconómica, se declaró ateo. Esta radiografía religiosa exhibe la preponderancia de las diversas corrientes católicas en los hogares mexicanos. En este tipo de hogares, de acuerdo con algunos resultados de investigación (Rojas y Castrejón, 2005), es posible encontrar hombres que reportan edades tardías al inicio de la vida sexual, pero no más tardías que los que profesan una religión distinta al catolicismo.

Ahora bien, a lo largo del tiempo se observa una proporción cada vez menor de hombres mexicanos que dijeron haber sufrido algún tipo de maltrato físico durante la infancia. Fueron violentados durante la niñez 53.3 por ciento de los hombres mayores, 48.4 por ciento de los adultos jóvenes y 45.4 por ciento de los jóvenes. No obstante, entre los estratos socioeconómicos las proporciones de este indicador no varían sustancialmente. De hecho, se advierte que 45.3 por ciento de los hombres pertenecientes al estrato socioeconómico medio y alto, y 49.2 por ciento de los hombres del estrato bajo sufrieron algún tipo de vejación durante la infancia. Lo común de esta situación podría pasar desapercibido si no fuera porque algunas investigaciones reportan que un ambiente hostil en el hogar de origen puede promover el adelanto de algunas experiencias de vida, en particular las relacionadas con el inicio de la vida sexual y la entrada en unión conyugal (Aguirre y Güell, 2002; Echarri y Pérez, 2007).

IV.2. Comunicación con los padres

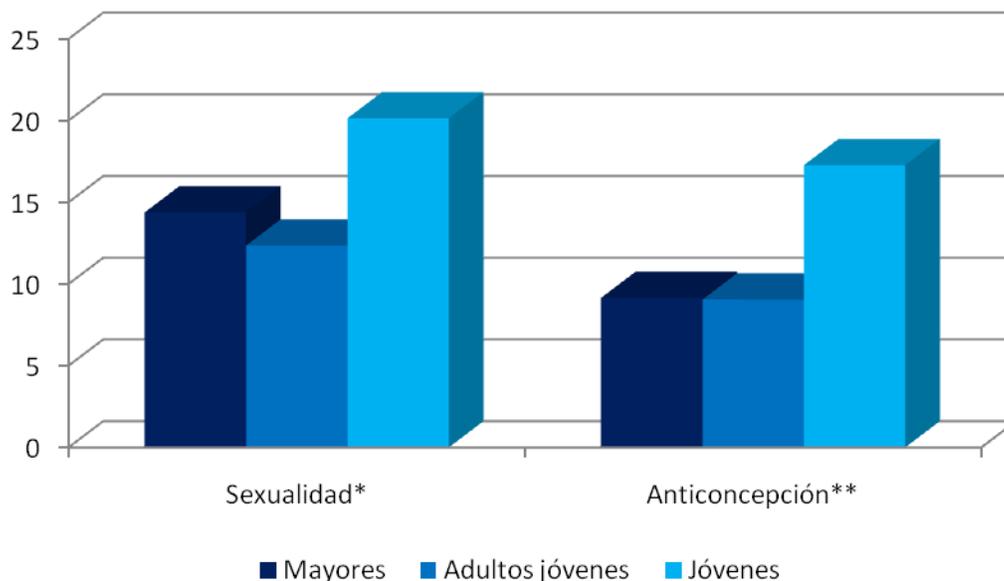
Otro aspecto de la vida familiar que interesa destacar en esta investigación es la comunicación entre padres e hijos. En este sentido, hablar sobre relaciones sexuales o métodos anticonceptivos no es tarea sencilla y menos, hay que suponer, en una sociedad como la mexicana. Por ello, en

esta sección se valorará la transmisión de conocimiento relacionado con la sexualidad y anticoncepción de padres a hijos. En este ejercicio se busca, al igual que en el apartado anterior, identificar las diferencias o similitudes por grupo de edad y por estrato socioeconómico. En la gráfica IV.3 se puede observar que en México a lo largo de la segunda mitad del siglo XX se incrementó paulatinamente la proporción de hombres que declaran haber recibido de sus padres información sobre relaciones sexuales y métodos anticonceptivos. En detalle, se advierte que sólo 14.4 por ciento de los mayores, 12.4 por ciento de los adultos jóvenes, y 20.1 por ciento de los más jóvenes conversaron con sus padres sobre relaciones sexuales. A este respecto, si se imagina la gama de temáticas que refiere a este tipo de comunicación como un espectro delimitado por los temas virginidad y enfermedades de transmisión sexual, es posible suponer que los padres de los mayores sólo se abocaron a tratar aspectos relacionados con la virginidad y los padres de los jóvenes se centraron en aspectos vinculados con las enfermedades de transmisión sexual.

En cambio, si el tópico fueron los métodos anticonceptivos el mismo gráfico revela que apenas 9.2 por ciento de los mayores, 9.1 por ciento de los adultos jóvenes, y 17.3 por ciento de los más jóvenes trataron este tema con sus padres. La explicación a este suceso podría estar relacionada con que a diferencia de los mayores y adultos jóvenes, los jóvenes vivieron sus primeros años de vida entre las décadas de los sesenta y setenta. Aquella época se caracterizó, entre otras cosas, porque las esferas de la sexualidad y anticoncepción comenzaron a desplazarse del ámbito privado al público. El “amor libre” y “la píldora”, por mencionar algunos temas, fueron asuntos que ocuparon espacios cada vez más importantes en la vida de los jóvenes. Además, hay que recordar que a comienzos de 1974 el gobierno mexicano comenzó una intensa campaña de planificación familiar, en la que los programas que se desprendieron de esta política de población difundieron ampliamente el uso de métodos anticonceptivos modernos. Por tal motivo, es factible pensar que los padres de los hombres mexicanos nacidos entre 1963 y 1972, a diferencia de aquellos cuyos hijos nacieron antes de esa fecha, tuvieron más elementos (y si no estaban más próximos a ellos) para informar a sus hijos o al menos responder a cuestionamientos vinculados con la sexualidad y la anticoncepción.

Gráfico IV.3.

Comunicación con los padres por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

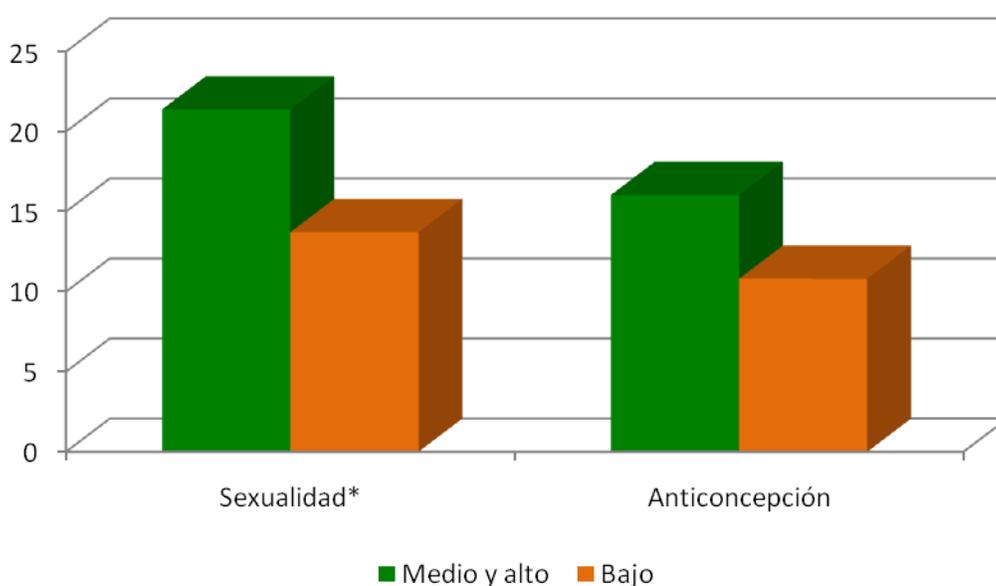
También se advierten diferencias considerables en la ocurrencia de estas conversaciones por estrato socioeconómico (ver gráfica IV.4). Por ejemplo, se encuentra que 21.4 por ciento de los hombres del estrato medio y alto, y 13.7 de los hombres del estrato socioeconómico bajo, hablaron sobre relaciones sexuales con sus padres. En tanto que apenas 16 por ciento de los hombres mejor posicionados, y 10.8 por ciento de los hombres del estrato bajo conversaron con sus padres sobre métodos anticonceptivos. Estas variaciones porcentuales podrían estar asociadas a un cúmulo de situaciones, entre las que bien se pueden destacar un desigual acceso a la información y, como muestran otras investigaciones (Rojas, 2008), a una menor participación en la crianza de los hijos por parte de los hombres mexicanos del estrato bajo. En general, se sabe que existe un fuerte vínculo entre la posición socioeconómica y el nivel de instrucción, con ello es factible suponer que los padres y madres de los sectores medios y altos podrían estar más próximos a información sobre sexualidad y anticoncepción como para compartirla con su descendencia; además, se sabe que el cuidado y la crianza de los hijos recae primordialmente en la madres, pero que los padres de los sectores medios y altos tienen una mayor participación en estos procesos, de ahí que sea posible considerar que en un escenario socioeconómico medio y

alto existe una mayor probabilidad de encontrar un espacio que favorezca un tipo de crianza en donde los padres hablan con sus hijos de sexualidad y anticoncepción.

No obstante, se debe señalar que la proporción de hombres que recibió de sus padres información sobre relaciones sexual y métodos para prevenir embarazos y enfermedades de transmisión sexual, es reducida, y que la importancia de estas temáticas en la vida de los individuos reclama un mayor esfuerzo por parte de los padres, dado que existen resultados de investigación que apuntan a que una mala comunicación entre padres e hijos favorece el adelanto de eventos como el inicio de la vida sexual y la entrada en unión conyugal (Aguirre y Güell, 2002; Echarri y Pérez, 2007).

Gráfico IV.4.

Comunicación con los padres por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

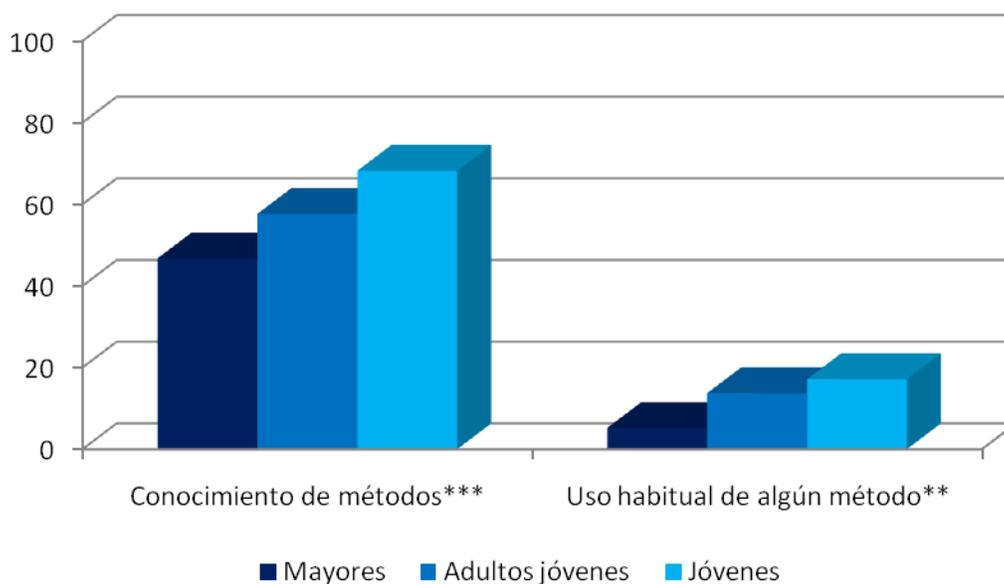
Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

IV.3. Prácticas anticonceptivas

Continuando en materia anticonceptiva, en este apartado se estima por grupo de edad y estrato socioeconómico el porcentaje de la población masculina mexicana que al momento de la primera relación sexual contaba con algún conocimiento sobre métodos anticonceptivos, así como el porcentaje de la que reporta utilizar alguno de ellos de manera regular. Entonces, se observa en el

siguiente gráfico que estos dos aspectos se fueron incrementando de manera sustantiva durante el transcurso de la segunda mitad del siglo XX. Entre los hombres mayores, aproximadamente cinco de cada diez manifestaron haber tenido cierto conocimiento en materia anticonceptiva previo al inicio de su vida sexual, en el caso de los adultos jóvenes prácticamente seis de cada diez compartían esta característica, y aproximadamente siete de cada diez jóvenes conocían algún método anticonceptivo antes de experimentar su primera relación sexual. Una progresión similar, aunque menos espectacular, se observa entre quienes reportan haber utilizado algún método anticonceptivo de forma habitual para prevenir un embarazo. Por ejemplo, entre los mayores sólo uno de cada veinte se encuentra en esta categoría, mientras que aproximadamente dos adultos jóvenes de cada veinte y tres jóvenes de cada veinte, declararon usar un método anticonceptivo de manera regular.

Gráfico IV.5.
Prácticas anticonceptivas por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

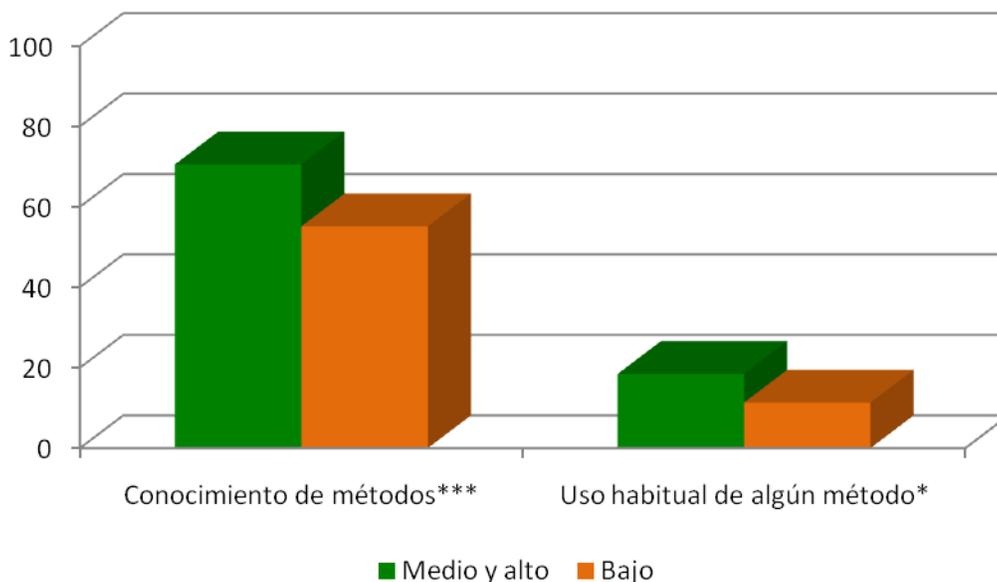
Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

A pesar de la tendencia favorable hacía un mayor conocimiento y uso de métodos anticonceptivos, aun en el mejor de los escenarios hay una alta proporción de hombres que no contaba con conocimiento alguno sobre métodos anticonceptivos previo a la primera relación sexual (31.8 por ciento); y en el caso del uso habitual de algún método anticonceptivo los

resultados son un tanto más llamativos, pues 82.9 por ciento reportaron no utilizar algún método de forma habitual para prevenir un embarazo. Esto último bien podría encontrar explicación, o parte de ella, en que algunos de ellos estuvieran buscando embarazarse; o bien, que buena parte de los hombres mexicanos considera que el conocimiento y uso de métodos para prevenir embarazos es responsabilidad de las mujeres.

Una situación similar se observa al analizar el comportamiento de estos indicadores por estrato socioeconómico (ver gráfica IV.6). Prácticamente siete de cada diez hombres del estrato medio y alto reportaron haber tenido cierto conocimiento sobre métodos anticonceptivos antes de su primera relación sexual, y sólo cinco de cada diez hombres del estrato bajo estuvieron en esta situación. La brecha se mantiene cuando se examina el uso habitual de algún método anticonceptivo: casi dos de cada diez hombres del sector mejor posicionado hicieron o usaron algo para no embarazarse a sus parejas, y en el estrato bajo sólo uno de cada diez manifestó utilizar algún método anticonceptivo de forma habitual.

Gráfico IV.6.
Prácticas anticonceptivas por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.
Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

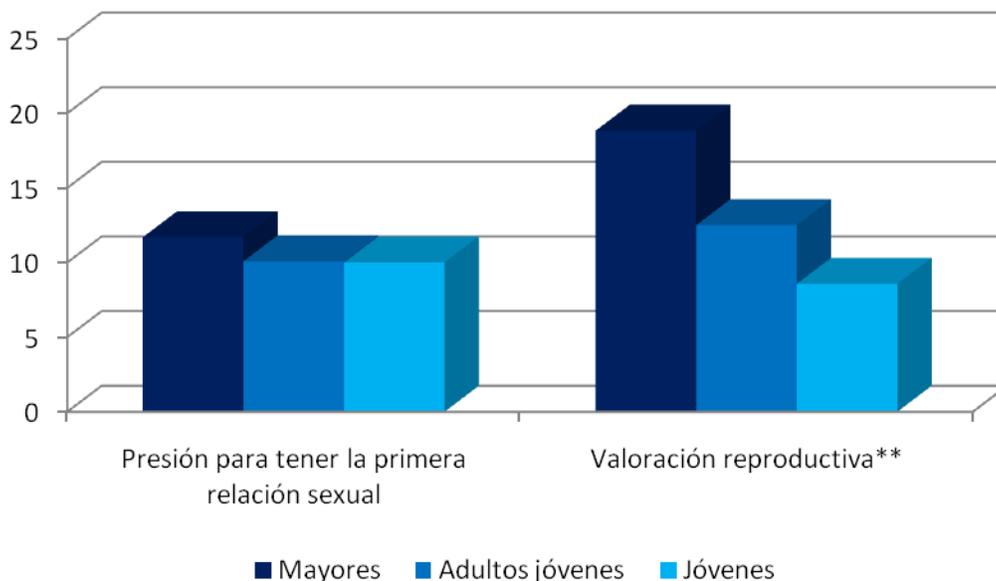
IV.4. Pautas sobre masculinidad

Hasta ahora se ha visto que a pesar de que persisten diferencias por estrato socioeconómico, cada vez más hombres mexicanos reportan que sus padres les hablaron sobre relaciones sexuales y métodos anticonceptivos. También, al paso del tiempo una proporción más importante de la población masculina tiene cierto conocimiento anticonceptivo previo a su primera relación sexual. Más aún, día a día son más los que utilizan algún método anticonceptivo de manera regular. Entonces, si estos aspectos que entrecruzan las esferas de la sexualidad y la reproducción han variado a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y entre los distintos sectores socioeconómicos, bien se puede suponer que otros asociados con la identidad masculina también mostrarán variaciones en el mismo periodo y entre los estratos socioeconómicos, ilustrando con ello diferentes maneras de identificar lo que es propio del ser hombre. De esta forma, en este apartado se desataca al segmento de la población masculina mexicana que recibió algún tipo de presión para tener su primera relación sexual, y se expone la proporción de población masculina que considera que un hombre vale menos si no puede tener hijos.

En la gráfica IV.7 se observa que el ejercicio conminado de la sexualidad muestra cambios apenas perceptibles a lo largo del tiempo. Pareciera que siempre existe un sector de la población masculina mexicana que es sujeta de cierta presión para dar inicio a su vida sexual. De hecho, entre los mayores 11.7 por ciento recibió algún tipo de presión para iniciar su vida sexual, lo mismo que 10.1 por ciento de los adultos jóvenes y que 10 por ciento de los más jóvenes. En cambio, en el mismo gráfico se observa que la valoración de la masculinidad vía la reproducción sí muestra cambios relevantes a lo largo del tiempo. Entre los mayores, 18.8 por ciento considera que un hombre vale menos si no puede tener hijos, mientras que entre los adultos jóvenes sólo 12.5 por ciento comparte esta opinión, y entre los más jóvenes apenas 8.6 por ciento estaba de acuerdo con esta valoración.

Gráfico IV.7.

Pautas sobre masculinidad por grupo de edad. Hombres. México, 2003



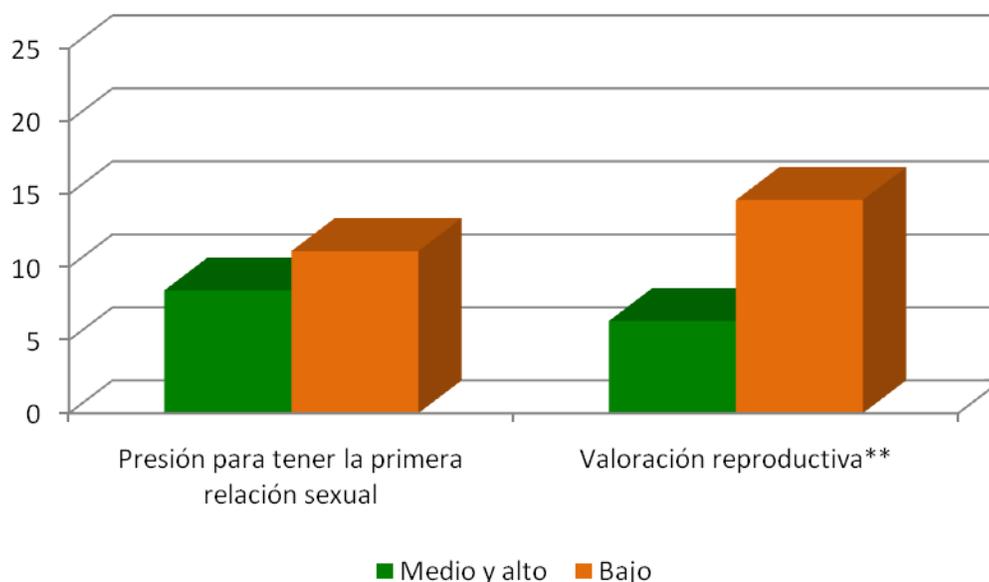
Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Ahora bien, los resultados entre los estratos socioeconómicos dan la impresión de que los hombres de extracción socioeconómica baja son más proclives a aceptar los preceptos de masculinidad que se vinculan con el inicio de la vida sexual y la paternidad (ver gráfica IV.8). Por ejemplo, mientras que 11.1 por ciento de los hombres del estrato bajo fueron presionados para experimentar su primera relación sexual, sólo 8.4 por ciento de los hombres del estrato socioeconómico alto estuvieron en la situación. Más aún, el porcentaje de la población masculina que consideró que un hombre vale menos si no puede tener un hijo alcanzó apenas 6.3 puntos entre los del estrato medio y alto, pero entre los del estrato bajo llegó a 14.6 puntos. En este escenario ¿será posible que un mayor conocimiento acompañado de un mayor uso de métodos anticonceptivos y de una desmitificación del ser hombre a través de la procreación redunde en la postergación de la llegada del primogénito entre los más jóvenes respecto de los mayores, o será que aún con esta evolución del conocimiento y de las prácticas anticonceptivas, el efecto sobre el calendario de la llegada del primer hijo siga gobernado primordialmente por el calendario de la entrada en unión conyugal?

Gráfico IV.8.

Pautas sobre masculinidad por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

IV.5. Experiencia vital

Después de examinar con un enfoque longitudinal y socioeconómico ciertos aspectos vinculados con el hogar de origen y la familia de la población masculina mexicana, en este apartado se realiza, con la misma perspectiva, una primera aproximación a los eventos que para fines de esta investigación caracterizan el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos. Para ello, en la primera sección de este apartado se examina la prevalencia de cada uno de estos eventos hasta los treinta años de edad. Posteriormente se señala la forma en que estos eventos se anteceden unos a otros en el mismo periodo. Finalmente, se analizan las posibles rutas que conducen a la población masculina mexicana a una socialización entre adultos.

IV.5.i. La vida hasta los treinta años de edad

El inicio de la vida sexual, el abandono del sistema escolar y el comienzo de la vida laboral son eventos que prácticamente todos los hombres mexicanos experimentaron antes de cumplir los treinta años de edad. Las variaciones a través del tiempo y entre los estratos socioeconómicos sólo se observan en la salida del hogar familiar, el comienzo de la vida conyugal y la llegada de

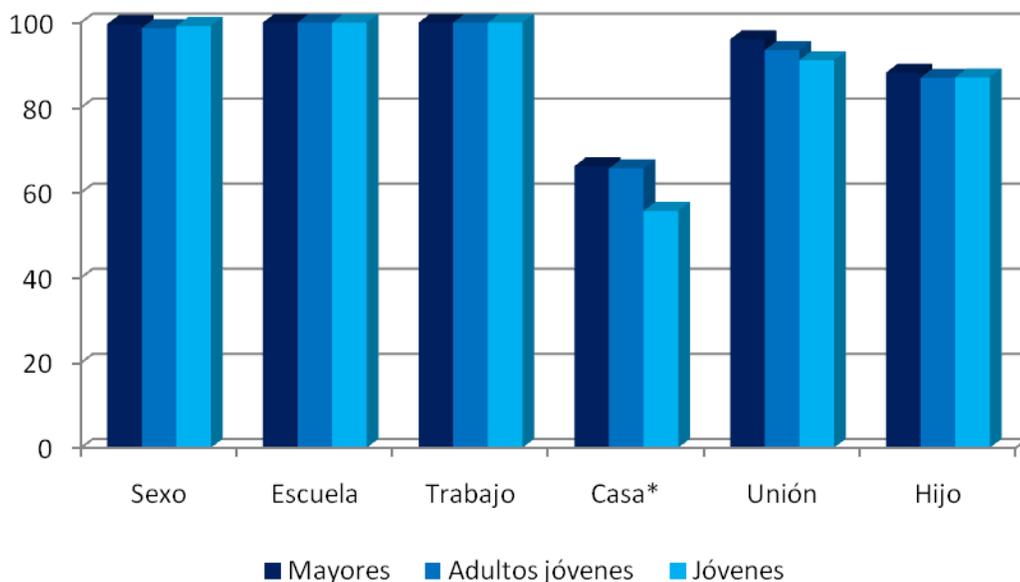
la paternidad. El siguiente gráfico muestra el porcentaje de la población masculina mexicana que experimentó cada uno de estos eventos antes de cumplir los treinta años de edad. De ahí se desprende que no hay hombre mexicano que abandonara el sistema escolar o se insertara por primera vez en el mundo laboral antes de iniciar la cuarta década de vida. También, prácticamente toda la población masculina mexicana inició su vida sexual antes de cumplir los 30 años de edad (99.2 por ciento de los jóvenes, 98.7 por ciento de los adultos jóvenes y 99.6 por ciento de los mayores). Unirse conyugalmente y convertirse en padre son situaciones experimentadas por un amplio sector de la población masculina mexicana sin encontrarse mayor variación a lo largo del tiempo. Efectivamente, 91.1 por ciento de los jóvenes, 93.5 por ciento de los adultos jóvenes y 96.1 por ciento de los mayores se casaron antes de completar la primera treintena de años. Un tanto menor es la proporción de hombres que vieron nacer a su primogénito antes de dejar la década de los veinte: 87.1 por ciento de los jóvenes, 87 por ciento de los adultos jóvenes y 88.2 por ciento de los mayores. En contraste, el porcentaje de hombres que se emancipó residencialmente no supera, en el mejor de los casos, los 70 puntos. Es más, pareciera que el calendario de este evento atraviesa por un proceso de envejecimiento. Se aprecia una diferencia significativa entre los grupos etarios: apenas 55.7 por ciento de los jóvenes, 65.7 por ciento de los adultos jóvenes y 66.2 por ciento de los mayores se emanciparon residencialmente antes de cumplir los treinta años de edad.

Después de examinar las variaciones porcentuales de la incidencia de los eventos por grupo de edad, la gráfica IV.10 muestra las correspondientes por estrato socioeconómico. Prácticamente toda la población masculina mexicana sin distinción socioeconómica experimentó los eventos primera relación sexual (sólo 0.8 por ciento de los hombres del estrato bajo llegaron vírgenes a los treinta años), salida de la escuela y primer ingreso al mercado laboral antes de cumplir los treinta años de edad. Aunque la primera unión conyugal y el nacimiento del primer hijo sean eventos que experimentan casi todos los hombres en dicho periodo, se advierten algunas diferencias relevantes por estrato socioeconómico. Por ejemplo, 90 por ciento de la población masculina mexicana del estrato medio y alto, y 95.3 por ciento de los hombres del estrato socioeconómico bajo se unieron o casaron por primera vez antes de los treinta años de edad. Respecto de la llegada de la paternidad, se observa que en el estrato medio y alto ocho hombres de cada diez se convirtieron en padres antes de su cumpleaños número treinta, mientras que en el sector socioeconómico bajo esta situación alcanzó a nueve de cada diez. Por último, la salida del

hogar familiar por parte de los hombres es un evento claramente diferenciado por la posición socioeconómica. Mientras que 74.2 por ciento de los hombres del estrato medio y alto se emanciparon residencialmente antes de entrar en los *treintas*, sólo 56.8 por ciento de los hombres del estrato bajo se encontraron esta situación. Esta condición bien podría dejar al descubierto que para un importante sector de la población masculina mexicana la dificultad para salir del hogar familiar tiene un fuerte componente socioeconómico.

Así, estos primeros resultados sobre la temporalidad de las experiencias vitales definitorias del tránsito a la adultez promueven las interrogantes: ¿La independencia residencial es cada vez menos relevante para alcanzar el estatus de adulto? ¿En México se promueve una permanencia en el hogar familiar más larga o se dificulta la emancipación residencial más temprana? ¿Qué efecto tiene una estadía más prolongada en el hogar de origen sobre el resto de las experiencias vitales? De esta manera, en lo que resta de la investigación se intentará dar respuesta a estos cuestionamientos.

Gráfico IV.9.
Experiencia vital hasta los 30 años de edad por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Sexo: Comienzo de la vida sexual
Escuela: Salida de la escuela

Trabajo: Ingreso al mercado laboral
Casa: Salida del hogar familiar

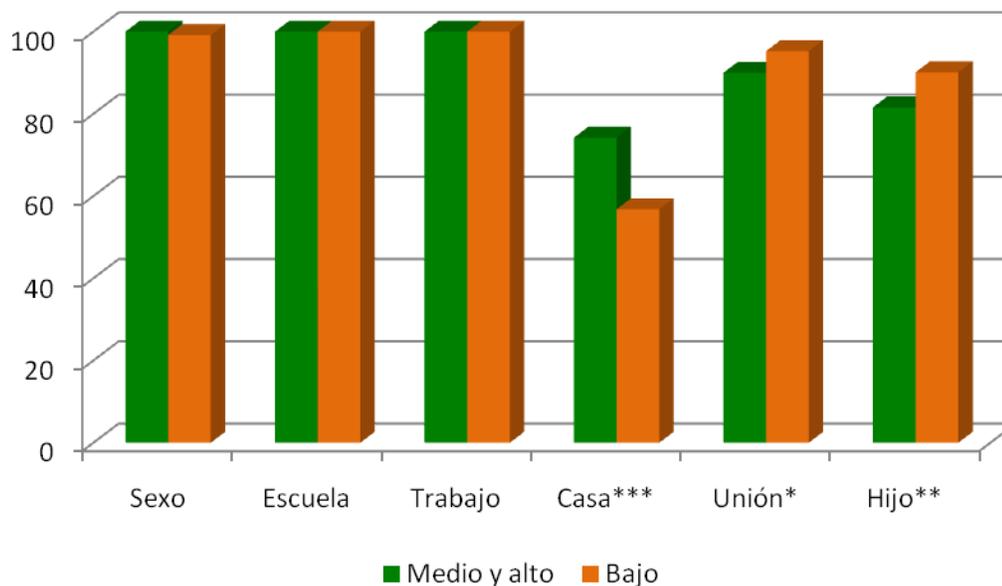
Unión: Inicio de la vida conyugal
Hijo: Nacimiento del primer hijo

Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Gráfico IV.10.

Experiencia vital hasta los 30 años de edad por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Sexo: Comienzo de la vida sexual
Escuela: Salida de la escuela

Trabajo: Ingreso al mercado laboral
Casa: Salida del hogar familiar

Unión: Inicio de la vida conyugal
Hijo: Nacimiento del primer hijo

Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

IV.5.ii. Curriculum vitae: La experiencia anterior a los eventos

IV.5.ii.a. Inicio de la vida sexual

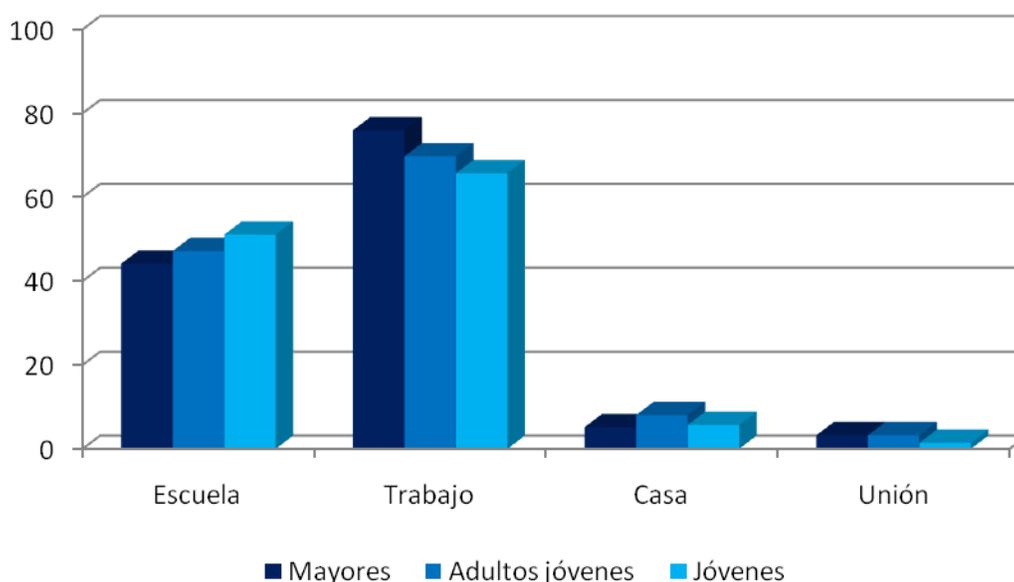
Al cabo de las últimas cinco décadas del siglo XX el conjunto de eventos que integran la experiencia vital anterior a la primera relación sexual muestra que un buen porcentaje de hombres mexicanos iniciaron su vida sexual con un nivel de escolaridad deficiente¹, habiéndose incorporado ya al mercado laboral, todavía residiendo en el hogar familiar y manteniéndose solteros. En el siguiente gráfico se observa que más de la mitad de los jóvenes (51.1 por ciento) tenía un nivel de escolaridad deficiente antes de la primera relación sexual, mientras que 47.2 por ciento de los adultos jóvenes y 44.2 por ciento de los mayores estaban en esta situación. Igualmente, se advierte que 65.7 por ciento de los jóvenes, 69.8 por ciento de los adultos jóvenes y 76 por ciento de los mayores comenzaron a trabajar antes de iniciar su vida sexual. Sólo 5.7

¹ Es decir, con un logro escolar por debajo del número de años promedio de escolaridad de sus coetáneos.

por ciento de los jóvenes, 8.1 por ciento de los adultos jóvenes y 5.2 por ciento de los hombres mayores habían abandonado el hogar familiar cuando tuvieron su primer coito. Por último, apenas 1.4 por ciento de los jóvenes, 3.2 por ciento de los adultos jóvenes y 3.3 por ciento de los mayores se podría decir que llegaron vírgenes al matrimonio (o a la unión).

Gráfico IV.11.

Experiencia vital anterior a la primera relación sexual por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Escuela: Nivel de escolaridad deficiente

Trabajo: Ingreso al mercado laboral
Casa: Salida del hogar familiar

Unión: Inicio de la vida conyugal

Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

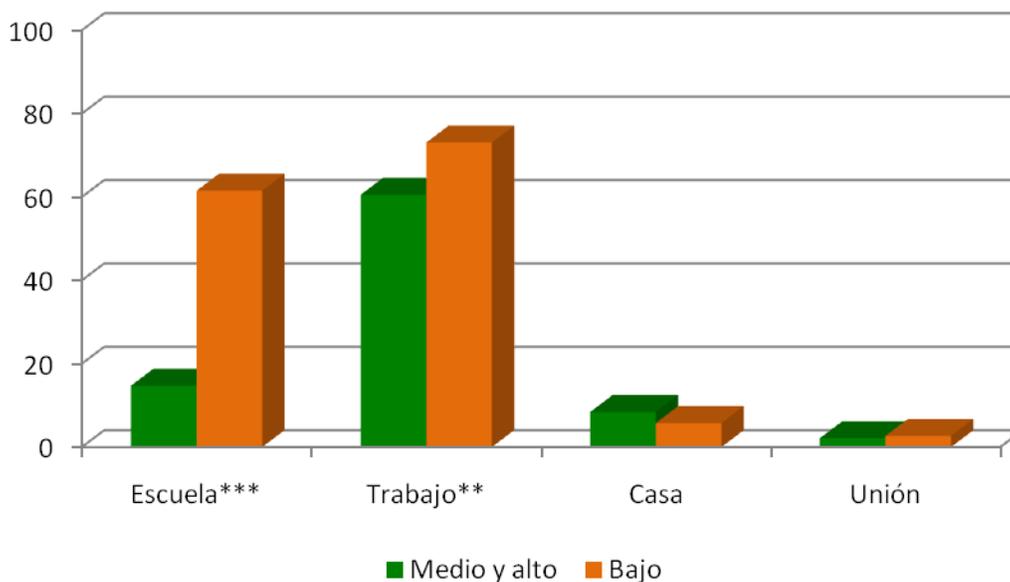
Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Por otro lado, aun cuando no se perciben cambios relevantes a través del tiempo en el conjunto de experiencias que anteceden a la primera relación sexual, sí se destacan las diferencias encontradas por estrato socioeconómico. La mayoría de los hombres del estrato medio y alto, a diferencia de los del estrato bajo, llegaron más instruidos a la primera relación sexual. A saber, menos de 15 por ciento de los hombres del estrato medio y alto tenían un nivel escolar deficiente antes de la primer relación sexual, en cambio, más de 60 por ciento de la población masculina del estrato bajo estuvo en esta situación. También resalta que seis de cada diez hombres del estrato medio y alto, y siete de cada diez hombres del estrato bajo contaban con

alguna experiencia laboral previa al inicio de su vida sexual. En contraste, pocos y apenas diferenciados por estrato socioeconómico son los que dejaron el hogar paterno o se emparejaron conyugalmente antes de la primera relación sexual.

Gráfico IV.12.

Experiencia vital anterior a la primera relación sexual por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Escuela: Nivel de escolaridad deficiente

Trabajo: Ingreso al mercado laboral
Casa: Salida del hogar familiar

Unión: Inicio de la vida conyugal

Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

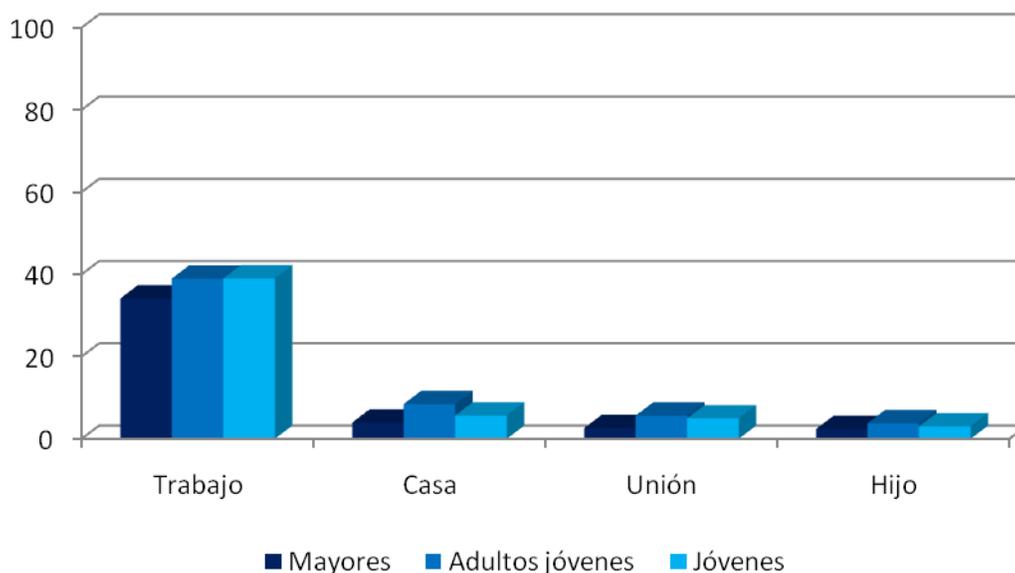
IV.5.ii.b. Salida del sistema escolar

Al parecer, a lo largo de los años, la mayoría de hombres mexicanos comienza a integrar su expediente vital con la salida de la escuela. Sólo cuatro de cada diez iniciaron su vida laboral cuando todavía asistían a un aula. En detalle, 39 por ciento de los jóvenes, misma cantidad de adultos jóvenes y 34.1 por ciento de los hombres mayores trabajan mientras seguían estudiando. Tampoco se reportan diferencias significativas por grupo de edad entre aquellos que seguían en la escuela habiendo dejado el hogar familiar, entrado en unión conyugal o se habían convertido en padre. De hecho, 5.7 por ciento de los jóvenes, 8.5 por ciento de los adultos jóvenes y 4 por ciento de los mayores abandonaron el seno familiar antes de dejar la escuela. Menos de 3 por

ciento de los jóvenes, 1.6 por ciento de los adultos jóvenes y 1.3 por ciento de los mayores iniciaron su vida conyugal mientras permanecían en las aulas. Y para terminar, 1.4 por ciento de los jóvenes, 0.4 por ciento de los adultos jóvenes y 1.3 por ciento de los hombres mayores posiblemente alternaron mochila y pañalera.

Gráfico IV.13.

Experiencia vital anterior a la salida de la escuela por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Trabajo: Ingreso al mercado laboral Unión: Inicio de la vida conyugal
 Casa: Salida del hogar familiar Hijo: Nacimiento del primer hijo

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

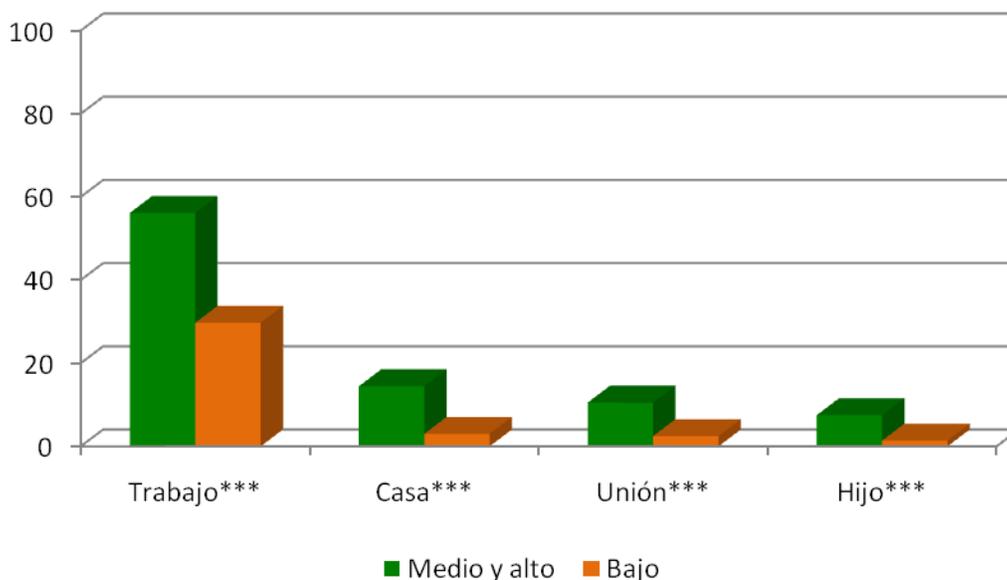
Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Por otro lado, al analizar la experiencia vital anterior a la salida de la escuela por estrato socioeconómico se encuentran variaciones importantes (ver gráfica IV.14). Efectivamente, mientras que 56.2 por ciento de los hombres del estrato medio y alto comenzaron a acumular experiencia laboral mientras permanecían en los salones de clase, apenas 29.7 por ciento de los hombres del estrato bajo estuvieron en esta situación. Más aún, 14.4 por ciento de los hombres del estrato mejor posicionado se emanciparon residencialmente antes de dejar la escuela, lo mismo se puede decir sólo de 3 por ciento de los hombres del estrato bajo. Asimismo, quienes se unieron y continuaron con los estudios son 10.5 por ciento de los hombres del estrato medio y

alto, y 2.5 por ciento de los del estrato bajo. En tanto que 7.5 por ciento de los mejor posicionados y 1.4 del sector bajo se convirtieron en padres cuando todavía seguían estudiando.

Gráfico IV.14.

Experiencia vital anterior a la salida de la escuela por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Trabajo: Ingreso al mercado laboral Unión: Inicio de la vida conyugal
 Casa: Salida del hogar familiar Hijo: Nacimiento del primer hijo

Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

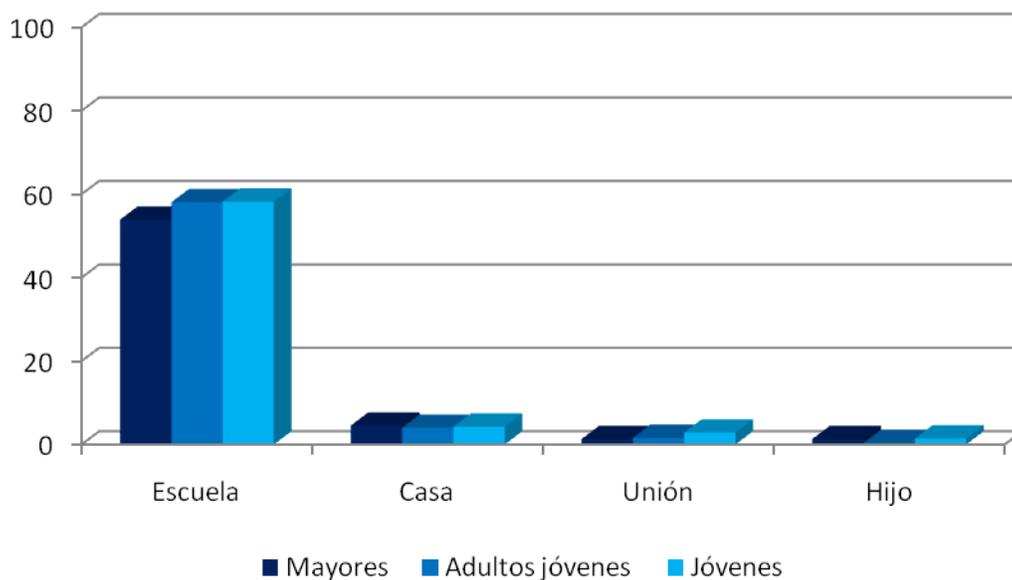
IV.5.ii.c. Primer ingreso al mercado laboral

En poco más de medio siglo la experiencia vital que antecede al primer trabajo no varió significativamente. El gráfico IV.15 muestra que más de la mitad de la población masculina ingresó al mundo laboral con un nivel de escolaridad deficiente. Estuvieron en esta situación 58.2 por ciento de los nacidos entre 1963 y 1972 (jóvenes), lo mismo que 58.1 por ciento de los nacidos entre 1953 y 1962 (adultos jóvenes), y 53.9 por ciento de los nacidos entre 1943 y 1952 (mayores). En cambio, sólo un reducido grupo de jóvenes, adultos jóvenes y mayores abandonaron el hogar familiar, se unieron conyugalmente o se convirtieron en padres antes de comenzar a trabajar. De hecho, antes de comenzar a trabajar se emanciparon residencialmente 4.3 por ciento de los jóvenes, 4 por ciento de los adultos jóvenes y 4.6 por ciento de los mayores.

El matrimonio (o unión) sin un antecedente laboral lo experimentaron 2.9 por ciento de los jóvenes, 1.6 por ciento de los adultos jóvenes y 1.3 por ciento de los mayores. Todavía menos fueron los que sin experiencia laboral se convirtieron en padres: 1.4 por ciento de los jóvenes, 0.4 por ciento de los adultos jóvenes y 1.3 de los mayores.

Gráfico IV.15.

Experiencia vital anterior al primer ingreso al mercado laboral por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Escuela: Nivel de escolaridad deficiente

Casa: Salida del hogar familiar
Unión: Inicio de la vida conyugal

Hijo: Nacimiento del primer hijo

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

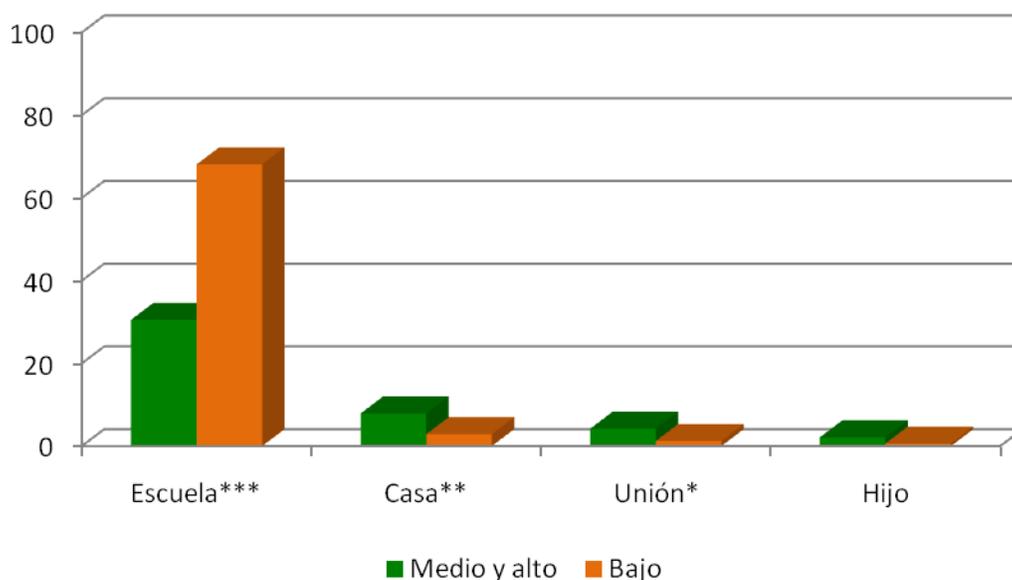
Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

A pesar de estas permanencias a lo largo del tiempo, una mirada desde la estratificación socioeconómica permite vislumbrar un escenario un tanto diferente (ver gráfica IV.16). En general, los hombres del estrato medio y alto respecto de los del estrato bajo llegaron a su primer empleo con mejor nivel de escolaridad y con un mayor número de experiencias vitales acumuladas. En detalle, poco más de 30 por ciento de los hombres del estrato medio y alto comenzaron a trabajar con un nivel de escolaridad deficiente, mientras que esta condición reúne a prácticamente 70 por ciento de los hombres del estrato socioeconómico bajo. También, en términos porcentuales son más los mexicanos del estrato medio y alto que abandonaron el hogar

familiar antes de comenzar a trabajar (7.9 por ciento de los mejor posicionado *versus* 2.9 del sector socioeconómico bajo). Lo mismo ocurre con el primer enlace conyugal y el nacimiento del primer hijo: antes de comenzar a trabajar se unieron 4.2 por ciento de los hombres del estrato medio y alto, y 1.2 por ciento de los del estrato bajo. En relación a la llegada del primer hijo, se convirtieron en padres sin haber ingresado por primera vez al mercado laboral 2.1 por ciento de los del estrato medio y alto, y 0.6 por ciento de los del sector bajo. Y aún cuando la proporción de hombres que se encuentra en estas circunstancias sea apenas conmensurable, es pertinente recordar que desde los estudios sobre masculinidad los hombres que no puedan satisfacer las necesidades materiales de su familia pueden comprometer su calidad de hombres (Olavarría *et al.*, 1998; Olavarría, 2006). Con esto, podría pensarse que la población masculina que formó un núcleo familiar antes de insertarse en el mercado laboral estaría en un escenario adverso para el cabal cumplimiento del mandato social de proveedor.

Gráfico IV.16.

Experiencia vital anterior al primer ingreso al mercado laboral por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Escuela: Nivel de escolaridad deficiente

Casa: Salida del hogar familiar
Unión: Inicio de la vida conyugal

Hijo: Nacimiento del primer hijo

Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

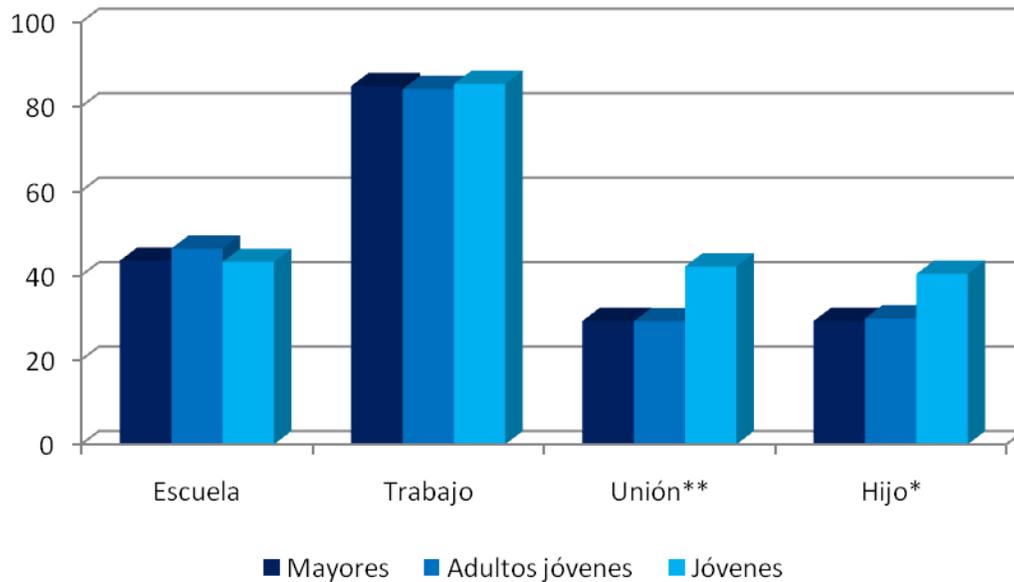
Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

IV.5.ii.d. Abandono del hogar familiar

En las últimas décadas del siglo XX la experiencia vital que antecede a la salida del hogar familiar muestra un comportamiento un tanto peculiar (ver gráfica IV.17). Por un lado, tanto ahora como en el pasado, un porcentaje considerable de hombres mexicanos dejó el seno familiar con un nivel de escolaridad deficiente, y un sector todavía más amplio al momento de emanciparse ya contaba con cierta experiencia laboral. De hecho, aproximadamente cuatro de cada diez hombres tenían un nivel de escolaridad deficiente antes de dejar el hogar familiar (43.2 por ciento de los jóvenes, 46.4 por ciento de los adultos jóvenes y 43.5 por ciento de los mayores), y cerca de ocho de cada diez comenzaron su vida laboral antes de emanciparse (85.4 por ciento de los jóvenes, 84.2 por ciento de los adultos jóvenes y 84.9 por ciento de los mayores).

Gráfico IV.17.

Experiencia vital anterior a la salida del hogar familiar por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Escuela: Nivel de escolaridad deficiente

Trabajo: Ingreso al mercado laboral
Unión: Inicio de la vida conyugal

Hijo: Nacimiento del primer hijo

Significancia de las variables: *** $p < 0.001$; ** $p < 0.01$; * $p < 0.05$.

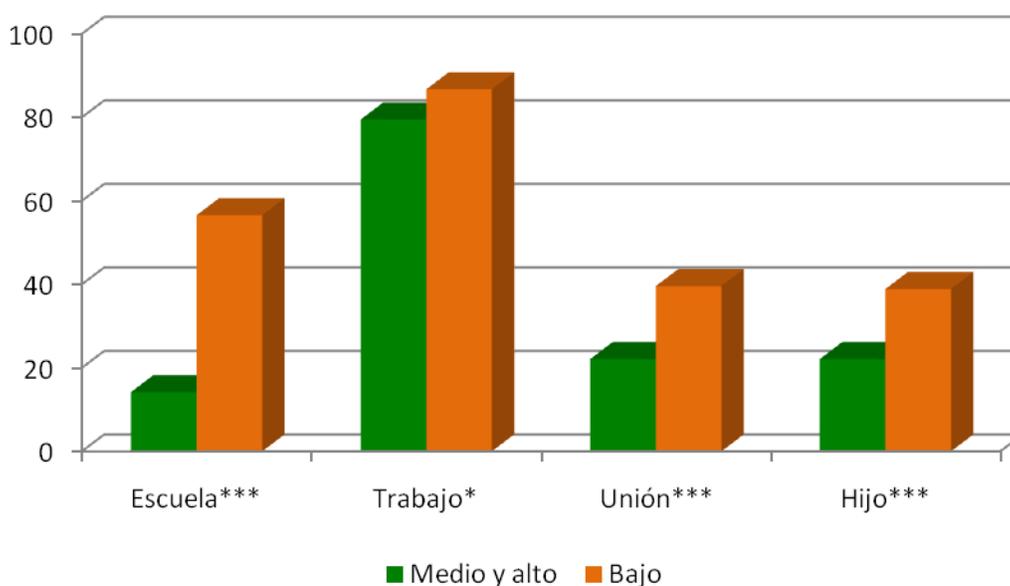
Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Por otro lado, en los últimos tiempos se ha incrementado el porcentaje de la población masculina mexicana que se enlazó conyugalmente o convirtió en padre antes de dejar el hogar familiar. A saber, cuatro de cada diez de los hombres nacidos en la década de los sesenta (jóvenes) fundó un núcleo familiar (a través de una unión conyugal, el nacimiento del primer hijo o ambos) dentro, es factible suponer, del hogar familiar, en cambio este hecho fue vivido por sólo tres de cada diez adultos jóvenes o mayores. Esta tendencia expone que al paso del tiempo cada vez más parejas mexicanas han visto reducidas sus posibilidades de constituir un hogar distinto del de los padres. Es posible que este hecho esté asociado con la evolución de la economía mexicana en las últimas décadas del siglo XX, en particular con la precarización del empleo y con el deterioro del poder adquisitivo de los salarios. Incluso se puede considerar que este resultado pone en evidencia que un importante sector de la población no cuenta con algún tipo de seguridad social vinculada a la vivienda.

Ahora bien, al inspeccionar la experiencia vital previa a la salida del hogar familiar por estrato socioeconómico se advierten otras diferencias relevantes (gráfica IV.18). Por ejemplo, más de la mitad de los hombres del estrato bajo tenían un nivel de escolaridad deficiente antes de dejar el hogar familiar, y en el caso de los hombres del estrato medio y alto sólo 14.2 por ciento compartían esta situación. De igual manera, en términos porcentuales, fueron más los hombres del estrato bajo que trabajaron antes de emanciparse: 86.7 por ciento de los hombres del estrato bajo *versus* 79.5 por ciento de los del medio y alto. La formación de un núcleo familiar muestra un comportamiento similar: aproximadamente cuatro de cada diez hombres del estrato socioeconómico bajo se unieron, o bien se convirtieron en padres, antes de abandonar el hogar familiar, mientras que la misma situación fue vivida por dos de cada diez hombres del estrato medio y alto.

Gráfico IV.18.

Experiencia vital anterior a la salida del hogar familiar por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Escuela: Nivel de escolaridad deficiente

Trabajo: Ingreso al mercado laboral
Unión: Inicio de la vida conyugal

Hijo: Nacimiento del primer hijo

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

IV.5.ii.e. Comienzo de la vida conyugal

El conjunto de eventos que integran la experiencia vital que antecede a la primera unión conyugal muestra ligeros cambios en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX. El cuadro IV.2 muestra que el porcentaje de hombres que se mantuvo virgen hasta un año antes del primer enlace conyugal es cada vez mayor, y que entre los que tuvieron relaciones sexuales premaritales cada vez son más los que se iniciaron sexualmente de forma temprana (16 años de edad o antes), en tanto que los porcentajes de la población masculina que comenzó a tener relaciones a una edad normativa (entre los 17 y los 19 años de edad) o tardía (a los 20 años o después) permanecieron sin mayores cambios. El mismo cuadro expone que prácticamente cuatro de cada diez jóvenes, adultos jóvenes y mayores se unieron conyugalmente con un nivel de escolaridad deficiente. También que la proporción de hombres que comenzó su vida laboral antes que la conyugal fue disminuyendo a lo largo del tiempo. Prácticamente todos los hombres mayores comenzaron a trabajar antes de unirse conyugalmente, esta proporción desciende a 94.3 por

ciento entre los adultos jóvenes y se estaciona en 90 por ciento entre los más jóvenes. A diferencia del primer ingreso al mercado laboral, se observa que continúan siendo pocos los que se emancipan residencialmente antes de unirse o casarse y todavía menos los que experimentan la paternidad sin haber entrado en unión.

Asimismo, la experiencia vital anterior a la unión conyugal por estrato socioeconómico muestra algunas diferencias significativas. Por ejemplo, aproximadamente dos de cada diez hombres del estrato socioeconómico medio y alto, y tres de cada diez hombres del estrato bajo, se mantuvieron vírgenes hasta un año antes de unirse o casarse. Más aún, a pesar de que prácticamente un tercio de la población masculina, sin distinción socioeconómica, inició su vida sexual a una edad temprana (16 años o menos), porcentualmente son más los hombres del estrato medio y alto, si se les compara con los del estrato bajo, los que iniciaron su actividad sexual a una edad normativa o tardía (a partir de los 17 años). Otra diferencia importante es la relativa al nivel de escolaridad anterior al primer enlace conyugal. Sólo un hombre del estrato medio y alto de cada diez, y cerca de seis hombres de cada diez del bajo iniciaron su vida conyugal con un nivel de escolaridad deficiente. Además, el porcentaje de hombres del estrato medio y alto que salieron del hogar familiar antes de unirse duplica con facilidad al de los hombres del estrato bajo. También se observa que para muchos hombres mexicanos comenzar el proceso de independencia económica es fundamental para poder iniciar una vida conyugal. Nueve de cada diez hombres sin distinción socioeconómica ingresó al mercado laboral antes de unirse. No menos relevante es el ínfimo porcentaje de hombres de ambos estratos que experimentaron la llegada del primer hijo fuera del matrimonio (o unión).

Cuadro IV.2.

Experiencia vital anterior a la primera unión conyugal por grupo de edad y estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003

Variables	Grupo de edad			Estrato socioeconómico	
	Mayores	Adultos jóvenes	Jóvenes	Medio y alto	Bajo
Sexo					
Virgen	32.5	25.0	26.1	19.5***	27.1***
Temprana (16 años o antes)	31.8	35.1	37.5	31.1***	35.4***
Normativa (entre los 17 y 19 años)	25.3	29.0	23.9	32.6***	26.2***
Tardía (20 años o después)	10.4	10.9	12.5	16.8***	11.4***
Escuela	42.9	44.4	42.5	11.1***	56.2***
Trabajo	97.4**	94.3**	90.0**	91.6	93.8
Casa	11.0	9.7	7.5	15.8***	6.6***
Hijo	3.9	2.8	1.4	2.1	2.7

Sexo: Temporalidad de la primera relación sexual

Escuela: Nivel de escolaridad deficiente

Trabajo: Ingreso al mercado laboral

Hijo: Nacimiento del primer hijo

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

IV.5.ii.f. Llegada de la paternidad

Al finalizar el siglo XXI se observa que en poco más de cincuenta años la experiencia vital de los hombres mexicanos anterior a la llegada del primer hijo apenas si se modificó. Al igual que en la unión, cuatro de cada diez hombres sin distinción etaria tenía un nivel de escolaridad deficiente al momento de convertirse en padre. También, casi la totalidad de la población masculina mexicana antepone el inicio de la vida laboral al comienzo de la vida como padre. Asimismo, se detecta que cada vez menos hombres habitaron un hogar distinto al familiar al llegar el nacimiento del primogénito. En detalle, sólo 46.4 por ciento de los nacidos entre 1963 y 1972 (jóvenes), 53.2 por ciento de los nacidos entre 1953 y 1963 (adultos jóvenes) y 55.2 por ciento de los nacidos entre 1943 y 1952 (mayores) se independizaron residencialmente un año antes de convertirse en padres. Por otro lado, el mismo cuadro permite ver que un año antes del nacimiento del primer hijo casi cuatro quintas partes de la población masculina mexicana participaba en una unión conyugal. Además, si bien es cierto que la mayoría de los primeros nacimientos ocurren dentro de matrimonios, cada vez son más los primeros nacimientos que llegan en uniones consensuales. En efecto, 16.7 por ciento de los jóvenes, 8.8 por ciento de los adultos jóvenes y 9.5 por ciento de los mayores se encontraba en una unión consensual cuando nació su primer hijo.

Otras variaciones importantes se perciben cuando al examinar el conjunto de eventos que anteceden al nacimiento del primer hijo por estrato socioeconómico. Por ejemplo, aún cuando se ve que proporciones parecidas de hombres de los estratos medio y alto, y bajo iniciaron su vida sexual a edades similares, el nivel de escolaridad anterior a la llegada al primer hijo es marcadamente desigual. Por otro lado, mientras que apenas un hombre del estrato medio y alto, de cada diez tenía un nivel de escolaridad deficiente antes de la llegada de la paternidad, más de la mitad de los hombres del estrato bajo recibieron a su primer hijo en esa condición. También, 63.2 por ciento de los hombres del estrato medio y alto, y apenas 46.3 por ciento de los del bajo, recibieron a su primer hijo en un hogar distinto al de sus padres. Lo cual contrasta con la experiencia laboral y el comienzo de la vida conyugal. Prácticamente todos los hombres de ambos estratos comenzaron a trabajar antes de convertirse en padres, en tanto que alrededor del 80 por ciento de los hombres de ambos estratos se unieron al menos un año antes de la llegada del primer hijo. Estos resultados destacan el rol de proveedor como componente esencial de la masculinidad. Se puede decir que ellos resaltan la valía que tiene el hecho de que el inicio de la vida familiar ocurra un tanto después del comienzo de la trayectoria laboral.

Cuadro IV.3.

Experiencia vital anterior al nacimiento del primer hijo por grupo de edad y estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003

Variables	Grupo de edad			Estrato socioeconómico	
	Mayores	Adultos jóvenes	Jóvenes	Medio y alto	Bajo
Sexo					
Temprana	34.2	37.0	40.1	32.1	39.8
Normativa	32.2	38.6	32.6	35.8	34.4
Tardía	33.6	24.4	27.2	32.1	25.7
Escuela	42.9	44.8	42.5	11.1***	56.4***
Trabajo	98.7	97.6	95.4	96.8	96.9
Casa	55.2	53.2	46.4	63.2***	46.3***
Unión	81.7	80.2	77.7	77.9	80.5
Tipo de primera unión					
Legal	83.8*	82.4*	79.4*	79.6*	82.4*
Consensual	9.5*	8.8*	16.7*	10.2*	13.0*
No unido	6.8*	8.8*	4.0*	10.2*	4.7*

Sexo: Temporalidad de la primera relación sexual

Escuela: Nivel de escolaridad deficiente

Trabajo: Ingreso al mercado laboral

Unión: Inicio de la vida conyugal

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Después del examen curricular de las experiencias vitales se destacan las siguientes consideraciones: (1) Pareciera que entre los hombres del estrato medio y alto existe una mayor disociación de las esferas sexual y marital, con lo cual los hombres del estrato bajo serían más afines a los preceptos tradicionales de la sexualidad.

(2) Una buena parte de los hombres mexicanos experimenta varios de los eventos vitales en condiciones de baja escolaridad. En este sentido se sabe que a lo largo del tiempo entre cuatro y seis hombres de cada diez iniciaron su vida laboral, salieron del hogar familiar, comenzaron su vida sexual, entraron en unión conyugal y se convirtieron en padre con un nivel de escolaridad deficiente. Además, insoslayable es el hecho de que un amplio porcentaje de hombres del estrato socioeconómico bajo experimentan la mayoría de estos eventos en condiciones de baja escolaridad. (3) Sin un amplio distingo etario o socioeconómico se observa que el inicio de la vida laboral antecede, a excepción de la salida de la escuela, al resto de los eventos. Lo cual podría apuntar a la idea de que la primera inserción en el mercado laboral de buena parte de los hombres mexicanos no se presenta como una opción, sino como una necesidad de las familias para hacer frente a situaciones económicas adversas (García y Pacheco, 2000). Además, es posible suponer que el inicio de la vida laboral no se presenta como una opción porque existe todo un andamiaje social que reclama la incorporación de los hombres al mercado laboral a una determinada edad. Asimismo, se destaca que las altas proporciones de hombres que comienzan a trabajar antes de unirse conyugalmente muestran que el inicio de la vida laboral es una condición necesaria para acceder a la vida conyugal. Aún con todo esto ¿Por qué entre algunos de los más jóvenes (casi 10 por ciento) parece que la experiencia laboral no es relevante para entrar en matrimonio (o en unión libre)? A partir de los últimos dos puntos se construye la siguiente hipótesis: A pesar del devenir económico al que se han tenido que enfrentar las familias mexicanas durante la segunda mitad del siglo XX y que se ha condicionado la generación de empleo, la incorporación de los varones al mercado laboral es un evento que no sólo no se cuestiona sino que se promueve como símbolo de identidad masculina, aunque con ello se limite en cierta medida la acumulación de capital humano.

(4) La salida del hogar familiar se perfila como uno de los últimos eventos en el tránsito a la vida adulta. En algunos casos a lo largo del tiempo esta experiencia como antecedente de otro evento podría considerarse anecdótica. En efecto, sin considerar la llegada de la paternidad, sólo un reducido porcentaje de hombres mexicanos dejó el hogar antes de experimentar el resto de las

experiencias vitales. También entre los estratos socioeconómicos se observa una situación similar, aunque no se puede desestimar que porcentualmente son más los hombres del estrato medio y alto los que se emancipan residencialmente antes de experimentar el resto de los eventos. A pesar de ello, no hay que desdeñar que se está hablando de un selecto grupo de hombres que al menos en relación con la salida de la escuela muestra deseos de superación, pues de alguna manera sacrifican el vínculo con la familia de origen, por decirlo de alguna forma, para conseguir una mayor acumulación de capital humano ¿Algo similar se puede decir con aquellos que salieron del hogar familiar antes de comenzar a trabajar? ¿Es posible que salir del hogar familiar antes de comenzar a trabajar para estos hombres obedezca de cierto modo a una lógica de migración laboral? Y en relación al inicio de la vida conyugal, ¿qué circunstancia o circunstancias promovieron su emancipación? ¿Será entonces que quienes se encuentran en esta situación experimentarán una entrada en unión conyugal tardía? Y en el caso del inicio de la vida como padre ¿qué efecto puede tener en el calendario de la llegada del primer hijo haber salido del hogar paterno cuando se sabe que poco más de la mitad de los hombres, sin importar el grupo de edad al que pertenezcan, salieron del hogar familiar por lo menos un año antes de la llegada del primer hijo?

(5) Un amplio sector de la población masculina mexicana entró en unión conyugal y permaneció al menos un año en el hogar de origen. Esto podría ser indicativo de dos situaciones no necesariamente excluyentes: por un lado, la dificultad a la que se enfrentan las nuevas parejas conyugales para lograr una independencia residencial; y por otro, la capacidad solidaria de los hogares mexicanos para acoger a una pareja recién formada (como ejemplo el ejercicio de la patrilocalidad en contextos rurales). También se destaca la importancia del lazo conyugal para la reproducción biológica. Prácticamente todos los hombres se convirtieron en padres después de haberse unido conyugalmente. (6) Aun cuando la llegada del primogénito no parece marcar la historia escolar, laboral y conyugal de los hombres mexicanos, llama la atención que un importante conglomerado de esta población se convirtió en padres antes de dejar el hogar paterno. Lo que lleva a pensar que en un número importante de hogares convergieron al menos tres generaciones: padre, hijo y nieto. En este sentido, la respuesta a la pregunta ¿cómo afecta a la dinámica familiar la coexistencia de al menos tres generaciones en un mismo hogar? escapa a los objetivos de esta investigación, pero sin duda es un fenómeno que merece más atención.

IV.5.iii. Rutas a la vida adulta

Los caminos de la vida,
no son los que yo esperaba,
no son los que yo creía,
no son los que imaginaba.

Omar Geles, *Los caminos de la vida*

La forma en que se pueden suceder los eventos considerados en esta investigación (inicio de la vida sexual, abandono del sistema escolar, primer ingreso al mercado laboral, salida del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y llegada de la paternidad) refiere a un número importante de rutas a la vida adulta. A saber, si se considera que sólo puede ocurrir uno de los seis eventos, se tienen seis rutas; si se experimentan sólo dos de los seis eventos, se detectan 30 rutas; si se contempla que sólo ocurren tres de los seis eventos, existen 120 rutas; si se piensa que sólo acontecen cuatro de los seis eventos, hay 360 rutas; si sólo ocurren cinco de los seis eventos, se observan 720 rutas posibles; y son constatables 720 rutas si acontecen los seis eventos. No obstante, a este número (1956) hay que sustraerle, por obvias razones, los derroteros donde el nacimiento del primer hijo no viene precedido del inicio de la vida sexual (946), con lo que se tienen un total de 1010 rutas a la vida adulta potenciales. Así las cosas, en el caso de la población masculina mexicana de 30 a 59 años de edad se observa que durante la segunda mitad del siglo XX fueron transitadas 101 de las 1010 rutas posibles. A pesar de esta amplia gama de opciones, el recorrido de prácticamente tres cuartas partes de la población masculina mexicana (75.5 por ciento) se concentró en 16 rutas. Es más, poco más de la mitad de la población objetivo (51.3 por ciento) apenas si transitó a la vida adulta sólo por cinco rutas.

Otro aspecto a destacar es que al paso del tiempo los hombres mexicanos han transitado de la juventud a la vida adulta por más rutas. Los hombres mayores utilizaron 53 rutas distintas, los adultos jóvenes 59 y los más jóvenes 61. Sin embargo, continúan concentrándose en unos cuantos derroteros: aproximadamente tres de cada cuatro hombres mayores sólo emplearon 15 rutas, en el caso de los adultos jóvenes fueron 16 y en el de los jóvenes 14. Más aún, casi la mitad de los hombres mayores y de los adultos jóvenes apenas si anduvieron por cinco rutas, mientras que los jóvenes sólo pasaron de jóvenes a socializar entre adultos por cuatro rutas.

También, se advierte que los hombres del estrato socioeconómico bajo usaron más caminos para transitar de la juventud a la edad adulta que la población masculina del estrato medio y alto (73 los primeros y 65 los segundos). No obstante, fue la población masculina del sector socioeconómico mejor posicionado la que mejor se distribuyó entre ellas: 75.3 por ciento de los hombres del estrato socioeconómico medio y alto utilizó 21 rutas a la adultez, mientras que un porcentaje similar de hombres del estrato bajo (75.1 por ciento) apenas si empleó 11. Esta situación se corrobora si se ve que prácticamente la mitad de los hombres del estrato medio y alto (51.6 por ciento) se dirigió a la vida adulta utilizando una red de siete rutas, en tanto que una proporción parecida de hombres del estrato bajo (53.1 por ciento) se movió sólo a través de cuatro rutas distintas.

Estos resultados permiten suponer que a lo largo de la segunda mitad del siglo XX una mayor diversificación de rutas no necesariamente estuvo asociada con una mayor distribución de la población en tales derroteros; y que el estrato socioeconómico bajo, a diferencia del medio y alto, reduce a unos cuantos itinerarios las opciones de transitar a la adultez. En suma, es factible suponer que la población masculina mexicana cada vez traza más caminos a la vida adulta (aunque suela transitar sólo por unos cuantos) y que una condición socioeconómica favorable puede facilitar el peaje para recorrer diversos derroteros.

Ahora bien, el cuadro IV.4 revela las quince principales rutas a la vida adulta. La más transitada fue la que comienza con el abandono de la escuela, seguida del primer trabajo y el inicio de la vida sexual, para después salir del hogar familiar, entrar en unión conyugal y convertirse en padre. Este itinerario lo siguió 18.2 por ciento de los jóvenes, lo mismo que 16.5 por ciento de los adultos jóvenes y 23.4 por ciento de los mayores. Entre los estratos socioeconómicos la historia es un tanto disímil, pues 21.8 por ciento de la población masculina del estrato bajo, y sólo 11.6 por ciento de los hombres del estrato medio y alto recorrieron este trayecto. El segundo derrotero más transitado, a diferencia del anterior, no contempla la salida del hogar familiar; éste comienza con la salida del sistema escolar, el primer ingreso al mercado laboral y el comienzo de la vida sexual, seguido del primer enlace conyugal y el nacimiento del primer hijo. Esta vía la transitó 16.8 por ciento de los jóvenes, al igual que 14.5 por ciento de los adultos jóvenes y 10.4 por ciento de los mayores. Asimismo, esta ruta también fue ampliamente transitada por los hombres del estrato bajo, no así por sus pares del estrato medio y alto: 17.7 por ciento de los primeros y 6.8 por ciento de los segundos siguieron este itinerario. La tercer ruta

más socorrida por los hombres mexicanos fue la que inicia con la entrada al mercado laboral, seguida del abandono de las aulas, el inicio de la vida sexual y la emancipación residencial, y finaliza con el establecimiento de una unión conyugal y la llegada del primer hijo. Por este camino anduvo 8.9 por ciento de los jóvenes, 10.9 por ciento de los adultos jóvenes y 7.1 por ciento de los mayores. De igual forma, pasaron por él 8 por ciento de los hombres del estrato socioeconómico bajo y 12.1 por ciento de los hombres del estrato medio y alto.

Otros resultados que se derivan del cuadro IV.4 ilustran que durante el transcurso de la segunda mitad del siglo XX la mitad de la población masculina mexicana comenzó su camino a la vida adulta dando por finalizado su camino escolar, poco más de un tercio iniciando su vida laboral y alrededor de una décima parte con la primera relación sexual. Además, esta situación se observa entre los tres grupos etarios, no así entre los distintos sectores socioeconómicos. De hecho, aproximadamente tres de cada diez hombres del estrato mejor posicionado iniciaron su tránsito a la vida adulta abandonando la escuela, cerca de la mitad con el primer empleo y dos de cada diez con el inicio de su vida sexual. En el caso de los hombres del estrato bajo se ve que casi seis de cada diez en su camino a la vida adulta primero dejó la escuela, tres de cada diez iniciaron su andar con el primer trabajo y uno de cada diez iniciando su vida sexual. También, se encuentra que para prácticamente toda la población objetivo, sin distinción etaria o socioeconómica, la formación de una familia a través de la unión conyugal o del nacimiento del primogénito se constituye como el último tramo para alcanzar una socialización entre adultos. No obstante, una nueva familia no significa un nuevo hogar. Como se advirtió anteriormente, un considerable número de hombres mexicanos transita a la vida adulta desde el hogar familiar. Acentuándose esta situación entre los más jóvenes y entre los hombres de los sectores bajos. En suma, se observa que la población masculina mexicana de acuerdo a su época y condiciones socioeconómicas articula y da forma al camino que ha de conducirlo a la vida adulta.

Cuadro IV.4.

Rutas a la vida adulta por grupo de edad y estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003

Orden de las experiencias vitales	Grupo de edad			Estrato socioeconómico		Población total
	Mayores	Adultos jóvenes	Jóvenes	Medio y alto	Bajo	
Escuela > Trabajo > Sexo > Casa > Unión > Hijo	23.4	16.5	18.2	11.6	21.8	18.8
Escuela > Trabajo > Sexo > Unión > Hijo	10.4	14.5	16.8	6.8	17.7	14.5
Trabajo > Escuela > Sexo > Casa > Unión > Hijo	7.1	10.9	8.9	12.1	8.0	9.2
Trabajo > Escuela > Sexo > Unión > Hijo	2.6	5.2	6.4	4.2	5.6	5.1
Trabajo > Sexo > Escuela > Casa > Unión > Hijo	7.1	2.8	2.5	7.9	2.1	3.7
Escuela > Sexo > Trabajo > Casa > Unión > Hijo	3.2	5.2	2.1	3.7	3.3	3.5
Trabajo > Sexo > Casa > Unión > Hijo	7.8	2.4	1.4	0.5	4.3	3.2
Trabajo > Sexo > Unión > Hijo	5.8	1.2	3.6	0.0	4.3	3.2
Escuela > Sexo > Trabajo > Unión > Hijo	1.3	1.6	4.6	0.0	3.9	2.8
Sexo > Escuela > Trabajo > Casa > Unión > Hijo	1.3	4.4	2.1	5.3	1.9	2.8
Sexo > Trabajo > Escuela > Casa > Unión > Hijo	0.6	2.4	3.6	2.6	2.3	2.5
Trabajo > Sexo > Escuela > Unión > Hijo	0.6	1.6	2.5	3.7	1.0	1.8
Escuela > Trabajo > Sexo > Unión	0.6	1.2	1.4	0.0	1.6	1.2
Sexo > Escuela > Trabajo > Unión > Hijo	0.6	0.8	1.8	1.1	1.2	1.2
Escuela > Trabajo > Casa > Sexo > Unión > Hijo	1.3	0.8	1.1	0.5	1.2	1.0
Otras	26.0	28.2	22.9	40.0	19.8	25.5

Nota: en este cuadro el significado de Sexo, Escuela, Trabajo, Casa, Unión e Hijo, son inicio de la vida sexual, salida del sistema escolar, ingreso al mercado laboral, salida del hogar familiar, inicio de la vida conyugal y nacimiento del primer hijo, respectivamente. También, en un análisis similar Dennis Hogan (1980) rompió los empates (casos donde dos o más eventos concurren en la misma edad cumplida) privilegiando la secuencia Escuela > Trabajo > Casa > Unión > Hijo, en esta investigación antepusimos a esta secuencia el inicio de la vida sexual para el mismo fin.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Capítulo V

Los relojes que gobiernan el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos

Una iglesia cercana le ayudaba en sus esfuerzos, ya que sus campanas tocaban cada quince minutos: una campanada en el cuarto, dos campanadas en la media, tres campanadas en los tres cuartos y cuatro campanadas en la hora, seguidas del número de campanadas de la hora exacta. Quinn vivía al ritmo de aquel reloj y acabó teniendo dificultad para distinguirlo de sus propias pulsaciones.

Paul Auster, *Ciudad de cristal*

En el capítulo anterior se destacaron algunas particularidades relacionadas con la vida y el entorno de la población masculina mexicana. *Tres décadas de vida en cinco décadas de historia* permitió mostrar que a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y entre los distintos estratos socioeconómicos la estructura de los hogares casi no ha variado. En cambio, el tamaño de los hogares fue disminuyendo a medida que se acercaba el fin de siglo. También, en el mismo

periodo se observó cierta mejoría en la comunicación entre padres e hijos. Cada vez es más común que los padres les hablen a sus hijos de sexualidad y anticoncepción, sobre todo en los estratos socioeconómicos mejor posicionados. Asimismo, se advirtió que generación a generación aumenta el porcentaje de hombres que conoce algún método anticonceptivo previo al inicio de su vida sexual, o que usan o utilizan algún método anticonceptivo de manera regular. Además, en ambas situaciones es más común detectarlas entre la población masculina de extracción socioeconómica media y alta. Igualmente, al paso de las generaciones y entre los estratos medios y altos es perceptible una menor proporción de hombres que consideran que la reproducción es constitutiva de la masculinidad. Por otro lado, en relación a los eventos que caracterizan el tránsito a la vida adulta, se advierte que prácticamente todos los hombres iniciaron su vida sexual, abandonaron las aulas y comenzaron a trabajar, antes de los treinta años de edad. Del mismo modo, a esta edad la mayoría ya se había unido conyugalmente y se había convertido en padre. No obstante, a esta edad una proporción considerable continuaba viviendo en el hogar familiar. De igual forma, se detecta que buena parte de los hombres experimentan varios de los eventos vitales en condiciones de baja escolaridad. Por lo demás, la ruta más transitada por los hombres en su camino a la adultez es la que conduce primero a dejar la escuela, después al inicio de la vida laboral y de la vida sexual, para después abandonar el hogar familiar, entrar en unión conyugal y convertirse en padre.

A pesar de todo lo anterior, no se ha establecido con precisión el momento en que acontece la primera relación sexual, el abandono de la escuela, el primer ingreso al mercado laboral, la salida del hogar familiar, el primer enlace conyugal y la llegada del primer hijo. De ahí que el propósito de este capítulo sea examinar detenidamente la edad a la que la población masculina mexicana experimenta estos eventos. Para desarrollar esta tarea en el capítulo III se expuso que se recurriría al análisis de supervivencia, en específico a la técnica de tabla de vida. Este andamiaje metodológico facilita el estudio de la variable *tiempo* hasta la ocurrencia de un evento de interés. Básicamente, el análisis de supervivencia permite estimar la proporción de una población que experimentó el evento después de un tiempo establecido, también, ponderar la forma en que algunas situaciones o características aumentan o disminuyen el riesgo de supervivencia del conjunto en estudio. En relación a la técnica de tabla de vida, hay que recordar que esta herramienta posibilita cuantificar las probabilidades de ocurrencia de cierto evento en función de la edad, pues considera el tiempo que el sujeto en estudio permanece expuesto al

riesgo de vivir el evento determinado y su condición final. Así, en esta disertación doctoral, como es de suponerse, los eventos de interés serán cada una de las transiciones antes señaladas y la población objetivo la constituye el conjunto de hombres mexicanos de 30 a 59 años de edad en el año 2003. En el mismo capítulo se advirtió que se diferenciaría a esta población según el grupo decenal de edad para observar los cambios o permanencias a lo largo del tiempo. También se señaló que se agruparían de acuerdo al estrato socioeconómico a fin de encontrar variaciones que permitan una mejor comprensión de la temporalidad del tránsito a la vida adulta.

Así pues, este quinto capítulo está integrado por siete apartados. En el primero se hace una primera aproximación a la temporalidad del conjunto de experiencias vitales que se supone caracterizan el tránsito de la juventud a la vida adulta de la población masculina mexicana y en los seis restantes se analiza por separado el calendario y la intensidad de cada uno de los eventos. En efecto, en el segundo se estudia la temporalidad del inicio de la vida sexual para cada uno de los grupos etarios y para cada uno de los estratos socioeconómicos. En el tercero el interés se centra en el calendario de la salida de la escuela, buscando cambios a través del tiempo y entre los distintos sectores socioeconómicos. En el cuarto y quinto se examina el temporizador del primer trabajo y de la salida del hogar familiar, respectivamente. Por último, el sexto y séptimo están dedicados a la temporalidad del inicio de vida conyugal y al comienzo de la vida como padre, en ambos casos empleando una mirada longitudinal y socioeconómica.

V.1. Los años demográficamente densos

El número de eventos que llena un intervalo es el que nos da una idea de tiempo [...]. Si no ocurre nada en ese lapso el tiempo se juzga más corto, pero si se introducen señales o pasan acontecimientos en gran número, el tiempo parece alargarse.

Paul Fraise

La acumulación de experiencias vitales por parte de la población masculina mexicana a lo largo de la segunda mitad del siglo XX se muestra en el siguiente gráfico. En él se observa que el cúmulo de transiciones durante la primera etapa de vida es prácticamente el mismo para los

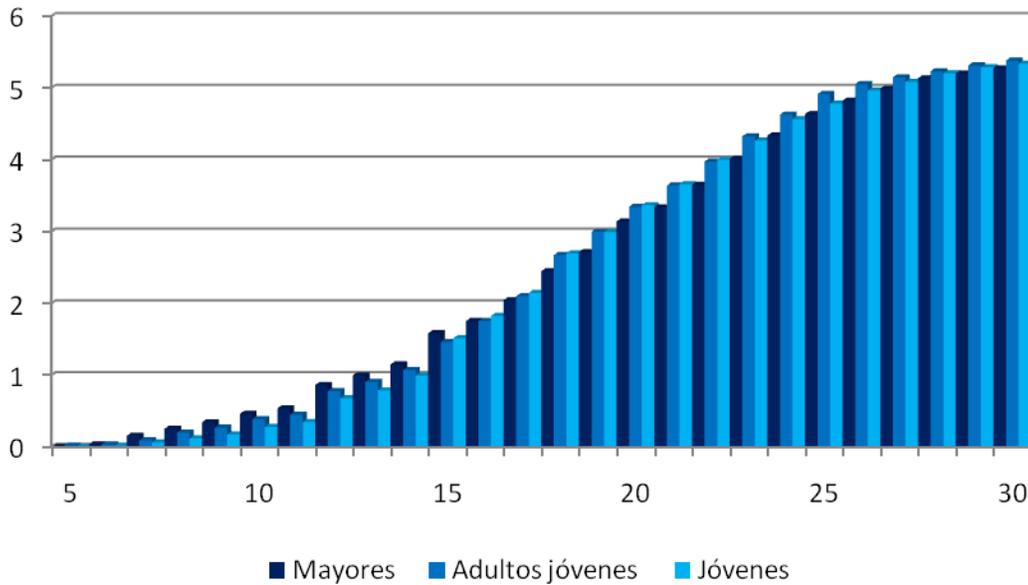
hombres de los tres grupos etarios. En promedio, a los 17 años de edad los jóvenes, los adultos jóvenes y los mayores ya han experimentado dos de los seis eventos que caracterizan el tránsito a la vida adulta. Es más, se podría decir que para la mayoría de los hombres estos eventos, de acuerdo a los resultados de la última sección del capítulo anterior, son un par combinado de las experiencias vitales: salida de la escuela, primer ingreso al mercado laboral y primera relación sexual.

Llegada la mayoría de edad pareciera que los hombres jóvenes y adultos jóvenes aceleran, en relación a los mayores, su tránsito a la vida adulta. Los hombres de los grupos etarios más jóvenes son los primeros en alcanzar en promedio tres experiencias vitales. Los nacidos entre las décadas de los cincuenta y los sesenta alcanzan los tres eventos a los 19 años de edad, mientras que los mayores, nacidos en la década de los cuarenta, lo hacen un año después, a los 20 años de edad. Lo mismo ocurre con los eventos cuatro y cinco, que posiblemente son una combinación de los eventos: salida del hogar familiar, entrada en unión y comienzo de la vida como padre. Los jóvenes y adultos jóvenes experimentaron en promedio cuatro eventos a los 22 años, y cinco eventos a los 26 años de edad. Los mayores aguardaron a los 23 años para incrementar su experiencia vital a cuatro eventos, y a los 27 años de edad para acumular cinco eventos. Con estos resultados es factible suponer que a lo largo de la segunda mitad del siglo XX se ha ido acelerando el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos.

Otro escenario se abre cuando se analiza el número promedio de transiciones a cada edad por estrato socioeconómico (ver gráfico V.2). Al parecer sólo durante los primeros dos o tres años de observación los hombres de ambos estratos tienen el mismo número promedio de experiencias vitales. A partir de ese momento la población masculina del estrato socioeconómico bajo accede más rápido a cada uno de ellos. Por ejemplo, los hombres del sector bajo alcanzan la primera experiencia vital en promedio a los 13 años de edad, en tanto que los hombres del estrato medio y alto acceden a ella hasta los 15 años de edad, la cual posiblemente está vinculada al abandono de los salones de clase. La segunda experiencia vital llega para los hombres del estrato bajo a los 16 años de edad y para los mejor posicionados cuando están próximos a cumplir 18 años de edad, esta debe relacionarse para ambos casos con el primer ingreso al mercado laboral, aunque no se debe desdeñar la posibilidad de que un considerable grupo de hombres del estrato medio y alto haya iniciado su vida sexual.

Gráfico V.1.

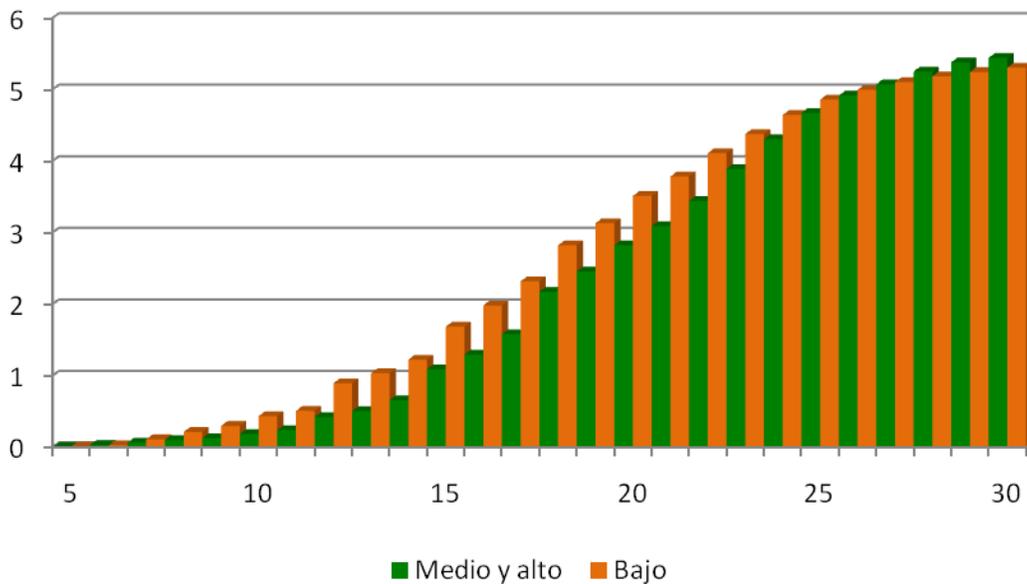
Número promedio de transiciones a cada edad por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Fuente: Elaboración propia con datos de la ENSAR 2003

Gráfico V.2.

Número promedio de transiciones a cada edad por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Fuente: Elaboración propia con datos de la ENSAR 2003

El tercero y cuarto eventos acontece para los hombres del sector bajo a los 19 y 22 años de edad, respectivamente, mientras que los del estrato socioeconómico medio y alto esperan hasta los 21 y 23 años para acumular estas experiencias. Para los dos sectores estos eventos podrían estar vinculados a la primera relación sexual, a la salida del hogar familiar, o bien, a la primera unión conyugal. Por último, la diferencia hasta ahora descrita se cierra al llegar a los 27 años de edad. A esta edad los hombres de ambos estratos acumulan en promedio cinco experiencias vitales. De esta manera, hay que considerar que la velocidad con la que los hombres mexicanos transitan de jóvenes a adultos está regulada en cierta medida por el estrato socioeconómico.

V.2. Todo cambia y algunas cosas permanecen: temporalidad del inicio de la vida sexual

Apagué las quince velas con gran revuelo de merengue [...]

En la fiesta el tío Roberto [...] me preguntó en voz baja:

—¿Todavía eres *quinto*?

Mauricio pensó en la virginidad. Yo pensé en la moneda que Martín arrojaba a la ventana de Verónica. Asentimos.

—Te voy a llevar al Iris —sonrió Roberto.

En la mente de Mauricio apareció un burdel circense, al que se entraba por un ojo gigantesco.

Esa misma tarde, Pancho ayudó a enrarecer la promesa de mi tío:

—Es un lugar de niñas rudas [...] luego te completo la historia.

Juan Villoro, *Materia dispuesta*

En general, la literatura sociodemográfica no contempla el inicio de la vida sexual como un evento dentro del esquema de transición a la vida adulta. Sin embargo, ciertos estudios señalan que para algunos jóvenes mexicanos la primera relación sexual es vista como una travesía peligrosa, en el que al final del “rito de iniciación” el individuo es reconocido con un estatus social que le brinda la aceptación de su entorno (Amuchástegui, 2001). Otros más apuntan que

en algunos sectores de la sociedad mexicana la transición de la niñez a la adultez se encuentra marcada por la iniciación sexual (Stern *et al.*, 2003). Además, no se debe soslayar el hecho de que con este acontecimiento las personas estarían iniciando, biológicamente hablando, su periodo reproductivo. Por ello, en esta investigación se considera a la primera relación sexual como una experiencia relevante y constitutiva del tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos.

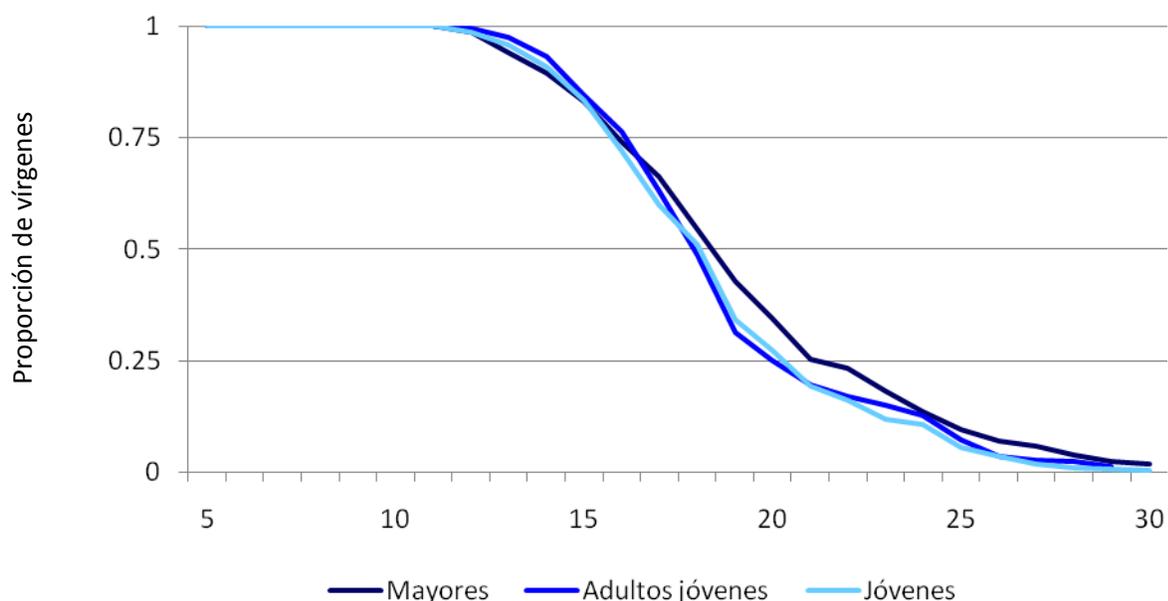
Como tal, en el gráfico V.3 se ven tres curvas (de supervivencia) que representan la proporción de hombres vírgenes a cada edad según el grupo etario de pertenecía. Mediante su adecuada interpretación se puede ubicar la temporalidad del evento y su evolución a través del tiempo. Por ejemplo, la edad mediana al inicio de la vida sexual esté cercana a los 18 años para los hombres de los tres grupos de edad. Efectivamente, la mitad de los hombres mayores experimentó su primera relación sexual antes de los 18.4 años de edad, en el caso de los adultos jóvenes esto ocurrió a los 17.9 años, y a los 18.1 años la mitad de los jóvenes ya se habían iniciado sexualmente. Además, hasta antes de este momento no se detecta una diferencia importante en el calendario e intensidad del evento. De hecho, la cuarta parte más precoz de los mayores, adultos jóvenes y jóvenes tuvo su primera relación sexual antes de los 16 años de edad. Donde se percibe una diferencia considerable es en el último tramo del periodo de observación. Mientras que tres cuartas partes de los jóvenes y adultos jóvenes tuvieron su primera relación sexual antes de los 20.3 años, la misma proporción de mayores la experimentó casi un año después, a los 21.2 años de edad. Estos resultados indican que en un plazo de aproximadamente cuatro años la mitad de los jóvenes y adultos jóvenes experimentaron su primera relación sexual, en tanto que a la mitad de los mayores les llevó cinco años. Estos resultados parecen consecuentes con las exposiciones que realizan Ana Amuchástegui (2001) y Claudio Stern (*et al.*, 2003) en relación a que la virginidad del hombre a cierta edad actúa en detrimento de su identidad masculina, y a que la primera relación sexual es el vehículo que le permite a los hombres reafirmar su virilidad y con esto dejar el grupo de adolescentes para formar parte del de los adultos.

Por otra parte, a lo largo de todo el periodo de observación la proporción de hombres vírgenes a cada edad es prácticamente la misma para el conjunto de la población masculina joven y adulta joven, la cual a su vez es menor que la de los mayores. Esto permite suponer que existe cierto rejuvenecimiento en el inicio de la vida sexual de los hombres mexicanos. Asimismo, esta

situación puede estar asociada a un cambio en los patrones de control de la sexualidad, cambio que por cierto debió ser promovido por los mayores, ellos, los de 50 a 59 años en el 2003, vivieron su juventud, esto es, el periodo entre los 16 y los 21 años durante la década de los sesenta, época caracterizada a nivel mundial por profundos cambios en las mentalidades. Esta aproximación permite atestiguar, de cierta forma, que la manera en cómo un grupo de individuos viven sus experiencias pueden promover nuevos escenarios para los grupos de personas sucesivos. Es decir, las reacciones de algunos grupos ante su contexto histórico pueden devenir en experiencias que probablemente influyen en la vida de grupos más jóvenes.

Gráfico V.3.

Calendario del inicio de la vida sexual por grupo de edad. Hombres. México, 2003



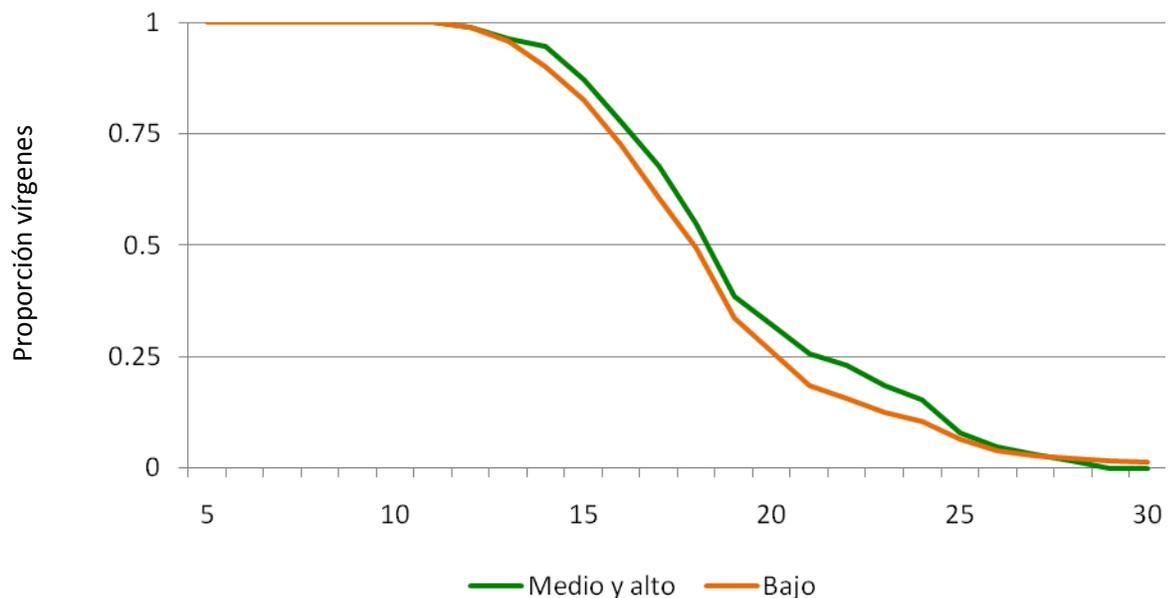
Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

Ahora bien, el siguiente gráfico muestra la temporalidad del inicio de la vida sexual de los hombres mexicanos por estrato socioeconómico. A diferencia del anterior, en esta ocasión las curvas corresponden a la proporción de hombres vírgenes que hay a cada edad en el sector socioeconómico medio y alto, y en el bajo. Con ello se sabe que durante prácticamente todo el periodo de observación, es decir, entre los 14 y los 25 años de edad, proporciones iguales de hombres por estrato socioeconómico tienen calendarios disímiles. Lo cual se traduce en que la misma proporción de hombres del sector socioeconómico bajo experimentó el inicio de su vida

sexual antes que los del estrato medio y alto. Esta situación deja su impronta en la edad mediana a la primera relación sexual. La mitad de los hombres del estrato medio y alto inició su actividad sexual antes de los 18.3 años, y la misma proporción de los del bajo antes de los 17.9 años. Más aún, si se atiende a la información del primer cuartil se observa una diferencia similar. El cuarto de la población masculina del estrato medio y alto más precoz vivió su primera relación sexual antes de los 16.3 años, y entre los hombres del estrato socioeconómico bajo esto ocurrió antes de los 15.8 años. Esta diferencia se amplifica cuando el primer coito ocurre más adelante. Por ejemplo, tres cuartas partes de los hombres del estrato medio y alto tuvieron su primera relación sexual antes de los 21.3 años, y la misma proporción de hombres del estrato bajo la experimentaron 1.1 años antes, a los 20.2 años.

Gráfico V.4.

Calendario del inicio de la vida sexual por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

Estos resultados dejan ver que en un periodo de cinco años la mitad de los hombres del estrato medio y alto se inició sexualmente, mientras que la misma proporción de los de estrato bajo lo hizo en un lapso de 4.4 años. Al parecer estos resultados son consistentes con los reportados por Ivonne Szasz (1998) y Olga Rojas y José Luis Castrejón (2005) en sus investigaciones, en el sentido de que entre la población masculina mexicana un entorno

socioeconómico desfavorable está asociado con un calendario más temprano del comienzo de la vida sexual. Esto a su vez permite suponer que el reloj que regula el inicio de la sexualidad de los hombres mexicanos no responde únicamente a un mecanismo biológico, sino por el contrario, parte del engranaje que adelanta o retrasa dicho reloj lo constituye un componente socioeconómico. Además, se debe considerar que para los hombres de los dos estratos llegada cierta edad deben demostrar que son dignos poseedores de una clara identidad masculina que no dé lugar a sospechas de homosexualidad. De acuerdo con Ana Amuchástegui (2001) una de las formas que provee la sociedad mexicana para probar la condición viril de los hombres es el coito, al tiempo que con ello también están dando un paso para que su entorno social reconozca que están dejando atrás el mundo de los infantes y adolescentes para adentrarse en el de los adultos.

V.3. La salida de la escuela en un sistema educativo en expansión

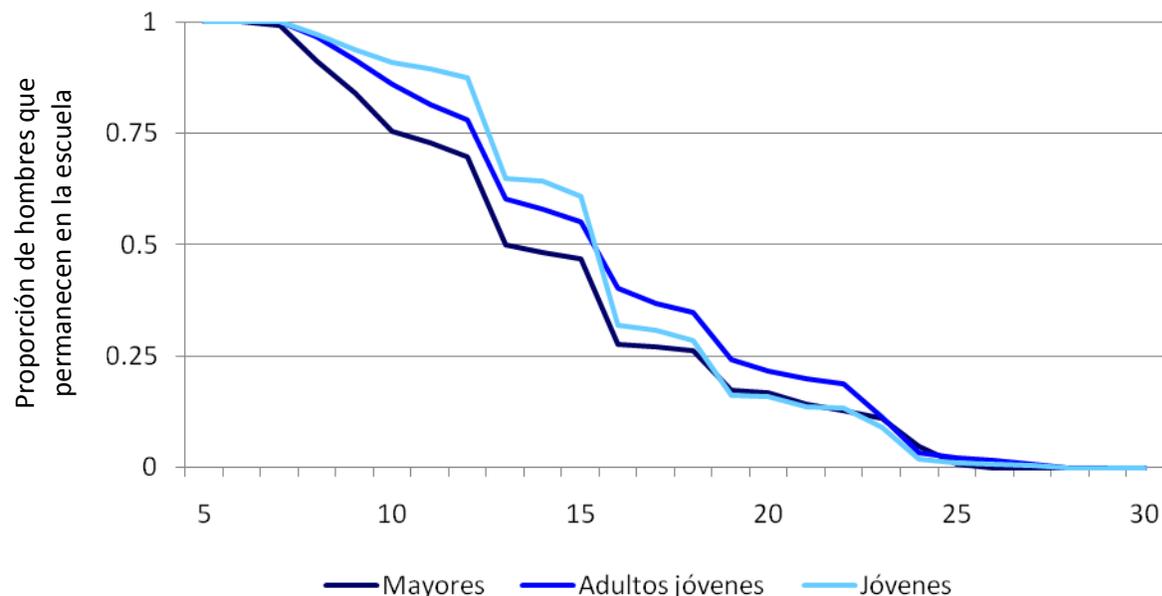
En esta sección se considera que a lo largo de la segunda mitad del siglo XX dos características del sistema escolar mexicano dejaron su huella en el calendario de la salida de la escuela. Por un lado, la forma en la que el Estado segmenta las trayectorias escolares; y por otro, la propia expansión del sistema escolar. En general, una trayectoria escolar completa en el sistema educativo mexicano está compuesta por cuatro eslabones o niveles de escolaridad. En el primero se encuentra la educación primaria, la cual comprende (idealmente) el periodo de vida que va de los 6 y a los 12 años de edad, después se halla la educación secundaria, entre los 13 y los 15 años de edad, seguida del bachillerato, entre los 16 y los 18 años de edad, y finalmente, entre los 19 y los 22 años de edad, se ubica la educación profesional. Ahora bien, se reconoce que en materia social uno de los mayores esfuerzos realizados por el gobierno mexicano es la expansión del sistema educativo. En el capítulo II de esta disertación doctoral se expuso, con más detalle, que entre la década de los cuarenta y cincuenta el número de alumnos en el nivel primario se incrementó 60 por ciento, mientras que el número de maestros de este nivel aumentó 66.7 por ciento, aunque la cantidad de escuelas sólo se multiplicó 1.1 veces. Germán Álvarez (*et al.*, 1994) señala que a partir de ese momento la expansión del sistema educativo fue más rápida y comenzó a incorporar a sectores sociales antes excluidos. El tamaño del esfuerzo realizado por el país en materia educativa puede ser apreciado de mejor forma si se recuerda que en 1950 el sistema escolar apenas si atendía a 27.7 por ciento del conjunto de mexicanos en edad escolar (6

a 24 años), y que en el transcurso de los siguientes treinta años la cobertura educativa se amplió hasta alcanzar a 62.3 por ciento de la población en edad de estudiar. Entre 1960 y 1970 la población en edad de estudiar aumentó en 7 millones al pasar de 16.1 millones de jóvenes a 23.2 millones, y la cobertura del sistema educativo nacional se incrementó en 11 puntos porcentuales. En 1960 el sistema educativo cubría a 37.1 por ciento de la población del grupo de edad 6 a 24 años, y en 1970 prácticamente la mitad (48.1 por ciento) de la población en edad de estudiar asistía a la escuela. Además, de acuerdo con Marta Mier y Terán y Cecilia Rabell (2005) en 1973 la Ley Federal de Educación promovió la multiplicación del número de planteles de educación secundaria, con lo que se pasó de menos de mil secundarias en la década de los cincuenta a cerca de 4 mil en los años setenta, y a más de 9 mil en los ochenta.

Así, estos hechos ayudan a dar forma y sentido al siguiente gráfico. En él se muestran tres curvas que representan la proporción de estudiantes a cada edad de los tres grupos etarios. Por ello se sabe que la edad mediana a la salida de escuela para los mayores (grupo de edad 50 a 59) es de 13 años de edad, mientras que en los otros dos grupos esta edad se ubica por encima de los tres lustros: la edad mediana para los adultos jóvenes es 15.3 años y para los jóvenes 15.4 años. Es decir, pareciera que para los hombres mexicanos nacidos en la década de los cuarenta ir más allá de la primaria fue tarea de unos pocos, mientras que para los hombres de los otros dos grupos esta situación fue un tanto más común. Otra forma de observar la magnitud de la expansión del sistema escolar mexicano es a través de la proporción de hombres por grupo etario que dejaron la escuela en el transcurso de cierto nivel escolar. Por ejemplo, hay una menor proporción de mayores que permanecen en la escuela respecto a los otros dos grupos etarios en prácticamente todo el periodo de observación. Al término de la educación primaria se advierte que sólo permanecían en la escuela siete de cada diez hombres mayores, mientras que prácticamente ocho de cada diez adultos jóvenes y aproximadamente nueve de cada diez de los jóvenes, concluyeron ese periodo escolar. Es más, se podría considerar que el aumento en el número de planteles de educación secundaria acontecido al término de la década de los setenta repercutió en el número de adolescentes que ingresaron a este nivel escolar. A saber, sólo la mitad de los mayores comenzaron una instrucción secundaria, mientras que este nivel escolar es alcanzado por 60 por ciento de la población masculina adulta joven y 65 por ciento del grupo de los jóvenes.

Gráfico V.5.

Calendario de la salida de la escuela por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

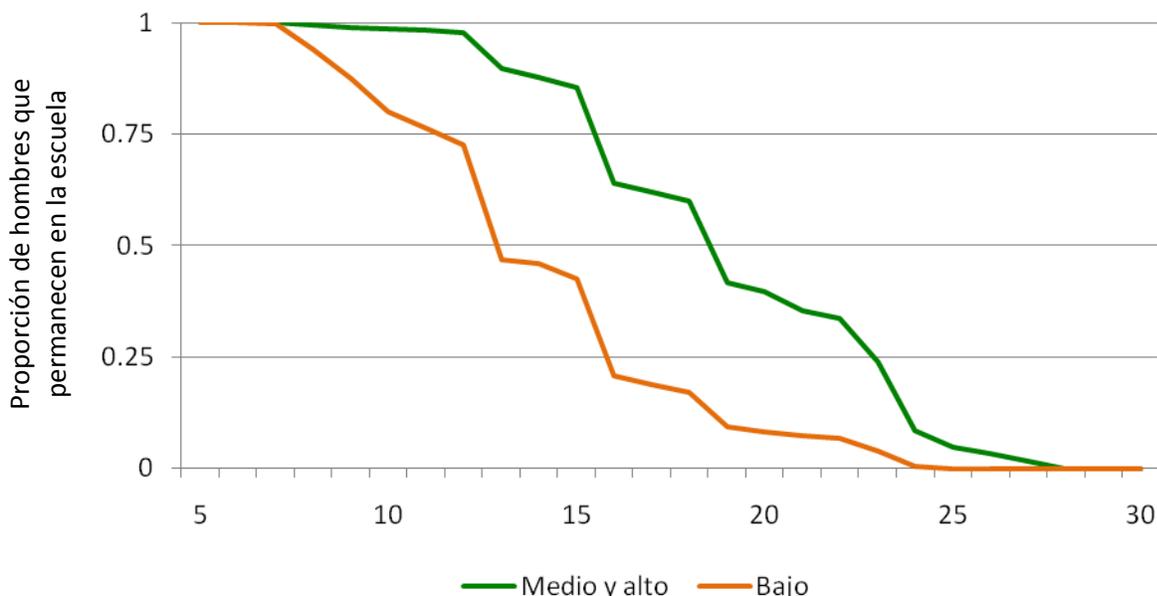
No obstante, pese al esfuerzo que implicó expandir un sistema educativo como el mexicano, el resultado no parece ser el esperado. Francisco Alba (2004) apunta que al comparar el número de años promedio de escolaridad de México y Corea se observa que en 1970 la población de Corea superaba a la mexicana en poco más de un año de escolaridad, y que treinta años más tarde, en el año 2000, esta diferencia ya era de poco más de 3 años y medio.

Asimismo, se destaca una amplia brecha en la temporalidad de la salida de la escuela por estrato socioeconómico. El momento en el que abandonan la escuela los hombres mexicanos es marcadamente diferenciada por estrato, resultando siempre favorable a una estancia más larga por parte de la población masculina mexicana perteneciente al sector medio y alto. De ahí que el siguiente gráfico permita ver la exclusión escolar de los hombres del estrato social menos favorecido. En detalle, poco más de la mitad de los hombres del estrato socioeconómico bajo abandonó la escuela antes de terminar la educación primaria. En cambio, la proporción de hombres del estrato medio y alto que dejaron la escuela antes de finalizar este nivel de escolaridad no rebasa los tres puntos porcentuales. Otro momento en donde se puede atestiguar esta exclusión educativa es en la transición entre el nivel de educación secundario y el bachillerato. La proporción de hombres del estrato medio y alto que ingreso a la secundaria se

ubica por encima de los 90 puntos porcentuales, y cercana a 65 por ciento cuando se trata del bachillerato. En el caso de los hombres del estrato socioeconómico bajo estas proporciones son 47 por ciento para el caso de la secundaria y 21 por ciento para el caso del bachillerato. Este panorama educativo marcado por cierta segregación permanece en los niveles de enseñanza superiores. Prácticamente todos los hombres del estrato socioeconómico bajo abandonaron las aulas antes de arribar a la educación superior. De hecho, sólo uno de estos hombres de cada diez comenzó estudios universitarios. En cambio, prácticamente cuatro de cada diez hombres de la capa privilegiada se matricularon en alguna universidad o en una instancia de educación superior.

Gráfico V.6.

Calendario de la salida de la escuela por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

Sin duda, el nivel de desigualdad educativa puede tener consecuencias poco deseables en la vida de los individuos. Aún cuando los años de bonanza económica de la década de los cincuenta aseguraran para cierto sector de la población masculina un rápido ingreso al mercado laboral, la acumulación de capital humano que se percibe es un tanto limitada, con lo cual es factible imaginar que las posibilidades de ascenso social son reducidas.

V.4. Manos a la obra. La primera inserción en el mercado laboral

Apenas les clarea el alba y ya son hombres.
Como quien dice, pegan el brinco del pecho de
la madre al azadón y desaparecen de Luvina.
Así es allí la cosa.

Juan Rulfo, *Luvina*

En el capítulo II de esta investigación se puede apreciar con mayor profundidad que entre las décadas de los años cuarenta y setenta el país experimentó un crecimiento económico sostenido y elevado. El sector industrial amplió las posibilidades de absorción de mano de obra, facilitando el ingreso de hombres y mujeres al mercado laboral. Posteriormente, a comienzos de los años setenta, el sistema económico comenzó a dar visos de agotamiento. El ritmo de crecimiento de la economía comenzó a disminuir. Además, en aquella época continuaba expandiéndose una gran masa de población, principalmente en edad de trabajar, rural y urbana. Con esto, las expectativas para buena parte de la población mexicana de ser absorbida por el mercado laboral se tornaban inciertas. Más adelante el país experimentó fuertes vaivenes económicos. En 1982 estalló una fuerte crisis económica y después se vivió un periodo de ajuste y cambio de modelo económico. El mercado laboral mexicano en la década de los ochenta se caracterizó por una disminución de la capacidad relativa del sector manufacturero para generar nuevas ocupaciones. Al mismo tiempo el crecimiento de la fuerza de trabajo asalariada se detenía y comenzaba a contraerse. Conjuntamente se advertía un crecimiento de las actividades económicas a pequeña escala y un proceso de terciarización cada vez mayor. También se hizo evidente el aumento notable de la fuerza de trabajo femenina. En seguida vino una etapa de recuperación, estabilidad y crecimiento, a la que le sucedió un nuevo periodo de inestabilidad para terminar con un estancamiento de la economía. A pesar del crecimiento económico del último lapso, este convulso periodo produjo en términos generales: una recesión en las actividades industriales y agropecuarias; el incremento en la migración y el desempleo; y la pauperización de amplios estratos de la población producto de un acelerado deterioro del poder adquisitivo de los ingresos de los trabajadores.

De esta manera, se puede suponer que este escenario aunado a la expansión del sistema educativo mexicano dejó su estampa en la temporalidad de la primera entrada al mercado laboral

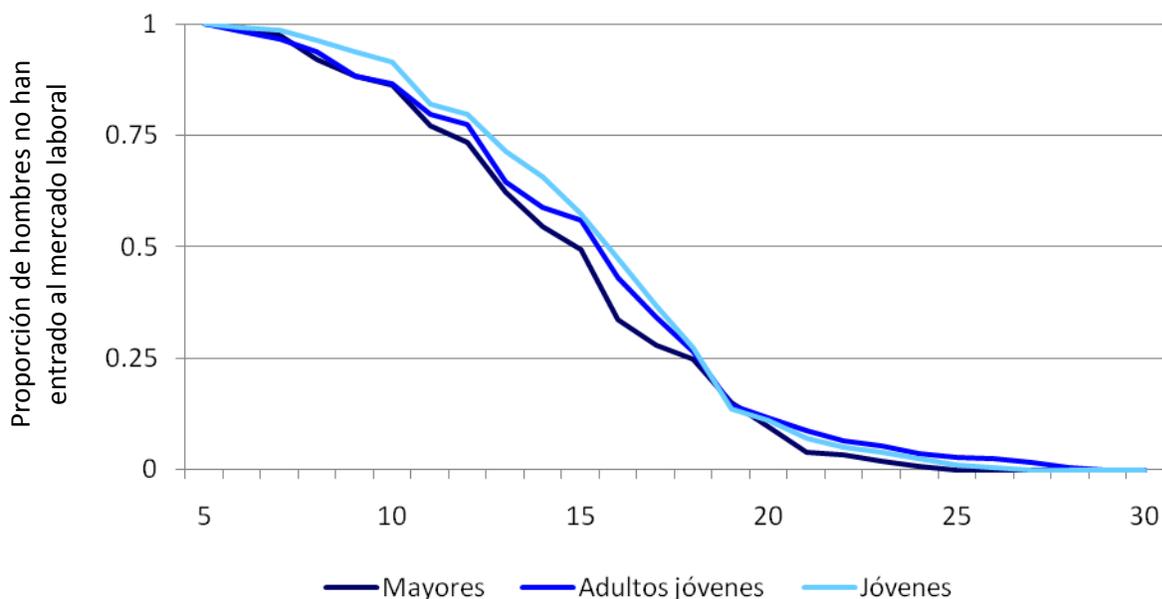
de los hombres mexicanos. El siguiente gráfico muestra a cada edad la proporción de mayores, adultos jóvenes y jóvenes que aun no han iniciado su vida laboral. En ella se observan, sobre todo para el conjunto de mayores y adultos jóvenes, ciertas inflexiones a los 12, 15 y 18 años de edad. Estas variaciones podrían encontrar explicación en el hecho de que estas edades están asociadas con la conclusión de los tres primeros niveles de escolaridad (primaria, secundaria y bachillerato, respectivamente). En efecto, entre los 12 y los 13 años se incorporó por primera vez al mercado laboral 11 por ciento de la población masculina mayor y 12.9 por ciento de los adultos jóvenes. Entre los 15 y los 16 años de edad inició su vida laboral 15.6 por ciento de los hombres mayores y 12.9 por ciento de los adultos jóvenes. Y entre los 18 y los 19 años de edad comenzaron a trabajar 9.7 por ciento de los hombres del grupo etario 50 a 59 y 12.1 por ciento de los del 40 a 49. En el caso de los jóvenes se observa que entre los 15 y los 18 años de edad, se empleó por primera vez una proporción cercana a 30 por ciento. Lo cual puede explicarse observando que este periodo llegó para el grupo de los jóvenes en plena crisis económica (principios de la década de los ochenta). Por ello es posible suponer que varios de estos hombres se insertaron rápidamente en el mercado laboral a fin de atenuar el efecto del panorama económico sobre su vida individual y familiar.

También, la aparente asociación entre la de salida de la escuela y el inicio de la vida laboral permite suponer que el vínculo entre estas dos transiciones es lo suficientemente fuerte como para que las condiciones del mercado laboral logren cierto efecto sobre el tiempo de permanencia en la escuela, o que la expansión del sistema educativo tenga como efecto secundario la postergación de la edad de entrada al mundo laboral. Ejemplo de esto puede ser la proporción de hombres que llegados los 13 años ya habían comenzado a trabajar por grupo de edad. Entre los hombres mayores aproximadamente 38 por ciento ya habían comenzado su vida laboral, cifra que se ubica en 35 por ciento en el caso de los hombres del grupo de edad 40 a 49, y finalmente disminuye hasta un 28 por ciento entre los más jóvenes. Este comportamiento se mantiene si se observa la proporción de hombres de los tres grupos etarios que comenzaron a trabajar a los 16 años o antes. A tal edad 66 por ciento de los mayores ya habían comenzado su trayectoria laboral, mientras que 56 por ciento de los adultos jóvenes y sólo 52 por ciento de los jóvenes lo habían hecho. Todo esto permite pensar que las condiciones laborales existentes en la década de los sesenta vinculadas con el crecimiento de la industria, aunadas a una incipiente expansión del sistema educativo, dieron como resultado que los hombres mexicanos de aquella

época se incorporaran de forma temprana al mercado laboral. Sin embargo, aún cuando el propio mercado laboral reclamaba cierta cantidad de mano de obra para su desarrollo, ésta ingresaba seguramente con niveles de escolaridad bajos, lo cual probablemente dificulta la acumulación de capital humano de una buena parte de la población masculina y por consiguiente pudo haberse condenado a este segmento de la población a una movilidad social ascendente limitada.

Gráfico V.7.

Calendario del inicio de la vida laboral por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

Otra mirada a este fenómeno posibilita la detección de cierta diferencia en la edad mediana al primer empleo entre los mayores y los otros dos grupos etarios. La mitad de los mayores comenzó su vida laboral antes de los 14.9 años de edad, la mitad de los adultos jóvenes antes de los 15.5 años y 50 por ciento de los jóvenes antes de los 15.8 años. Más aún, a los once años y medio de edad un cuarto de la población masculina de 50 a 59 años ya había comenzado a trabajar. Una proporción similar en los otros dos grupos etarios se encuentra pasados los 12 años de edad: en el caso de los adultos jóvenes a los 12.2 años de edad y para los jóvenes a los 12.6 años. No obstante, antes de los 18 años de edad tres cuartas partes de los hombres sin distinción etaria comenzaron su vida laboral. Es más, prácticamente nueve de cada diez hombres, sin importar el grupo etario de pertenencia, comenzaron a trabajar antes de cumplir los 21 años de

edad. Esta situación hace suponer que sin importar el contexto histórico que acompañe la vida de los hombres mexicanos, todos deben comenzar a trabajar a cierta edad, pues con esta transición inicia una trayectoria laboral que eventualmente les facilitará alcanzar el estatus de proveedor al interior de su núcleo familiar, hecho que a su vez puede permitirles reafirmar su identidad masculinidad, porque de no lograrlo estarán expuestos a cierta humillación por parte de su entorno (Olavarría *et al.*, 1998; Olavarría, 2006).

En cuanto a la temporalidad del inicio de la vida laboral por estrato socioeconómico se advierte una intensidad similar para ambos estratos cuando el evento ocurre antes de los 10 años de edad. Hasta esta edad casi 12 por ciento de los hombres sin distinción etaria ya había ingresado al mercado laboral. En el gráfico V.6 se observa que la distancia entre las curvas que caracterizan la proporción de hombres que nunca han trabajado por estrato socioeconómico se empieza a ampliar a partir de los 11 años de edad. Desde ese momento el calendario del primer ingreso al mercado laboral es más temprano para los hombres pertenecientes al estrato socioeconómico bajo respecto de los del estrato medio y alto. La edad mediana de este evento para los primeros está próxima a los 15 años, mientras que para los segundos es de 17.4 años. Esta situación parece estar relacionada con la menor permanencia en la escuela por parte de los hombres del estrato socioeconómico bajo, pues hay que recordar que una buena parte de estos hombres ya habían dejado la escuela antes de ingresar al nivel secundario, no así la mayoría de los hombres del estrato medio y alto quienes con frecuencia permanecieron en la escuela hasta concluir la secundaria.

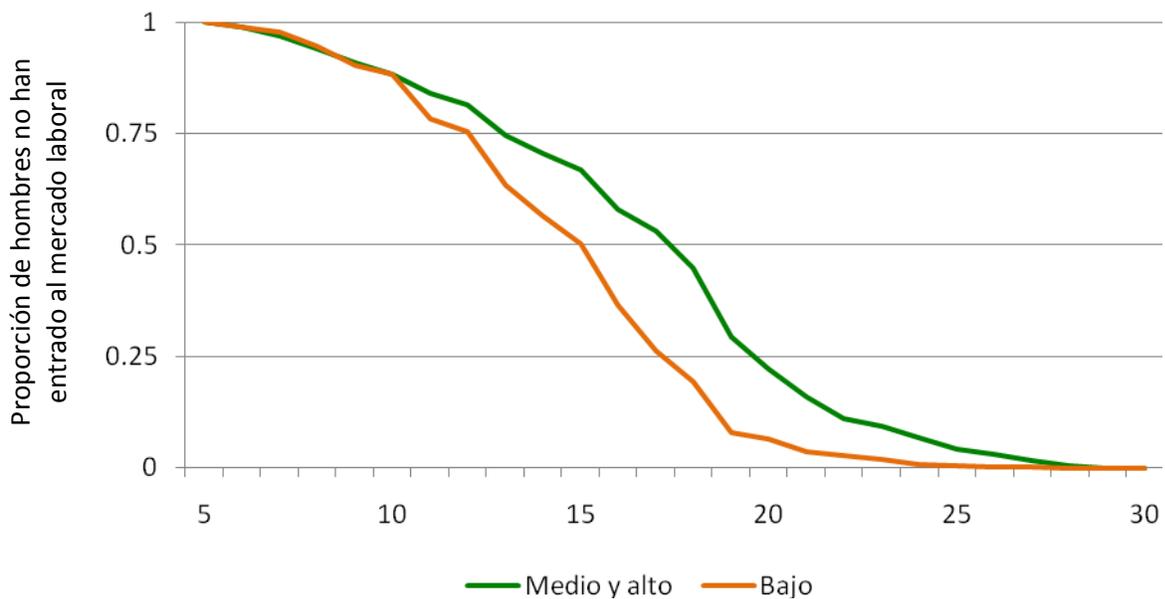
Además, si se detiene a examinar brevemente la intensidad de este evento, se advierte una alta proporción de hombres del estrato bajo que comenzaron su trayectoria laboral a una edad relativamente temprana. Antes de cumplir los 12 años de edad, aproximadamente un cuarto de los hombres de este sector comenzaron a trabajar. En cambio, una proporción similar pero de hombres del estrato medio y alto que ya habían comenzado su vida laboral es posible ubicarla a los 13 años. Esta situación se magnifica cuando se avanza algunos años. Al llegar a la edad de 17.2 años se observa que 75 por ciento de la población masculina del estrato bajo ya había entrado a trabajar. En contraste, una historia parecida se aprecia hasta los 19.6 años entre los hombres del estrato medio y alto. Lo hasta ahora descrito permite considerar la posibilidad de que la primera inserción al mercado laboral de los hombres mexicanos pertenecientes al estrato bajo se diera en espacios con requerimiento de mano de obra menos calificada respecto de

aquellos pertenecientes al sector socioeconómico medio y alto. Lo cual contribuiría a que la remuneración por dicho empleo también fuera diferente, y esto a su vez propiciaría que la desigualdad socioeconómica entre estos sectores persista.

También es destacable que a pesar de que la edad de entrada al mercado laboral es marcadamente diferente por estrato socioeconómico, la velocidad con la que inician su vida laboral buena parte de la población masculina mexicana es similar entre los grupos socioeconómicos. Por ejemplo, entre los 10 y los 19 años prácticamente ocho de cada diez hombres del estrato socioeconómico bajo se incorporó al mercado laboral, mientras que una proporción parecida, pero de individuos del sector socioeconómico medio y alto, se aprecia en el periodo entre los 10 y los 23 años de edad. Este resultado permite considerar que el ingreso al mercado laboral es un mandato universal entre la población masculina mexicana sin importar el sector socioeconómico al cual pertenezca. Es decir, llegada cierta edad el entorno social mexicano promueve que los jóvenes se conviertan en seres productivos económicamente hablando para alcanzar el estatus de proveedor dentro de su núcleo familiar.

Gráfico V.8.

Calendario del inicio de la vida laboral por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

No obstante, es conveniente señalar que a los 20 años de edad aproximadamente 95 por ciento de los hombres del estrato bajo ya había ingresado al mercado laboral. En tanto que a esta edad entre sus pares del estrato medio y alto persistía un 22.1 por ciento que nunca había trabajado. De hecho, una proporción de hombres del estrato medio y alto que ya habían trabajado cercana a 95 por ciento sólo es perceptible hasta los 25 años de edad. Esto parece indicativo de que el primer empleo en la vida de los hombres mexicanos es constitutivo del inicio de una carrera que tiene como fin último la asunción del estatus de proveedor, al tiempo que esta primera ocupación será uno de los primeros factores que junto con otras experiencias vividas, otros mandatos cumplidos, alimentarán su prestigio al interior de su grupo social y por tanto los posicionarán de mejor forma en la sociedad. Lo que conduce a resaltar la importancia del evento en la vida de estos hombres, pues como ya se apuntaba, la población masculina que no pueda cumplir a cabalidad con el papel de proveedor puede arriesgar su calidad masculina (Olavarría *et al.*, 1998; Olavarría, 2006).

Todo lo anterior sugiere que el argumento para explicar la temporalidad del inicio de la vida laboral debe ser de orden multifactorial. Si bien varios de estos factores están gobernados por el contexto económico, el que tiene que ver con la asunción de rol de proveedor no necesariamente responde a tal situación. Es decir, se puede considerar que la sociedad y la cultura mexicanas reclaman una temprana incorporación al mercado laboral por parte de los hombres.

V.5. La salida del hogar familiar: ¿autonomía en un marco de dependencia?

A muchos años de distancia, he creído descubrir que la verdadera independencia no comienza cuando te vas de tu casa sino cuando se van tus hijos. Lo que hice a los 21 años fue liberar a mi madre.

Juan Villoro, "Hijos que usan desodorante",
periódico Reforma, 11 de mayo de 2007

La salida del hogar puede ser vista como un proceso dinámico y multifacético, en la que pueden existir diferentes grados de independencia, diversas etapas entre la dependencia total y la autonomía plena. En este sentido, Carlos Echarri (2005) señala que la información proveniente

de las encuestas sólo permite dar cuenta de la separación física de los individuos, lo cual no necesariamente se traduce en una autonomía plena. Con esto en mente, al analizar el calendario de la salida de casa de los padres surgieron tres situaciones que llaman la atención:

(1) Hasta antes de los 30 años, menos de 65 por ciento de los hombres de los tres grupos etarios habían experimentado este evento. En detalle, sólo 64 por ciento de los mayores salieron del hogar paterno antes de cumplir 30 años de edad, misma proporción de adultos jóvenes y apenas 55 por ciento de los jóvenes experimentaron este evento antes de cumplir 30 años de edad. Esta situación deriva en que la edad mediana a la ocurrencia del evento se encuentre por encima de los 25 años para los hombres de los tres grupos etarios. De hecho, la mitad de los mayores experimentaron este evento antes de los 25.5 años, la misma proporción pero de los adultos jóvenes salieron del hogar familiar antes de los 25.1 años, y la edad mediana de los jóvenes a este evento se ubica por encima de los 27 años. La duración de la estadía en el hogar de origen permite suponer que cada vez es más común que los hombres mexicanos experimenten varios de los eventos que delinear el tránsito hacia la adultez en el marco de la familia de origen. Además, si una de estas experiencias es la unión conyugal o el nacimiento del primer hijo, es posible imaginar que la estructura del hogar de origen se verá modificada.

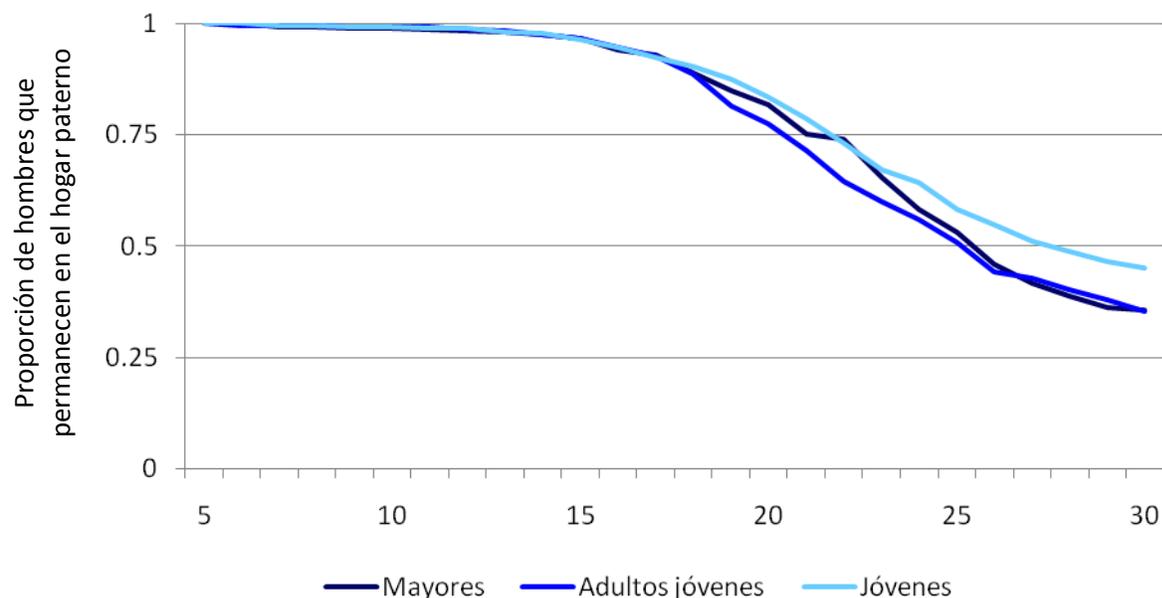
(2) El siguiente gráfico muestra la proporción de hombres que permanecen en el hogar de origen a cada edad. En ella se observa que salir del hogar familiar antes de los 18 años de edad es un evento igualmente experimentado por los hombres de los tres grupos etarios. Esto es, aproximadamente 10 por ciento de los mayores, de los adultos jóvenes y de los jóvenes dejaron el hogar de sus padres antes de alcanzar los 18 años de edad. Este resultado promueve las siguientes interrogantes: ¿Por qué la salida temprana del hogar familiar es un evento que se ha mantenido con la misma intensidad a lo largo del tiempo? ¿Esta continuidad tiene una misma explicación para los tres lapsos en los que estos hombres dejaron el hogar de sus padres, o son tres razones distintas las que explican este comportamiento? Más aún ¿Qué implicaciones tiene para el resto de las transiciones salir del hogar paterno de forma temprana, al menos respecto al resto de la generación?

(3) Se perciben al menos dos momentos con tendencias distintas en la proporción de hombres mexicanos que experimentaron la salida del hogar familiar antes de los 30 años de edad. Por un lado, entre los 18 y los 23 años de edad, los hombres de los grupos etarios extremos presentan un descenso similar en la proporción de individuos que experimentaron el evento. Por

otro lado, entre los 24 y los 30 años de edad, siempre hay una menor proporción de jóvenes que dejaron el hogar familiar respecto de los adultos jóvenes y los mayores. Una mirada histórica permite suponer que en la década de los ochenta hubo la misma proporción de hombres de entre 18 y 23 años de edad que abandonaron el hogar familiar que los que hubo en la década de los sesenta. También que a través de la década de los setenta y ochenta se mantuvo la misma proporción de hombres de entre 24 y 30 años de edad que se emanciparon residencialmente y que para la década de los noventa esta proporción descendió de forma considerable.

Gráfico V.9.

Calendario de la salida del hogar paterno por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

Para intentar dar respuestas a las preguntas de los párrafos anteriores la literatura sociodemográfica muestra que entre los factores asociados al calendario de salida del hogar familiar destacan los vinculados al mercado de la vivienda y al mercado laboral, aunque también la permanencia en el sistema escolar y la entrada en unión conyugal influyen en la temporalidad de este evento (Echarri, 2005). En el terreno del mercado de la vivienda hasta 1970 el crecimiento del número de viviendas en el país fue menor que el de la población, pero a partir de ese momento la tendencia cambió y el aumento de las viviendas se volvió mayor que el de los habitantes, manteniéndose más o menos constante hasta el año 2000 (Shteingart, 2000). Esto

favorecería, en principio, la emancipación de los jóvenes y adultos jóvenes, pues el periodo entre los 20 y los 30 años de edad lo vivieron en un periodo de crecimiento del número de viviendas. Sin embargo, la evidencia muestra que son los jóvenes los que permanecen en mayor proporción en el hogar de sus padres (al menos hasta los 30 años de edad).

Por otra parte, el mercado laboral experimentó su propia evolución. Una característica del mercado laboral mexicano a lo largo de la segunda mitad del siglo XX fue su fuerte componente urbano, factor que promovió la rápida urbanización del país. De acuerdo con Rodolfo Corona (1988), la proporción de migrantes respecto del total de residentes pasó de 10.7 por ciento en 1940 a 14.5 por ciento en 1960. Además, el modelo de sustitución de importaciones promovió la expansión de trabajos más formales y estables, mientras que las recurrentes recesiones y las políticas de ajuste estructural durante la década de los ochenta tuvieron como consecuencia un aumento en las actividades económicas informales (Parrado y Zenteno, 2005b). Es más, hay que recordar del apartado anterior que el calendario del inicio de la vida laboral se mantuvo sin cambios bruscos en las últimas décadas del siglo XX, lo que permite suponer que las condiciones laborales que les tocó vivir a los mayores y a los adultos jóvenes propiciaron un mejor clima para salir del hogar familiar, no así el que le tocó vivir a los hombres más jóvenes, de ahí la menor proporción que experimentó el evento antes de los treinta años de edad.

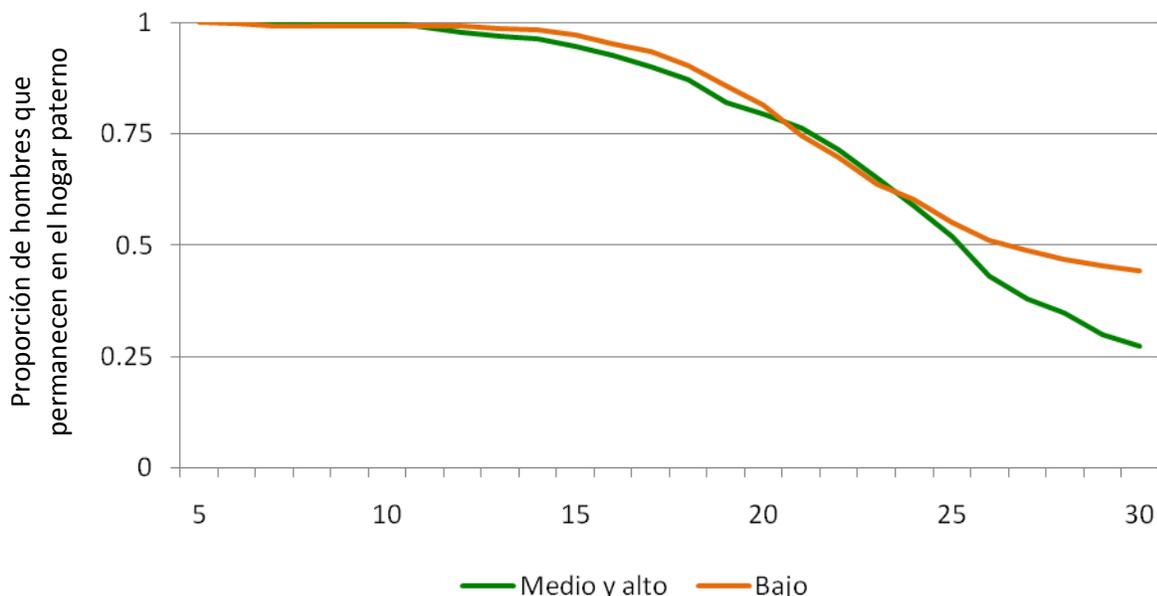
Otro elemento vinculado con esto último es el mayor nivel de escolaridad de las generaciones más jóvenes, visto a través de la estadía más prolongada en el sistema educativo, pues una estancia alargada en la escuela está asociada con una más larga estancia en el hogar familiar (Mier y Terán y Rabell, 2005). También, no se puede dejar de señalar que la edad de entrada en unión conyugal de la población masculina mexicana, como se verá más adelante, atraviesa por un proceso de rejuvenecimiento. Esta situación promovería, en primera instancia, una salida del hogar familiar más temprana entre los hombres más jóvenes respecto de los mayores, pero la evidencia muestra lo contrario. Por ello, es posible pensar que a lo largo de las últimas décadas en México el inicio de la vida conyugal ha perdido un tanto de la fuerza con la que históricamente ha proyectado a la población masculina fuera del hogar familiar.

De igual forma, la emancipación residencial de los hombres mexicanos es un evento que también presenta algunas singularidades por estrato socioeconómico. Primero se destaca que no todos los hombres de los dos estratos socioeconómicos experimentaron el evento antes de alcanzar los 30 años de edad. Efectivamente, sólo 73 por ciento de la población masculina

mexicana del estrato socioeconómico medio y alto dejó el hogar familiar antes de los 30 años de edad, mientras que sólo 56 por ciento de los del estrato bajo estuvieron en esta situación. A pesar de esta considerable diferencia, el siguiente gráfico permite advertir que hasta los 24 años de edad las curvas que caracterizan la proporción de hombres de los dos estratos socioeconómicos que permanecen en el hogar familiar tienen el mismo comportamiento. Hasta ese momento cuatro de cada diez hombres sin distinción socioeconómica habían abandonado el hogar familiar. A partir de ese instante se comienza a gestar la diferencia que se describe al inicio de este párrafo. Este comportamiento ubica a la edad mediana a la salida del hogar familiar de los hombres pertenecientes al estrato medio y alto en 25.2 años, en tanto que para la población masculina del sector socioeconómico bajo este indicador se sitúa en los 26.5 años.

Gráfico V.10.

Calendario de la salida del hogar paterno por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

Dentro de los elementos que se deben considerar para comprender el comportamiento de este evento se encuentra la formación de un nuevo núcleo familiar. Hay que recordar que en el caso mexicano un importante número de salidas del hogar familiar obedecen a la formación de un nuevo núcleo familiar vía una unión conyugal. A pesar de esto, llama la atención que la

intensidad de este evento al cabo de los primeros treinta años de vida si se le compara con el resto de las experiencias vitales es la más baja.

Lo hasta ahora descrito permite suponer que condiciones socioeconómicas adversas dificultan la salida del hogar de origen y que en ciertos contextos, probablemente los menos favorecidos, la familia de origen facilita la creación de un espacio residencial al interior de los hogares para el establecimiento de un nuevo núcleo familiar, con lo que paradójicamente la emancipación no necesariamente está asociada a un abandono del hogar familiar. Además, en términos socioeconómicos, en contextos desfavorables puede que los hogares familiares se contraigan para asegurarse un mayor número de fuentes de ingreso.

V.6. *Matrimonio y mortaja a una edad a la baja*

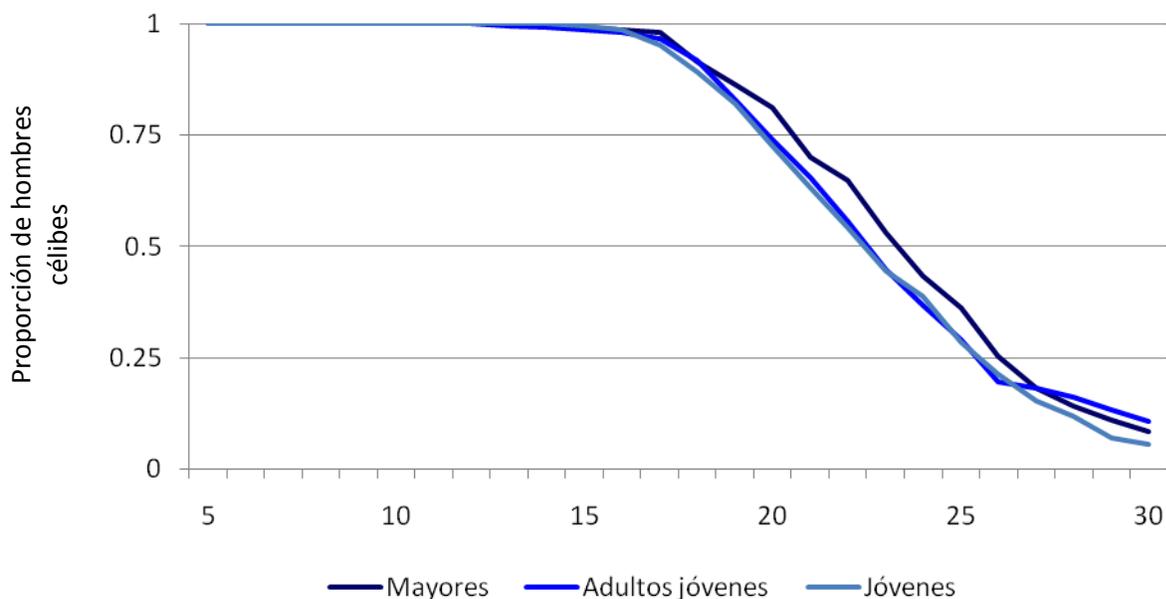
El inicio de la vida conyugal ocupa un lugar preponderante en lo que respecta a la reproducción biológica y social. Por ello llama la atención que la edad mediana a la primera unión conyugal de los hombres mexicanos muestre signos de vivir cierto proceso de rejuvenecimiento. La mitad de los mayores (50 a 59 años) se unieron conyugalmente antes de los 23.3 años, la misma proporción de los adultos jóvenes (40 a 49 años) se unió conyugalmente por primera vez antes de los 22.5 años y la mitad de los jóvenes (30 a 39 años) se enlazó conyugalmente por primera vez antes de los 22.4 años. En efecto, el siguiente gráfico permite observar de mejor manera el proceso de rejuvenecimiento al que se hace referencia. No obstante, éste parece irse suavizando, al menos así lo muestran las pequeñas diferencias entre la proporción de jóvenes y de adultos jóvenes célibes. Otra forma de acercarse a esta situación es a través de la proporción de hombres que no se han unido conyugalmente antes de los 20 años. A esta edad 81.2 por ciento de los mayores permanecen célibes, mientras que la proporción desciende a 74.2 por ciento entre los adultos jóvenes y llega a 72.5 por ciento entre los jóvenes.

Por otro lado, en el periodo entre los 20 y 30 años de edad la mayoría de los hombres mexicanos de todos los grupos etarios analizados se enlazan conyugalmente por primera vez. Entre seis y siete hombres de cada diez entra en unión conyugal por primera vez en este periodo. Esto podría ser indicio de que a partir de cierto momento se activa la cuenta regresiva de un reloj social que gobierna la vida del grueso de los hombres mexicanos, y que tiene como fin último el establecimiento de un nuevo núcleo familiar a través de la unión conyugal. Asimismo, al promoverse un cambio en el estado civil del individuo también puede estarse promoviendo un

cambio en el estatus social del mismo. La posición social del individuo cambia cuando abandona la soltería. Esto a su vez puede devenir en una base de poder al interior de su grupo social. Con ello se hace referencia a que la unión conyugal puede ser vista como una de las *estructuras de prestigio* descritas por Giddens (citado en Ortner y Whitehead, 1996), en la que el estatus de un individuo depende de las evaluaciones que otros hagan de él o de su posición social y que a su vez le confieren prestigio o estima social.

Gráfico V.11.

Calendario del inicio de la vida conyugal por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

Otro elemento digno de análisis es el “freno” en la velocidad de descenso de la proporción de célibes del grupo de adultos jóvenes en el periodo que va de los 25 a los 30 años de edad. Este periodo en el tiempo histórico de México corresponde al final de la década de los setenta, principios de los ochenta. Durante estos años el país acusó un deterioro en materia socioeconómica y un aumento considerable de su población (sobre todo de población económicamente activa), situaciones que acotaron la capacidad de absorción del mercado laboral. Además el poder adquisitivo de los salarios de los trabajadores sufrió un duro golpe (Lustig y Székely, 1997). Por ello es posible suponer que debido al escenario económicamente

adverso que les tocó vivir, buena parte de la población masculina pospuso el inicio de su vida conyugal.

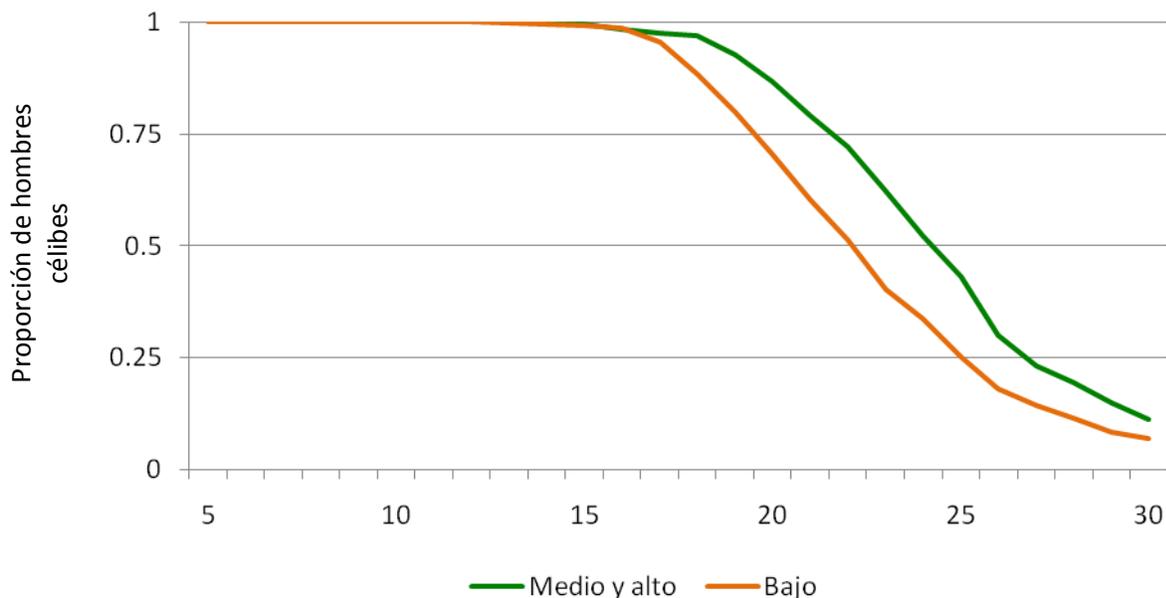
En lo que respecta al calendario de la primera unión conyugal de acuerdo a su extracción socioeconómica, el gráfico V.12 exhibe la proporción de hombres de los estratos medio y alto, y bajo que permanecen célibes a cada edad durante el periodo que va de los 5 a los 30 años de edad. En ella se advierte una importante diferencia en la temporalidad a la que los hombres del estrato menos favorecido se unen respecto de aquellos del sector mejor posicionados. De hecho, cuando se observa la edad mediana a este evento, existe una diferencia de 2.1 años a favor de una entrada en unión conyugal más tardía por parte de los hombres del estrato socioeconómico medio y alto. La mitad de los hombres pertenecientes al sector popular se unió antes de alcanzar los 22.1 años de edad, en tanto que su contraparte del sector medio y alto lo hizo antes de llegar a los 24.2 años de edad. Este desfase en el calendario se mantiene para una proporción considerable de población masculina mexicana. Aproximadamente una quinta parte de los hombres del estrato bajo ya se había unido conyugalmente antes de los 19 años de edad, mientras que la misma proporción de los pertenecientes al estrato medio y alto se encuentra a los 21 años de edad. Más aún, cuatro de cada cinco hombres del sector socioeconómico menos favorecido ya se había unido antes de los 26 años de edad, mientras que la misma proporción de los mejor posicionados lo hizo antes de llegar a los 28 años de edad.

Otro resultado que interesa destacar es que prácticamente la totalidad de la población masculina mexicana de ambos estratos socioeconómicos experimentaron su primera unión conyugal antes de los 30 años de edad (93 por ciento en el estrato socioeconómico bajo, y 89 por ciento en el medio y alto). En este sentido, el calendario de la primera unión conyugal se revela compacto para ambos estratos, pues 50 por ciento de los hombres del sector bajo se unió entre los 19.5 y los 25 años de edad, mientras que una proporción similar del sector medio y alto se unió entre los 21.6 y 26.7 años de edad. Esta diferencia por estrato socioeconómico podría explicarse siguiendo algunas de las ideas de Ortner y Whitehead (1996), en el sentido de que la unión conyugal es el vínculo entre los sexos más determinante para la posición social de los individuos, pues la esposa o pareja representa una ventaja para la producción de bienes de consumo y de intercambio, a la vez que es una fuente de prestigio masculino. Entonces, si se considera que buena parte de los hombres mexicanos de sectores populares donde la producción de bienes de consumo o intercambio se asienta en la unidad doméstica, se puede entender por

qué estos hombres muestran un calendario de entrada en unión conyugal más temprano respecto de los mejor posicionados.

Gráfico V.12.

Calendario del inicio de la vida conyugal por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

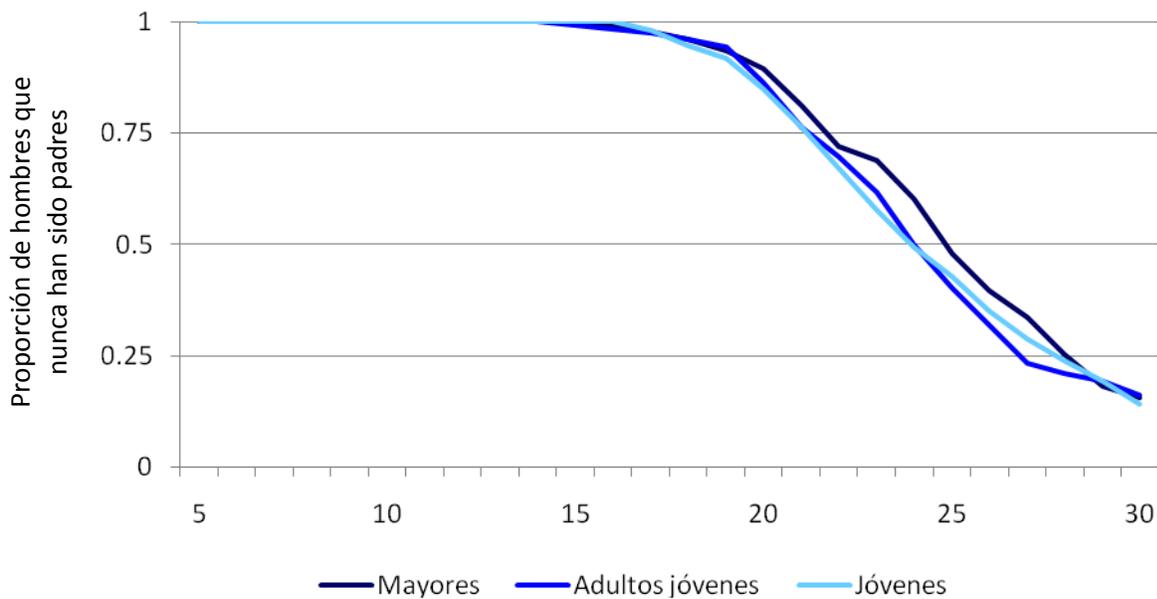
V.7. ¿Y ustedes para cuándo? La llegada del primer hijo

Varias investigaciones apuntan a que el inicio de la vida conyugal detona el inicio de la vida reproductiva entre la población masculina mexicana (Sebille, 2005; Zavala de Cosío, 2005; Rojas, 2008). Una rápida mirada al siguiente gráfico permite comprobar que entre los hombres mexicanos el calendario del nacimiento del primer hijo sigue el mismo comportamiento que el observado en el examen de la temporalidad de la primera unión conyugal. Es más, se observa un calendario en proceso de rejuvenecimiento. En efecto, los adultos jóvenes y los más jóvenes, proporcionalmente, se convirtieron en padres antes que los mayores. Basta con mostrar que la edad mediana al nacimiento del primer hijo para la población masculina mexicana joven y adulta joven, ronda los 24 años, en tanto que para el grupo de los mayores es de 24.8 años. Esta situación contrasta con los esfuerzos del gobierno mexicano para reducir el tamaño de la población vía la difusión del uso de métodos anticonceptivos, el espaciamiento entre los nacimientos, pero sobre todo posponer la llegada del primer hijo.

De igual forma, el gráfico V.13 permite observar que antes de los 21 años de edad hay una proporción muy parecida de hombres, que sin importar el grupo de edad de pertenencia, se convirtieron en padres. A esta edad un cuarto de la población masculina ya se había convertido en padre. Lo que se puede suponer está asociado con un inicio temprano de la vida conyugal, pues antes de los 21 años de edad alrededor de tres de cada diez hombres mexicanos ya se había unido conyugalmente.

Gráfico V.13.

Calendario del inicio de la vida como padre por grupo de edad. Hombres. México, 2003



Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

Ahora bien, el mismo gráfico permite observar el pronunciado descenso de la proporción de hombres que no ha experimentado la paternidad entre los 20 y los 30 años de edad. En este lapso, 70 por ciento de los jóvenes y de los adultos jóvenes, y 75 por ciento de los mayores se convirtieron en padres. En suma, estos resultados brindan más elementos para suponer que la llegada del primer hijo entre la población masculina mexicana se ha ido adelantando a lo largo del tiempo y que seguramente se debe al rejuvenecimiento de la edad a la primera unión conyugal. Otro elemento que se desea resaltar es la desaceleración que presenta la proporción de adultos jóvenes que se convierten en padres cuando la llegada del primer hijo ocurre a partir de los 28 años de edad. Este comportamiento también podría estar vinculado con lo observado en el

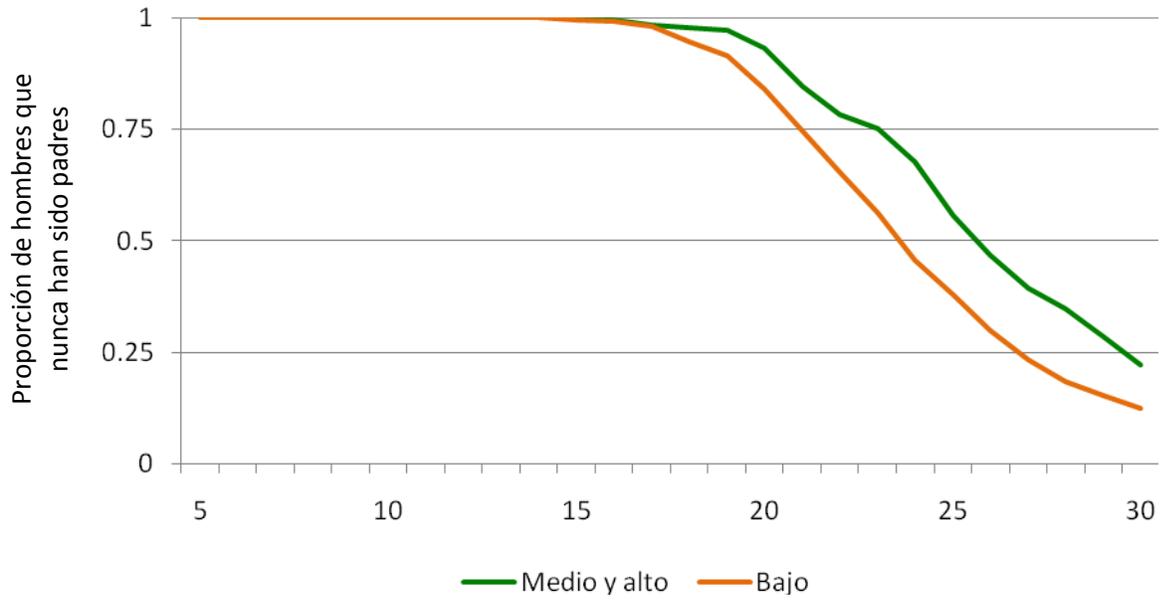
análisis de la temporalidad de la primera unión conyugal. Suponiendo que se tratase de la misma población, la postergación de la llegada del primer hijo podría ser explicada por la coyuntura económica que les tocó vivir a estos hombres a finales de la década de los setenta, principios de los ochenta. Sin embargo, para comprobar este aspecto se requeriría de mayor información y quizás aproximaciones de corte cualitativo.

Por otro lado, al examinar el calendario de la edad a la que los hombres mexicanos se convierten en padres por estrato socioeconómico se detectan diferencias similares a las que se advirtieron en el análisis de la temporalidad del inicio de la vida conyugal (ver gráfico V.14). En esta ocasión la edad mediana al nacimiento del primer hijo para los hombres del sector socioeconómico bajo es 23.6 años, en tanto que este mismo indicador alcanza los 25.6 años cuando se trata de la población masculina del estrato medio y alto. Asimismo, la intensidad de este evento permite apreciar que para los 30 años de edad buena parte de los hombres mexicanos de los dos estratos socioeconómicos ya se habían convertido en padres. De hecho, prácticamente nueve hombres del estrato bajo y ocho del medio y alto, de cada diez se convirtieron en padres antes de cumplir 30 años de edad. Más aún, al igual que el calendario de la primera unión conyugal, la temporalidad de la llegada del primer hijo se revela compacta independientemente del estrato socioeconómico. Con ello se refiere a que existe un breve periodo de tiempo en la vida de los hombres en la que convertirse en padre es un evento que ocurre de manera frecuente. Entre los 21 y los 27 años de edad más de la mitad de los hombres del estrato bajo se convirtieron en padres, mientras que una proporción similar de hombres del sector medio y alto se encuentra entre los 23 y los 30 años de edad.

Todo esto permite ver cómo la llegada del primer hijo a la vida de los hombres mexicanos es un evento que debió ser experimentado por todos los hombres antes de cierta edad, ya que al ser la paternidad constitutiva de la masculinidad los hombres pueden ser sujetos de cierta presión social para que reafirmen y comprueben su virilidad a través de la procreación (Rojas, 2008). Además, en algunos contextos la procreación también significa el fin de la juventud, pues el joven aspira a adquirir el estatus de adulto y ello lo empuja a fundar una familia para cortar el lazo de dependencia frente a su familia de origen (Fuller, 2000). En este sentido, el calendario diferencial sólo muestra que la presión para consagrarse como hombre y con ello develarse como hombre adulto ocurre a edades más tempranas en los círculos populares que en los medios y altos.

Gráfico V.14.

Calendario del inicio de la vida como padre por estrato socioeconómico. Hombres. México, 2003



Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, elaboración propia.

Capítulo VI

El engranaje de los relojes: factores asociados a la temporalidad del tránsito a la vida adulta

En el capítulo anterior se examinó la temporalidad de las experiencias vitales: primera relación sexual, abandono del sistema escolar, primer ingreso al mercado laboral, salida del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y la llegada de la paternidad. En *Los relojes que gobiernan el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos* se presencian algunos de los cambios ocurridos a través de la segunda mitad del siglo XX en el calendario e intensidad de estos eventos, lo mismo que ciertas variaciones temporales por estrato socioeconómico. Por ejemplo, entre los hombres nacidos antes y después de la década de los cincuenta se gestó un cambio en el inicio de la vida sexual. Este cambio, materializado entre las décadas de los sesenta y setenta, trajo consigo un adelanto en la edad a la primera relación sexual. También se encontró una ligera diferencia por estrato socioeconómico. Los hombres de extracción socioeconómica media y alta, respecto de los del estrato bajo, muestran un calendario un tanto envejecido del inicio de la vida sexual.

Asimismo, la temporalidad de la salida de la escuela permitió ver de cierta manera la expansión del sistema educativo ocurrida entre la décadas de los cincuenta y ochenta. La

población masculina permanece cada vez más tiempo en la escuela, aunque la brecha entre los estratos socioeconómicos obligue a matizar los alcances de dicha expansión. La distancia escolar entre los hombres del estrato mejor posicionado y los del bajo es prácticamente de un ciclo escolar completo. Dicho de otra forma, si la población de menos recursos termina la primaria, los mejor posicionados concluyen la secundaria, pero si los hombres de sectores populares terminan la secundaria, sus pares del estrato medio y alto con toda seguridad piensan en matricularse en alguna universidad. No obstante estas variaciones, se destaca que el calendario de la salida de la escuela dejó su impronta en la temporalidad del primer empleo. Al paso de las décadas los hombres han pospuesto un tanto el primer ingreso al mercado laboral. Lo que posiblemente se debe a una mayor permanencia en las aulas y a que los mayores, jóvenes en las décadas de los cuarenta y cincuenta, se hallaron frente a un mercado laboral en condiciones de absorber tempranamente su capacidad productiva. Otra mirada reveló un calendario del primer ingreso al mercado laboral marcadamente diferencial por estrato socioeconómico, siempre a favor de una entrada más temprana al mercado laboral por parte de los hombres de extracción socioeconómica baja.

Por otro lado, la emancipación residencial antes de los treinta años de edad es la experiencia vital con menor prevalencia. Poco más de tres hombres de cada diez permanecen en casa de sus padres al cabo de los primeros treinta años de vida. Esta relación aumenta conforme se aproxima el final del siglo XX y se acentúa entre los estratos socioeconómicos. El establecimiento de un hogar distinto al familiar en las tres primeras décadas de vida es menos frecuente entre los hombres de extracción popular que entre los de los sectores medios y altos. Estos hechos contrastan parcialmente con la evolución del calendario del inicio de la vida conyugal. La edad al primer enlace conyugal atraviesa por cierto proceso de rejuvenecimiento, además muestra un calendario ampliamente diferenciado por estrato socioeconómico. Para un importante sector de la población masculina mexicana perteneciente al estrato bajo, la primera unión conyugal llega aproximadamente dos años antes que para la misma proporción de hombres del sector mejor posicionado. También se constató el fuerte vínculo que existe entre la entrada en unión y la llegada de la paternidad. Sin distinción etaria, ni socioeconómica, el primer hijo llega a la vida de un buen porcentaje de hombres mexicanos entre uno y dos años después de entrar en unión.

En suma, se puede decir que el intervalo temporal donde se suceden los eventos antes señalados se ha ido compactando a lo largo de las últimas décadas del siglo XX. De igual forma, existe una relación positiva entre la estratificación socioeconómica y el número de años que le toma a la población masculina mexicana pasar de joven a socializar entre adultos. En relación a los hombres del estrato socioeconómico bajo, la población masculina del estrato medio y alto muestra un andar más sosegado en su camino a la vida adulta.

A pesar de estos resultados y las conjeturas que de ellos se han derivado, aun no se ha determinado con precisión la forma en la que los elementos estudiados en *Tres décadas de vida en cinco décadas de historia* (capítulo IV) inciden en el tránsito a la adultez de la población masculina mexicana. Por ello, el propósito de este capítulo es evaluar el efecto de dichos factores sobre la temporalidad de las experiencias vitales consideradas en este estudio. Para este fin y como se hizo en el capítulo anterior con la técnica de tabla de vida, se seleccionó una de las herramientas que se desprenden del análisis de supervivencia. En el capítulo III se expuso con más detalle que el modelo de regresión de Cox o modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales combina el análisis de tabla de vida con el análisis de regresión. La regresión de Cox permite medir el efecto de un conjunto de características de una población sobre la temporalidad de un evento determinado. Debido a la formulación general de este tipo de regresión la exponencial de la suma de $\beta_i X_i$ expresa el efecto de cada variable independiente como aumentos o reducciones en el riesgo de experimentar algún evento, o dicho de otra forma, el incremento o disminución de la velocidad a la que ocurre algún evento. En esta investigación, la variable dependiente en los modelos de regresión será la edad a la ocurrencia del evento, y para los que no lo hayan experimentado, la edad al momento de ser entrevistados. También, en *En busca del Hetero Adultus Mexicanus: Apuntes metodológicos* se expuso que el conjunto de variables independientes dan lugar a un subgrupo de variables de control y a otro de variables explicativas (ver apartado III.4.ii). Así, el grupo etario, el estrato socioeconómico, el origen sociocultural y la condición indígena, integran el conjunto de variables de control. Las variables explicativas se les reagrupó en las dimensiones de análisis: condiciones en el hogar de origen, comunicación con los padres, prácticas anticonceptivas, pautas sobre masculinidad, y experiencia vital. De esta manera, en el presente capítulo se muestra en seis apartados los resultados de los modelos de regresión de Cox. El primero corresponde al inicio de la vida sexual, el segundo a la salida de la escuela, el tercero al primer ingreso al mercado laboral, el

cuarto al abandono del hogar familiar, el quinto a la primera entrada en unión conyugal y el sexto expone los resultados relativos al inicio de la vida como padre.

VI.1. La cuenta regresiva para el debut sexual. Factores asociados a la temporalidad de la primera relación sexual

Desde la perspectiva de Michel Bozon (2003) las condiciones de entrada en la vida sexual son un tema social al tiempo que una evidencia de cómo los jóvenes asumirán los roles adultos que les son asignados. Ante esto, se sabe que el calendario del inicio de la vida sexual cambió ligeramente a través de la segunda mitad del siglo XX, también que existen diferencias apenas perceptibles en la temporalidad del evento por estrato socioeconómico. Además, el cuarto capítulo permitió detectar que cada vez más padres hablan de sexualidad con sus hijos y cada vez más hijos tienen nociones sobre métodos anticonceptivos antes de experimentar la primera relación sexual (aunque es preciso señalar que estos resultados se concentran sobre todo en los círculos socioeconómicos mejor posicionados). A pesar de estos “avances” en materia sexual, persiste a través del tiempo y de los estratos socioeconómicos un sector de la población que afirma fue presionado para tener su primera relación sexual.

En lo que sigue, además de estos aspectos, se examina la forma en la que incide el origen sociocultural, la condición indígena, algunas características relacionadas con las condiciones en el hogar de origen y otras más con las propias experiencias vitales, sobre el calendario de la primera relación sexual. El cuadro VI.1 contiene los resultados de siete modelos de regresión de Cox o de riesgos proporcionales. En el primero sólo se incluyen como variables dependientes al conjunto de variables de control. En los siguientes cinco además de las variables de control se van agregando una a una las variables correspondientes a las dimensiones de análisis: condiciones en el hogar de origen, comunicación con los padres, prácticas anticonceptivas, pautas sobre masculinidad y experiencia vital. En el séptimo modelo se reúnen las variables de control y todas las relativas a las dimensiones de análisis. Y es este último modelo de regresión en el que se centrará la atención. En él se observan varias situaciones dignas de análisis. Por ejemplo, la categoría *jóvenes* tiene un riesgo relativo de comenzar la vida sexual 35.3 por ciento por encima del referido para los *mayores*, o dicho de otra manera, haber nacido entre 1963 y 1973 multiplica por 1.35 la velocidad con la que los nacidos entre 1943 y 1952 experimentaron su primera relación sexual. Este resultado no hace más que constatar lo que se observa en el capítulo

anterior: la edad a la primera relación sexual atraviesa por un proceso de rejuvenecimiento. Además, que las nuevas generaciones inicien su vida sexual antes de lo que lo hicieron las generaciones que los precedieron puede ser sintomático de un cambio en la percepción misma de la sexualidad. Es factible suponer que aun cuando algunos de los más jóvenes manifiesten esta situación, fueron los integrantes de las generaciones que les antecieron los que comenzaron a pensar su sexualidad como parte constitutiva de sí mismos. Con ello se podría considerar que estos hombres mexicanos y sus parejas comenzaron a romper el lazo que unía a la esfera de la sexualidad con la de la reproducción. En este escenario, se está de acuerdo con investigaciones que sugieren que en ciertos contextos y bajo ciertas circunstancias (probablemente en algunas capas de las generaciones más recientes) la sexualidad se ha hecho una 'propiedad' potencial del individuo (Rojas, 2008).

Por otra parte, el mutismo (estadístico) que guardan las variables estrato socioeconómico y origen sociocultural permite seguir considerando la idea de que para buena parte de los hombres mexicanos la virginidad es una carga que debe ser echada por la borda, cuanto antes mejor, pues trasciende toda posición socioeconómica o espacio de socialización. Por otra parte, contrario a lo que se supuso, la condición indígena alza la voz para indicar que tener al menos el lazo lingüístico con algún grupo indígena disminuye 35.8 por ciento la velocidad con la que los no indígenas experimentan su primera relación sexual. Sin embargo, al observar la evolución de este indicador a través de los distintos modelos se detecta que la significancia estadística de la condición indígena para explicar la temporalidad de la primera relación sexual es adquirida cuando esta característica interactúa con el resto de experiencias vitales (modelos 6 y 7). Lo cual abre la posibilidad para que la explicación a esta situación bien pueda pasar por una eventual asociación entre el inicio de la vida sexual y el inicio de la vida conyugal. Es decir, el efecto posposición del debut sexual asociada a la condición indígena podría deberse a que entre éste grupo poblacional la distancia entre la esfera de la sexualidad y la de la reproducción es más corta que para el resto de la población masculina mexicana.

Cuadro VI.1.

Efectos de diferentes variables en el calendario del inicio de la vida sexual^a. Hombres. México, 2003

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5	Modelo 6	Modelo 7 ^c
	<i>exp(b)</i>						
Control							
Grupo etario							
Jóvenes	1.255	1.254	1.237	1.362*	1.247	1.299*	1.353*
Adultos jóvenes	1.216	1.278*	1.212	1.222	1.215	1.210	1.246
Mayores ^b							
Estrato socioeconómico bajo	0.966	0.982	0.963	0.912	0.961	0.828	0.804
Origen sociocultural rural	0.998	0.983	1.009	0.996	1.003	0.828	0.857
Condición indígena	0.795	0.812	0.793	0.729	0.788	0.696*	0.642*
Explicativas							
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>							
Estructura nuclear		1.093					1.049
Tamaño reducido		1.016					0.981
N	698	670	665	673	673	673	662
N†	1228	1223	1215	1228	1228	1228	1210
Log pseudo-likelihood	-3756.41	-3729.28	-3702.72	-3747.32	-3755.23	-3742.18	-3652.2
χ^2	7.26	14.19	7.19	21.00**	8.51	32.24***	56.76***
G1	5	12	6	6	6	9	19

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.^b Categoría de referencia.^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro VI.1.
Continuación

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5	Modelo 6	Modelo 7 ^c
	<i>exp(b)</i>						
Explicativas							
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>							
Orden de nacimiento							
Primogénito		1.180					1.260*
Ultimogénito		1.179					1.294*
Otro ^b							
Preferencia religiosa							
Ateo		0.969					0.874
Otra religión		0.91					0.849
Católico ^b							
Maltrato físico durante la infancia		1.165					1.148
<i>Comunicación con los padres</i>							
Sexualidad			1.007				1.156
N	698	670	665	673	673	673	662
N†	1228	1223	1215	1228	1228	1228	1210
Log pseudo-likelihood	-3756.41	-3729.28	-3702.72	-3747.32	-3755.23	-3742.18	-3652.2
χ^2	7.26	14.19	7.19	21.00**	8.51	32.24***	56.76***
G1	5	12	6	6	6	9	19

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.

^b Categoría de referencia.

^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro VI.1.
Continuación

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5	Modelo 6	Modelo 7 ^c
	<i>exp(b)</i>						
Explicativas							
<i>Prácticas anticonceptivas</i>							
Conocimiento de métodos				0.686**			0.695**
<i>Pautas sobre masculinidad</i>							
Presión para iniciar la vida sexual					1.256		1.216
<i>Experiencia vital</i>							
Nivel de escolaridad deficiente						1.482**	1.442**
Inicio de la vida laboral						1.068	1.122
Emancipación						1.185	1.188
Comienzo de la vida conyugal						1.810**	1.761*
N	698	670	665	673	673	673	662
N†	1228	1223	1215	1228	1228	1228	1210
Log pseudo-likelihood	-3756.41	-3729.28	-3702.72	-3747.32	-3755.23	-3742.18	-3652.2
χ^2	7.26	14.19	7.19	21.00**	8.51	32.24***	56.76***
Gf	5	12	6	6	6	9	19

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.

^b Categoría de referencia.

^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Asimismo, se destaca que el único elemento relacionado con las condiciones en el hogar de origen significativo para explicar la temporalidad de la primera relación sexual es el orden de nacimiento. El séptimo modelo de regresión sugiere que no tiene un impacto significativo (estadísticamente hablando) la estructura, ni el tamaño del hogar de origen, tampoco la preferencia religiosa, o si al interior del hogar las diferencias se dirimen utilizando algún grado de violencia física. El único engrane capaz de adelantar o retrasar el temporizador del primer contacto sexual es la posición de nacimiento de los individuos al interior de su fratría. El riesgo relativo de los primogénitos es 1.26 veces el de los que ocupan otra posición (distinta al de ultimogénito), y el riesgo relativo de los ultimogénitos es 1.29 veces el de los que ocupan otra posición (distinta al de primogénito). Respecto a estos resultados, es posible suponer que la variable orden de nacimiento está exhibiendo dos situaciones distintas. Por un lado, los hijos mayores podrían estar acelerando el inicio de la vida sexual para ajustarse al modelo adulto que se despliega sobre ellos. Hay que recordar que existe evidencia de investigación que sugiere que los primogénitos en ocasiones deben asumir roles adultos (Giorguli, 2004). Entonces, siguiendo a Ana Amuchástegui (2001) y a Claudio Stern (*et al.*, 2003) estos jóvenes podrían adelantar su debut sexual para evitar suspicacias sobre su condición de hombres y para poner de manifiesto que han dejado el mundo de los niños para adentrarse plenamente en el de los adultos. Por otro lado, los ultimogénitos podrían estarse “beneficiando” de las experiencias de los hermanos mayores. Es decir, se considera que los hijos menores enfrentan ambientes familiares si no más permisivos si menos restrictivos en materia sexual.

Igualmente, a pesar de que algunos estudios adviertan que la falta de diálogo entre padres e hijos podría propiciar el inicio temprano de varias de las transiciones importantes en la vida de las personas (Aguirre y Güell, 2002), no se puede decir que su celebración (al menos en lo que se refiere a la sexualidad) imprima algún efecto sobre el calendario de la primera relación sexual. No así el conocimiento de algún método anticonceptivo, la velocidad con la que los hombres que contaron con cierto conocimiento en materia anticonceptiva debutó sexualmente es 30.5 por ciento menor que la de aquellos que declararon no conocer algún método anticonceptivo, no saber dónde obtenerlos o cómo usarlos. En este sentido, experiencias previas de investigación sugieren que una de las fuentes primarias de conocimiento anticonceptivo la constituyen los profesores y maestros. Es decir, es en la escuela donde un importante sector de la población mexicana ha adquirido algún tipo de conocimiento anticonceptivo. Esta situación podría ayudar a

explicar en parte el efecto del nivel de escolaridad sobre el calendario de la primera relación sexual. En el séptimo modelo se observa que entre menos años de escolaridad se tengan más rápido se debuta sexualmente. En relación con los que tienen un nivel escolar mayor o igual al promedio, quienes tienen un nivel de escolaridad deficiente experimentarían el inicio de su vida sexual prácticamente una y media veces más rápido ($exp(b)= 1.442$). Este resultado también puede estar reflejando que los hombres con menor nivel educativo perciben las relaciones sexuales de una forma más apegada a los preceptos de género establecidos en la sociedad, donde el hombre debe tener una actividad sexual temprana y una experiencia sexual abundante para que no se ponga en entre dicho su identidad como hombre (Amuchástegui, 2001; Bozon, 2003).

Por último, se advierte que el comienzo de la vida conyugal imprime cierta celeridad al inicio de la vida sexual. El riesgo relativo de debutar sexualmente para los hombres mexicanos que entran en unión es casi 1.8 veces el de sus similares no unidos. Lo cual no es de sorprender, ya que quienes arriban vírgenes a la primera unión encuentran en este evento el espacio socialmente aceptado para desarrollar su capacidad sexual.

VI.2. Exclusión a pesar de expansión. Las condiciones iniciales como determinantes del tiempo de permanencia en el sistema escolar

Cuando le entregué el diploma a mi padre, al viejo se le cayeron las lágrimas de la emoción. Yo creo que ahí se acabó mi adolescencia.

Roberto Bolaño, *La nieve*

En esta sección se muestran los resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales que vincula al calendario de la salida de la escuela con distintos factores relativos a las condiciones en el hogar de origen y a otros que refieren a las experiencias vitales de los individuos. En el cuadro VI.2 se exponen los resultados de los seis modelos de regresión ajustados. El primer modelo sólo incluye como variables independientes a las variables de control, el segundo modelo además de las de control incluye las relacionadas a las condiciones en el hogar de origen, el tercer modelo agrega a las de control las que tienen que ver con el resto de las experiencias vitales, el cuarto modelo reúne a todas las variables antes mencionadas, y en

el quinto y sexto modelos se toma en consideración el cumplimiento de los supuestos estadísticos que reclama el tipo de regresión que se está empleando. Aún cuando la magnitud $-exp(b)-$ y la significancia $-p-value-$ de los efectos de las diversas variables independientes asociadas al momento de salida de la escuela son prácticamente las mismas en los últimos dos modelos, se observa que el sexto modelo es el que presenta el mejor ajuste. Este modelo fue construido con las variables de control y las que vinculan la salida de la escuela con las condiciones en el hogar de origen, además de las que sintetizan la experiencia vital del individuo (a excepción de la salida del hogar familiar y del nacimiento del primer hijo).

“Dime cuándo naciste y te diré cuál es el riesgo relativo que tienes de salir del sistema educativo” parece ser el refrán que versa sobre el riesgo de experimentar el abandono de las aulas entre los hombres de los distintos grupos etarios. Efectivamente, los nacidos en la década de los cincuenta y por consiguiente adultos jóvenes en 2003 tienen un riesgo relativo 30.6 por ciento menor de dejar los salones de clase respecto de los nacidos en la década de los cuarenta (mayores). Más aún, ser joven en el año 2003, es decir, tener entre 30 y 39 años de edad y por consiguiente haber nacido en la década de los sesenta, comprime 42.5 por ciento el riesgo relativo de experimentar esta transición en relación, también, a los hombres mayores. Estos resultados de alguna manera constatan lo encontrado en el capítulo V, y que se supone es consecuencia, entre otras cosas, del enorme esfuerzo realizado por el gobierno mexicano a partir de la segunda mitad del siglo XX para ampliar las posibilidades de cobertura del sistema educativo nacional.

Asimismo se ve que el estrato socioeconómico tiene una amplia y significativa asociación con el momento en el que los hombres mexicanos salen de la escuela. Pertenecer a un sector socioeconómico bajo multiplica por 2.97 veces la velocidad con la que los hombres de extracción socioeconómica media y alta abandonan la escuela. Este resultado también se relaciona ampliamente con el encontrado en el capítulo *Los relojes que gobiernan el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos*, en él se observa que a proporciones iguales de hombres por estrato, los mejor acomodados aventajaban a sus pares del estrato socioeconómico bajo en poco más de un ciclo escolar de tres años. Entonces, cabría preguntarse si la brecha escolar entre los estratos era tan amplia en el pasado que ni uno de los mayores de los esfuerzos sociales emprendidos por el país ha sido capaz de cerrar por completo.

Cuadro VI.2.

Efectos de diferentes variables en el calendario de la salida de la escuela^a. Hombres. México, 2003

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5 ^c	Modelo 6 ^c
	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>
Control						
Grupo etario						
Jóvenes	0.573***	0.577***	0.559***	0.561***	0.561***	0.575***
Adultos jóvenes	0.695**	0.693**	0.693**	0.691**	0.690**	0.694**
Mayores ^b						
Estrato socioeconómico bajo	2.982***	2.977***	3.024***	3.025***	3.035***	2.970***
Origen sociocultural rural	1.542***	1.566***	1.525***	1.555***	1.552***	1.563***
Condición indígena	1.779**	1.827***	1.780**	1.816**	1.816**	1.813**
Explicativas						
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>						
Estructura nuclear		0.939		0.969	0.968	0.947
Tamaño reducido		1.083		1.089	1.088	1.089
N	617	616	561	560	560	560
N†	943	941	941	939	939	941
Log pseudo-likelihood	-3324.82	-3312.70	-3307.51	-3295.60	-3295.66	-3312.20
χ^2	166.72***	216.50***	172.53***	216.14***	215.85***	216.49***
GI	5	10	9	14	13	12

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.^b Categoría de referencia.^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro VI.2.
Continuación

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5 ^c	Modelo 6 ^c
	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>
Explicativas						
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>						
Orden de nacimiento						
Primogénito		0.968		0.976	0.975	0.970
Ultimogénito		0.722*		0.729*	0.730*	0.723*
Otro ^b						
Maltrato físico durante la infancia				1.049	1.047	1.045
<i>Experiencia vital</i>						
Inicio de la vida laboral			1.072	1.063	1.064	1.063
Emancipación			1.136	1.127	1.143	
Comienzo de la vida conyugal			1.044	1.100		1.181
Inicio de la vida como padre			1.096	1.048	1.116	
N	617	616	561	560	560	560
N†	943	941	941	939	939	941
Log pseudo-likelihood	-3324.82	-3312.70	-3307.51	-3295.60	-3295.66	-3312.20
χ ²	166.72***	216.50***	172.53***	216.14***	215.85***	216.49***
G1	5	10	9	14	13	12

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.

^b Categoría de referencia.

^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Otro efecto que se suma a lo anterior es el del origen sociocultural. Haber socializado en un espacio rural incrementa 56.3 por ciento el riesgo de dejar la escuela respecto de aquellos que tuvieron una infancia urbana. Este resultado es consistente con algunos de los hallazgos de otras investigaciones. Marta Mier y Terán y Cecilia Rabell (2005) muestran que en México las desigualdades de acceso a la escuela entre localidades urbanas y rurales se han mantenido a lo largo del tiempo. Es más, exponen que los jóvenes rurales de la cohorte de nacimiento 1966-1968 tienen un nivel de escolaridad semejante al que tenían los jóvenes urbanos que nacieron entre 1936 y 1938. De igual manera, los hablantes de alguna lengua indígena tienen un riesgo relativo 81.3 por ciento mayor de abandonar la escuela que el resto de la población masculina mexicana. En suma, tal parece que no importa cuánto se haya expandido el sistema educativo mexicano durante la segunda mitad del siglo XX, una condición socioeconómica adversa, un espacio sociocultural rural o la pertenencia a un grupo indígena prevalecen como contextos asociados a una deserción escolar temprana y a una consecuente reducción en las posibilidades de acumulación de capital humano.

En relación a las condiciones en el hogar de origen, se advierte que ni el tipo de hogar, ni el tamaño de la fratría, ni la presencia de maltrato física durante la infancia manifiestan un efecto estadísticamente significativo sobre el riesgo relativo de salir de la escuela. No así el lugar que ocupan los hombres mexicanos en el orden de nacimiento. Aún cuando no se detecta un efecto significativo de la categoría primogénito sobre la temporalidad en la que el resto de sus hermanos (distintos al ultimogénito) dejó la escuela, se destaca que ostentar la categoría de hijo menor reduce 27.7 por ciento la velocidad con la que salen de la escuela aquellos que ocupan un lugar distinto en el orden de nacimiento (distinto al de primogénito). Entonces, pareciera que lo que resulta significativo es la relación que se entretiene al interior de los hogares con el paso del tiempo para que el más joven de sus integrantes prolongue su estancia en la escuela. Para explicar esta situación es necesario acudir a los estudios que proponen que al paso de los hijos las familias tienen más tiempo para acumular recursos, pues están en una fase avanzada del ciclo familiar en la que los hermanos mayores son potenciales proveedores (Mier y Terán y Rabell, 2005). O bien, puede ser el caso de que algunos de los hijos ya se han emancipado y con ello reducido el número de dependientes. De esta manera, las labores que realizan los hermanos mayores dentro y fuera del hogar bien podrían colaborar a ampliar los recursos destinados a la

educación de los hermanos menores, y con ello favorecer una prolongada estadía en los salones de clase de los ultimogénitos.

Asimismo, llama la atención la nula significancia estadística de las variables relacionadas con el resto de las experiencias vitales. Ni el inicio de la vida laboral, ni la salida del hogar familiar, menos el inicio de la vida conyugal o el comienzo de la vida como padre parecen incidir (al menos estadísticamente hablando) en el riesgo relativo de salir de la escuela. Probablemente esto se deba a que el momento en el que los hombres mexicanos abandonan la escuela suele ser uno de los primeros eventos que acontecen en lo que en esta investigación se denomina transición a la vida adulta. De esta manera, a la luz de los resultados que se han relatado, se podría considerar que más que la propia experiencia vital de los hombres lo que los orilla al abandono escolar es el impulso producido por las condiciones iniciales de vida.

VI.3. Del caminito de la escuela al caminito al primer trabajo

En el cuadro VI.3 se muestran los resultados de los modelos de regresión que se ajustaron para estudiar la incidencia de ciertas situaciones sobre la temporalidad del primer ingreso al mercado laboral de la población masculina mexicana. El mejor ajuste se obtuvo en el sexto modelo, cuando se incluyeron las de variables control: grupo etario, estrato socioeconómico, origen sociocultural y condición indígena, como las correspondientes a las condiciones en el hogar de origen: estructura, tamaño y orden de nacimiento, así como las referentes a la experiencia vital: nivel de escolaridad, salida del hogar familiar e inicio de la vida como padre.

Resultados y experiencias previas de investigación muestran un estrecho vínculo entre la salida de la escuela y la entrada al mercado laboral. Por ello llama la atención que a diferencia de las variaciones en la temporalidad de la salida de la escuela de acuerdo a las variables de control, en esta ocasión no se detectó un efecto estadísticamente significativo de parte de las variables grupo etario, estrato socioeconómico y condición indígena, sobre la temporalidad del primer ingreso al mercado laboral. Además, la sorpresa se incrementa si se recuerda que en el capítulo anterior se destacó una edad al primer empleo que de a poco fue envejeciendo mientras avanzaba la segunda mitad del siglo XX, lo mismo que una temporalidad variante del evento por estrato socioeconómico. Esto lleva a suponer que el efecto de las variables contextuales sobre el calendario del primer ingreso al mercado laboral de los hombres mexicanos opera de forma indirecta, casi con toda seguridad se podría decir que lo hacen a través de la salida de la escuela.

Cuadro VI.3.

Efectos de diferentes variables en el calendario del primer ingreso al mercado laboral^a. Hombres. México, 2003

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5 ^c	Modelo 6 ^c
	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>
Control						
Grupo etario						
Jóvenes	0.793*	0.860	0.786	0.807	0.804	0.808
Adultos jóvenes	0.933	0.979	0.904	0.92	0.911	0.922
Mayores ^b						
Estrato socioeconómico bajo	1.744***	1.708***	1.187	1.174	1.170	1.176
Origen sociocultural rural	1.211*	1.207*	0.798*	0.789*	0.788*	0.788*
Condición indígena	1.283	1.354*	1.145	1.195	1.190	1.191
Explicativas						
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>						
Estructura nuclear		0.879		1.041	1.039	1.041
Tamaño reducido		0.910		0.862	0.868	0.864
N	673	672	670	669	672	669
N†	747	746	744	743	746	743
Log pseudo-likelihood	-3722.85	-3708.96	-3593.08	-3585.00	-3606.65	-3585.26
χ^2	38.50***	57.74***	284.09***	288.24***	255.13***	285.09***
GI	5	9	9	13	12	12

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.^b Categoría de referencia.^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro VI.3.
Continuación

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5 ^c	Modelo 6 ^c
	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>
Explicativas						
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>						
Orden de nacimiento						
Primogénito		0.952		1.019	1.023	1.018
Ultimogénito		0.681*		0.926	0.927	0.922
Otro ^b						
<i>Experiencia vital</i>						
Nivel de escolaridad deficiente			4.340***	4.286***	4.316***	4.298***
Emancipación			0.942	0.961	0.947	0.980
Comienzo de la vida conyugal			1.342	1.347	1.727*	
Inicio de la vida como padre			1.922*	1.890*		2.437***
N	673	672	670	669	672	669
N+	747	746	744	743	746	743
Log pseudo-likelihood	-3722.85	-3708.96	-3593.08	-3585.00	-3606.65	-3585.26
χ^2	38.50***	57.74***	284.09***	288.24***	255.13***	285.09***
GI	5	9	9	13	12	12

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.

^b Categoría de referencia.

^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Lo anterior permitiría entender el sentido y la magnitud del efecto del nivel de escolaridad sobre el calendario de la entrada al mercado laboral. El riesgo relativo de entrar al mercado laboral para la población masculina que tiene un nivel de deficiente es prácticamente 4.3 veces al de sus similares que cuentan con un nivel de escolaridad mayor o igual al promedio. El comportamiento de este velocímetro robustece la idea expuesta durante el análisis de los resultados relativos al calendario e intensidad de la primera inserción en el mercado laboral, en el sentido de que el primer ingreso al mercado laboral ocurrido con niveles de escolaridad bajos podría estar condenado en una parte de los hombres mexicanos a una movilidad social ascendente limitada.

Ahora bien, el efecto asociado a la variable origen sociocultural sobre el calendario de la edad al primer trabajo contrasta ampliamente con los resultados de otras investigaciones que exponen que la entrada al mercado laboral de los hombres mexicanos es más temprana en los espacios rurales que en los urbanos. En esta investigación, los modelos 5 y 6 muestran con cierta significancia estadística que una infancia rural reduce 21.2 por ciento la velocidad con la que ingresan al mercado laboral los hombres que tienen un origen sociocultural urbano. En este sentido, Emilio Parrado y René Zenteno (2005b) en un trabajo longitudinal centrado en la experiencia laboral de las mujeres mexicanas encontraron que la propensión a entrar en el mercado laboral de las mujeres residentes en áreas rurales es 2.4 veces menor que la correspondiente a las que viven en zonas urbanas. Ellos suponen que este resultado se explica por las mejores oportunidades económicas en áreas urbanas que facilitan la incorporación de las mujeres al mercado laboral. Sin embargo, en lo que respecta a esta tesis se piensa que esta situación manifiesta otra circunstancia. En este sentido, si se inspecciona la evolución del efecto del origen sociocultural a través de los seis modelos se observa que en los modelos que prescinden de las variables relativas al conjunto de experiencias vitales (modelos 1 y 2), el efecto haber pasado una infancia en el campo es mayor a uno (en el primer modelo esto es 1.211 y en el segundo 1.207), esto permitiría suponer que una niñez rural promueve un incremento en la velocidad de entrada al mercado laboral. De esta forma, es posible suponer que el resultado de esta variable está siendo absorbido por alguna de las variables que atañen a la experiencia vital. El quinto modelo muestra que las variables que actúan en esta dirección son el nivel de escolaridad y el inicio de la vida conyugal, y en el sexto modelo de nuevo aparece el nivel de escolaridad y el comienzo de la vida como padre. Entonces, si se revisa el nivel de la correlación

entre el ámbito de socialización y cada una de estas variables se encuentra una asociación cercana a 40 por ciento entre el origen sociocultural y el nivel de escolaridad. Por ello, es factible suponer que el nivel educativo de los hombres mexicanos es el factor que podría estar alterando el efecto de haber socializado en un espacio rural sobre la temporalidad del primer ingreso al mercado laboral. Quizá en futuras investigaciones se podrían explorar algunas interacciones (por ejemplo, origen sociocultural y nivel de escolaridad) para captar de mejor forma el efecto de estas condiciones.

Por lo demás, el establecimiento de un núcleo familiar parece estar precipitando el inicio de la vida laboral. En el sexto modelo se observa que quienes se convierten en padres multiplican por poco más de 2.4 veces la velocidad con la que los hombres sin descendencia comienzan su trayectoria laboral. También, echando un rápido vistazo al quinto modelo, se encuentra que el inicio de la vida conyugal imprime una velocidad nada despreciable al inicio de la vida laboral: quienes entran en unión conyugal tienen un riesgo relativo 72.7 por ciento mayor de comenzar su vida laboral respecto de aquellos que permanecen en soltería.

Al parecer estos resultados permiten apreciar de cierta forma uno de los mandatos fundamentales de la masculinidad: el rol de proveedor. El cabal cumplimiento de este mandato está asociado a ser la autoridad en el hogar, al ejercicio del poder (Burin y Meler, 2000; Olavarría *et al.*, 1998). Al conformarse una nueva familia el hombre debe satisfacer las necesidades materiales de los integrantes, ya sea la pareja (*comienzo de la vida conyugal*) o los hijos (*inicio de la vida como padre*), esto si no quiere ver diluida su condición masculina, pues los hombres que no pueden cumplir a cabalidad con su papel de proveedor son hombres humillados (Olavarría *et al.*, 1998; Olavarría, 2006). Por ello, para no ser tachados de mantenidos los hombres mexicanos deben insertarse con celeridad en el mercado laboral. En suma, se puede considerar que sin importar el contexto histórico, las condiciones socioeconómicas o socioculturales que acompañen la vida de cada uno de los hombres mexicanos, el ingreso al mercado laboral es un mandato universal. Es el evento con el que estos hombres inician una trayectoria laboral que eventualmente les permitirá alcanzar el estatus de proveedor al interior de su núcleo familiar.

VI.4. *El casado casa quiere ¿y si no se puede? Transitando a la vida adulta desde la comodidad del hogar familiar*

El siguiente cuadro exhibe los resultados de seis modelos semiparamétricos de riesgos proporcionales. Cada uno de ellos muestra el efecto de algunos factores de orden social, familiar e individual sobre la temporalidad de la salida del hogar de los padres. El primer modelo incluye como variables independientes a las de control: grupo etario, estrato socioeconómico, origen sociocultural y condición indígena. El segundo además de las variables de control incluye las relacionadas con las condiciones en el hogar de origen. El tercero suma a las de control las variables nivel de escolaridad, inicio de la vida laboral, comienzo de la vida conyugal e inicio de la vida como padre. El cuarto modelo reúne a todas las variables antes mencionadas. Por último, en los modelos cinco y seis se procura que el conjunto de variables independientes satisfagan las exigencias estadísticas que la regresión de Cox reclama. Así, la única diferencia entre ellos es que en el modelo cinco no se considera el inicio de la vida como padre, y en el seis se hizo lo mismo con el comienzo de la vida conyugal¹.

En el capítulo anterior se expuso que a lo largo de la segunda mitad del siglo XX la población masculina mexicana permanece más tiempo en el hogar familiar. También se destacó que el calendario de este evento varía por estrato socioeconómico: los hombres del sector bajo, en relación a los del estrato medio y alto, suelen permanecer más tiempo en el hogar familiar. Sin embargo, estas variaciones no se muestran estadísticamente significativas en el análisis multivariado². Al parecer, la impronta del paso del tiempo y de la posición socioeconómica se cierne sobre la temporalidad de la emancipación residencial a través de algunas de las condiciones en el hogar de origen y de la propia experiencia vital de los individuos. Por ejemplo, tener pocos hermanos reduce la velocidad de abandono del hogar familiar. Los que comparten espacio con una fratría de seis hermanos o menos tienen un riesgo relativo de dejar el hogar de los padres 28.4 por ciento menor respecto de aquellos que viven con siete o más de sus hermanos. La influencia de esta característica del hogar de origen sobre el calendario de la salida del hogar familiar posiblemente está relacionada con que en los hogares pequeños los padres pueden destinar más tiempo y recursos para el desarrollo de sus hijos. En tal caso, la prole

¹ La correlación entre ambas variables es mayor a 90 por ciento.

² Sólo en los dos primeros modelos la pertenencia al estrato socioeconómico bajo podría asociarse a un descenso en el riesgo relativo de salir del hogar familiar.

tendría una mejor crianza y menos necesidad de buscarse la vida fuera del hogar familiar³. Además, no es difícil imaginar que los hogares pequeños proporcionan un mejor espacio para que florezcan relaciones igualitarias entre sus integrantes, lo cual estaría en sintonía con otras investigaciones que muestran que los jóvenes que habitan hogares democráticos en términos de toma de decisiones retrasan su emancipación residencial (Echarri y Pérez, 2007).

Ahora bien, en el quinto capítulo de esta disertación doctoral se observa que la temporalidad de la primera unión conyugal y la llegada del primer hijo atraviesa por cierto proceso de rejuvenecimiento. Las generaciones más recientes se unen o convierten en padres por lo menos medio año antes que los más longevos. Más aún, una posición socioeconómica desfavorable está asociada con una temporalidad temprana de estos eventos. En algunos casos los hombres del estrato bajo se unen o convierten en padres aproximadamente dos años antes que los de los sectores medios y altos. De esta forma, es posible suponer que los hombres mexicanos cada vez tienen menos tiempo para acumular los recursos materiales que les permitan comprar o alquilar un hogar distinto al de sus padres para establecer ahí el nuevo núcleo familiar que acaba de formar (además, bien podría pensarse que esta dificultad debe acentuarse en los espacios populares). Tal vez ello explique por qué en el cuarto capítulo se advierte que la proporción de hombres que permanecen en el hogar familiar al menos un año después de iniciar su vida conyugal ronda los 35 puntos porcentuales⁴. Esto significaría que entre tres y cuatro hombres de cada diez no están en condiciones de establecer un nuevo hogar (distinto del de los padres) al momento de formar una nueva familia. Pero ¿hasta qué punto la conformación de un nuevo núcleo familiar al interior del hogar de origen puede inhibir una emancipación residencial? O dicho de otra forma ¿qué tanto puede afectar el hecho de unirse o casarse (o convertirse en padre) y permanecer al menos unos años en casa de los padres a la posibilidad de abandonar el hogar familiar?

³ En el quinto modelo se ve que ostentar la categoría primogénito multiplica por 1.354 el riesgo relativo de emancipación residencial que tienen los que ocupan otro lugar en el orden de nacimiento (distinto del ultimogénito). En algunos contextos esto podría ser indicativo de que los hermanos mayores apresuran su emancipación para ayudar a mejorar las condiciones materiales del hogar de origen mediante una migración laboral.

⁴ Estas proporciones están próximas a 30 por ciento para los adultos jóvenes y mayores, y a 40 por ciento para el grupo más joven, y en el caso de los estratos socioeconómicos cercanas a 20 por ciento para los hombres del sector medio y alto, y a 40 por ciento para los del estrato bajo.

Cuadro VI.4.

Efectos de diferentes variables en el calendario de la salida del hogar familiar^a. Hombres. México, 2003

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5 ^c	Modelo 6 ^c
	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>
Control						
Grupo etario						
Jóvenes	0.917	1.012	1.162	1.218	1.183	1.120
Adultos jóvenes	1.018	1.057	1.225	1.249	1.212	1.123
Mayores ^b						
Estrato socioeconómico bajo	0.684**	0.676**	0.777	0.757	0.760	0.754
Origen sociocultural rural	1.09	1.047	1.046	0.992	0.985	0.973
Condición indígena	0.853	0.869	0.837	0.848	0.837	0.838
Explicativas						
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>						
Estructura nuclear		0.746*		0.809	0.812	0.791
Tamaño reducido		0.756*		0.719**	0.716**	0.716**
N	673	672	669	668	668	669
N†	1695	1693	1687	1685	1685	1686
Log pseudo-likelihood	-2590.08	-2574.48	-2399.19	-2385.6	-2389.87	-2476.77
χ^2	12.72*	26.57**	62.07***	77.84***	66.37***	72.76***
G1	5	10	9	14	13	13

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.^b Categoría de referencia.^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro VI.4.
Continuación

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5 ^c	Modelo 6 ^c
	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>
Explicativas						
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>						
Orden de nacimiento						
Primogénito		1.220		1.389*	1.354*	1.307
Ultimogénito		1.017		1.304	1.278	1.190
Otro ^b						
Maltrato físico durante la infancia		1.301*		1.151	1.152	1.197
<i>Experiencia vital</i>						
Nivel de escolaridad deficiente			1.269	1.348	1.348	1.192
Inicio de la vida laboral			1.218	1.190	1.210	1.196
Comienzo de la vida conyugal			0.001***	0.001***	0.001***	
Inicio de la vida como padre			2.432**	2.529**		0.069***
N	673	672	669	668	668	669
N†	1695	1693	1687	1685	1685	1686
Log pseudo-likelihood	-2590.08	-2574.48	-2399.19	-2385.6	-2389.87	-2476.77
χ^2	12.72*	26.57**	62.07***	77.84***	66.37***	72.76***
G1	5	10	9	14	13	13

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.

^b Categoría de referencia.

^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

De acuerdo a los resultados del cuadro anterior, se ve que entrar en unión conyugal (modelo 5) o iniciarse como papá (modelo 6) antes de salir de casa de los padres prácticamente desaparece el riesgo relativo de emanciparse. El riesgo relativo de salir del hogar familiar de los recién casados (o unidos) que establecen su domicilio dentro del hogar de origen es 99.9 por ciento menor que el de los que permanecen solteros. Por su parte, convertirse en padre antes de abandonar el hogar familiar reduce 93.1 por ciento la velocidad con la que los hombres sin descendencia abandonan el hogar de sus padres. Estos resultados permiten suponer que en ciertos contextos y bajo ciertas circunstancias la familia de origen es capaz de brindar un espacio al interior de los hogares, hasta cierto punto independiente, para el establecimiento de un nuevo núcleo familiar. De esta forma, para algunos hombres mexicanos de ciertos contextos emanciparse residencialmente no necesariamente está asociado con dejar la casa de los padres o con cambiar de dirección postal.

VI.5. Camino al altar. Factores asociados a la temporalidad de la primera unión conyugal

La mayoría de las rutas utilizadas por los hombres en México para transitar de la juventud a la adultez tienen como una de sus últimas paradas el establecimiento de un lazo conyugal. Pocos son los casos donde una unión conyugal antecede a un abandono de las aulas, a un primer ingreso al mercado laboral o al inicio de la vida sexual, por mencionar algunos eventos. Además, como ha sucedido con la mayoría de las experiencias vitales que se han estudiado, la temporalidad de la primera unión conyugal de la población masculina mexicana difiere según el grupo etario y el estrato socioeconómico. La evidencia empírica sugiere que el momento en el que los hombres mexicanos se unen por primera vez se ha ido adelantando al paso de las décadas; también que el reloj conyugal de los hombres del estrato menos favorecido está adelantando algún tiempo en relación con el de los hombres del estrato medio y alto. Entonces cabría preguntarse ¿de qué forma los cambios y variaciones en los relojes de las demás experiencias vitales han incidido en el mecanismo que regula el reloj de este evento? O bien ¿la evolución misma de los hogares a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, en cuanto a su estructura o tamaño, ha impactado de alguna forma la temporalidad de la primera unión conyugal? Para responder a estos cuestionamientos en el siguiente cuadro se muestran los resultados de cuatro modelos de regresión de Cox. Cada uno de ellos tiene como variables independientes al conjunto de variables de control (grupo etario, estrato socioeconómico, origen

sociocultural y condición indígena). Además el segundo modelo exhibe el efecto de algunas de las condiciones en el hogar de origen (estructura y tamaño, orden de nacimiento, preferencia religiosa y presencia de maltrato físico durante la infancia). El tercero excluye las relativas al hogar de origen pero incorpora las vinculadas al conjunto de experiencias vitales (temporalidad de la primera relación sexual, nivel de escolaridad, inicio de la vida laboral, emancipación y llegada de la paternidad). El cuarto modelo reúne a todas las variables, y es el modelo que satisface los supuestos estadísticos de la regresión de Cox.

Los resultados del cuarto modelo muestran que los hombres jóvenes, los *treintañeros* en 2003, inician su vida conyugal 1.41 veces más rápido que los mayores (grupo etario 50 a 59 años). Este resultado es consistente con la hipótesis de que el calendario de la primera unión de los hombres mexicanos se está rejuveneciendo, y contrasta ampliamente con la cada vez más tardía entrada en unión de las mujeres mexicanas. Sin embargo, habría que profundizar en este hallazgo ¿por qué los hombres jóvenes acceden a una vida conyugal a edades cada vez más tempranas? O ¿existen algunas características del mercado matrimonial de fin de siglo que favorecen una entrada en unión conyugal temprana? Podrían ser algunas de las preguntas que habría que responder para comprender este sello de la dinámica nupcial mexicana.

Otro aspecto que parecer ejercer cierta influencia sobre el calendario de la primera unión conyugal es la posición de los individuos en su fratría. Ser el primogénito aumenta prácticamente 1.3 veces la rapidez con la que entra en unión conyugal alguien que ocupa otra posición (distinta al de ultimogénito). Como se apuntó anteriormente algunos estudios señalan que en ciertos contextos los hijos mayores deben asumir roles adultos a edades tempranas (Giorguli, 2004), por ello no debe extrañar que la categoría primogénito imprima cierta velocidad a la primera unión conyugal. Es posible suponer que los hijos mayores, a diferencia de sus hermanos, al asumir las responsabilidades adultas también codifican un modelo de lo que es y debe hacer un hombre adulto. De alguna forma puede ser que ellos, los primogénitos, se sientan presionados para mostrar que pueden constituir y mantener un nuevo hogar. Este tipo de pruebas desde la óptica de los estudios sobre masculinidad permiten que los hombres reafirmen su virilidad al probar que son capaces de asumir el papel de jefe de hogar (Rojas, 2002).

Cuadro VI.5.

Efectos de diferentes variables en el calendario del comienzo de la vida conyugal^a. Hombres. México, 2003

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4 ^c
	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>
Control				
Grupo etario				
Jóvenes	1.211	1.236	1.404**	1.410**
Adultos jóvenes	1.122	1.129	1.224	1.217
Mayores ^b				
Estrato socioeconómico bajo	1.373**	1.378**	1.102	1.107
Origen sociocultural rural	1.120	1.137	1.030	1.042
Condición indígena	0.926	0.913	0.846	0.841
Explicativas				
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>				
Estructura nuclear		0.982		1.015
Tamaño reducido		0.881		0.857
N	673	670	669	666
N†	1444	1436	1436	1428
Log pseudo-likelihood	-3628.67	-3606.36	-3569.23	-3547.11
χ^2	20.95***	28.59**	71.82***	78.69***
G1	5	12	12	19

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.^b Categoría de referencia.^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro VI.5.
Continuación

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4 ^c
	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>
Explicativas				
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>				
Orden de nacimiento				
Primogénito		1.241		1.288*
Ultimogénito		1.005		1.168
Otro ^b				
Preferencia religiosa				
Ateo		1.268		0.911
Otra religión		0.940		1.133
Católico ^b				
Maltrato físico durante la infancia		0.885		0.902
N	673	670	669	666
N†	1444	1436	1436	1428
Log pseudo-likelihood	-3628.67	-3606.36	-3569.23	-3547.11
χ^2	20.95***	28.59**	71.82***	78.69***
G1	5	12	12	19

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.

^b Categoría de referencia.

^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro VI.5.
Continuación

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4 ^c
	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>	<i>exp(b)</i>
Explicativas				
<i>Experiencia vital</i>				
Temporalidad de la primera relación sexual				
Virgen ^b				
Temprana			0.863	0.881
Normativa			0.699**	0.702**
Tardía			0.409***	0.416***
Nivel de escolaridad deficiente			1.304*	1.328*
Inicio de la vida laboral			1.422	1.427
Emancipación			0.933	0.923
Inicio de la vida como padre			2.647**	2.681**
N	673	670	669	666
N†	1444	1436	1436	1428
Log pseudo-likelihood	-3628.67	-3606.36	-3569.23	-3547.11
χ^2	20.95***	28.59**	71.82***	78.69***
G1	5	12	12	19

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.

^b Categoría de referencia.

^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Igualmente, digno de mención es la nula significancia estadística del estrato socioeconómico. Con todo, la significancia y magnitud de esta variable en los dos primeros modelos permite suponer que el efecto de dicho indicador se cierne sobre el calendario de la primera unión conyugal a través de alguna (o algunas) de las variables vinculadas con el resto de las experiencias vitales: temporalidad de la primera relación sexual, nivel de escolaridad e inicio de la vida como padre. En este sentido, se puede decir que la experiencia sexual premarital es un mecanismo que le quita celeridad al reloj de la primera unión conyugal. Efectivamente, quienes tuvieron su primera relación sexual a una edad normativa (entre los 17 y los 19 años de edad) disminuyen 29.8 por ciento la velocidad con la que entran en unión conyugal los hombres vírgenes. Es más, aquellos que comenzaron su vida sexual de forma tardía, después de los 19 años de edad, muestran una velocidad 58.4 por ciento más lenta para unirse o casarse por primera vez que los vírgenes. Estos resultados son consistentes con aquellos que señalan que para un sector de la población masculina mexicana el matrimonio o la unión libre ya no son los únicos espacios donde puede comenzar la vida sexual, por lo que podrían estar en posición de posponer el inicio de una vida conyugal (Szasz, 2008; Szasz *et al.*, 2008).

Por otro lado, el nivel de escolaridad mantiene una relación inversa con la temporalidad de la primera unión. Esto es, mientras menor sea la escolaridad del individuo más rápido se enlazarán conyugalmente. De hecho, respecto de los más escolarizados, los que tienen un nivel de escolaridad por debajo del promedio muestran una velocidad a la primera unión conyugal 1.33 veces más alta. Esto podría ser indicativo de que los hombres que están por encima de la escolaridad promedio son capaces de establecer el ritmo en el que desean experimentar ciertos eventos. Es decir, son hombres que tienen ciertas expectativas, que cuentan con cierta visión sobre el futuro, que les permite sobreponerse a presiones externas y que, por ello, son capaces de ajustar el reloj de los eventos a su conveniencia.

Asimismo, no se puede soslayar el hecho de que la llegada del primer hijo promueve el inicio de la vida conyugal. El inicio de la vida como padre multiplica por 2.68 veces el riesgo relativo de entrar en unión de aquellos que no han experimentado la paternidad. Esta situación habla de lo importante que es para las parejas mexicanas que la reproducción biológica ocurra en el marco de un matrimonio o una unión consensual. De hecho, el siguiente apartado permitirá profundizar un poco más en el vínculo entre la nupcialidad y la reproducción.

VI.6. *Uníos y reproducíos. La unión conyugal y otros aspectos que regulan la llegada del primer hijo*

[El matrimonio] es el único medio moral de fundar la familia, de conservar la especie y de suplir las imperfecciones del individuo que no puede bastarse a sí mismo para llegar a la perfección del género humano.

Epístola de Melchor Ocampo

El apartado anterior permitió ver hasta cierto punto el fuerte lazo que existe entre el inicio de la vida conyugal y el inicio de la vida como padres. En esa ocasión se detectó la influencia que ejerce la llegada del primer hijo sobre la temporalidad de la primera unión conyugal. Sin embargo, los resultados del quinto capítulo permitieron conjeturar que, sin distingo etario o socioeconómico, el nacimiento del primer hijo acontece al poco tiempo de celebrarse el primer enlace conyugal. Pero ¿la fuerza que se presume ejerce el matrimonio (o unión libre) sobre el momento en el que los hombres se convierten en padres se mantiene si además se controla el efecto por el origen sociocultural y la condición indígena?, ¿el resto de experiencias vitales regulan de alguna forma la llegada del primer hijo?, ¿las condiciones en el hogar de origen dejan su impronta en la fecha de nacimiento de la nueva generación?, o ¿de qué forma incide en el calendario de la llegada del primer hijo las prácticas anticonceptivas de los hombres mexicanos? Para elaborar las respuestas a estas preguntas en el cuadro VI.6 se exponen los resultados de siete modelos semiparamétricos de riesgos proporcionales que vinculan algunos de estos aspectos con el momento en el que la población masculina mexicana se convierte en padre. Todos los modelos son controlados por las variables grupo etario, estrato socioeconómico, origen sociocultural y condición indígena. Del segundo modelo al sexto se incorporan de forma excluyente cada una de las dimensiones de análisis. Es decir, el modelo dos introduce las variables relativas a las condiciones en el hogar de origen, el tres la correspondiente a la comunicación con los padres, el cuatro la propia a las prácticas anticonceptivas, el cinco la que refiere a las pautas sobre masculinidad y el seis las referentes a la experiencia vital. En el séptimo modelo se reúnen a todas las variables de todas las dimensiones de análisis y se procura que cada una de ellas cumpla el supuesto de proporcionalidad del riesgo y que la correlación que guarden entre sí sea menor a 50 por ciento.

Así, los resultados del modelo siete sugieren que cada vez los hombres mexicanos se convierten en padres a edades más tempranas. Este hecho concuerda con lo que se observó en el quinto capítulo de esta investigación. De acuerdo a este modelo, los jóvenes tienen una velocidad de inicio de su vida reproductiva casi 1.5 veces mayor que sus pares mayores, y no sólo eso, los adultos jóvenes tienen una celeridad prácticamente 1.4 veces por encima de la que marca el velocímetro reproductivo de los hombres mayores. No obstante, lo que llama la atención de este resultado es que en una primera instancia se supuso que este comportamiento se explicaba en gran medida por el proceso de rejuvenecimiento que atraviesa la primera unión conyugal, pero en el séptimo modelo de regresión se está controlando el efecto de la entrada y del tipo de unión conyugal. Esto, entre otras cosas, debe alertar sobre el papel y los alcances que ha tenido la política de población puesta en marcha en el año de 1974, pues entre sus preceptos está el posponer el inicio de la vida reproductiva.

Por otro lado, pareciera que las particularidades estructurales del hogar de origen de los hombres mexicanos no dejan una profunda huella al momento de manifestar por primera vez su capacidad reproductiva. Sin embargo, se observa que algunas características de los individuos asociadas a las condiciones del hogar de origen pueden imprimir cierta celeridad al momento en que se convierten en padres. Al igual que en el calendario de la primera unión, parece que los hijos mayores, a diferencia de sus hermanos, son más propensos a convertirse en padres a edades tempranas. Ostentar la categoría primogénito en una fratría tiene un riesgo relativo de iniciar la vida como padre 29.2 por ciento por encima del referido para el resto de sus hermanos (distintos del ultimogénito). Hasta ahora se sabe que el entorno familiar en ocasiones orilla a los hijos mayores a asumir roles adultos (Giorguli, 2004) y se ha visto que posiblemente estos mismos hombres son más propensos a adelantar algunos eventos (primera relación sexual y primera unión conyugal) para ajustar su trayectoria de vida a los requerimientos y expectativas adultas que se despliegan sobre ellos. De acuerdo con algunos estudios, en el caso de los hombres mexicanos, la reproducción y la crianza constituyen uno de los pasos fundamentales en el tránsito de la juventud a la vida adulta (Rojas, 2008). Para Norma Fuller (2000), el momento en el que los hombres tienen un hijo marca el fin de la juventud, significa asumir nuevas responsabilidades, priorizar la consolidación familiar, al tiempo que les permite confirmar su virilidad.

Cuadro VI.6.

Efectos de diferentes variables en el calendario de la llegada del primer hijo^a. Hombres. México, 2003

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5	Modelo 6	Modelo 7 ^c
	<i>exp(b)</i>						
Control							
Grupo etario							
Jóvenes	1.234	1.280	1.254	1.256	1.199	1.384*	1.526**
Adultos jóvenes	1.252	1.280*	1.282*	1.264	1.223	1.246	1.340*
Mayores ^b							
Estrato socioeconómico bajo	1.382**	1.411**	1.386**	1.349*	1.413**	1.058	1.019
Origen sociocultural rural	1.082	1.089	1.069	1.079	1.096	0.935	0.940
Condición indígena	0.818	0.831	0.859	0.805	0.852	0.973	0.988
Explicativas							
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>							
Estructura nuclear		1.061					0.966
Tamaño reducido		0.810					0.954
N	673	670	665	673	673	647	637
N†	1938	1930	1919	1938	1938	1882	1857
Log pseudo-likelihood	-3427.89	-3401.55	-3384.63	-3425.88	-3426.35	-2851.25	-2779.04
χ^2	18.06**	30.60**	18.75**	20.88**	20.18**	27687***	32027***
G1	5	12	6	6	6	13	23

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.^b Categoría de referencia.^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro VI.6.
Continuación

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5	Modelo 6	Modelo 7 ^c
	<i>exp(b)</i>						
Explicativas							
<i>Condiciones en el hogar de origen</i>							
Orden de nacimiento							
Primogénito		1.400**					1.292*
Ultimogénito		1.169					1.226
Otro ^b							
Preferencia religiosa							
Ateo		1.264					0.991
Otra religión		1.099					1.458*
Católico ^b							
Maltrato físico durante la infancia		0.961					1.014
<i>Comunicación con los padres</i>							
Anticoncepción			0.939				1.006
N	673	670	665	673	673	647	637
N†	1938	1930	1919	1938	1938	1882	1857
Log pseudo-likelihood	-3427.89	-3401.55	-3384.63	-3425.88	-3426.35	-2851.25	-2779.04
χ^2	18.06**	30.60**	18.75**	20.88**	20.18**	27687***	32027***
Gf	5	12	6	6	6	13	23

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.

^b Categoría de referencia.

^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro VI.6.
Continuación

Variables independientes	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5	Modelo 6	Modelo 7 ^c
	<i>exp(b)</i>						
Explicativas							
<i>Prácticas anticonceptivas</i>							
Uso habitual de algún método				0.788			0.715*
<i>Pautas sobre masculinidad</i>							
Valoración reproductiva					0.797		0.923
<i>Experiencia vital</i>							
Temporalidad de la 1ra relación sexual							
Temprana						1.121	1.123
Normativa ^b							
Tardía						0.984	0.970
Nivel de escolaridad deficiente						1.160	1.175
Inicio de la vida laboral						1.074	1.014
Emancipación						1.085	1.009
Comienzo de la vida conyugal						15.31***	16.81***
Tipo de primera unión: consensual						0.497**	0.521**
N	673	670	665	673	673	647	637
N†	1938	1930	1919	1938	1938	1882	1857
Log pseudo-likelihood	-3427.89	-3401.55	-3384.63	-3425.88	-3426.35	-2851.25	-2779.04
χ ²	18.06**	30.60**	18.75**	20.88**	20.18**	27687***	32027***
G1	5	12	6	6	6	13	23

Significancia de las variables: ***p<0.001; **p<0.01; *p<0.05.

^a Resultados del modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales.

^b Categoría de referencia.

^c Modelo que no viola el supuesto de proporcionalidad del riesgo y cuyas variables explicativas guardan una correlación menor a 50 por ciento.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

No menos relevante es la influencia que algunos entornos religiosos le imprimen a la temporalidad de la reproducción. La velocidad con la que se convierten en padres los hombres que profesan alguna religión distinta a la católica es 45.8 por ciento mayor que la de los católicos. Para dar explicación a este resultado se supone que corrientes religiosas como la cristiana, la evangélica, la protestante o la que reúne a los testigos de Jehová son aún más conservadoras que la católica. Estos espacios un tanto más tradicionales podrían regular, favorecer, incluso enaltecer con mayor ímpetu las relaciones de género asociadas al sistema de parentesco y a la familia “tradicional”. De ahí que los practicantes de estas religiones estén más próximos a los preceptos sobre la masculinidad y encuentren en la paternidad una forma de confirmarse como hombres.

Hasta este momento se ha relatado que la posición de nacimiento y la preferencia religiosa pueden imprimir cierta celeridad a la llegada de la paternidad, pero sobre todo se destaca que, independientemente de la entrada en unión conyugal o la modalidad de este enlace, al paso de las décadas los hombres mexicanos se convierten en padres a edades cada vez más tempranas. No obstante, ¿si estos hombres no están postergando la llegada de su primer hijo, cómo se explica que los niveles de fecundidad hayan disminuido durante los últimos 30 años del siglo pasado? Según se relató en *México de mis recuerdos: La vida en México durante la segunda mitad del siglo XX* el descenso de la fecundidad mexicana se asocia principalmente a la modificación de los ideales reproductivos (Lerner y Quesnel, 1994) y a los programas de planificación familiar que difundieron el uso de anticonceptivos modernos (Mier y Terán, 1991; Mier y Terán y Partida, 2001). En relación a la difusión de los métodos anticonceptivos modernos, algunos estudios reportan el incremento en la prevalencia de su uso entre las mujeres mexicanas (Palma y Echarri, 1992), y aún cuando son pocos los hombres mexicanos que reportan usar algún método anticonceptivo para controlar su descendencia, según se discute en el cuarto capítulo de esta investigación, la proporción de los que usan alguno de forma regular se ha incrementado significativamente durante las últimas décadas del siglo XX. Asimismo, Irene Casique (2008) con datos de la Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar de 1996 encuentra que mayoritariamente los hombres mexicanos son favorables a la planificación familiar y dicen que la responsabilidad de decidir cuántos hijos tener y de hacer algo para no tenerlos es una realidad que comparten con su pareja. Tal vez por todo ello se encuentra que el uso habitual de métodos anticonceptivos reduce prácticamente 28.5 por ciento la velocidad con

la que se convierten en padres aquellos que no usan de manera regular algún método para desalentar su reproducción.

Por último, los resultados del séptimo modelo muestran sin titubeos el importante vínculo entre el inicio de la vida conyugal y el inicio de la paternidad. El inicio de la vida conyugal multiplica por poco más de 16 veces el riesgo relativo de convertirse en padre respecto de aquellos que viven en soltería. En este sentido, esta investigación se suma a lo expuesto por Olga Rojas (2002) en relación a que la entrada en unión para los hombres mexicanos aparece como un evento detonante de la vida reproductiva. Además, el tipo de unión conyugal marca considerablemente el calendario de llegada del primer hijo. Si la primera unión conyugal se establece de manera consensual el riesgo relativo de convertirse en padres es 48 por ciento menor que el de aquellos cuyo primer enlace estuvo enmarcado por algún tipo de liturgia. Este resultado pudiera estar reflejando, entre otras cosas, que una unión conyugal legal es percibida por los hombres mexicanos como una unión más estable y duradera, el espacio idóneo para la reproducción. En cambio, quienes se unen consensualmente probablemente primero necesiten cierto tiempo para constatar la estabilidad de la relación antes de pensar en la llegada de primer hijo. De esta forma, es posible pensar que los resultados relativos al calendario y al tipo de unión, siguiendo a Julieta Quilodrán (1993b), estarían resaltando dos aspectos de la dinámica nupcial mexicana: (1) para la mayoría de los hombres mexicanos la familia ocupa un lugar importante como centro de reproducción biológica, toda vez que la entrada en unión conyugal aparece como un interruptor que desencadena la reproducción de las parejas mexicanas; y (2) las diferentes modalidades de unión conyugal están vinculadas con distintas formas de percibir a la familia y diferentes maneras de comprender e iniciar la reproducción.

Consideraciones finales

El objetivo de esta tesis doctoral fue estudiar el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos durante la segunda mitad del siglo XX, para lo cual se supuso que: (1) los profundos cambios experimentados por el país en las últimas cinco décadas del siglo pasado dejaron su impronta en la configuración del tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos, y (2) la asunción de roles adultos de esta población está mediada por el cumplimiento principalmente de tres de los mandatos de la masculinidad: inicio de la vida sexual, manifestación de la capacidad reproductiva y el rol de proveedor. Para alcanzar esta meta, se recurrió a la perspectiva de curso de vida, pues sus categorías analíticas permiten una visión menos parcial, más integral y satisfactoria del tránsito a la vida adulta. Además, se enriqueció el esquema tradicional de transición a la adultez revisando la forma en la que otras disciplinas sociales han concebido el periodo que antecede a la adultez. Tal ejercicio permitió considerar al inicio de la vida sexual como un elemento definitorio del tránsito a la vida adulta, ya que la sexualidad como espacio de poder y lugar donde convergen deseos, comportamientos, prácticas y hábitos en torno al cuerpo, juega un papel central en la vida de las personas, y como tal, debe formar parte del proceso de

maduración psicológica y social que presupone dicha transición. Además, el espíritu de la investigación y la propia “naturaleza” de la población objetivo reclamaban ampliar la mirada del esquema tradicional de *transición a la adultez*. Así, la aproximación teórica inicial fue complementada con algunos desarrollos conceptuales del enfoque de género, en particular de los estudios sobre masculinidad.

Igualmente, se dedicó un espacio para caracterizar el contexto histórico en el que se enmarca esta disertación doctoral. Centrando la atención en algunos aspectos acontecidos en México, durante la segunda mitad del siglo XX, que se considera pudieron haber dejado huella en los primeros años de vida de la población masculina. Por ejemplo, el lapso de prosperidad seguido de los periodos de crisis y ajustes económicos, el reingreso de las mujeres la fuerza de trabajo, la evolución del mercado laboral, los procesos de modernización y de urbanización, el incesante flujo migratorio hacia Estados Unidos, la expansión del sistema educativo, el descenso de las tasas de mortalidad y fecundidad, el incremento en la esperanza de vida, el extraordinario crecimiento de la población, la revalorización del tamaño de la descendencia y la amplia difusión de métodos anticonceptivos, son algunos de los eventos que conforman el escenario en el que los hombres mexicanos vivieron su infancia, socializaron su juventud y transitaron a la vida adulta.

La parte empírica de esta investigación puso énfasis en el estudio, desde una perspectiva longitudinal y socioeconómica, del calendario e intensidad de las experiencias vitales: inicio de la vida sexual, abandono del sistema escolar, primer ingreso al mercado laboral, salida del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y llegada de la paternidad; y en el examen del efecto de ciertos aspectos de orden social, familiar e individual sobre la temporalidad de dichos eventos. La herramienta estadística utilizada se desprende del análisis de supervivencia. A saber, para determinar el calendario e intensidad de los eventos se usó la técnica de tabla de vida y para captar la influencia de ciertos factores sobre la temporalidad de las transiciones se recurrió al modelo semiparamétrico de riesgos proporcionales o modelo de regresión de Cox. La fuente de información se encuentra en el cuestionario para hombres de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 2003. A este respecto, al evaluar la calidad de la información de la submuestra de hombres de 30 a 59 años de edad se encontró que los datos no precisan de un tratamiento extra para su uso. No obstante, es justo recordar que el conjunto final de observaciones es un tanto reducido (682 casos), por lo que los resultados que se desprenden de esta investigación deben leerse e interpretarse con cierta cautela.

Una vez dicho lo anterior, en lo que sigue se retoman algunos de los principales hallazgos de esta disertación doctoral a fin de presentar en la última parte de esta sección una reflexión de conjunto sobre el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos durante la segunda mitad del siglo XX.

Cadencia y rutas a la vida adulta

En general, se vio que del millar de posibles rutas a la vida adulta, la población masculina mexicana empleó sólo un centenar. No obstante, una red de apenas una quincena de rutas concentró el recorrido de tres cuartas partes de la población objetivo. Más aún, la mitad de estas personas emprendieron el camino a la adultez sólo por un puñado de ellas. Lo que sí, es que al paso del tiempo se fueron explorando nuevos derroteros. Los jóvenes respecto de los mayores trazaron más itinerarios a la vida adulta. Aunque al paso de las décadas persistió el fenómeno que se describe al inicio: un reducido número de trayectos sedujo a una amplia porción de la población. También se halló que en el estrato socioeconómico bajo se emplearon más rutas para dejar atrás la juventud. Sin embargo, en el sector mejor posicionado se encontró una mejor distribución sobre ellas. Estos resultados sugieren que una mayor diversificación de rutas no necesariamente estuvo asociada con una mayor distribución, y que las condiciones socioeconómicas jugaron a ampliar o reducir el número de vías por las que se puede llegar a la vida adulta.

Por lo demás, la ruta más transitada a lo largo del tiempo y entre la población del estrato socioeconómico bajo es la que comienza con el abandono de la escuela, seguida del primer trabajo y el inicio de la vida sexual, para después salir del hogar familiar, entrar en unión conyugal y convertirse en padre. El segundo derrotero más recorrido es prácticamente el mismo que el anterior, sólo que éste no incluye la salida del hogar familiar. La tercera ruta más socorrida difiere de la primera en el orden en el que se experimentan los eventos abandono de la escuela y primer ingreso al mercado laboral (además, ésta es la ruta que más hombres del estrato medio y alto emplearon para pasar de jóvenes a adultos). Con todo lo anterior, se advierte que los hombres en México de acuerdo a su época y condiciones socioeconómicas articularon y dieron forma al camino que hubo de conducirlos a la vida adulta, y por tanto se advierte complicado asegurar que haya existido un único orden normativo en todo el trayecto a la vida adulta.

Conjuntamente, en promedio cada uno de los eventos ocurrió en intervalos temporales más o menos dilatados. El primer cambio de estatus aconteció entre los 13 y los 15 años de edad, el segundo entre los 16 y los 18 años de edad, el tercero entre los 19 y los 21 años de edad, el cuarto entre los 22 y los 24 años de edad, el quinto y sexto después de los 26 años de edad. Además, la acumulación de estas experiencias vitales sucedió a distintos ritmos. Tal pareciera que conforme se fue acercando el final del siglo pasado los hombres mexicanos apresuraron el paso para adquirir a edades tempranas roles adultos. Hasta antes de los 30 años de edad, la población masculina más joven en 2003, en relación con los más viejos, mostraron en promedio un mayor número de eventos experimentados a cada edad. Asimismo, otro elemento que le imprimió cierta celeridad al tránsito a la vida adulta es el estrato socioeconómico. Los hombres del estrato socioeconómico bajo, en comparación con los del medio y alto, incrementaron con mayor rapidez el conjunto de experiencias vividas a cada edad.

La primera relación sexual

A pesar de que la literatura tradicional sobre transición a la vida adulta no contempla el estudio de esta experiencia vital, en esta investigación se considera que este evento como travesía peligrosa, como evento que separa a las esferas infantil y adulta, como acontecimiento con el que se inicia, biológicamente hablando, el periodo reproductivo o como una conjunción de todos estos elementos, exhibe la forma en cómo los jóvenes asumirán las responsabilidades adultas que se despliegan sobre ellos.

En el caso de los hombres mexicanos, la primera relación sexual ocupa el espacio temporal entre la esfera pública (salida de la escuela y entrada al mercado laboral) y la esfera familiar (abandono del hogar familiar, comienzo de la vida conyugal y nacimiento del primer hijo). En general, prácticamente uno de cada dos hombres se inicia sexualmente antes cumplir 18 años de edad. Además, entre los 16 y los 21 años de edad más de la mitad de la población masculina mexicana experimenta el primer coito. Aunque a lo largo del tiempo y entre los estratos socioeconómicos la edad a la primera relación sexual presenta ligeras variaciones. Los resultados permiten atestiguar cierto rejuvenecimiento en el inicio de la vida sexual de estos hombres, el cual puede estar asociado a un cambio en los patrones de control de la sexualidad ocurrido en la década de los sesenta. Al parecer, en aquella época la población masculina mexicana encontró y se hizo de elementos para bifurcar el sendero sexo-reproductivo. Ante esto,

es posible considerar que el “amor libre” (cambio en la actitud y comportamiento sexual) y la “píldora” (programas de planificación familiar) redundaron en esquemas de transición a la vida adulta con experiencias sexuales tempranas. Una situación similar a este cambio social puede estar ocurriendo a pequeña escala temporal en el interior de los hogares. Es posible suponer que los hijos menores, a la luz (o sombra) de las experiencias de los hijos mayores, enfrentan ambientes familiares si no más permisivos si menos restrictivos en materia sexual. Asimismo, los hijos mayores estarían adelantando su debut sexual para ajustarse al modelo adulto que se cierne sobre ellos, mismo que los lleva a asumir roles adultos a edades tempranas. En contra parte, se halla que cierto conocimiento en materia anticonceptiva favorece un inicio tardío de la vida sexual. Probablemente estos hombres estén más próximos a un ejercicio responsable de la sexualidad, a un ejercicio adulto de la misma. En consonancia con esto, se encuentra que un nivel de escolaridad mayor o igual al promedio resta celeridad al comienzo de la vida sexual. En suma, es factible pensar que una mayor instrucción le permite a los hombres mexicanos distanciarse de las pautas sobre masculinidad que promueven una actividad sexual temprana y una experiencia sexual abundante para que no se ponga en entre dicho su identidad como hombre.

El abandono de la escuela

Tal vez en ningún evento como éste es posible observar las manos del Estado dando forma al tránsito a la vida adulta. En México dos características del sistema educativo han dejado su estampa en el flujo vital de la población masculina. Por un lado, la forma como están articulados los distintos niveles escolares; y por otro, la propia expansión del sistema escolar. Estos hechos explican en buena medida por qué la edad mediana a la salida de escuela se ha postergado cerca de tres años entre la década de los cincuenta y ochenta. No obstante, es posible apreciar una amplia brecha en el alcance escolar por estrato socioeconómico. A proporciones iguales de hombres por estrato, los mejor acomodados sacaron una ventaja a sus pares del estrato socioeconómico bajo de poco más de un ciclo escolar de tres años. En este sentido, haber socializado durante la infancia en un espacio rural aumenta el riesgo relativo de abandonar los salones de clase. Lo mismo ocurre con los hablantes de alguna lengua indígena, ellos prácticamente duplican la velocidad con la que salen de la escuela. Para poner estos resultados en perspectiva, es preciso recordar que aproximadamente siete de cada diez hombres mexicanos

pertenecen al estrato socioeconómico bajo, que tres de cada cuatro tuvieron una niñez rural y que una décima parte es hablante de alguna lengua indígena. Todo esto redundando en que al menos tres cuartas partes de la población masculina estuvo expuesta a una de estas condiciones que bien lo pudo haber llevado a una deserción escolar temprana, y en consecuencia, a una reducción en las posibilidades de acumulación de capital humano y a una posibilidad de ascenso social limitada. En contrapartida, como ocurre con otras situaciones, algunas dinámicas familiares pueden revertir en un tanto el efecto adverso de ciertas características contextuales. Al parecer, no importa el tipo de estructura del hogar de origen o si éste es amplio o reducido, los hogares en ocasiones, al paso de los hijos y de las distintas fases del ciclo familiar, encuentran formas, tejen arreglos, para que los hijos menores prolonguen su estadía en las aulas.

La entrada al mercado laboral

La historia económica de México durante la segunda mitad del siglo XX se puede resumir en un relato que inicie hablando de un periodo de prosperidad, seguido de uno de languidez, después uno crisis, más adelante uno de ajuste y cambio de modelo, continúe con uno de una nueva crisis y remate con uno de cierto estancamiento. En esta trama, además, se desarrollaron otras historias. Por ejemplo, el mercado laboral se mudó del campo a un sector industrial fortalecido y finalizó en Ampliación servicios, esquina con Informalidad. También, la talla de la población, sobre todo en edades laborales, pasó de mediana a grande y terminó el siglo en muy grande, pero cada vez creciendo a un ritmo más lento. Igualmente, en todo este marco el gobierno mexicano realizó un esfuerzo considerable por ampliar la cobertura del sistema educativo nacional. Estos sucesos, en conjunción con otros, marcaron de alguna forma la temporalidad de la primera entrada al mercado laboral de los hombres. De hecho, el vínculo entre la salida de la escuela y la entrada al mercado laboral es tan fuerte que se puede pensar que algunas características contextuales inciden sobre el calendario del primer ingreso al mercado laboral a través de la salida de la escuela.

Además, en el transcurso de este periodo la edad mediana de los hombres mexicanos al inicio de la vida laboral pasó de 15 a 16 años, y entre los estratos socioeconómicos se encontró que la mitad de los hombres del sector bajo comenzaron a trabajar a los 15 años de edad, dos y medio años antes que los del estrato medio y alto. Más aún, casi cuatro quintas partes de la población masculina mexicana de finales de la centuria pasada y de todas las posiciones

socioeconómicas comenzaron a trabajar antes de los 20 años de edad. De la mano de estos resultados, es posible suponer que sin importar el contexto histórico que acompañe la vida de la población masculina mexicana todos deben comenzar a trabajar a una edad temprana. Llegada cierta edad el entorno social mexicano promueve que los jóvenes se conviertan en seres productivos, pues el primer empleo en la vida de estos hombres es constitutivo de una trayectoria laboral que eventualmente les facilitará alcanzar el estatus de proveedor al interior de su núcleo familiar. Al mismo tiempo, a falta de estudiar la evolución posterior de la trayectoria laboral (es decir, examinar el impacto del devenir económico del país durante la segunda mitad del siglo XX, entre otras cosas, sobre los itinerarios laborales de la población masculina mexicana), esta ocupación será uno de los primeros factores que junto con otras experiencias vividas, otros mandatos cumplidos, alimentarán su prestigio al interior del grupo social y por tanto los posicionará de mejor forma en la sociedad.

La salida del hogar familiar

Entre vivir con los padres y la plena autonomía residencial la población masculina mexicana pudo haber pasado por múltiples etapas, algunas de ellas posiblemente involucraron varias entradas y salidas del seno familiar. En este marco de referencia se encontró que cada día los hombres permanecen más tiempo en el hogar de origen. De hecho, sin importar la época de que se trate o la posición socioeconómica, es posible encontrar a un cuarto (al menos) de la población masculina mexicana de treinta años viviendo en casa de sus padres. Durante la segunda mitad del siglo pasado la población masculina llevó la edad mediana de la emancipación residencial de los 25 a los 27 años, tal vez porque las condiciones laborales que les tocó vivir a los nacidos en la década de los cuarenta propiciaron mejores condiciones para experimentar este evento. También, entre los distintos grupos socioeconómicos se encontró esta edad próxima a los 26 años y medio para los hombres pertenecientes al estrato bajo, y 25 años para los del sector socioeconómico medio y alto, lo cual posiblemente esté asociado a que en contextos desfavorables los hogares se contraigan para asegurarse un mayor número de fuentes de ingreso.

No obstante, la impronta del paso del tiempo y del estatus socioeconómico sobre la temporalidad de la emancipación residencial puede desplegarse de otras formas. Por ejemplo, se observó que al paso de las décadas los hogares mexicanos fueron reduciendo su tamaño, y se halló que la población masculina que compartió espacio con pocos hermanos redujo la velocidad

de abandono del hogar familiar. Quizá con fratrías reducidas los padres pueden destinar más tiempo y recursos para el desarrollo de sus hijos, con lo que se desestimaría una deserción filial temprana. Por otra parte, se advirtió que los hombres mexicanos nacidos en la década de los sesenta se unieron o convirtieron en padres antes de lo que lo hicieron las generaciones que los precedieron. En este contexto, los hombres de finales del siglo pasado tuvieron menos tiempo para acumular los recursos que les permitan edificar, comprar o alquilar un hogar distinto al de sus padres para establecer el nuevo núcleo familiar. De hecho, entre tres y cuatro hombres de cada diez permanecieron al menos un año en casa de los padres después de formar la nueva familia. Además esta situación, es preciso recordar, prácticamente desaparece la posibilidad de abandonar el hogar de origen en otro momento. Así, es posible suponer que en épocas actuales y en contextos populares la familia de origen facilita la creación de un espacio residencial al interior de los hogares para el establecimiento de un nuevo núcleo familiar. Dando como resultado, paradójicamente, que la emancipación de este grupo no necesariamente esté asociada a un cambio de dirección postal.

La primera unión conyugal

En muchas ocasiones el epicentro e hipocentro de la reproducción biológica y social convergen en la vida conyugal. La relevancia de este espacio puede significar cambios en la posición social de los individuos que abandonan la soltería. En el caso de los hombres, además, permitiría reafirmar su condición masculina al probar a su entorno que son capaces de asumir la jefatura de un hogar. En este juego de valoraciones y evaluaciones relacionadas con la dinámica nupcial, prácticamente todos los hombres en México establecen su primer lazo conyugal antes de cumplir 30 años de edad. De hecho, entre seis y siete hombres de cada diez se une por primera vez a los *veintitantos* años de edad. No obstante, la temporalidad del primer enlace se impregnó del paso del tiempo y del espacio socioeconómico. En poco más de tres décadas la población masculina mexicana adelantó en cerca de un año la edad mediana a la primera unión, al pasar de 23.4 años a 22.4 años. En los sectores populares la mitad de los hombres se unen apenas sobrepasan los 22 años de edad, dos años antes que en los espacios medios y altos. Con ello, la mayor parte de las rutas a la vida adulta tienen como una de sus últimas paradas el establecimiento de una unión conyugal, y por consiguiente algunas particularidades del trayecto pueden influir en la temporalidad de este evento. Por ejemplo, partir de la posición de primogénito anticipa la llegada

del matrimonio o unión consensual, es posible que esto se deba a que esta pieza del reloj conyugal permite a los individuos que la poseen sincronizarse con la asunción de otros roles adultos que les son impuestos. Detenerse en una experiencia sexual premarital retrasa el arribo de las primeras nupcias o de la primera unión consensual, situación que estaría delatando que en determinados espacios, bajo ciertas condiciones, las esferas de la sexualidad y la reproducción son ajenas. Por otra parte, abreviar la parada en la escuela lleva a un rápido inicio de la vida conyugal, posiblemente una prolongada estadía en la escuela otorga ciertos elementos que permiten sosegar el ritmo con el que se experimentan algunos eventos. Además, la postrimería de la soltería parece acortarse de forma importante si se pasa antes por el nacimiento del primer hijo, lo cual exhibe la valía que tiene para la población masculina mexicana que la reproducción biológica ocurra en el marco de un matrimonio o una unión consensual.

El nacimiento del primer hijo

En muchos espacios, la paternidad es constitutiva de la masculinidad. En México los hombres pueden ser sujetos de cierta presión social para que reafirmen y comprueben su virilidad a través de la reproducción. De acuerdo a nuestras definiciones y resultados, para una importante parte de la población masculina la procreación advierte la llegada del final del tránsito a la vida adulta. Al finalizar el siglo pasado, cuatro de cada cinco hombres en México se convirtieron en padres antes de cumplir 30 años de edad. El calendario del nacimiento del primer hijo sigue el mismo comportamiento que el de la primera unión conyugal. La diferencia entre las edades medianas de estos dos eventos es apenas de un año y medio. Tal es la cercanía, que para ocho de cada diez hombres el nacimiento del primer hijo ocurrió entre uno y dos años después de entrar en unión conyugal. Además, es tal la sincronía, que la armonía entre estos eventos es perceptible a través de las generaciones y entre estratos socioeconómicos. Efectivamente, la temporalidad del advenimiento de la paternidad también atraviesa por un proceso de rejuvenecimiento. Hace unas décadas, más de la mitad de los hombres mexicanos se convirtió en padre antes de cumplir 25 años de edad y al terminar la centuria pasada uno de cada dos primogénitos tuvo un padre de menos de 24 años. Asimismo, al segmentar la población por estrato socioeconómico se encuentra que en el sector socioeconómico bajo la edad mediana al nacimiento del primer hijo fue de 23.6 años, y de 25.6 años para la población masculina mexicana del estrato medio y alto. Asimismo, el tipo de unión conyugal marca considerablemente el calendario de llegada del primer hijo.

Pareciera que las uniones legales son más propicias que las consensuales para la reproducción biológica. También, algunos espacios religiosos, distintos del católico, imprimen cierto vértigo al calendario reproductivo. Es posible que esto se deba a que estos espacios de culto son un tanto más conservadores que el católico y por tanto más próximos a relaciones de género que promuevan esquemas de familia “tradicional” o pautas más rígidas sobre masculinidad vinculadas a la reproducción y a la crianza. De igual forma, algunas características y prácticas de los individuos asociadas a las condiciones del hogar de origen pueden regular hasta cierto punto la llegada del primer hijo. Por ejemplo, los hermanos mayores de una fratría son más propensos a convertirse en padres a edades tempranas, es posible que esto se asocie con a las exigencias y expectativas adultas que se despliegan sobre ellos. En contraparte, se encuentra en que entre los hombres mexicanos el uso habitual de métodos anticonceptivos dilata el arribo del primogénito. Lo cual constituye un logro, si se quiere modesto por el número de hombres que reportan su uso, de los programas de planificación familiar.

Ni principio, ni final... simplemente en transición

Hasta hace no mucho la gente solía referirse a mí como *Joven*. De un tiempo para acá, cada vez escucho más voces que dicen: *Deja pasar al señor, No molestes al señor o Buenos días, señor, en qué puedo servirle*. Por “fortuna”, mi madre me sigue diciendo *Cachorro*.

La gente con la que nos cruzamos suele emitir juicios y valoraciones basadas únicamente en evidencia visual. Otros, posiblemente más cercanos, profundizan un tanto. Recuerdan un poco nuestra historia, y a la evidencia visual agregan datos de archivo. Unos más, quizá los menos, digamos, nuestro primer círculo, nos conocen tanto que simplemente se resisten a vernos crecer. Pero ¿cómo nos clasificamos a nosotros mismos? Posiblemente lo que vemos frente a un espejo es un complejo entramado que articula nuestra voz con la de los demás. A veces, en algunos espacios, en algunos momentos, las voces de los demás son más fuertes que la nuestra. En otras, las condiciones pueden propiciar que nuestra voz acalle la de los otros. Y cómo investigador ¿cómo catalogamos a los que nunca hemos visto, a los que sabemos que están o que han estado, pero que no conocemos? Una vía invita a comenzar leyendo cómo lo han hecho otros, también

ayuda realizar un inventario de los elementos con los que cuenta: datos, referencias bibliográficas especializadas, nuestra propia experiencia en investigación, etc., y no menos oportunas son las voces de expertos que pueden orientar en caso de confusión. Básicamente, ésta fue la forma como se construyó *Hombres transitando a la vida adulta en México durante la segunda mitad del siglo XX*.

No obstante, como toda investigación esta tesis es perfectible. A pesar de algunas limitaciones metodológicas, inherentes sobre todo a la fuente de información (tamaño de muestra reducido; sesgo ocasionado por la muestra dirigida sólo a hombres unidos o alguna vez unidos –a pesar de la restricción a mayores de 30 años–; posibilidad de inexactitud en la declaración de las edades a los eventos en las generaciones más antiguas; imputaciones realizadas sobre la temporalidad de determinadas circunstancias o condiciones, por ejemplo, la implementación de supuestos sobre la temporalidad del estrato socioeconómico, incluso sobre el carácter temporal de algunas condiciones del hogar de origen, del vínculo con los padres y de ciertos referentes vinculados a conocimientos, prácticas y comportamientos en materia sexual y reproductiva), esta disertación doctoral permitió establecer que el tránsito a la vida adulta de los hombres mexicanos es la historia de un proceso dinámico, propenso a ser temporizado por algunos mandatos de masculinidad, cada vez más acelerado y cuyo vértigo se acentúa en los sectores socioeconómicos menos favorecidos. Las condiciones de desigualdad socavan el periodo de estancia en la escuela y apresuran el ingreso al mercado laboral. El trayecto a la adultez de la población masculina mexicana encuentra un remanso en el inicio de la vida sexual. La invariabilidad longitudinal y socioeconómica de esta experiencia vital de alguna forma expone la subordinación del reloj biológico a un reloj sociocultural. Todo hombre que se precie de serlo debe abandonar al grupo de los infantes mediante el primer coito. Después, las primeras elecciones (cuando se puede elegir) o reacciones (cuando no queda más remedio) marcan el ritmo de llegada del resto de las experiencias vitales. El primer enlace conyugal llega cada vez más rápido y con él, casi de inmediato, el nacimiento del primer hijo. Al mismo tiempo la estancia en casa de los padres se prolonga y en ocasiones esto, en combinación con la fundación de un nuevo núcleo familiar, puede cancelar la posibilidad de una vida independiente del hogar familiar

Ahora bien, imaginando perspectivas futuras de investigación, sería interesante examinar si la injerencia de la posición socioeconómica varía de una generación a otra (ya sea, mediante el uso de interacciones o comparando modelos separados para cada cohorte o generación), esto,

dado que se reportó el efecto del estrato socioeconómico sobre el tránsito a la vida adulta para el conjunto de la población. También, resultaría atractivo incorporar nuevas generaciones, población masculina nacida en la década de los setenta o posterior, para examinar si las tendencias relatadas en esta investigación se mantienen o existen cambios en los albores del siglo XXI. Otro ángulo al que se puede recurrir en próximos trabajos tiene que ver con el buen número de ejercicios que han centrado su interés en las trayectorias vitales femeninas, incluso se podrían explorar otras fuentes de información que provean datos de ambos sexos, para realizar contrastes frontales entre las experiencias a la vida adulta de hombres y mujeres. Igualmente, valdría la pena profundizar en el estudio de la influencia del grupo familiar sobre la cadencia del tránsito a la vida adulta de los hijos de acuerdo al orden de nacimiento. Además, a propósito del rejuvenecimiento de la edad a la primera unión conyugal, el cual es uno de los resultados, más inquietantes, de esta tesis (más si se advierte que el calendario femenino a la unión dibuja una situación completamente opuesta), se podría estudiar la relación entre algunos de los mandatos de la masculinidad para explicar este hallazgo. Por ejemplo, quizá sea posible conjeturar en ciertos contextos y bajo determinadas circunstancias que producto del debilitamiento de la figura del hombre proveedor y de la aparición de nuevos patrones de autoridad bajo esquemas de aportación y distribución del ingreso distintos, los hombres aceleran su paso hacia la constitución de un nuevo núcleo familiar para exhibir su capacidad masculina.

Con todo esto, la disertación doctoral que ahora se concluye ha intentado dar un paso en la construcción de un estudio más completo del tránsito a la vida adulta, al menos en lo que a la población masculina mexicana se refiere. Sin embargo, es indispensable continuar, ahondar, en esta y otras aproximaciones teórico-metodológicas que permitan mejores argumentaciones en torno al sinuoso trayecto que lleva a los jóvenes a socializar entre adultos.

La gente quiere que seas tal como eras en 1969. Lo desean porque, de otra manera, su juventud se irá con la tuya. Es muy egoísta, pero lo entiendo.

Mick Jagger

Bibliografía

- Aboites, Luis (2008) “El último tramo, 1929-2000”, *Nueva historia mínima de México*, El Colegio de México, pp. 262-302.
- Aguirre, Rodrigo y Pedro Güell (2002) *Hacerse hombres. La construcción de la masculinidad en los adolescentes y sus riesgos*, Organización Panamericana de la Salud, 59p.
- Alba, Francisco (1993) “Crecimiento demográfico y transformación económica, 1930-1970”, *El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica*, tomo IV, Secretaría de Gobernación, México, pp. 74-95.
- _____ (2004) “Oportunidades y retos demográficos, económicos y políticos a principios del siglo XXI”, *Papeles de Población*, Universidad Autónoma del Estado de México, núm. 29, pp.10-21.
- Álvarez, Germán *et al.* (1994) “Evolución del sistema educativo mexicano”, *Sistema educativo Nacional de México*, Secretaría de Educación Pública y Organización de Estados Iberoamericanos, 22p.
- Alwin, Duane y Ryan McCammon, (2003) “Generations, Cohorts, and Social Change”, Mortimer y Shanahan (eds.) *Handbook of the life course*, Nueva York, NY, Kluwer Academic/Plenum, pp 23-49.
- Amuchástegui, Ana (2001) *Virginidad e iniciación sexual en México. Experiencias y significados*, EDAMEX/Population Council, México. 436p.
- _____ e Ivonne Szasz (2008) “Introducción”, Amuchástegui y Szasz (coords.) *Sucede que me canso de ser hombre... Retos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, Programa de Salud Reproductiva y Sociedad, El Colegio de México, 15-35.
- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2008) “Género, clase y concepciones sobre la sexualidad en México”, Lerner y Szasz (coord.) *Salud reproductiva y condiciones de vida en México. Tomo II*, El Colegio de México, pp.11-46.
- Barfiel, Thomas ed. (2001) *Diccionario de Antropología*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, págs: 25, 26, 543, 568 y 569.

- Blanco, Mercedes y Edith Pacheco (2003) "Trabajo y familia desde el enfoque del curso de vida: dos subcohortes de mujeres mexicanas", *Papeles de Población*, Universidad Autónoma del Estado de México, núm. 38, pp.159-193.
- Bloch, Henriette et al. (1996) *Gran diccionario de psicología*, Ediciones del Prado, D.L., pp. 20-21.
- Bozon, Michel (2003) "At what age do women and men have their first sexual intercourse? World comparisons and recent trends", *Population & Societies*, núm. 39, pp. 1-4.
- Brugel, Carole y Olivia Samuel (2005) "Formación de parejas y vida fecunda en México", Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 453-480.
- Burin, Mabel e Irene Meler (2000) *Varones. Género y Subjetividad Masculina*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 370p.
- Cabrera, Gustavo (1994), "El Estado mexicano y las políticas de población", Alba y Cabrera (comps.), *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, El Colegio de México, pp. 345-370.
- Camarena, Rosa María (1999) "Estado y curso de vida", *México diverso y desigual*, El Colegio de México, Sociedad Mexicana de Demografía, pp.255-271.
- Careaga, Gloria y Salvador Cruz (2006) "Introducción", Careaga y Cruz (coords.) *Debates sobre masculinidades*, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 9-28.
- Casal, Joaquim, Josep Masjoan y Jordi Planas (1988) "Elementos para un análisis sociológico de La transición a la vida adulta", *Política y Sociedad*, núm. 1, pp. 97-104.
- Casal, Joaquim, Maribel García, Rafael Merino y Miguel Quesada (2006) "Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición", *Revista de Sociología*, núm. 79, pp. 21-48.
- Casique, Irene (2008) "Actitudes hacia la reproducción y control de la fecundidad en las parejas mexicana", Lerner y Szasz (coord.) *Salud reproductiva y condiciones de vida en México. Tomo II*, El Colegio de México, pp. 47-94.
- Castro, Nina (2004) "Temporalidades reproductivas y trayectoria laboral femenina en México", *Papeles de Población*, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población, Universidad Autónoma del Estado de México, Núm. 41, pp: 107-139.
- Castro, Teresa y Fátima Juárez (1995) "La influencia de la educación de la mujer sobre la fecundidad en América Latina: En busca de explicaciones", *Perspectivas Internacionales en Planificación Familiar*, Número especial, pp. 4-10.
- Cicchelli, Vincenzo y Maurizio Merico (2005) "Estudio del paso a la edad adulta de los italianos: Entre atravesar los umbrales de forma ordenada y la individualización de las trayectorias biográficas", *Estudios de juventud*, núm. 71, pp. 69-81.
- Connell, Raewyn (2006) "Desarrollo, globalización y masculinidades", Careaga y Cruz (coords.) *Debates sobre masculinidades*, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 185-210.
- Consejo Nacional de Población, (1997) *Situación Demográfica de México*, Secretaría de Gobernación, México, 112p.
- Consejo Nacional de Población (2008) *Informe de México: El cambio demográfico, el envejecimiento y la migración internacional en México*, Comité Especial sobre Población y Desarrollo, XXXII Periodo de Sesiones de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 16p.
- Corjin, Martine (2001) "Transition to adulthood: sociodemographic factors", *Transition to adulthood in Europe*, Corjin y Klijzing (editores) European Association for Population Studies, Kluwer Academic Publishers, Holanda, pp. 1-25.
- Corona, Rodolfo (1988) "Movilidad Geográfica: búsqueda de bienestar", *DEMOS. Carta demográfica sobre México*, Universidad Nacional Autónoma de México, pp.7-8.
- _____ (2004) "Migraciones Internas. Cada vez más emigrantes", *DEMOS. Carta demográfica sobre México*, vol.16, pp.11-13.

- Cortés, Fernando, Daniel Hernández, Enrique Hernández Laos, Miguel Székely y Hadid Vera (2002) “Evolución y características de la pobreza en México en la última década del siglo XX” *Serie: Documentos de Investigación 2*, Secretaría de Desarrollo Social, 35p.
- Coubès, Marie-Laure y René Zenteno (2005) “Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo”, Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 331-353.
- _____, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno, (2005) “Introducción. La encuesta retrospectiva”, Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 11-37.
- Courgeau, Daniel (1999) “Métodos para el análisis de datos biográficos”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 14, No 42, pp. 599-629.
- Cox, D. R. y D. Oakes (1984), *Analysis of survival data*, Chapman and Hall, 201p.
- De Barbieri, Teresita (1992) “Sobre la categoría de género: una introducción teórico-metodológica”, *Fin de Siglo, Género y cambio civilizatorio*, ISIS Internacional, Ediciones de las Mujeres, núm. 17.
- De Oliveira, Orlandina y Brígida García (1988) “El mercado de trabajo en la ciudad de México” Garza (coord.) *Atlas de la ciudad de México*, Departamento del Distrito Federal, 140-145.
- Del Castillo, Alberto (2006) “Imágenes y representaciones de la niñez en México a principios del siglo XX”, *Historia de la vida cotidiana en México: Siglo XX*. El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, Vol. 2, pp. 83 - 115.
- Echarri, Carlos (2003) “II. Datos, indicadores y procedimientos de análisis para el caso de México”, *Hijo de mi hija... Estructura familiar y salud de los niños en México*, El Colegio de México, pp. 107-136.
- _____, (2005) “Las trayectorias de coresidencia en la formación de familias”, Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 395-428.
- _____, (2008) “Desigualdad socioeconómica y salud reproductiva: una propuesta de estratificación social aplicable a las encuestas”, Lerner y Szasz (coord.) *Salud reproductiva y condiciones de vida en México. Tomo I*, El Colegio de México, pp. 59-113.
- _____, y Julieta Pérez (2007) “En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 22, núm. 64, pp.43-77.
- Elder, Glen (1975) “Age differentiation and the life course”, *Annual review of sociology*, vol. 1, pp: 165-190.
- _____, (1992) “Models of Life Course”, *Contemporary Sociology*, vol. 21, No. 5, pp. 632-635.
- _____, (1994) “Time, Human Agency, and Social Change: Perspectives on the Life Course”, *Social Psychology Quarterly*, Vol. 57, Núm. 1, pp. 4-15.
- _____, Monica Kirkpatrick y Robert Crosnoe (2003) “The emergence and development of life course theory”, Mortimer y Shanahan (eds.) *Handbook of the life course*, Nueva York, NY, Kluwer Academic/Plenum, pp. 3-17.
- Erikson, Erik (1981) “Reflexiones sobre el ciclo de vida del doctor Borg”, Erik H. Erikson (comp.) *La adultez*, México, Fondo de Cultura Económica, pp:14-57.
- Figuroa, Juan Guillermo (1997) “Elementos para interpretar la relación entre la salud, la reproducción y la sexualidad en la especificidad de los varones”, *Género y Salud*, Universidad Católica de Perú, Lima, Perú, pp. 63-77.
- Fuller, Norma (2000) “Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos de Perú”, Fuller (ed.) *Paternidades en América Latina*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, pp. 35-90.
- Furlong, Aurora (2006) “La categoría género”, *Género poder y desigualdad*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Facultad de Economía, pp. 11-14.

- Furstenberg, Frank, Rubén Rumbaut y Richard Settersten Jr. (2005), "On the frontier of adulthood. Emerging themes and new directions", Settersten Jr, Furstenberg y Rumbaut (eds.) *On the frontier of adulthood. Theory, research, and public policy*, The University of Chicago Press, pp. 3-25.
- Fussell, Elizabeth y Frank Furstenberg, (2005) "The transition to adulthood during the twentieth century: race, nativity, and gender", Settersten Jr, Furstenberg y Rumbaut (eds.) *On the frontier of adulthood. Theory, research, and public policy*, The University of Chicago Press, pp. 29-75.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1990) "Social sectors and reproduction in Mexico", Bronfman *et al.*, *Social sectors and reproduction in Mexico*, The Population Council, Further analysis series, núm. 7, pp. 1-3.
- García, Brígida y Edith Pacheco (2000) "Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la Ciudad de México en 1995", *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 15, núm. 43, pp. 35-63.
- Garza, Gustavo (2004) "Macroeconomía del sector servicios de la Ciudad de México, 1960-1998", *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 19, núm. 1 (55), pp.7-75.
- Gennep, Arnold van (1986) *Los ritos de paso*, Madrid, Taurus, 158p.
- Giner, Salvador, Emilio Lomo de Espinosa y Cristóbal Torres (1998), *Diccionario de sociología*, Madrid, Alianza Editorial, págs.: 12, 13, 412 y 413.
- Giorguli, Silvia (2004) *Transitions from school to work: Educational outcomes, adolescent labor and families in Mexico*, Tesis doctoral, Departamento de Sociología, Brown University, 325p.
- _____ (2006) "Deserción escolar, trabajo adolescente y estructuras familiares en México", Lezama y Morelos (coord.), *Población, ciudad y medio ambiente en el México contemporáneo*, El Colegio de México, pp. 235-275.
- Gonzalbo, Pilar y Cecilia Rabell (2004), "La Familia en México", Rodríguez, Pablo (coord.) *La familia en Iberoamérica 1550-1980*, Convenio Andrés Bello Universidad Externado de Colombia, pp. 93-124.
- González, Ligia y Ma. Isabel Monterrubio (1993) "Tendencias en la dinámica y la distribución de la población, 1970-1992", *El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica*, tomo IV, Secretaría de Gobernación, México, pp. 154-187.
- Hareven, Tamara (1981) "La última etapa: La adultez y la vejez históricas", Erikson (comp.) *La adultez*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 294-318.
- _____ (1982) "From family time and industrial time to historical time", *Family time and industrial time*, Cambridge University Press, pp: 363-370.
- _____ (1995) "Historia de la familia y la complejidad del cambio social", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XIII, pp: 99-149.
- Heath, Jonathan (1999) "El salario mínimo", nota publicada por el periódico Reforma el 30 de noviembre de 1999.
- Hillmann, Karl-Heinz (2001) *Diccionario enciclopédico de sociología*, Barcelona, Herder, págs: 21, 504, 505, 874 y 875
- Hogan, Dennis (1980) "The Transition to Adulthood as a Career Contingency", *American Sociological Review*, vol. 45, núm. 2, pp. 261-276.
- _____ y Nan Marie Astone (1986) "The transition to adulthood", *Annual Review of Sociology*, núm 12, pp.109-130.
- Huesca, Luis (2008) "Análisis de los cambios de la población masculina en el sector formal e informal urbano de México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 23, núm. 69, pp. 543-569.
- Jiménez, María (2003) "Introducción", *Dando voz a los varones: Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 19-27.

- Juárez, Fátima, Julieta Quilodrán y María Eugenia Zavala de Cosío (1996) "De una fecundidad natural a una controlada: México 1950-1980", Juárez, Quilodrán y Zavala de Cosío (coord.) *Nuevas pautas reproductivas en México*, El Colegio de México, pp. 23-70.
- Kleinbaum, David y Mitchel Klein (2005) "Introduction to survival analysis", *Survival Analysis. A self-learning text. Second edition*, Springer, pp. 1-43.
- Knodel, John y Gavin Jones (1996) "Post Cairo population policy: does promoting girls' schooling miss the mark?", *Population and Development Review*, vol. 22, núm. 4, pp. 683-702.
- Lamas, Marta (1996) "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría 'género'", *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, PUEG-UNAM, Porrúa, México, pp. 327-366.
- Lerner, Susana (1998) "Participación del varón en el proceso reproductivo: recuento de perspectivas analíticas y hallazgos de investigación", Lerner, Susana (eds.) *Varones sexualidad y reproducción*, El Colegio de México, pp. 9-44.
- _____ y André Quesnel (1994), "Instituciones y reproducción. Hacia una interpretación del papel de las instituciones en la regulación de la fecundidad en México", Alba y Cabrera (comps.) *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, El Colegio de México, pp. 85-117.
- Lloyd, Cynthia (2005a) "Introduction and conceptual framework", Lloyd (ed.) *Growing Up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries*, National research council & Institute of Medicine of the National Academies, pp. 17-66.
- _____ (2005b) "Transitions to adult roles", Lloyd (ed.) *Growing Up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries*, National research council & Institute of Medicine of the National Academies, pp. 416-574.
- Loaeza, Soledad (1995) "Perspectivas para una historia política del Distrito Federal en el siglo XX", *Historia Mexicana*, El Colegio de México, vol. 45, núm. 1, pp. 99-158.
- Lozano, Fernando (2004) "Tendencias recientes de las remesas de los migrantes mexicanos en Estados Unidos", *The Center of Comparative Immigration Studies*, Universidad de California en San Diego, 24p.
- Lustig, Nora y Miguel Székely (1997) *México: Evolución económica, pobreza y desigualdad*, Trabajo preparado para el proyecto "Los determinantes de la pobreza en América Latina", Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, Banco Interamericano de Desarrollo y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 47p.
- Malwade, Alaka (2002) "Why does education lead to lower fertility? A critical review of some of the possibilities", *World Development*, vol. 30, núm. 10, pp. 1779-1790.
- Marshall, Victor y Margaret Mueller (2003) "Theoretical roots of life course perspective", Heinz y Marshall (eds.) *Social dynamics of the life course. Transitions, Institutions and Interrelations*, Aldine Transaction, pp. 3-32.
- Martínez, Mario (2004) *El análisis de la salud reproductiva de los varones a través de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva, 2003*, Tesis de licenciatura, Facultad de Ciencias, Universidad Nacional Autónoma de México
- _____ (2006) *Inicio de las trayectorias reproductivas de los hombres mexicanos a través de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva, 2003*, Tesis de maestría, Centro de Estudios demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México, 110p.
- Matute, Álvaro (2006) "De la tecnología al orden doméstico en el México de la posguerra", de los Reyes (coord.) *Historia de la vida cotidiana en México: Siglo XX. La imagen, ¿espejo de la vida?*, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, Tomo V, Vol. 2, pp. 157-176.
- Meyer, Lorenzo (1998) "La encrucijada", *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 1998, vol. 2, pp. 1273-1355.
- Mier y Terán, Marta (1991) "Dinámica de la población en México: 1895-1990", *DEMOS. Carta demográfica sobre México*, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 4-5.
- _____ (2004) "Pobreza y transiciones familiares a la vida adulta en las localidades rurales de la península de Yucatán", *Población y salud en Mesoamérica*, vol. 2, num. 1, Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 43p.

- _____ y Cecilia Rabell (2001) "Introducción", *Jóvenes y niños: un enfoque sociodemográfico*, H. Cámara de Diputados LIX Legislatura, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Miguel Ángel Porrúa, pp. 7-22.
- _____ y Cecilia Rabell (2005) "Cambios en los patrones de coresidencia, la escolaridad y el trabajo de los niños y los jóvenes", Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 285-329.
- _____ y Virgilio Partida (2001), "Niveles, tendencias y diferenciales de la fecundidad en México, 1930-1997", Gómez de León y Rabell (coords.) *La población en México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, CONAPO-Fondo de Cultura Económica, pp. 168-203.
- Mora Minor y Orlandina de Oliveira (2009) "Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades", *Estudios Sociológicos*, XXVII, núm. 79, pp.267-289.
- Naciones Unidas (1995) "Igualdad y equidad entre los sexos y habilitación de la mujer", *Programa de acción adoptado por la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo*, Nueva York, ONU, pp. 23-29.
- Neugarten Bernice, Joan Moore y John Lowe (1965) "Age Norms, Age Constraints, and Adult Socialization", *The American Journal of Sociology*, vol. 70, núm. 6, pp. 710-717.
- Ojeda, Norma (1989) "2. El curso de vida como perspectiva analítica en el estudio del ciclo familiar", *El curso de vida familiar de las mujeres mexicanas; un análisis sociodemográfico*, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM), Cuernavaca, pp.29-44.
- Olavarría, José (2006) "Hombres e identidad de género: algunos elementos sobre los recursos de poder y violencia masculina", Careaga y Cruz (coords.) *Debates sobre masculinidades*, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 115-130.
- _____, Cristina Benavente y Patricio Mellado (1998) *Masculinidades Populares. Varones adultos jóvenes de Santiago*, Chile, FLACSO, 159p.
- Ortner, Sherry y Harriet Whitehead (1996) "Indagaciones acerca de los significados sexuales", *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, PUEG-UNAM, Porrúa, México, pp: 127-179.
- Pacheco, Edith (1994) *Heterogeneidad laboral en la ciudad de México a fines de los ochenta*, Tesis doctoral, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México, 285p.
- _____ (2005) "La movilidad ocupacional de los hijos frente a sus padres", Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 227-258.
- Palma, Yolanda y Carlos Echarri (1992) "La fecundidad en México: niveles actuales y tendencias", Muñoz (comp.) *Población y Sociedad en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 15-53.
- Parrado, Emilio y René Zenteno (2005a) "Entrada en unión de hombres y mujeres en México: perspectiva de los mercados matrimoniales", Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 65-96.
- Parrado, Emilio y René Zenteno (2005b) "Medio siglo de incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo: cambio social, restructuración y crisis económica en México", Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 191-226.
- Pérez, Julieta (2004) "El inicio de la vida laboral como detonador de la independencia residencial de los jóvenes en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 21, núm. 61, pp. 7-47.
- Pressat, Roland (1967) "Natalidad, Fecundidad" *El Análisis Demográfico: Métodos, Resultados y Aplicaciones*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 194-209.

- Pries, Ludger (1996) "¿Institucionalización o desinstitucionalización del curso de vida? Biografía y sociedad como un enfoque integrativo e interdisciplinario", *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 11, núm. 2, pp. 35-63.
- Quilodrán, Julieta (1993a) "Cambios y permanencias de la nupcialidad en México", *Revista Mexicana de Sociología*, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 55, núm. 1, pp. 17-40.
- _____ (1993b) "La dinámica de la población y la formación de parejas", Bedolla *et al.* (comps.), *Estudios de género y feminismo II*, México, Fontamara/UNAM, pp. 303-315.
- _____ (1996) "Trayectorias de vida: un apoyo para la interpretación de los fenómenos demográficos", *Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, vol. XIV, núm. 41, pp. 393-416.
- _____ (2006) "¿Está cambiando la naturaleza de la unión libre en América latina? Los ejemplos de Brasil, México y República Dominicana", Lezama y Morelos (coords.) *Población, ciudad y medio ambiente en el México contemporáneo*, El Colegio de México, pp. 149-183.
- Ramírez, José Agustín (1991) *Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*, Editorial Planeta, 270p.
- _____ (1992) *Tragicomedia mexicana 2. La vida en México de 1970 a 1982*, Editorial Planeta, 293p.
- _____ (1998) *Tragicomedia mexicana 3. La vida en México de 1982 a 1994*, Editorial Planeta, 303p.
- Ramírez, Juan Carlos (2006) "¿Y eso de la masculinidad? Apuntes para su discusión", Careaga y Cruz (coords.) *Debates sobre masculinidades*, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 31-56.
- Rendón, Teresa y Carlos Salas (1993) "El Empleo En México en los Ochenta: Tendencias y Cambios", *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 8, pp. 717-730.
- Rojas, Olga (2002) "La participación de los varones en los procesos reproductivos: un estudio cualitativo en dos sectores sociales y dos generaciones en la ciudad de México", *Papeles de Población*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México, pp. 189-217.
- _____ (2006) "La importancia de tener un hijo varón y algunos cambios en la relación padre-hijo en México", *Papeles de Población*, núm. 48, pp. 181-204.
- _____ (2008) *Paternalidad y vida familiar en la ciudad de México. Un estudio del desempeño masculino en los procesos reproductivos y en la vida doméstica*, México, El Colegio de México, 231p.
- _____ y José Luis Castrejón (2005) "Factores sociodemográficos y circunstancias relacionadas con la primera relación sexual en varones mexicanos", *ponencia presentada en el XIII Coloquio Internacional de Antropología Física 'Juan Comas'*, Campeche, México, del 6 al 11 de noviembre de 2005, 21p.
- Rosas, Carolina (2006) *Varones al son de la migración. El papel de la migración internacional en la configuración de la/s masculinidad/es: estudio cualitativo en una localidad veracruzana y en Chicago*, Tesis doctoral, Centro de Estudios demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México, 310p.
- Ruiz, Crescencio (1999) "La economía y las modalidades de la urbanización en México: 1940-1990", *Economía, Sociedad y Territorio*, vol. II, núm. 5, pp.1-24.
- Ryder, Norman (1965) "The Cohort as a Concept in the Study of Social Change", *American Sociological Review*, vol. 30, núm. 6, pp. 843-861.
- Salguero, Alejandra (2008) "Preguntarse cómo ser padre es también preguntarse cómo ser hombre: reflexiones sobre algunos varones", Amuchástegui y Szasz (coords.) *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, México, El Colegio de México, pp. 563-599.
- Salles, Vania y Rodolfo Tuirán (1996) "Mitos y creencias sobre la vida familiar", *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 59, núm. 2, pp. 117-144.

- Samuel, Oliva y Pascal Sebillé (2005) “La nupcialidad en movimiento”, Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 41-64.
- Scott, Joan (1996) “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, PUEG-UNAM, Porrúa, México, pp: 265 - 302.
- Sebillé, Pascal (2005) “Primeras etapas de la vida familiar y trayectorias migratorias”, Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 357-394.
- Secretaría de la Defensa Nacional (2009) “De la Segunda Guerra Mundial a nuestros días”, <http://www.sedena.gob.mx/index.php?id=94>, página consultada el 6 de mayo de 2009.
- Seidler, Victor (2006) “Transformar las masculinidades”, Careaga y Cruz (coords.) *Debates sobre masculinidades*, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 57-65.
- Serrano, Enrique, Arnulfo Embriz y Patricia Fernández (2002) *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México*, Instituto Nacional Indigenista, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Consejo Nacional de Población, 403p.
- Settersten, Richard (2003) “Age structuring and the rhythm of the life course”, Mortimer y Shanahan (eds.) *Handbook of the life course*, Nueva York, NY, Kluwer Academic/Plenum, pp 81-98.
- Schteingart, Martha (2001) “La vivienda. Evolución reciente de la situación habitacional”, *DEMOS. Carta demográfica sobre México*, Universidad Nacional Autónoma de México, pp.26-27.
- Solís, Patricio y Francesco Billari (2003) “Vidas laborales entre la continuidad y el cambio social: trayectorias ocupacionales masculinas en Monterrey, México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 18, núm. 54, pp. 559-595.
- Stern, Claudio, Cristina Fuentes, Laura Lozano y Fenneke Reysoo (2003) “Masculinidad y salud sexual y reproductiva: un estudio de caso con adolescentes de la Ciudad de México”, *Salud Pública de México*, Núm. 45, pp. 34-43.
- Szasz, Ivonne (1998) “Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México”, Lerner (editora) *Varones sexualidad y reproducción*. El Colegio de México, México, pp.137-162.
- Szasz, Ivonne (2001) “Significados de la sexualidad, la reproducción y la anticoncepción”, *Documentos de trabajo Sexualidad, salud y reproducción*, Núm. 3.
- Szasz, Ivonne (2008) “Relaciones de género y desigualdad socioeconómica en la construcción social de las normas sobre sexualidad en México”, Lerner y Szasz (coord.) *Salud reproductiva y condiciones de vida en México. Tomo I*, El Colegio de México, pp. 431-475.
- Szasz, Ivonne, Olga Rojas y José Luis Castrejón (2008) “Desigualdad de género en las relaciones conyugales y prácticas sexuales de los hombres mexicanos”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 23, núm. 68, pp. 205-232.
- Székely, Miguel (2004) *Veinte años de desigualdad en México*, Cuadernos de desarrollo humano, Secretaría de Desarrollo Social, 38p.
- Szreter, Simon (1993) “The idea of demographic transition and the study of fertility change: a critical intellectual history”, *Population and Development Review*, vol. 19, núm. 4, pp. 659-701.
- Truog Si Anh, John Knodel, David Lam y Jet Friedman (1998) “Family size and children’s education in Vietnam”, *Demography*, vol. 35, núm 1, pp. 57-70.
- Tuirán, Rodolfo (1993) “Estrategias de vida en época de crisis: el caso de México”, Cambios en el perfil de las familias latinoamericanas: la experiencia regional, CEPAL
- Tuirán, Rodolfo (1996) “Transición de la adolescencia a la edad adulta en México”, Welti (coordinador), *Dinámica demográfica y cambio social*, XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Fondo de Población de las Naciones Unidas, México, pp. 167-180.
- _____ (1998) *Demographic change and family and non family related : life course in contemporary Mexico*, Tesis doctoral, The University of Texas at Austin.

- _____ (2001) “Estructura familiar y trayectorias de vida en México”, Gomes, Cristina (compiladora) *Procesos Sociales, Población y Familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*, FLACSO y Miguel Ángel Porrúa, pp. 23-65.
- Valadés, Diego (2005), “Palabras Liminares. La Ley General de Población”, Valdés (coord.) *La Ley de Población a Treinta Años de Distancia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, pp. XI-XIX.
- Verduzco, Gustavo (1999) “El programa de trabajadores agrícolas mexicanos con Canadá: un contraste frente a la experiencia con los Estados Unidos” *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 14, núm. 40, pp. 165-191.
- Weinberger, Mary, Cynthia Lloyd y Ann Klimas (1989) “Educación de la mujer y Fecundidad: Un decenio de cambios en cuatro países Latinoamericanos”, *Perspectivas Internacionales en Planificación Familiar*, Número especial, pp. 1-12.
- Wong, Rebeca y Ruth Levine, (1992) “The Effect of Household Structure on Women's Economic Activity and Fertility: Evidence from Recent Mothers in Urban Mexico”, *Economic Development and Cultural Change*, The University of Chicago Press, vol. 41, núm. 1, pp. 89-102
- Zavala de Cosío, Ma. Eugenia (2005) “Las tendencias de la fecundidad en los tres grupos de generaciones urbanas y rurales según sexo”, Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 97-120.

Anexo estadístico

Cuadro A.1.1.

Tabla de vida para determinar el calendario del inicio de la vida sexual. Hombres jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x,x+1}$	$c_{x,x+1}$	$q_{x,x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
12	280	4	0	0.0143	0.0143	0.9857	0.0071	0.0054	0.0376
13	276	8	0	0.0290	0.0429	0.9571	0.0121	0.0246	0.0742
14	268	13	0	0.0485	0.0893	0.9107	0.0170	0.0612	0.1293
15	255	21	0	0.0824	0.1643	0.8357	0.0221	0.1257	0.2131
16	234	32	0	0.1368	0.2786	0.7214	0.0268	0.2299	0.3351
17	202	34	0	0.1683	0.4000	0.6000	0.0293	0.3453	0.4599
18	168	25	0	0.1488	0.4893	0.5107	0.0299	0.4325	0.5493
19	143	47	0	0.3287	0.6571	0.3429	0.0284	0.6015	0.7122
20	96	19	0	0.1979	0.7250	0.2750	0.0267	0.6718	0.7760
21	77	23	0	0.2987	0.8071	0.1929	0.0236	0.7590	0.8510
22	54	9	0	0.1667	0.8393	0.1607	0.0219	0.7938	0.8795
23	45	12	0	0.2667	0.8821	0.1179	0.0193	0.8413	0.9166
24	33	3	0	0.0909	0.8929	0.1071	0.0185	0.8534	0.9256
25	30	14	0	0.4667	0.9429	0.0571	0.0139	0.9114	0.9659
26	16	6	0	0.3750	0.9643	0.0357	0.0111	0.9377	0.9817
27	10	5	0	0.5000	0.9821	0.0179	0.0079	0.9610	0.9932
28	5	2	0	0.4000	0.9893	0.0107	0.0062	0.9710	0.9970
29	3	1	0	0.3333	0.9929	0.0071	0.0050	0.9762	0.9985
30	2	1	1	0.5000	0.9964	0.0036	0.0036	0.9813	0.9997

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.1.2.

Tabla de vida para determinar el calendario del inicio de la vida sexual. Hombres adultos jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]
12	248	1	0	0.0040	0.0040	0.9960	0.0040	0.0006 0.0283
13	247	5	0	0.0202	0.0242	0.9758	0.0098	0.0109 0.0531
14	242	11	0	0.0455	0.0685	0.9315	0.0160	0.0432 0.1080
15	231	21	0	0.0909	0.1532	0.8468	0.0229	0.1139 0.2044
16	210	21	0	0.1000	0.2379	0.7621	0.0270	0.1897 0.2960
17	189	32	0	0.1693	0.3669	0.6331	0.0306	0.3104 0.4302
18	157	36	0	0.2293	0.5121	0.4879	0.0317	0.4516 0.5756
19	121	43	0	0.3554	0.6855	0.3145	0.0295	0.6272 0.7423
20	78	16	0	0.2051	0.7500	0.2500	0.0275	0.6948 0.8020
21	62	13	0	0.2097	0.8024	0.1976	0.0253	0.7507 0.8494
22	49	7	0	0.1429	0.8306	0.1694	0.0238	0.7814 0.8743
23	42	5	0	0.1190	0.8508	0.1492	0.0226	0.8036 0.8918
24	37	5	0	0.1351	0.8710	0.1290	0.0213	0.8260 0.9091
25	32	14	0	0.4375	0.9274	0.0726	0.0165	0.8907 0.9553
26	18	9	0	0.5000	0.9637	0.0363	0.0119	0.9350 0.9821
27	9	2	0	0.2222	0.9718	0.0282	0.0105	0.9454 0.9874
28	7	1	0	0.1429	0.9758	0.0242	0.0098	0.9507 0.9900
29	6	3	3	0.5000	0.9879	0.0121	0.0069	0.9674 0.9966

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.1.3.

Tabla de vida para determinar el calendario del inicio de la vida sexual. Hombres mayores. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
12	154	2	0	0.0130	0.0130	0.9870	0.0091	0.0033	0.0509
13	152	7	0	0.0461	0.0584	0.9416	0.0189	0.0308	0.1093
14	145	7	0	0.0483	0.1039	0.8961	0.0246	0.0650	0.1640
15	138	10	0	0.0725	0.1688	0.8312	0.0302	0.1182	0.2380
16	128	14	0	0.1094	0.2597	0.7403	0.0353	0.1978	0.3367
17	114	12	0	0.1053	0.3377	0.6623	0.0381	0.2690	0.4182
18	102	18	0	0.1765	0.4545	0.5455	0.0401	0.3799	0.5365
19	84	18	0	0.2143	0.5714	0.4286	0.0399	0.4950	0.6503
20	66	13	0	0.1970	0.6558	0.3442	0.0383	0.5808	0.7298
21	53	14	0	0.2642	0.7468	0.2532	0.0350	0.6761	0.8124
22	39	3	0	0.0769	0.7662	0.2338	0.0341	0.6970	0.8296
23	36	8	0	0.2222	0.8182	0.1818	0.0311	0.7535	0.8744
24	28	7	0	0.2500	0.8636	0.1364	0.0277	0.8045	0.9122
25	21	6	0	0.2857	0.9026	0.0974	0.0239	0.8496	0.9429
26	15	4	0	0.2667	0.9286	0.0714	0.0208	0.8808	0.9622
27	11	2	0	0.1818	0.9416	0.0584	0.0189	0.8968	0.9713
28	9	3	0	0.3333	0.9610	0.0390	0.0156	0.9218	0.9840
29	6	2	0	0.3333	0.9740	0.0260	0.0128	0.9393	0.9914
30	4	1	3	0.2500	0.9805	0.0195	0.0111	0.9483	0.9947

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.1.4.

Tabla de vida para determinar el calendario del inicio de la vida sexual. Hombres del estrato medio y alto. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
12	190	2	0	0.0105	0.0105	0.9895	0.0074	0.0026	0.0414
13	188	5	0	0.0266	0.0368	0.9632	0.0137	0.0177	0.0757
14	183	3	0	0.0164	0.0526	0.9474	0.0162	0.0287	0.0956
15	180	14	0	0.0778	0.1263	0.8737	0.0241	0.0865	0.1825
16	166	18	0	0.1084	0.2211	0.7789	0.0301	0.1685	0.2870
17	148	19	0	0.1284	0.3211	0.6789	0.0339	0.2598	0.3925
18	129	25	0	0.1938	0.4526	0.5474	0.0361	0.3851	0.5261
19	104	31	0	0.2981	0.6158	0.3842	0.0353	0.5473	0.6848
20	73	12	0	0.1644	0.6789	0.3211	0.0339	0.6121	0.7441
21	61	12	0	0.1967	0.7421	0.2579	0.0317	0.6783	0.8019
22	49	5	0	0.1020	0.7684	0.2316	0.0306	0.7064	0.8256
23	44	9	0	0.2045	0.8158	0.1842	0.0281	0.7577	0.8672
24	35	6	0	0.1714	0.8474	0.1526	0.0261	0.7925	0.8942
25	29	14	0	0.4828	0.9211	0.0789	0.0196	0.8772	0.9538
26	15	6	0	0.4000	0.9526	0.0474	0.0154	0.9158	0.9767
27	9	3	0	0.3333	0.9684	0.0316	0.0127	0.9361	0.9870
28	6	3	0	0.5000	0.9842	0.0158	0.0090	0.9578	0.9957
29	3	3	0	1	1	0	.	.	.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.1.5.

Tabla de vida para determinar el calendario del inicio de la vida sexual. Hombres del estrato bajo. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
12	486	5	0	0.0103	0.0103	0.9897	0.0046	0.0043	0.0245
13	481	15	0	0.0312	0.0412	0.9588	0.0090	0.0267	0.0631
14	466	28	0	0.0601	0.0988	0.9012	0.0135	0.0754	0.1289
15	438	37	0	0.0845	0.1749	0.8251	0.0172	0.1439	0.2117
16	401	48	0	0.1197	0.2737	0.7263	0.0202	0.2363	0.3156
17	353	59	0	0.1671	0.3951	0.6049	0.0222	0.3532	0.4400
18	294	54	0	0.1837	0.5062	0.4938	0.0227	0.4626	0.5514
19	240	77	0	0.3208	0.6646	0.3354	0.0214	0.6225	0.7063
20	163	35	0	0.2147	0.7366	0.2634	0.0200	0.6968	0.7750
21	128	38	0	0.2969	0.8148	0.1852	0.0176	0.7791	0.8480
22	90	14	0	0.1556	0.8436	0.1564	0.0165	0.8099	0.8743
23	76	16	0	0.2105	0.8765	0.1235	0.0149	0.8456	0.9039
24	60	9	0	0.1500	0.8951	0.1049	0.0139	0.8659	0.9203
25	51	20	0	0.3922	0.9362	0.0638	0.0111	0.9121	0.9556
26	31	12	0	0.3871	0.9609	0.0391	0.0088	0.9410	0.9756
27	19	6	0	0.3158	0.9733	0.0267	0.0073	0.9560	0.9850
28	13	3	0	0.2308	0.9794	0.0206	0.0064	0.9637	0.9894
29	10	2	0	0.2000	0.9835	0.0165	0.0058	0.9690	0.9922
30	8	2	6	0.2500	0.9877	0.0123	0.0050	0.9744	0.9948

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.2.1.

Tabla de vida para determinar el calendario de la salida de la escuela. Hombres jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
8	264	7	0	0.0265	0.0265	0.9735	0.0099	0.0127	0.0548
9	257	9	0	0.0350	0.0606	0.9394	0.0147	0.0376	0.0970
10	248	8	0	0.0323	0.0909	0.9091	0.0177	0.0619	0.1326
11	240	4	0	0.0167	0.1061	0.8939	0.0190	0.0745	0.1499
12	236	5	0	0.0212	0.1250	0.8750	0.0204	0.0905	0.1713
13	231	60	0	0.2597	0.3523	0.6477	0.0294	0.2980	0.4132
14	171	1	0	0.0058	0.3561	0.6439	0.0295	0.3016	0.4170
15	170	9	0	0.0529	0.3902	0.6098	0.0300	0.3343	0.4518
16	161	77	0	0.4783	0.6818	0.3182	0.0287	0.6252	0.7371
17	84	3	0	0.0357	0.6932	0.3068	0.0284	0.6370	0.7478
18	81	6	0	0.0741	0.7159	0.2841	0.0278	0.6607	0.7690
19	75	32	0	0.4267	0.8371	0.1629	0.0227	0.7901	0.8787
20	43	1	0	0.0233	0.8409	0.1591	0.0225	0.7942	0.8821
21	42	6	0	0.1429	0.8636	0.1364	0.0211	0.8193	0.9018
22	36	1	0	0.0278	0.8674	0.1326	0.0209	0.8235	0.9050
23	35	11	0	0.3143	0.9091	0.0909	0.0177	0.8706	0.9399
24	24	19	0	0.7917	0.9811	0.0189	0.0084	0.9587	0.9928
25	5	2	0	0.4000	0.9886	0.0114	0.0065	0.9693	0.9968
26	3	1	0	0.3333	0.9924	0.0076	0.0053	0.9748	0.9985
27	2	1	0	0.5000	0.9962	0.0038	0.0038	0.9803	0.9996
28	1	1	0	1	1	0	.	.	.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.2.2.

Tabla de vida para determinar el calendario de la salida de la escuela. Hombres adultos jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
8	236	8	0	0.0339	0.0339	0.9661	0.0118	0.0171	0.0666
9	228	12	0	0.0526	0.0847	0.9153	0.0181	0.0555	0.1283
10	216	13	0	0.0602	0.1398	0.8602	0.0226	0.1015	0.1910
11	203	11	0	0.0542	0.1864	0.8136	0.0254	0.1423	0.2423
12	192	8	0	0.0417	0.2203	0.7797	0.0270	0.1727	0.2788
13	184	42	0	0.2283	0.3983	0.6017	0.0319	0.3391	0.4638
14	142	5	0	0.0352	0.4195	0.5805	0.0321	0.3595	0.4851
15	137	7	0	0.0511	0.4492	0.5508	0.0324	0.3883	0.5149
16	130	35	0	0.2692	0.5975	0.4025	0.0319	0.5356	0.6602
17	95	8	0	0.0842	0.6314	0.3686	0.0314	0.5701	0.6926
18	87	5	0	0.0575	0.6525	0.3475	0.0310	0.5918	0.7127
19	82	25	0	0.3049	0.7585	0.2415	0.0279	0.7023	0.8110
20	57	6	0	0.1053	0.7839	0.2161	0.0268	0.7295	0.8339
21	51	4	0	0.0784	0.8008	0.1992	0.0260	0.7477	0.8491
22	47	3	0	0.0638	0.8136	0.1864	0.0254	0.7615	0.8603
23	44	17	0	0.3864	0.8856	0.1144	0.0207	0.8413	0.9222
24	27	19	0	0.7037	0.9661	0.0339	0.0118	0.9372	0.9841
25	8	3	0	0.3750	0.9788	0.0212	0.0094	0.9539	0.9920
26	5	1	0	0.2000	0.9831	0.0169	0.0084	0.9598	0.9943
27	4	2	0	0.5000	0.9915	0.0085	0.0060	0.9719	0.9983
28	2	2	0	1	1	0	.	.	.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.2.3.

Tabla de vida para determinar el calendario de la salida de la escuela. Hombres mayores. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
6	264	0	0	0	0	1	.	.	.
7	126	1	0	0.0079	0.0079	0.9921	0.0079	0.0011	0.0550
8	125	10	0	0.0800	0.0873	0.9127	0.0251	0.0493	0.1521
9	115	9	0	0.0783	0.1587	0.8413	0.0326	0.1055	0.2351
10	106	11	0	0.1038	0.2460	0.7540	0.0384	0.1799	0.3310
11	95	3	0	0.0316	0.2698	0.7302	0.0395	0.2010	0.3564
12	92	4	0	0.0435	0.3016	0.6984	0.0409	0.2295	0.3899
13	88	25	0	0.2841	0.5000	0.5000	0.0445	0.4165	0.5900
14	63	2	0	0.0317	0.5159	0.4841	0.0445	0.4321	0.6055
15	61	2	0	0.0328	0.5317	0.4683	0.0445	0.4477	0.6208
16	59	24	0	0.4068	0.7222	0.2778	0.0399	0.6423	0.7973
17	35	1	0	0.0286	0.7302	0.2698	0.0395	0.6508	0.8043
18	34	1	0	0.0294	0.7381	0.2619	0.0392	0.6592	0.8113
19	33	11	0	0.3333	0.8254	0.1746	0.0338	0.7544	0.8857
20	22	1	0	0.0455	0.8333	0.1667	0.0332	0.7633	0.8923
21	21	3	0	0.1429	0.8571	0.1429	0.0312	0.7903	0.9115
22	18	2	0	0.1111	0.8730	0.1270	0.0297	0.8085	0.9239
23	16	2	0	0.1250	0.8889	0.1111	0.0280	0.8271	0.9361
24	14	8	0	0.5714	0.9524	0.0476	0.0190	0.9052	0.9804
25	6	5	0	0.8333	0.9921	0.0079	0.0079	0.9604	0.9993
26	1	1	0	1	1	0	.	.	.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.2.4

Tabla de vida para determinar el calendario de la salida de la escuela. Hombres del estrato medio y alto. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
8	187	1	0	0.0053	0.0053	0.9947	0.0053	0.0008	0.0373
9	186	1	0	0.0054	0.0107	0.9893	0.0075	0.0027	0.0421
11	185	1	0	0.0054	0.0160	0.9840	0.0092	0.0052	0.0489
12	184	1	0	0.0054	0.0214	0.9786	0.0106	0.0081	0.0560
13	183	15	0	0.0820	0.1016	0.8984	0.0221	0.0660	0.1547
14	168	4	0	0.0238	0.1230	0.8770	0.0240	0.0835	0.1793
15	164	4	0	0.0244	0.1444	0.8556	0.0257	0.1014	0.2035
16	160	40	0	0.2500	0.3583	0.6417	0.0351	0.2942	0.4315
17	120	4	0	0.0333	0.3797	0.6203	0.0355	0.3145	0.4533
18	116	4	0	0.0345	0.4011	0.5989	0.0358	0.3349	0.4750
19	112	34	0	0.3036	0.5829	0.4171	0.0361	0.5134	0.6540
20	78	4	0	0.0513	0.6043	0.3957	0.0358	0.5350	0.6744
21	74	8	0	0.1081	0.6471	0.3529	0.0349	0.5787	0.7149
22	66	3	0	0.0455	0.6631	0.3369	0.0346	0.5952	0.7299
23	63	18	0	0.2857	0.7594	0.2406	0.0313	0.6962	0.8179
24	45	29	0	0.6444	0.9144	0.0856	0.0205	0.8689	0.9489
25	16	7	0	0.4375	0.9519	0.0481	0.0157	0.9145	0.9763
26	9	3	0	0.3333	0.9679	0.0321	0.0129	0.9352	0.9868
27	6	3	0	0.5000	0.9840	0.0160	0.0092	0.9571	0.9956
28	3	3	0	1	1	0	.	.	.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.2.5

Tabla de vida para determinar el calendario de la salida de la escuela. Hombres del estrato bajo. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
7	434	1	0	0.0023	0.0023	0.9977	0.0023	0.0003	0.0162
8	433	24	0	0.0554	0.0576	0.9424	0.0112	0.0393	0.0841
9	409	29	0	0.0709	0.1244	0.8756	0.0158	0.0967	0.1593
10	380	32	0	0.0842	0.1982	0.8018	0.0191	0.1636	0.2389
11	348	17	0	0.0489	0.2373	0.7627	0.0204	0.2001	0.2802
12	331	16	0	0.0483	0.2742	0.7258	0.0214	0.2348	0.3188
13	315	112	0	0.3556	0.5323	0.4677	0.0240	0.4861	0.5798
14	203	4	0	0.0197	0.5415	0.4585	0.0239	0.4954	0.5889
15	199	14	0	0.0704	0.5737	0.4263	0.0237	0.5277	0.6206
16	185	95	0	0.5135	0.7926	0.2074	0.0195	0.7533	0.8294
17	90	8	0	0.0889	0.8111	0.1889	0.0188	0.7729	0.8464
18	82	8	0	0.0976	0.8295	0.1705	0.0181	0.7926	0.8632
19	74	34	0	0.4595	0.9078	0.0922	0.0139	0.8783	0.9327
20	40	4	0	0.1000	0.9171	0.0829	0.0132	0.8887	0.9406
21	36	4	0	0.1111	0.9263	0.0737	0.0125	0.8992	0.9483
22	32	3	0	0.0938	0.9332	0.0668	0.0120	0.9071	0.9541
23	29	12	0	0.4138	0.9608	0.0392	0.0093	0.9395	0.9763
24	17	15	0	0.8824	0.9954	0.0046	0.0033	0.9844	0.9990
25	2	2	0	1	1	0	.	.	.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.3.1.

Tabla de vida para determinar el calendario del primer ingreso al mercado laboral. Hombres jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x,x+1}$	$c_{x,x+1}$	$q_{x,x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
6	280	2	0	0.0071	0.0071	0.9929	0.0050	0.0018	0.0283
7	278	2	0	0.0072	0.0143	0.9857	0.0071	0.0054	0.0376
8	276	6	0	0.0217	0.0357	0.9643	0.0111	0.0194	0.0654
9	270	7	0	0.0259	0.0607	0.9393	0.0143	0.0382	0.0959
10	263	7	0	0.0266	0.0857	0.9143	0.0167	0.0583	0.1252
11	256	26	0	0.1016	0.1786	0.8214	0.0229	0.1385	0.2287
12	230	7	0	0.0304	0.2036	0.7964	0.0241	0.1609	0.2557
13	223	23	0	0.1031	0.2857	0.7143	0.0270	0.2366	0.3425
14	200	16	0	0.0800	0.3429	0.6571	0.0284	0.2905	0.4017
15	184	23	0	0.1250	0.4250	0.5750	0.0295	0.3695	0.4851
16	161	28	0	0.1739	0.5250	0.4750	0.0298	0.4679	0.5845
17	133	30	0	0.2256	0.6321	0.3679	0.0288	0.5759	0.6884
18	103	26	0	0.2524	0.7250	0.2750	0.0267	0.6718	0.7760
19	77	39	0	0.5065	0.8643	0.1357	0.0205	0.8214	0.9013
20	38	7	0	0.1842	0.8893	0.1107	0.0188	0.8493	0.9226
21	31	11	0	0.3548	0.9286	0.0714	0.0154	0.8945	0.9548
22	20	6	0	0.3000	0.9500	0.0500	0.0130	0.9200	0.9713
23	14	3	0	0.2143	0.9607	0.0393	0.0116	0.9332	0.9792
24	11	4	0	0.3636	0.9750	0.0250	0.0093	0.9515	0.9889
25	7	4	0	0.5714	0.9893	0.0107	0.0062	0.9710	0.9970
26	3	2	0	0.6667	0.9964	0.0036	0.0036	0.9813	0.9997
27	1	1	0	1	1	0	.	.	.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.3.2.

Tabla de vida para determinar el calendario del primer ingreso al mercado laboral. Hombres adultos jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
6	248	4	0	0.0161	0.0161	0.9839	0.0080	0.0061	0.0424
7	244	4	0	0.0164	0.0323	0.9677	0.0112	0.0163	0.0635
8	240	7	0	0.0292	0.0605	0.9395	0.0151	0.0369	0.0983
9	233	14	0	0.0601	0.1169	0.8831	0.0204	0.0828	0.1639
10	219	4	0	0.0183	0.1331	0.8669	0.0216	0.0965	0.1820
11	215	17	0	0.0791	0.2016	0.7984	0.0255	0.1568	0.2571
12	198	6	0	0.0303	0.2258	0.7742	0.0266	0.1787	0.2831
13	192	32	0	0.1667	0.3548	0.6452	0.0304	0.2988	0.4178
14	160	14	0	0.0875	0.4113	0.5887	0.0312	0.3530	0.4752
15	146	7	0	0.0479	0.4395	0.5605	0.0315	0.3803	0.5036
16	139	32	0	0.2302	0.5685	0.4315	0.0315	0.5080	0.6308
17	107	22	0	0.2056	0.6573	0.3427	0.0301	0.5981	0.7157
18	85	19	0	0.2235	0.7339	0.2661	0.0281	0.6777	0.7872
19	66	30	0	0.4545	0.8548	0.1452	0.0224	0.8080	0.8953
20	36	7	0	0.1944	0.8831	0.1169	0.0204	0.8396	0.9193
21	29	7	0	0.2414	0.9113	0.0887	0.0181	0.8719	0.9425
22	22	6	0	0.2727	0.9355	0.0645	0.0156	0.9003	0.9615
23	16	3	0	0.1875	0.9476	0.0524	0.0142	0.9149	0.9706
24	13	4	0	0.3077	0.9637	0.0363	0.0119	0.9350	0.9821
25	9	2	0	0.2222	0.9718	0.0282	0.0105	0.9454	0.9874
26	7	1	0	0.1429	0.9758	0.0242	0.0098	0.9507	0.9900
27	6	2	0	0.3333	0.9839	0.0161	0.0080	0.9617	0.9946
28	4	3	0	0.7500	0.9960	0.0040	0.0040	0.9791	0.9996
29	1	1	0	1	1	0	.	.	.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.3.3.

Tabla de vida para determinar el calendario del primer ingreso al mercado laboral. Hombres mayores. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]
6	154	1	0	0.0065	0.0065	0.9935	0.0065	0.0009 0.0452
7	153	3	0	0.0196	0.0260	0.9740	0.0128	0.0098 0.0677
8	150	8	0	0.0533	0.0779	0.9221	0.0216	0.0450 0.1331
9	142	6	0	0.0423	0.1169	0.8831	0.0259	0.0753 0.1791
10	136	3	0	0.0221	0.1364	0.8636	0.0277	0.0911 0.2014
11	133	14	0	0.1053	0.2273	0.7727	0.0338	0.1689 0.3019
12	119	6	0	0.0504	0.2662	0.7338	0.0356	0.2036 0.3436
13	113	17	0	0.1504	0.3766	0.6234	0.0390	0.3054 0.4582
14	96	12	0	0.1250	0.4545	0.5455	0.0401	0.3799 0.5365
15	84	8	0	0.0952	0.5065	0.4935	0.0403	0.4305 0.5876
16	76	24	0	0.3158	0.6623	0.3377	0.0381	0.5875 0.7358
17	52	9	0	0.1731	0.7208	0.2792	0.0362	0.6485 0.7891
18	43	5	0	0.1163	0.7532	0.2468	0.0347	0.6830 0.8181
19	38	15	0	0.3947	0.8506	0.1494	0.0287	0.7898 0.9016
20	23	8	0	0.3478	0.9026	0.0974	0.0239	0.8496 0.9429
21	15	9	0	0.6000	0.9610	0.0390	0.0156	0.9218 0.9840
22	6	1	0	0.1667	0.9675	0.0325	0.0143	0.9304 0.9878
23	5	2	0	0.4000	0.9805	0.0195	0.0111	0.9483 0.9947
24	3	2	0	0.6667	0.9935	0.0065	0.0065	0.9672 0.9994
25	1	1	0	1	1	0	.	. .

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.3.4.

Tabla de vida para determinar el calendario del primer ingreso al mercado laboral. Hombres del estrato medio y alto. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
6	190	2	0	0.0106	0.0105	0.9895	0.0074	0.0026	0.0414
7	188	4	0	0.0213	0.0316	0.9684	0.0127	0.0143	0.0689
8	184	5	0	0.0272	0.0579	0.9421	0.0169	0.0325	0.1021
9	179	6	0	0.0335	0.0895	0.9105	0.0207	0.0566	0.1400
10	173	5	0	0.0289	0.1158	0.8842	0.0232	0.0778	0.1705
11	168	8	0	0.0476	0.1579	0.8421	0.0265	0.1132	0.2180
12	160	5	0	0.0313	0.1842	0.8158	0.0281	0.1359	0.2470
13	155	13	0	0.0839	0.2526	0.7474	0.0315	0.1969	0.3208
14	142	8	0	0.0563	0.2947	0.7053	0.0331	0.2354	0.3651
15	134	7	0	0.0522	0.3316	0.6684	0.0342	0.2696	0.4034
16	127	17	0	0.1339	0.4211	0.5789	0.0358	0.3545	0.4946
17	110	9	0	0.0818	0.4684	0.5316	0.0362	0.4005	0.5418
18	101	16	0	0.1584	0.5526	0.4474	0.0361	0.4836	0.6243
19	85	29	0	0.3412	0.7053	0.2947	0.0331	0.6395	0.7684
20	56	14	0	0.2500	0.7789	0.2211	0.0301	0.7177	0.8349
21	42	12	0	0.2857	0.8421	0.1579	0.0265	0.7867	0.8898
22	30	9	0	0.3000	0.8895	0.1105	0.0227	0.8402	0.9290
23	21	3	0	0.1429	0.9053	0.0947	0.0212	0.8585	0.9416
24	18	5	0	0.2778	0.9316	0.0684	0.0183	0.8898	0.9617
25	13	5	0	0.3846	0.9579	0.0421	0.0146	0.9225	0.9802
26	8	2	0	0.2500	0.9684	0.0316	0.0127	0.9361	0.9870
27	6	3	0	0.5000	0.9842	0.0158	0.0090	0.9578	0.9957
28	3	2	0	0.6667	0.9947	0.0053	0.0052	0.9731	0.9995
29	1	1	0	1	1	0	.	.	.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.3.5.

Tabla de vida para determinar el calendario del primer ingreso al mercado laboral. Hombres del estrato bajo. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
6	486	5	0	0.0103	0.0103	0.9897	0.0046	0.0043	0.0245
7	481	5	0	0.0104	0.0206	0.9794	0.0064	0.0111	0.0379
8	476	16	0	0.0336	0.0535	0.9465	0.0102	0.0367	0.0776
9	460	21	0	0.0457	0.0967	0.9033	0.0134	0.0736	0.1266
10	439	9	0	0.0205	0.1152	0.8848	0.0145	0.0899	0.1471
11	430	49	0	0.1140	0.216	0.784	0.0187	0.1820	0.2554
12	381	14	0	0.0367	0.2449	0.7551	0.0195	0.2091	0.2856
13	367	58	0	0.1580	0.3642	0.6358	0.0218	0.3232	0.4087
14	309	34	0	0.1100	0.4342	0.5658	0.0225	0.3914	0.4795
15	275	31	0	0.1127	0.4979	0.5021	0.0227	0.4544	0.5432
16	244	66	0	0.2705	0.6337	0.3663	0.0219	0.5910	0.6765
17	178	50	0	0.2809	0.7366	0.2634	0.0200	0.6968	0.7750
18	128	34	0	0.2656	0.8066	0.1934	0.0179	0.7703	0.8404
19	94	55	0	0.5851	0.9198	0.0802	0.0123	0.8934	0.9417
20	39	7	0	0.1795	0.9342	0.0658	0.0112	0.9098	0.9539
21	32	14	0	0.4375	0.9630	0.0370	0.0086	0.9434	0.9772
22	18	4	0	0.2222	0.9712	0.0288	0.0076	0.9534	0.9835
23	14	5	0	0.3571	0.9815	0.0185	0.0061	0.9663	0.9908
24	9	5	0	0.5556	0.9918	0.0082	0.0041	0.9801	0.9972
25	4	2	0	0.5000	0.9959	0.0041	0.0029	0.9860	0.9991
26	2	1	0	0.5000	0.9979	0.0021	0.0021	0.9890	0.9998
28	1	1	0	1	1	0	.	.	.

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.4.1.

Tabla de vida para determinar el calendario de la salida del hogar familiar. Hombres jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x,x+1}$	$c_{x,x+1}$	$q_{x,x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
7	280	1	0	0.0036	0.0036	0.9964	0.0036	0.0005	0.0251
12	279	2	0	0.0072	0.0107	0.9893	0.0062	0.0035	0.0328
13	277	2	0	0.0072	0.0179	0.9821	0.0079	0.0075	0.0424
14	275	1	0	0.0036	0.0214	0.9786	0.0087	0.0097	0.0471
15	274	4	0	0.0146	0.0357	0.9643	0.0111	0.0194	0.0654
16	270	5	0	0.0185	0.0536	0.9464	0.0135	0.0326	0.0873
17	265	6	0	0.0226	0.0750	0.9250	0.0157	0.0496	0.1127
18	259	6	0	0.0232	0.0964	0.9036	0.0176	0.0672	0.1375
19	253	8	0	0.0316	0.1250	0.8750	0.0198	0.0914	0.1697
20	245	11	0	0.0449	0.1643	0.8357	0.0221	0.1257	0.2131
21	234	14	0	0.0598	0.2143	0.7857	0.0245	0.1707	0.2671
22	220	15	0	0.0682	0.2679	0.7321	0.0265	0.2200	0.3238
23	205	17	0	0.0829	0.3286	0.6714	0.0281	0.2770	0.3870
24	188	8	0	0.0426	0.3571	0.6429	0.0286	0.3041	0.4163
25	180	17	0	0.0944	0.4179	0.5821	0.0295	0.3626	0.4779
26	163	9	0	0.0552	0.4500	0.5500	0.0297	0.3939	0.5102
27	154	11	0	0.0714	0.4893	0.5107	0.0299	0.4325	0.5493
28	143	6	0	0.0420	0.5107	0.4893	0.0299	0.4537	0.5705
29	137	7	0	0.0511	0.5357	0.4643	0.0298	0.4786	0.5950
30	130	4	126	0.0308	0.5500	0.4500	0.0297	0.4929	0.6090

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.4.2.

Tabla de vida para determinar el calendario de la salida del hogar familiar. Hombres adultos jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x,x+1}$	$c_{x,x+1}$	$q_{x,x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
6	248	1	0	0.0040	0.0040	0.9960	0.0040	0.0006	0.0283
11	247	1	0	0.0040	0.0081	0.9919	0.0057	0.0020	0.0319
12	246	1	0	0.0041	0.0121	0.9879	0.0069	0.0039	0.0370
13	245	1	0	0.0041	0.0161	0.9839	0.0080	0.0061	0.0424
14	244	2	0	0.0082	0.0242	0.9758	0.0098	0.0109	0.0531
15	242	2	0	0.0083	0.0323	0.9677	0.0112	0.0163	0.0635
16	240	5	0	0.0208	0.0524	0.9476	0.0142	0.0308	0.0886
17	235	5	0	0.0213	0.0726	0.9274	0.0165	0.0464	0.1127
18	230	10	0	0.0435	0.1129	0.8871	0.0201	0.0794	0.1593
19	220	18	0	0.0818	0.1855	0.8145	0.0247	0.1424	0.2397
20	202	10	0	0.0495	0.2258	0.7742	0.0266	0.1787	0.2831
21	192	15	0	0.0781	0.2863	0.7137	0.0287	0.2343	0.3469
22	177	17	0	0.0960	0.3548	0.6452	0.0304	0.2988	0.4178
23	160	11	0	0.0688	0.3992	0.6008	0.0311	0.3413	0.4630
24	149	10	0	0.0671	0.4395	0.5605	0.0315	0.3803	0.5036
25	139	13	0	0.0935	0.4919	0.5081	0.0317	0.4317	0.5558
26	126	16	0	0.1270	0.5565	0.4435	0.0315	0.4958	0.6190
27	110	4	0	0.0364	0.5726	0.4274	0.0314	0.5120	0.6347
28	106	6	0	0.0566	0.5968	0.4032	0.0311	0.5364	0.6580
29	100	6	0	0.0600	0.6210	0.3790	0.0308	0.5610	0.6812
30	94	6	88	0.0638	0.6452	0.3548	0.0304	0.5857	0.7043

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.4.3.

Tabla de vida para determinar el calendario de la salida del hogar familiar. Hombres mayores. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
7	154	1	0	0.0065	0.0065	0.9935	0.0065	0.0009	0.0452
11	153	1	0	0.0065	0.0130	0.9870	0.0091	0.0033	0.0509
13	152	1	0	0.0066	0.0195	0.9805	0.0111	0.0063	0.0592
15	151	2	0	0.0132	0.0325	0.9675	0.0143	0.0136	0.0762
16	149	4	0	0.0268	0.0584	0.9416	0.0189	0.0308	0.1093
17	145	2	0	0.0138	0.0714	0.9286	0.0208	0.0402	0.1253
18	143	6	0	0.0420	0.1104	0.8896	0.0253	0.0701	0.1716
19	137	6	0	0.0438	0.1494	0.8506	0.0287	0.1019	0.2161
20	131	5	0	0.0382	0.1818	0.8182	0.0311	0.1293	0.2523
21	126	10	0	0.0794	0.2468	0.7532	0.0347	0.1861	0.3228
22	116	2	0	0.0172	0.2597	0.7403	0.0353	0.1978	0.3367
23	114	13	0	0.1140	0.3442	0.6558	0.0383	0.2750	0.4249
24	101	11	0	0.1089	0.4156	0.5844	0.0397	0.3424	0.4976
25	90	8	0	0.0889	0.4675	0.5325	0.0402	0.3925	0.5493
26	82	11	0	0.1341	0.5390	0.4610	0.0402	0.4626	0.6191
27	71	7	0	0.0986	0.5844	0.4156	0.0397	0.5081	0.6627
28	64	4	0	0.0625	0.6104	0.3896	0.0393	0.5343	0.6873
29	60	4	0	0.0667	0.6364	0.3636	0.0388	0.5608	0.7117
30	56	1	55	0.0179	0.6429	0.3571	0.0386	0.5675	0.7177

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.4.4.

Tabla de vida para determinar el calendario de la salida del hogar familiar. Hombres del estrato medio y alto. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
11	190	2	0	0.0105	0.0105	0.9895	0.0074	0.0026	0.0414
12	188	2	0	0.0106	0.0211	0.9789	0.0104	0.0080	0.0551
13	186	2	0	0.0108	0.0316	0.9684	0.0127	0.0143	0.0689
14	184	1	0	0.0054	0.0368	0.9632	0.0137	0.0177	0.0757
15	183	3	0	0.0164	0.0526	0.9474	0.0162	0.0287	0.0956
16	180	4	0	0.0222	0.0737	0.9263	0.0190	0.0443	0.1212
17	176	5	0	0.0284	0.1000	0.9000	0.0218	0.0650	0.1523
18	171	5	0	0.0292	0.1263	0.8737	0.0241	0.0865	0.1825
19	166	10	0	0.0602	0.1789	0.8211	0.0278	0.1313	0.2413
20	156	5	0	0.0321	0.2053	0.7947	0.0293	0.1544	0.2700
21	151	6	0	0.0397	0.2368	0.7632	0.0308	0.1826	0.3039
22	145	9	0	0.0621	0.2842	0.7158	0.0327	0.2257	0.3541
23	136	12	0	0.0882	0.3474	0.6526	0.0345	0.2844	0.4197
24	124	12	0	0.0968	0.4105	0.5895	0.0357	0.3444	0.4840
25	112	13	0	0.1161	0.4789	0.5211	0.0362	0.4107	0.5523
26	99	17	0	0.1717	0.5684	0.4316	0.0359	0.4994	0.6396
27	82	10	0	0.1220	0.6211	0.3789	0.0352	0.5526	0.6898
28	72	6	0	0.0833	0.6526	0.3474	0.0345	0.5850	0.7196
29	66	9	0	0.1364	0.7000	0.3000	0.0332	0.6340	0.7635
30	57	5	52	0.0877	0.7263	0.2737	0.0323	0.6616	0.7876

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.4.5.

Tabla de vida para determinar el calendario de la salida del hogar familiar. Hombres del estrato bajo. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
6	486	1	0	0.0021	0.0021	0.9979	0.0021	0.0003	0.0145
7	485	2	0	0.0041	0.0062	0.9938	0.0036	0.0020	0.0190
12	483	1	0	0.0021	0.0082	0.9918	0.0041	0.0031	0.0218
13	482	2	0	0.0041	0.0123	0.9877	0.0050	0.0056	0.0273
14	480	2	0	0.0042	0.0165	0.9835	0.0058	0.0083	0.0326
15	478	5	0	0.0105	0.0267	0.9733	0.0073	0.0156	0.0456
16	473	10	0	0.0211	0.0473	0.9527	0.0096	0.0317	0.0704
17	463	8	0	0.0173	0.0638	0.9362	0.0111	0.0453	0.0895
18	455	16	0	0.0352	0.0967	0.9033	0.0134	0.0736	0.1266
19	439	22	0	0.0501	0.1420	0.8580	0.0158	0.1139	0.1763
20	417	21	0	0.0504	0.1852	0.8148	0.0176	0.1534	0.2227
21	396	33	0	0.0833	0.2531	0.7469	0.0197	0.2168	0.2942
22	363	24	0	0.0661	0.3025	0.6975	0.0208	0.2637	0.3454
23	339	29	0	0.0855	0.3621	0.6379	0.0218	0.3212	0.4066
24	310	17	0	0.0548	0.3971	0.6029	0.0222	0.3552	0.4421
25	293	25	0	0.0853	0.4486	0.5514	0.0226	0.4056	0.4939
26	268	19	0	0.0709	0.4877	0.5123	0.0227	0.4442	0.5330
27	249	11	0	0.0442	0.5103	0.4897	0.0227	0.4667	0.5555
28	238	10	0	0.0420	0.5309	0.4691	0.0226	0.4872	0.5758
29	228	7	0	0.0307	0.5453	0.4547	0.0226	0.5017	0.5900
30	221	6	215	0.0271	0.5576	0.4424	0.0225	0.5140	0.6022

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.5.1.

Tabla de vida para determinar el calendario del comienzo de la vida conyugal. Hombres jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
15	280	1	0	0.0036	0.0036	0.9964	0.0036	0.0005	0.0251
16	279	3	0	0.0108	0.0143	0.9857	0.0071	0.0054	0.0376
17	276	9	0	0.0326	0.0464	0.9536	0.0126	0.0272	0.0786
18	267	17	0	0.0637	0.1071	0.8929	0.0185	0.0762	0.1497
19	250	20	0	0.0800	0.1786	0.8214	0.0229	0.1385	0.2287
20	230	27	0	0.1174	0.2750	0.7250	0.0267	0.2266	0.3313
21	203	26	0	0.1281	0.3679	0.6321	0.0288	0.3144	0.4272
22	177	25	0	0.1412	0.4571	0.5429	0.0298	0.4009	0.5173
23	152	27	0	0.1776	0.5536	0.4464	0.0297	0.4964	0.6125
24	125	16	0	0.1280	0.6107	0.3893	0.0291	0.5541	0.6679
25	109	29	0	0.2661	0.7143	0.2857	0.0270	0.6606	0.7660
26	80	20	0	0.2500	0.7857	0.2143	0.0245	0.7360	0.8317
27	60	17	0	0.2833	0.8464	0.1536	0.0215	0.8017	0.8858
28	43	10	0	0.2326	0.8821	0.1179	0.0193	0.8413	0.9166
29	33	13	0	0.3939	0.9286	0.0714	0.0154	0.8945	0.9548
30	20	4	16	0.2000	0.9429	0.0571	0.0139	0.9114	0.9659

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.5.2.

Tabla de vida para determinar el calendario del comienzo de la vida conyugal. Hombres adultos jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
13	248	1	0	0.0040	0.0040	0.9960	0.0040	0.0006	0.0283
15	247	2	0	0.0081	0.0121	0.9879	0.0069	0.0039	0.0370
16	245	2	0	0.0082	0.0202	0.9798	0.0089	0.0084	0.0478
17	243	3	0	0.0123	0.0323	0.9677	0.0112	0.0163	0.0635
18	240	12	0	0.0500	0.0806	0.9194	0.0173	0.0528	0.1222
19	228	22	0	0.0965	0.1694	0.8306	0.0238	0.1281	0.2221
20	206	22	0	0.1068	0.2581	0.7419	0.0278	0.2082	0.3173
21	184	22	0	0.1196	0.3468	0.6532	0.0302	0.2912	0.4096
22	162	24	0	0.1481	0.4435	0.5565	0.0315	0.3843	0.5076
23	138	27	0	0.1957	0.5524	0.4476	0.0316	0.4918	0.6151
24	111	20	0	0.1802	0.6331	0.3669	0.0306	0.5733	0.6928
25	91	19	0	0.2088	0.7097	0.2903	0.0288	0.6524	0.7648
26	72	23	0	0.3194	0.8024	0.1976	0.0253	0.7507	0.8494
27	49	4	0	0.0816	0.8185	0.1815	0.0245	0.7682	0.8637
28	45	5	0	0.1111	0.8387	0.1613	0.0234	0.7902	0.8814
29	40	7	0	0.1750	0.8669	0.1331	0.0216	0.8215	0.9057
30	33	6	27	0.1818	0.8911	0.1089	0.0198	0.8487	0.9260

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.5.3.

Tabla de vida para determinar el calendario del comienzo de la vida conyugal. Hombres mayores. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]
15	154	1	0	0.0065	0.0065	0.9935	0.0065	0.0009 0.0452
17	153	2	0	0.0131	0.0195	0.9805	0.0111	0.0063 0.0592
18	151	10	0	0.0662	0.0844	0.9156	0.0224	0.0499 0.1409
19	141	8	0	0.0567	0.1364	0.8636	0.0277	0.0911 0.2014
20	133	8	0	0.0602	0.1883	0.8117	0.0315	0.1349 0.2595
21	125	17	0	0.1360	0.2987	0.7013	0.0369	0.2331 0.3778
22	108	8	0	0.0741	0.3506	0.6494	0.0385	0.2811 0.4316
23	100	18	0	0.1800	0.4675	0.5325	0.0402	0.3925 0.5493
24	82	15	0	0.1829	0.5649	0.4351	0.0399	0.4885 0.6441
25	67	11	0	0.1642	0.6364	0.3636	0.0388	0.5608 0.7117
26	56	17	0	0.3036	0.7468	0.2532	0.0350	0.6761 0.8124
27	39	11	0	0.2821	0.8182	0.1818	0.0311	0.7535 0.8744
28	28	6	0	0.2143	0.8571	0.1429	0.0282	0.7971 0.9069
29	22	5	0	0.2273	0.8896	0.1104	0.0253	0.8344 0.9329
30	17	4	13	0.2353	0.9156	0.0844	0.0224	0.8651 0.9527

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.5.4.

Tabla de vida para determinar el calendario del comienzo de la vida conyugal. Hombres del estrato medio y alto. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
15	190	1	0	0.0053	0.0053	0.9947	0.0052	0.0007	0.0368
16	189	2	0	0.0106	0.0158	0.9842	0.0090	0.0051	0.0481
18	187	3	0	0.0160	0.0316	0.9684	0.0127	0.0143	0.0689
19	184	8	0	0.0435	0.0737	0.9263	0.0190	0.0443	0.1212
20	176	11	0	0.0625	0.1316	0.8684	0.0245	0.0909	0.1885
21	165	15	0	0.0909	0.2105	0.7895	0.0296	0.1591	0.2757
22	150	13	0	0.0867	0.2789	0.7211	0.0325	0.2209	0.3486
23	137	19	0	0.1387	0.3789	0.6211	0.0352	0.3143	0.4520
24	118	19	0	0.1610	0.4789	0.5211	0.0362	0.4107	0.5523
25	99	17	0	0.1717	0.5684	0.4316	0.0359	0.4994	0.6396
26	82	25	0	0.3049	0.7000	0.3000	0.0332	0.6340	0.7635
27	57	13	0	0.2281	0.7684	0.2316	0.0306	0.7064	0.8256
28	44	7	0	0.1591	0.8053	0.1947	0.0287	0.7462	0.8581
29	37	9	0	0.2432	0.8526	0.1474	0.0257	0.7984	0.8987
30	28	7	21	0.2500	0.8895	0.1105	0.0227	0.8402	0.9290

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.5.5.

Tabla de vida para determinar el calendario del comienzo de la vida conyugal. Hombres del estrato bajo. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
13	486	1	0	0.0021	0.0021	0.9979	0.0021	0.0003	0.0145
15	485	3	0	0.0062	0.0082	0.9918	0.0041	0.0031	0.0218
16	482	3	0	0.0062	0.0144	0.9856	0.0054	0.0069	0.0300
17	479	14	0	0.0292	0.0432	0.9568	0.0092	0.0284	0.0655
18	465	35	0	0.0753	0.1152	0.8848	0.0145	0.0899	0.1471
19	430	42	0	0.0977	0.2016	0.7984	0.0182	0.1686	0.2401
20	388	46	0	0.1186	0.2963	0.7037	0.0207	0.2578	0.3391
21	342	50	0	0.1462	0.3992	0.6008	0.0222	0.3572	0.4442
22	292	43	0	0.1473	0.4877	0.5123	0.0227	0.4442	0.5330
23	249	53	0	0.2129	0.5967	0.4033	0.0223	0.5534	0.6405
24	196	32	0	0.1633	0.6626	0.3374	0.0214	0.6204	0.7043
25	164	42	0	0.2561	0.7490	0.2510	0.0197	0.7097	0.7866
26	122	34	0	0.2787	0.8189	0.1811	0.0175	0.7834	0.8517
27	88	18	0	0.2045	0.8560	0.1440	0.0159	0.8232	0.8855
28	70	14	0	0.2000	0.8848	0.1152	0.0145	0.8546	0.9112
29	56	15	0	0.2679	0.9156	0.0844	0.0126	0.8888	0.9382
30	41	7	34	0.1707	0.9300	0.0700	0.0116	0.9051	0.9504

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.6.1.

Tabla de vida para determinar el calendario de la llegada del primer hijo. Hombres jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
17	280	5	0	0.0179	0.0179	0.9821	0.0079	0.0075	0.0424
18	275	10	0	0.0364	0.0536	0.9464	0.0135	0.0326	0.0873
19	265	8	0	0.0302	0.0821	0.9179	0.0164	0.0554	0.1210
20	257	19	0	0.0739	0.1500	0.8500	0.0213	0.1131	0.1975
21	238	24	0	0.1008	0.2357	0.7643	0.0254	0.1903	0.2899
22	214	26	0	0.1215	0.3286	0.6714	0.0281	0.2770	0.3870
23	188	26	0	0.1383	0.4214	0.5786	0.0295	0.3661	0.4815
24	162	24	0	0.1481	0.5071	0.4929	0.0299	0.4502	0.5670
25	138	18	0	0.1304	0.5714	0.4286	0.0296	0.5144	0.6299
26	120	22	0	0.1833	0.6500	0.3500	0.0285	0.5941	0.7054
27	98	17	0	0.1735	0.7107	0.2893	0.0271	0.6569	0.7626
28	81	14	0	0.1728	0.7607	0.2393	0.0255	0.7094	0.8089
29	67	13	0	0.1940	0.8071	0.1929	0.0236	0.7590	0.8510
30	54	14	40	0.2593	0.8571	0.1429	0.0209	0.8135	0.8951

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.6.2.

Tabla de vida para determinar el calendario de la llegada del primer hijo. Hombres adultos jóvenes. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
15	248	2	0	0.0081	0.0081	0.9919	0.0057	0.0020	0.0319
16	246	2	0	0.0081	0.0161	0.9839	0.0080	0.0061	0.0424
17	244	2	0	0.0082	0.0242	0.9758	0.0098	0.0109	0.0531
18	242	4	0	0.0165	0.0403	0.9597	0.0125	0.0219	0.0736
19	238	4	0	0.0168	0.0565	0.9435	0.0147	0.0338	0.0935
20	234	20	0	0.0855	0.1371	0.8629	0.0218	0.1000	0.1865
21	214	25	0	0.1168	0.2379	0.7621	0.0270	0.1897	0.2960
22	189	16	0	0.0847	0.3024	0.6976	0.0292	0.2494	0.3637
23	173	20	0	0.1156	0.3831	0.6169	0.0309	0.3258	0.4466
24	153	29	0	0.1895	0.5000	0.5000	0.0318	0.4397	0.5637
25	124	24	0	0.1935	0.5968	0.4032	0.0311	0.5364	0.6580
26	100	21	0	0.2100	0.6815	0.3185	0.0296	0.6231	0.7385
27	79	21	0	0.2658	0.7661	0.2339	0.0269	0.7119	0.8167
28	58	6	0	0.1034	0.7903	0.2097	0.0258	0.7377	0.8385
29	52	4	0	0.0769	0.8065	0.1935	0.0251	0.7551	0.8529
30	48	8	40	0.1667	0.8387	0.1613	0.0234	0.7902	0.8814

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.6.3.

Tabla de vida para determinar el calendario de la llegada del primer hijo. Hombres mayores. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
16	154	1	0	0.0065	0.0065	0.9935	0.0065	0.0009	0.0452
18	153	5	0	0.0327	0.0390	0.9610	0.0156	0.0177	0.0847
19	148	4	0	0.0270	0.0649	0.9351	0.0199	0.0355	0.1173
20	144	6	0	0.0417	0.1039	0.8961	0.0246	0.0650	0.1640
21	138	13	0	0.0942	0.1883	0.8117	0.0315	0.1349	0.2595
22	125	14	0	0.1120	0.2792	0.7208	0.0362	0.2153	0.3573
23	111	5	0	0.0450	0.3117	0.6883	0.0373	0.2450	0.3913
24	106	13	0	0.1226	0.3961	0.6039	0.0394	0.3239	0.4779
25	93	19	0	0.2043	0.5195	0.4805	0.0403	0.4433	0.6003
26	74	13	0	0.1757	0.6039	0.3961	0.0394	0.5277	0.6812
27	61	9	0	0.1475	0.6623	0.3377	0.0381	0.5875	0.7358
28	52	13	0	0.2500	0.7468	0.2532	0.0350	0.6761	0.8124
29	39	11	0	0.2821	0.8182	0.1818	0.0311	0.7535	0.8744
30	28	4	24	0.1429	0.8442	0.1558	0.0292	0.7825	0.8962

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.6.4.

Tabla de vida para determinar el calendario de la llegada del primer hijo. Hombres del estrato medio y alto. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
16	190	1	0	0.0053	0.0053	0.9947	0.0052	0.0007	0.0368
17	189	2	0	0.0106	0.0158	0.9842	0.0090	0.0051	0.0481
18	187	1	0	0.0053	0.0211	0.9789	0.0104	0.0080	0.0551
19	186	1	0	0.0054	0.0263	0.9737	0.0116	0.0110	0.0621
20	185	8	0	0.0432	0.0684	0.9316	0.0183	0.0403	0.1149
21	177	16	0	0.0904	0.1526	0.8474	0.0261	0.1087	0.2121
22	161	12	0	0.0745	0.2158	0.7842	0.0298	0.1638	0.2813
23	149	6	0	0.0403	0.2474	0.7526	0.0313	0.1921	0.3152
24	143	14	0	0.0979	0.3211	0.6789	0.0339	0.2598	0.3925
25	129	23	0	0.1783	0.4421	0.5579	0.0360	0.3749	0.5156
26	106	17	0	0.1604	0.5316	0.4684	0.0362	0.4626	0.6039
27	89	14	0	0.1573	0.6053	0.3947	0.0355	0.5366	0.6748
28	75	9	0	0.1200	0.6526	0.3474	0.0345	0.5850	0.7196
29	66	12	0	0.1818	0.7158	0.2842	0.0327	0.6506	0.7780
30	54	12	42	0.2222	0.7789	0.2211	0.0301	0.7177	0.8349

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.6.5.

Tabla de vida para determinar el calendario de la llegada del primer hijo. Hombres del estrato bajo. México, 2003

Edad (x)	n_x	$d_{x, x+1}$	$c_{x, x+1}$	$q_{x, x+1}$	$1-S_x$	S_x	Std. Error	[95% Conf. Int.]	
15	486	2	0	0.0041	0.0041	0.9959	0.0029	0.0010	0.0164
16	484	2	0	0.0041	0.0082	0.9918	0.0041	0.0031	0.0218
17	482	5	0	0.0104	0.0185	0.9815	0.0061	0.0097	0.0353
18	477	17	0	0.0356	0.0535	0.9465	0.0102	0.0367	0.0776
19	460	15	0	0.0326	0.0844	0.9156	0.0126	0.0628	0.1128
20	445	37	0	0.0831	0.1605	0.8395	0.0167	0.1307	0.1963
21	408	46	0	0.1127	0.2551	0.7449	0.0198	0.2188	0.2964
22	362	44	0	0.1215	0.3457	0.6543	0.0216	0.3053	0.3898
23	318	44	0	0.1384	0.4362	0.5638	0.0225	0.3935	0.4815
24	274	52	0	0.1898	0.5432	0.4568	0.0226	0.4996	0.5880
25	222	38	0	0.1712	0.6214	0.3786	0.0220	0.5784	0.6645
26	184	38	0	0.2065	0.6996	0.3004	0.0208	0.6585	0.7398
27	146	32	0	0.2192	0.7654	0.2346	0.0192	0.7269	0.8021
28	114	24	0	0.2105	0.8148	0.1852	0.0176	0.7791	0.8480
29	90	16	0	0.1778	0.8477	0.1523	0.0163	0.8143	0.8780
30	74	14	60	0.1892	0.8765	0.1235	0.0149	0.8456	0.9039

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.7

Listado de variables utilizadas en los capítulos IV, V y VI

Variable	Etiqueta
edad_esc	Edad a la salida de la escuela
sal_esc	¿Salió de la escuela a los 30 años o antes?
edad_tra	Edad a la entrada al primer trabajo
ent_tra	¿Comenzó a trabajar a los 30 años o antes?
edad_cas	Edad a la salida del hogar familiar
sal_cas	¿Salió del hogar familiar a los 30 años o antes?
edad_sex	Edad a la primera relación sexual
rel_sex	¿Inició la vida sexual a los 30 años o antes?
edad_uni	Edad a la primera unión conyugal
ent_uni	¿Se unió a los 30 años o antes?
edad_hij	Edad al nacimiento del primer hijo
nac_hij	¿Fue padre a los 30 años o antes?
gpoedad	Grupo de edad
r_psrsvh	Estrato socioeconómico
amb_soc	Origen sociocultural
indigena	Condición indígena
educa_t	Nivel de escolaridad antes de comenzar a trabajar
educa_c	Nivel de escolaridad antes de salir del hogar familiar
educa_s	Nivel de escolaridad antes de la primera relación sexual
educa_u	Nivel de escolaridad antes de la primera unión
educa_h	Nivel de escolaridad antes del nacimiento del primer hijo
labor_es	Experiencia laboral antes de salir de la escuela
labor_ca	Experiencia laboral antes de salir del hogar familiar
labor_sx	Experiencia laboral antes de salir del inicio de la vida sexual
labor_un	Experiencia laboral antes de salir de la unión
labor_hi	Experiencia laboral antes de salir del nacimiento del primer hijo
casa_esc	Salida del hogar paterno antes que dejar la escuela
casa_tra	Salida del hogar paterno antes que comenzar a trabajar

Cuadro A.7
Continuación

Variable	Etiqueta
casa_sex	Salida del hogar paterno antes que iniciar la vida sexual
casa_uni	Salida del hogar paterno antes de entrar en unión
casa_hij	Salida del hogar paterno antes de convertirse en padre
unio_esc	Se unió antes de dejar la escuela
unio_tra	Se unió antes de comenzar a trabajar
unio_cas	Se unió antes de salir del hogar de los padres
unio_sex	Se unió antes de la primera relación sexual
unio_hij	Se unió antes de convertirse en padre
hijo_esc	Fue padre antes de dejar la escuela
hijo_tra	Fue padre antes de comenzar a trabajar
hijo_cas	Fue padre antes de salirse del hogar familiar
hijo_uni	Fue padre antes de unirse
temp_sex	Temporalidad de la primera relación sexual (nacimiento del primer hijo)
time_sx	Temporalidad de la primera relación sexual
tip_1uni	Tipo de primera unión conyugal
r_house	Hogar de origen nuclear
r_brothe	Seis hermanos o menos
r_orden	Orden de nacimiento
maltrato	Maltrato físico durante la infancia
rcom_ant	Comunicación con los padres sobre anticoncepción
rcom_sex	Comunicación con los padres sobre sexualidad
c_antico	Conocimiento anticonceptivo antes de la primera relación sexual
anticon	Uso habitual de anticoncepción
valor	Un hombre vale menos si no puede tener hijos
presion	Presión para tener la primera relación sexual
religion	Preferencia religiosa
num_tran	Numero de transiciones
rutas	Rutas a la vida adulta

Cuadro A.8.

Matriz de correlaciones de las variables asociadas al calendario del inicio de la vida sexual. Hombres. México, 2003

	gpoedad	r_psrsvh	amb_soc	indigena	educa_s	labor_sx	casa_sex	unio_sex	r_house	r_brothe	r_orden	rcom_sex
gpoedad	1.00											
r_psrsvh	0.04	1.00										
amb_soc	-0.05	0.30	1.00									
indigena	-0.02	0.11	0.26	1.00								
educa_s	0.03	-0.03	-0.08	-0.04	1.00							
labor_sx	0.02	-0.05	-0.11	0.03	-0.03	1.00						
casa_sex	-0.02	-0.02	-0.02	0.00	-0.01	0.24	1.00					
unio_sex	-0.02	-0.05	0.02	-0.02	0.02	0.01	-0.01	1.00				
r_house	-0.03	0.02	0.11	0.02	0.01	-0.12	-0.18	0.09	1.00			
r_brothe	-0.04	-0.10	-0.11	-0.07	0.13	0.05	-0.01	-0.06	-0.09	1.00		
r_orden	0.06	-0.14	-0.21	-0.14	-0.04	0.07	0.07	-0.05	-0.06	0.10	1.00	
rcom_sex	-0.02	0.04	0.07	0.08	-0.01	-0.01	0.02	0.03	0.08	0.00	-0.13	1.00
maltrato	0.03	0.42	0.39	0.23	-0.08	-0.06	-0.06	0.02	0.09	-0.08	-0.23	0.10
c_antico	-0.05	0.12	0.15	0.08	-0.01	-0.07	-0.04	0.00	0.05	-0.09	0.02	-0.05
presion	0.04	-0.06	0.04	0.04	-0.05	0.00	0.00	0.00	0.04	-0.10	0.02	0.01
religion	0.01	0.02	0.04	-0.01	0.04	0.06	-0.02	-0.04	0.07	-0.04	0.04	-0.02

	maltrato	c_antico	presion	religion
maltrato	1.00			
c_antico	0.23	1.00		
presion	-0.01	0.08	1.00	
religion	-0.01	0.07	0.42	1.00

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.9.

Matriz de correlaciones de las variables asociadas al calendario de la salida de la escuela. Hombres. México, 2003

	gpoedad	r_psrsvh	amb_soc	indigena	labor_es	casa_esc	unio_esc	hijo_esc	r_house	r_brothe	r_orden	maltrato
gpoedad	1.00											
r_psrsvh	0.07	1.00										
amb_soc	-0.03	0.28	1.00									
indigena	0.00	0.10	0.26	1.00								
labor_es	0.02	-0.25	-0.17	-0.11	1.00							
casa_esc	0.07	-0.21	-0.04	0.01	0.24	1.00						
unio_esc	0.04	-0.16	-0.07	-0.06	0.27	0.58	1.00					
hijo_esc	0.02	-0.15	-0.03	-0.03	0.21	0.38	0.69	1.00				
r_house	0.02	0.00	-0.09	-0.06	0.04	-0.04	0.01	0.00	1.00			
r_brothe	0.03	-0.05	-0.11	0.01	-0.02	0.04	0.05	0.04	-0.01	1.00		
r_orden	-0.02	-0.01	-0.02	0.01	0.05	0.05	0.04	0.02	-0.01	0.24	1.00	
maltrato	-0.03	0.02	0.10	-0.02	0.01	-0.01	-0.04	-0.06	0.00	-0.15	-0.19	1.00

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.10.

Matriz de correlaciones de las variables asociadas al calendario del primer ingreso al mercado laboral. Hombres. México, 2003

	gpoedad	r_psrsvh	amb_soc	indigena	educa_t	casa_tra	unio_tra	hijo_tra	r_house	r_brothe	r_orden
gpoedad	1.00										
r_psrsvh	0.05	1.00									
amb_soc	-0.05	0.30	1.00								
indigena	-0.01	0.12	0.27	1.00							
educa_t	0.04	0.34	0.39	0.22	1.00						
casa_tra	-0.01	-0.11	0.05	0.00	-0.05	1.00					
unio_tra	0.00	-0.09	-0.06	-0.06	-0.13	0.43	1.00				
hijo_tra	-0.04	-0.07	-0.03	0.00	-0.09	0.19	0.60	1.00			
r_house	0.03	-0.02	-0.09	-0.05	-0.07	-0.10	0.00	0.02	1.00		
r_brothe	0.02	-0.05	-0.11	0.03	-0.14	0.02	0.04	0.03	-0.03	1.00	
r_orden	-0.02	-0.01	-0.02	0.00	-0.09	-0.04	0.03	0.09	-0.01	0.24	1.00

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.11.

Matriz de correlaciones de las variables asociadas al calendario de la salida del hogar familiar. Hombres. México, 2003

	gpoedad	r_psrsvh	amb_soc	indigena	educa_t	labor_ca	unio_cas	hijo_cas	r_house	r_brothe	r_orden	maltrato
gpoedad	1.00											
r_psrsvh	0.05	1.00										
amb_soc	-0.06	0.30	1.00									
indigena	-0.02	0.11	0.27	1.00								
educa_t	0.03	0.34	0.38	0.21	1.00							
labor_ca	-0.01	0.10	-0.04	0.05	0.14	1.00						
unio_cas	-0.02	0.16	0.05	0.10	0.12	0.31	1.00					
hijo_cas	-0.01	0.16	0.04	0.06	0.09	0.27	0.90	1.00				
r_house	0.04	-0.02	-0.08	-0.04	-0.07	0.20	0.04	0.04	1.00			
r_brothe	0.02	-0.05	-0.11	0.02	-0.14	-0.02	0.06	0.05	-0.03	1.00		
r_orden	-0.02	-0.02	-0.02	0.01	-0.10	0.06	0.01	0.03	0.00	0.24	1.00	
maltrato	-0.03	0.03	0.11	0.01	0.14	-0.04	-0.07	-0.06	0.02	-0.13	-0.18	1.00

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.

Cuadro A.13.

Matriz de correlaciones de las variables asociadas al calendario del comienzo de la llegada del primer hijo. Hombres. México, 2003

	gpoedad	r_psrsvh	amb_soc	indigena	educa_h	labor_hi	casa_hij	tip_1uni	unio_hij	temp_sex	r_house	r_brothe
gpoedad	1.00											
r_psrsvh	0.03	1.00										
amb_soc	-0.05	0.30	1.00									
indigena	-0.02	0.11	0.26	1.00								
educa_h	0.02	0.41	0.41	0.28	1.00							
labor_hi	-0.01	0.02	0.05	0.07	0.09	1.00						
casa_hij	-0.02	-0.17	-0.06	-0.12	-0.11	0.07	1.00					
tip_1uni	0.03	-0.09	0.03	0.02	-0.06	0.02	-0.03	1.00				
unio_hij	-0.02	0.02	0.00	-0.08	0.06	0.17	0.40	-0.06	1.00			
temp_sex	-0.08	-0.03	-0.05	0.00	0.00	0.02	0.01	-0.03	0.00	1.00		
r_house	0.03	-0.04	-0.09	-0.05	-0.11	-0.07	-0.02	-0.04	-0.01	-0.01	1.00	
r_brothe	0.02	-0.06	-0.11	0.03	-0.08	-0.05	-0.10	0.06	-0.06	0.01	-0.04	1.00
r_orden	-0.03	-0.02	-0.03	-0.01	-0.11	-0.06	-0.02	0.02	-0.02	0.03	0.00	0.25
rcom_ant	-0.03	-0.10	-0.12	-0.10	-0.09	-0.06	0.01	-0.02	0.03	0.02	0.09	0.07
maltrato	-0.03	0.03	0.11	0.02	0.06	0.03	0.02	0.05	-0.07	0.02	0.01	-0.12
anticon	0.07	-0.10	-0.09	-0.09	-0.17	0.04	0.05	0.03	0.09	-0.11	0.03	0.05
valor	-0.09	0.12	0.15	0.09	0.17	0.03	-0.03	-0.03	0.03	0.00	-0.04	-0.03
religion	-0.01	-0.07	0.01	-0.06	-0.01	0.02	0.08	0.00	0.00	0.04	0.01	0.00

	r_orden	rcom_ant	maltrato	anticon	valor	religion
r_orden	1.00					
rcom_ant	0.03	1.00				
maltrato	-0.20	-0.12	1.00			
anticon	0.03	0.07	-0.02	1.00		
valor	0.02	0.00	-0.02	-0.07	1.00	
religion	-0.02	-0.03	0.70	0.07	0.02	1.00

Fuente: ENSAR 2003, hombres de 30 a 59 años de edad, cálculos propios.